

DOM COLUMBA MARMION
ABAD BENEDICTINO DE MAREDSOUS (BELGICA).

PALABRAS DE VIDA
INSPIRADAS EN EL
M I S A L

Ediciones "LEON XIII"
México, 1946

LICENCIA ECLESIASTICA

Nilil obstat

Fr. ELEUTERIO GONZALEZ, O. B. S. ·
Censor

Imprimatur

† FORTUNATO DEVOTO
Ob. aux. y Vic. Gen.

Buenos Aires, 15 de Enero de 1930.

A
LA DULCE MEMORIA
DE LA
MADRE MARÍA DE JESÚS
CARMELITA
PRIORA DE AUTUN
CUYA
SANTA EXISTENCIA
PLENA
DE VERDAD, DE HUMILDAD
DE CARIDAD Y DE PAZ
FUÉ
UNA VIVA ARMONÍA

PRÓLOGO

Desde hace algún tiempo y por varios conductos, los amigos de Dom Marmión nos pedían una compilación de sus más hermosas páginas; trabajo atrayente, sin duda, pero en extremo delicado. La obra de Dom Marmión es esencialmente una; ¿cómo escoger, sin desfigurarlas, en esta enorme síntesis del dogma y de la espiritualidad cristiana, esas páginas, presentándolas fuera de conjunto?

Sin embargo, hemos tratado de satisfacer el pedido que se nos ha hecho, y hemos elegido de la obra del maestro, aquéllas que consideramos más características y de más provecho para las almas.

Debemos a los lectores, la explicación del título de la presente obra y la indicación respecto al método y plan que han guiado su composición.

Cristo sembró en este mundo "Palabras de vida", esas palabras que son "espíritu y vida" y dan frutos de vida eterna. Dom Marmión logró penetrar el sentido profundo de esas "Palabras", y fué evidentemente colmado de abundantes luces del Espíritu Santo, que suggeret omnia... Y supo dar a las almas esa luz bienhechora con que el Señor inundara tan ampliamente la suya.

Hemos deseado sobre todo, conservar inalterable la idea del Abad de Maredsous, explotando los temas preferidos por Dom Marmión, aquéllos de los que bien puede decirse constituyen su "Mensaje".

Era necesario, en principio, elegir entre las muy numerosas páginas que revelan a Jesucristo: Cristo, Hijo de Dios, Verbo Encarnado, Mediador Único entre Dios y el hombre, Primogénito de una multitud de hermanos; haciendo afluir a ellos, para convertirlos en hijos del Padre, esa vida divina de la cual Él posee la plenitud; estableciendo en ellos por acción de su Espíritu y de su Iglesia, el reinado de la perfección y de la santidad, en la fe, la confianza y el amor.

Insistimos en esos temas fundamentales y característicos del pensamiento de un apóstol de Cristo, que dedicó todos sus afanes a descubrir y hacer vivir a las almas el misterio de Jesús, en su simplicidad e integridad, su poder divino y su fecundidad universal.

Además, en los escritos de Dom Marmión, la contemplación de la radiante figura de Cristo “que nos amó y se entregó por nosotros”, concluye normalmente en oración, bajo la influencia del Espíritu Santo “derramado en nuestros corazones”, según la doctrina Paulina que tanto amó. Un penetrante perfume de plegaria —señalado en muchas ocasiones— emana de su obra; era necesario no dejar desvanecer ese perfume, recogiendo esas espontáneas efusiones del alma de un santo.¹

Finalmente, si desde el punto de vista doctrinal hemos permanecido fieles al pensamiento Cristológico, en el

¹ Emocionados por estas “elevaciones” con que concluye las exposiciones suyas, tuvimos por un momento la intención de hacer un índice de tan hermosas oraciones, que elevan el alma a Dios y la dilatan en homenaje de adoración y amor. Para no aumentar mucho esta obra y conservarles su carácter práctico de manual, renunciamos a ello. Por el mismo motivo no incluimos las citas documentales que el lector podrá encontrar en sus mismas obras. Es evidente que empleamos el término santo, y otros análogos, en el sentido del decreto de Urbano VIII.

terreno de los sentimientos del alma, hemos recogido especialmente las páginas que rebosan de confianza, de alegría y de paz. Se ha dicho con mucha razón: "Son innumerables las almas que se han elevado y se elevan al contacto de la doctrina de vida, luminosa y cálida, principio de acción y de celo", que revela la obra de Dom Marmión. Hemos tratado de presentar los extractos ricos de esta savia espiritual para que las almas puedan beber, diariamente, en esta obra, la paz confiada y la alegría interior, inseparables de toda verdadera unión con Dios.

Quedaba la ordenación de esas páginas características del pensamiento y de la piedad "columbanos".¹

¿Debía hacerse a manera de antología, según el gusto actual? ¿Conforme a una elección personal donde siempre aparece algo de arbitrario? Hacerlo así, era destruir, precisamente, una de las bellezas de la obra de Dom Marmión: la síntesis.

Al comenzar la labor, teníamos un elevado anhelo: el de conducir, diariamente, el alma al centro de sí misma, y bajo la dirección de un guía particularmente seguro, sustraerla a la frivolidad a la vez fugaz y disolvente; ponerla durante algunos instantes frente a lo eterno: ese eterno que gravita sobre el alma y al mismo tiempo, si ella consiente, la eleva, atrayéndola hacia las alturas; iluminar, cada mañana, el camino del alma, con las claridades de la luz de Cristo, darle una parte de ese pan de vida que es la Palabra Divina, para ayudarla a recorrer con éxito y alegría la etapa cotidiana. "A cada día basta su pena", dijo Jesús. Y cada día trae su gracia. Nos proponíamos contribuir a que esto se realizara llevando al alma frente al modelo único y universal de toda perfección; la luz que se desprende del divino

¹ La expresión es del Rvdo. P. Mennessier O. P., en la "Revue de jeunes", 15 de enero de 1934.

rostro del Verbo Encarnado, una y múltiple, simple y variada, se levantaría así en la aurora de cada uno de nuestros días para santificarlo. Procedimiento lógico, cuya aplicación, renovada incesantemente, aseguraría la sobrenatural fecundidad.

Para lograr ese propósito, el año litúrgico se nos ofrecía como el esquema más indicado. Por lo demás ¿no era especialmente en sus conferencias de los domingos y días festivos cuando el santo abad entregaba a sus monjes las luces por él recibidas en el transcurso del Oficio divino o en la celebración de la santa Misa?

Permaneceremos por lo tanto fieles al espíritu de este maestro de la vida espiritual, dando a conocer las hojas extraídas de su obra, para ilustrar con su texto, día a día, el misterio, la solemnidad o el santo que celebra la Iglesia.

Siendo el Misal el libro litúrgico por excelencia, el que está en manos de todos los fieles, hemos retenido en el título la frase "... inspiradas en el Misal". Por lo tanto, la mayoría de los trozos elegidos, comentan algún texto de la misa del día.

Es sabido que el año litúrgico se desarrolla en dos ciclos distintos: el Temporal, iluminado con la divina presencia de Cristo y que de Adviento a Pentecostés desarrolla la serie de misterios del Hijo de Dios hecho hombre, y el Santoral, que celebra a los santos, miembros del cuerpo místico cuya cabeza es Jesús.

No es necesario decir que hemos cuidado particularmente el "Ciclo Temporal": es el nervio de la liturgia. Allí donde la Iglesia no señala misas propias —como en Adviento, las semanas de Septuagésima, Tiempo Pascual (salvo en las solemnidades de Pascua y Pentecostés que

tienen sus octavas)— no hemos vacilado en dar para cada día selecciones apropiadas, a fin de inculcar más a fondo el sentido del misterio Cristológico. Dom Marmión, que repetía sin cesar: “Cristo es el todo de la vida espiritual”, nos habría seguramente aprobado.

Se ha dado, pues, su doctrina sobre el Cristo prometido y esperado (Adviento), recibido (Navidad); sobre el Cristo viviendo entre los hombres (Septuagésima, Cuaresma), muriendo por ellos (Pasión), a fin de hacer de ellos por la fe y el bautismo, hijos adoptivos del Padre, de los cuales Él es primogenitus in multis fratribus (Tiempo Pascual); del Cristo resucitado y entrando en su gloria (Pascua y Ascensión), estableciendo su Iglesia por la acción de su Espíritu (Pentecostés), manifestando su amor y permaneciendo entre nosotros (Corpus y Solemnidad del Sagrado Corazón).

Además el año litúrgico presenta también el Ciclo de los Santos, que son otras tantas reproducciones del Verbo Encarnado bajo una forma menos perfecta y que detallan, analizando la suprema santidad, la trascendente perfección del jefe único del que ellos son miembros.

Para esta sección del ciclo litúrgico, nos hemos dejado guiar, en la elección de las páginas, por la característica de la persona, las obras, las virtudes del santo, dando preferencia a los escritos que desde este punto de vista expresan lo mejor del pensamiento de Dom Marmión, ilustrando en todo lo posible algún texto de la misa del día.

No hemos creído necesario explicar el motivo de nuestra elección para cada santo en particular; el lector, acostumbrado al Misal, percibirá bien pronto el nexo y armonía que existe entre el texto elegido y el santo del día. Por ejemplo: en el caso de los apóstoles, hemos

seleccionado las páginas en las que se trata de la fundación de la Iglesia; para los mártires que han confesado a Cristo hasta la muerte, hemos escogido los textos relacionados con la paciente, humilde y generosa conformidad con la prueba cotidiana en unión con los sufrimientos del Hombre-Dios; en las fiestas de los doctores, se recuerdan los dogmas cuyos intrépidos defensores han sido; para San Hilario y San Atanasio, la divinidad del Verbo defendida contra los arrianos; para San Cirilo de Alejandria, la maternidad divina de la Virgen; para San Juan Damasceno, el culto de los santos; mientras que para San Gregorio, el recuerdo de su obra litúrgica, guió nuestra elección. En el caso de San Benito, una página sobre el conocimiento de Dios; para un San Francisco de Asís, una Santa Teresa, una Santa Isabel de Portugal, un San Vicente de Paúl, textos sobre la pobreza, la oración, el amor y la paz, la caridad. . .

Frecuentemente, el lector quedará gratamente sorprendido de lo bien que se aplican los textos a algunos santos en particular; podrá también comprobar la riqueza y la variedad, la "catolicidad" —digamos— de la obra de Dom Marmión.

Sin embargo, para no aumentar exageradamente el volumen, no hemos dado un santoral completo. En las grandes épocas cristológicas (desde Adviento a Pentecostés, a las que se agregan las fiestas de Corpus Christi y Sagrado Corazón), hemos limitado nuestra elección a los santos cuya función social en el organismo del cuerpo místico, es particularmente destacada: Apóstoles y Evangelistas, Papas, Doctores de la Iglesia, Fundadores de Ordenes. Pero desde el 18 de junio (fecha aproximada a la Octava del Sagrado Corazón) hasta el fin de noviembre, el ciclo santoral predomina; entonces, hemos ofrecido una página para cada día. Hay que agre-

gar el período que va desde Navidad hasta Septuagésima, para el cual hemos seguido el calendario del 15 de enero al 15 de febrero.¹

Nos hemos limitado a seleccionar una sola página para cada día; es bastante para alimentar la reflexión, despertar el sentimiento, estimular la libertad y alcanzar el cielo. Además, no existe una sola página de este maestro tan gustado de la vida espiritual, que no rebose de sentido sobrenatural y elevada luz.

Estamos seguros que esta pequeña obra, que da sicut bucellas, "como a pequeños bocados" el pensamiento "columbano" y lo adapta a la vida cristiana de cada día para armonizar el sentido divino de las horas, realzará con nuevos relieves la profunda unidad, la extraordinaria riqueza, la amplitud "Católica" de la doctrina de Dom Marmión; extenderá también su brillo espiritual y continuará en el mundo su obra eminentemente bienhechora.

Que estas "Palabras de Vida", puedan hacer participar a las almas de las "luces" recibidas tan abundantemente por el gran monje y encaminarlas de "claridad en claridad" hacia el "seno del Padre" in sinum Patris,

¹ El agradecimiento es un deber imperioso, muy noble, muy agradable también, para que no nos concedamos el placer de cumplirlo con respecto a la religiosa benedictina que nos ayudó en esta tarea. Activa, diligente, incansable abeja, que guiada por seguro instinto, obtenido especialmente por el completo conocimiento de los escritos de Dom Marmión, supo elegir las flores más exquisitas de ese vasto jardín, constituido por la obra del Abad de Maredsous. Cuando estaba en la tierra, trazaba él sobre ella el augusto signo de la bendición de Cristo; que desde lo más alto del cielo, renueve ese fecundo signo de salud, para asegurarle el mérito de los frutos de santificación que su colaboración hará brotar en las almas.

*término beatífico, entrevisto, esperado y revelado con
tanta insistencia apostólica y alegría espiritual por Dom
Marmión.*

19 de junio de 1936, fiesta de San Columba.

D. R. THIBAUT.

DOM COLUMBA MARMION

(† 1923)

José Marmión nació en Dublín, en el año 1858, de padre irlandés y de madre francesa. Terminados sus estudios secundarios, fué admitido en el Seminario de Clonliffe y alcanzó su formación sacerdotal en Roma. Ordenado presbítero en la Ciudad Eterna, en 1881, fué nombrado profesor de filosofía en el Seminario de Clonliffe. Con motivo de una visita que hiciera a Maredsous, de regreso de Italia, sintió el llamado a la vida monástica y en 1886 llegó a aquella Abadía belga, rogando se le admitiese como novicio.

Cuando hubo profesado, desempeñó varios cargos: al principio fué designado profesor de filosofía; más tarde, se le envió como Prior y profesor de teología a Mont-César en Lovaina, donde permaneció diez años. En 1909 fué nombrado Abad de Maredsous, donde murió el 30 de enero de 1923, dejando el recuerdo de un gran monje de intensa vida interior, de un teólogo consumado, de un contemplativo y un apóstol de celo infatigable.

Las conferencias espirituales de Dom Columba Marmión, están reunidas en tres volúmenes: "Cristo, vida del alma", aparecido a fines de 1917; "Cristo en sus misterios", publicado en 1919, y "Cristo, ideal del monje", salido de la imprenta en 1922. Estos libros entraron

a formar parte “de los clásicos de la espiritualidad cristiana”¹ y han valido al autor el título de “maestro” y hasta de “doctor” de la vida espiritual, por parte de los teólogos y escritores pertenecientes a diversas escuelas. Prelados y príncipes de la Iglesia, ratificaron tales juicios; el Soberano Pontífice Benedicto XV (para emplear los propios términos del Papa) “usaba de él para su vida espiritual”; y dirigiéndose a Monseñor Szep-tick, Arzobispo de Lemberg, el Vicario de Cristo le decía: “Leed esto: es la pura doctrina de la Iglesia.” Por esa razón, la difusión de sus obras fué rápida en extremo.

“Esta acogida unánime de la catolicidad” (R. P. Doncoeur, S. J.), se justifica por un conjunto de cualidades que raras veces se encuentran reunidas: la obra de Dom Marmión se basa enteramente sobre el dogma y la teología católica; es una síntesis orgánica y viva, y como la doctrina de la piedad cristiana se organiza en derredor de la persona y obra de Cristo, el autor no tiene otra ambición que hacer brillar con toda su luz y en todos sus relieves, la divina persona del Verbo Encarnado.

Con esta finalidad acudía constantemente a las Sagradas Escrituras y, preferentemente, el mismo Libro Santo es la fuente de donde surge el desarrollo armonioso y la aplicación fecunda de la doctrina. De ahí la unción que emana de sus libros. El Cardenal Mercier, que había elegido a Dom Marmión como confesor, decía: “Dom Columba nos hace alcanzar a Dios”; en todo momento, cada página suya está impregnada de

¹ De Guibert, S. J., *Revue d'ascétique et de mystique*, abril 1930, p. 204.

una atmósfera sobrenatural, atmósfera de oración. De ahí también la luz, la seguridad y la paz.

A esta trilogía se unen otros dos volúmenes: una biografía, "Un maestro de la Vida Espiritual" y una recopilación de cartas, "La Unión con Dios según las cartas espirituales de Dom Marmión". Estos libros, hacen penetrar en la intimidad del doctor de la vida espiritual, añadiendo a la doctrina un nuevo atractivo y una nueva fuerza.

De la biografía, nos complacemos en repetir que la obra es magnífica y emocionante, que en ella se adquiere un conocimiento más completo y profundo de la vida íntima de Dom Marmión. Contentémonos con el siguiente testimonio: "Esta obra bien compuesta, elegante y sobriamente escrita, y sobre todo, colmada de buena médula doctrinal, aventaja a más de un "Tratado de perfección cristiana".¹

Coronando sus obras, la recopilación de sus cartas espirituales nos revela, con más espontaneidad aún, el alma de aquél cuya vida era realmente Cristo. Estas páginas, en las que Dom Marmión se muestra particularmente como un eminente director espiritual, constituyen, ante todo, un tesoro de doctrina. Nuevamente encontramos un carácter profundamente espiritual que no se desmiente nunca y que derrama la abundancia de su corazón a la par que su experiencia. Esa experiencia, unida a una penetración psicológica poco común, así como la más comprensiva y dulce caridad, le llevan a penetrar en los corazones. De esta obra se ha podido escribir: "En el delicado arte de la epístola espiritual, descuella Dom Marmión. Como su doctrina era tan

¹ P. François Jansen, S. J., *Nouvelle Revue Théologique*, 1930, p. 614.

profunda como sencilla, su dirección afirmaba al alma en la convicción, la claridad y la paz. Esa influencia benéfica de su palabra, brota abundantemente de la recopilación de las cartas de Dom Marmión y completa admirablemente el ya clásico¹ *corpus asceticum* (de las obras espirituales de Dom Marmión)”.

¹ D. Bernard Capelle, *Questions Liturgiques et Paraisiales*, febrero 1934.

CICLO TEMPORAL

(Adviento - Pentecostés)

Para estar “llenos de la ciencia de Dios” no tenemos más que mirar la persona de Nuestro Señor, escuchar sus palabras y contemplar sus misterios.

Pero ¿dónde encontramos la exposición de lo que Cristo ha dicho y hecho? En el Evangelio, el cual se encuentra a su vez admirablemente encuadrado y comentado en la Liturgia.

De Adviento a Pentecostés, la Iglesia nos muestra la vida entera de su Divino Esposo, no tan sólo como ésta se encuentra en el Evangelio, sino ilustrada por las profecías, las epístolas de San Pablo, los comentarios de los Santos Doctores: toda la vida de Cristo, íntegra y viviente pasa ante nuestros ojos. La Iglesia nos hace contemplar, uno a uno, en su esplendor característico y su relieve particular, todos los misterios de Jesús; todo lo que ha dicho, todo lo que ha hecho, todo lo que ha realizado en su persona, lo que ha querido para nosotros, se encuentra presentado por la Iglesia, en su lugar propio.

En ninguna otra parte podríamos conocer mejor las acciones de Jesús, las palabras brotadas de sus labios, los sentimientos de su divino Corazón; es el Evangelio vuelto a vivir en cada una de las etapas de la vida terrestre de Jesucristo, Salvador del Mundo, cabeza del cuerpo místico, trayendo consigo a nuestras almas la virtud y la gracia de todos sus misterios.

Fuera de la Liturgia, no existe en ninguna otra parte, una exposición tan completa y tan simple, tan ordenada y tan profunda de todas las maravillas que Dios ha obrado por nuestra salvación y santificación.

La Liturgia es la Revelación en lo que ésta tiene de más perfecto y a la vez de más apropiado para nuestras almas. Es un relato que habla a los ojos del cuerpo y de la imaginación y que conmueve profundamente al alma atenta.

ADVIENTO

El año litúrgico se inicia con el Tiempo de Adviento que termina el día de Navidad.

Las cuatro semanas de preparación a la gran solemnidad celebrando el advenimiento del Hijo de Dios entre los hombres, representan el largo período de espera que precedió a la aparición del Redentor.

Período de esperanza, lleno del clamor de los profetas que anuncian y llaman al Salvador prometido, y del de Juan Bautista en particular, el último de entre ellos, que lo muestra a sus contemporáneos diciendo: "Ecce Agnus Dei"; período de dulce esperanza para la Santísima Virgen que espera la realización del anuncio hecho por el ángel.

La Iglesia hace todo lo posible por establecer en nuestras almas las disposiciones interiores en que vivían los Judíos antes de la venida del Mesías.

Estas semanas de esperanza confiada, de ardorosos llamamientos, preparan las almas para la venida de Cristo a ellas, "para un advenimiento misericordioso, interior, misterioso que se realiza en la fe y que está lleno de fecundidad" en espera del advenimiento final del eterno Amor y de la eterna Justicia.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

La Liturgia de Adviento nos habla sin cesar de misericordia, de redención, de salvación, de liberación, de luz, de abundancia, de paz, de alegría. “Sabed que vendrá el Señor; y en aquel día brillará una gran luz,¹ salta de gozo ¡oh, Jerusalén!”; “la paz llenará la tierra cuando él se muestre”.

Todas las bendiciones que pueden llenar un alma, Cristo las trae consigo: *Cum illo omnia nobis donavit*.

Llenemos nuestros corazones de una confianza absoluta en Aquel que debe venir. Nos tornaremos muy gratos al Padre si creemos que su Hijo Jesús lo puede todo para la santificación de nuestras almas. Puesto que de esta manera proclamamos que Jesús es su igual y que el Padre “le ha dado todo”.

Por otra parte una confianza tal no puede ser frustrada. En la misa del primer domingo de Adviento la Iglesia nos lo asegura no una, sino tres veces: “Todos los que en Ti esperan, Señor, no quedarán confundidos”: *Qui te exspectant non confundentur*.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Dios promete un Salvador después de la culpa; pero miles de años se pasan antes de su venida; miles de años durante los cuales el género humano eleva sus brazos desde el fondo de un abismo sin nombre, de donde no puede levantarse; miles de años durante los cuales acumula sacrificios sobre sacrificios, holocaustos sobre holocaustos, para salir de su servidumbre.

Pero “cuando llega la plenitud de los tiempos”, Dios

¹ Antífona de Laudes del primer domingo de Adviento.

envía al Salvador prometido, al Salvador que debe restaurar la creación, destruir el pecado y reconciliar a los hombres con Dios. ¿Quién es? El Hijo de Dios hecho hombre.

Por ser verdadero hombre, podrá sustituir voluntariamente a todos sus hermanos y hacerse, por decirlo así, solidario de sus pecados; aceptando libremente padecer en su carne pasible para expiarlos, será capaz de merecer. Por ser Dios, sus méritos tendrán un valor infinito, la satisfacción será adecuada, la reparación completa.

La muerte había surgido de una naturaleza humana manchada por el pecado; de una naturaleza humana unida a Dios debía, pues, brotar la fuente de la gracia y de la vida.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Toda la religión del Antiguo Testamento se resume en este grito que brotaba sin cesar del corazón de los patriarcas y de los justos: “¡Envíennos los cielos su rocío! Ábrase la tierra y dénos al Salvador”. La idea de un Redentor futuro flota sobre toda la Ley Antigua; todos sus símbolos, ritos y sacrificios le figuran: *Hæc omnia in figura contingebant illis*. Todos los votos y deseos se concentran en Él. La religión de Israel consistía en la expectación del Mesías Redentor.

Además, la grandeza del misterio de la Encarnación y la majestad del Redentor exigían que su revelación a la raza humana se desarrollara poco a poco. El hombre, una vez caído, no era ni digno de recibir, ni capaz de acoger la manifestación plena del Verbo Encarnado.

A esto es debido que por una economía llena a la vez de sabiduría y de misericordia, Dios nos haya ido descubriendo paulatinamente el velo de este inefable

misterio por boca de los profetas; cuando la humanidad estuviese suficientemente preparada, el Verbo tantas veces anunciado y prometido con tanta frecuencia y por tan largo tiempo esperado, aparecería en este mundo para ser nuestro Maestro.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Nosotros tenemos la dicha inmensa de creer en esta luz que ha de iluminar “a todo hombre que viene a este mundo”; vivimos todavía en la “plenitud dichosa de los tiempos”; no estamos privados, como los Patriarcas, de ver el reino del Mesías. Si no somos de los que han contemplado a Cristo en persona, oído sus palabras y visto cuál pasaba, haciendo bien por todas partes, tenemos en cambio la dicha de pertenecer a “esas naciones de las que David cantó que serían la herencia de Cristo”.

Sin embargo el Espíritu Santo, que dirige a la Iglesia y es el primer autor de nuestra santificación, quiere que cada año consagre la Liturgia un período de cuatro semanas para recordar los cuatro mil años de preparaciones divinas.

¿Y por qué todo eso? En primer lugar porque Dios quiere ser alabado y bendecido en todas sus obras.

Dios quiso, además, que encontrásemos en estas preparaciones una confirmación de nuestra fe.

Y en último término, para prepararnos a las gracias de la venida de Jesucristo a nosotros, puesto que participaremos de estas gracias en proporción a nuestras disposiciones.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Si recorréis los vaticinios sagrados de los profetas de Israel, notaréis que los rasgos con que Dios va delineando la figura del Mesías futuro y precisando los caracteres de su misión, parecen a veces tan opuestos, que se diría no cabe se encuentren en la misma persona.

Tan pronto atribuyen al Redentor prerrogativas que no pueden convenir más que a un Dios, como predicen a este Mesías un cúmulo de humillaciones, contradicciones y acerbos dolores, cual no los pudiera sufrir el más vil de todos los hombres.

En la mayor parte de los profetas podréis notar esta oposición de rasgos con que describen la grandeza y las humillaciones, el poder y la debilidad, los padecimientos y la gloria del Mesías.

Veréis con qué sabiduría tan condescendiente preparaba Dios los espíritus a la revelación del misterio inefable de un Hombre-Dios, Señor Supremo que adoran todas las naciones y a la vez víctima divina por el pecado.

Envíanos, Señor, el Cordero que debe reinar sobre nuestra tierra...

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Isaías, el gran vidente, es tan preciso siempre y tan minucioso que bien puede ser llamado el quinto Evangelista; se diría que narra hechos ocurridos, y no que anuncia los futuros.

El profeta, arrebatado hasta los cielos, proclama "inenarrable la generación del Mesías": *Generationem ejus quis enarrabit?* Le da nombres que jamás llevó hom-

bre alguno: "Se le llamará el Admirable, el Dios fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz"; "nacido de una virgen será llamado Dios con nosotros, Emmanuel". Isaías lo describe levantándose como una aurora, brillante cual foco de luz; lo contempla dando vista a los ciegos y oído a los sordos, haciendo hablar a los mudos y andar a los cojos; lo presenta "establecido Rey y preceptor de las naciones paganas" y oye prometer a Dios con juramento que delante de "este Salvador toda rodilla se doblará y toda lengua confesará su poder".

Y sin embargo, este Redentor será considerado como el último de los hombres, como un leproso herido por Dios y saturado de oprobios, será tenido como un criminal.

SABADO DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

La Iglesia ha querido que el pensamiento de la Virgen María llenase la Liturgia de Adviento; sin cesar canta "la fecundidad de una Virgen, fecundidad admirable, que llena a la naturaleza de asombro".

El seno virginal de María era un santuario immaculado donde ella ofrecía el incienso purísimo de su adoración y de su homenaje.

Esta humilde Virgen es la reina de los patriarcas, vástagos de su noble y santa prosapia, y el Niño que luego dará al mundo es Aquel que resume en su persona toda la magnificencia de las antiguas promesas.

Ella es también la reina de los profetas puesto que dará a luz al Verbo eterno, por quien hablaban todos los profetas; su Hijo realizará todas las profecías y Él mismo anunciará a los pueblos "la buena nueva de la redención".

Pidámosle humildemente que nos haga participar de sus disposiciones. Ella escuchará nuestra oración y nosotros tendremos la inmensa dicha de ver a Cristo nacer de nuevo en nuestros corazones por la comunicación de una gracia más abundante.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

La Iglesia, al mismo tiempo que presenta ante nuestros ojos las profecías para que las leamos, sobre todo las de Isaías, pone también en nuestros labios las aspiraciones y suspiros de los antiguos justos. Quiere ver preparadas para la venida de Cristo a nuestras almas, del mismo modo que Dios quería que los judíos estuviesen dispuestos a recibir a su Hijo: “Envía, Señor, a Aquel que has prometido”. “¡Ven, Señor, ven a perdonar los pecados de tu pueblo! Señor, manifiesta tu misericordia y haz que aparezca el autor de nuestra salvación.¹ ¡Ven, a libranos, Señor, Dios omnipotente! Excita tu poder y ven”.

La Iglesia nos hace repetir estas aspiraciones durante el Adviento; hagámoslas nuestras, apropiémonoslas con fe, y Jesucristo nos enriquecerá con sus gracias. Pues Cristo se da a la medida del deseo que tenemos de recibirlo; y “los deseos aumentan la capacidad del alma que los expresa”: *Dilata os tuum, et implebo illud.*

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Debemos mantenernos en un gozo continuo dentro de la modestia y la humildad.

¹ Ofertorio de la Misa del día.

Nuestro gozo debe ser grande a causa de todas las gracias que hemos recibido por Jesucristo, Él se ha dado por nosotros, nos ha rescatado, nos ha ofrecido al Padre y nos ha llenado de su vida: *Christus pro peccatis nostris mortuus est, justus pro injustis, ut nos offerret Deo, mortificatus quidem carne, vivificatus autem spiritu.*

Justus pro injustis. Nosotros somos los pecadores, los injustos. He ahí por qué debemos ser modestos y humildes. Nosotros estamos llenos de miserias y debilidades, pero Jesucristo ha querido tomar todas estas miserias a fin de comunicarnos su fuerza. En la misma medida que reconozcamos nuestra miseria, y aceptemos participar en la Pasión de Jesús, en esta misma medida participaremos de su fuerza divina: *Gloriabor in infirmitatibus meis. . . Cum infirmor tunc potens sum.*

Llegamos a ser entonces el objeto de la misericordia divina y de las complacencias del Padre Celestial que ve en nosotros a su Hijo.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

La santidad de Juan Bautista aparecía tan grande, que los Judíos venían a preguntarle si era el Cristo esperado. Pero él, prevenido de los favores divinos, contestaba que él era enviado para ser la Voz que grita: "Preparad el camino al Señor, porque va a venir".

Los otros profetas no vieron al Mesías, sino de lejos; él lo designa con el dedo y en términos tan claros, que todos los corazones sinceros lo comprenden: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí Aquel a quien toda la raza humana desea, porque ha de borrar los pecados del mundo": *Ecce Agnus Dei.* "No le conocéis todavía,

aunque está en medio de vosotros”: *Medius vestrum stetit quem vos nescitis*; “Es mayor que yo, porque existía antes que yo; es tan grande que no soy digno de desatar la correa de su calzado; tan grande que he visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y posarse sobre Él; yo le he visto y doy testimonio que es Hijo de Dios”.

Por estas palabras el Precursor acaba de preparar las almas para recibir al Mesías.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Cuando el Precursor anuncia al mundo la venida del Salvador, ¿con qué términos lo designa?: “He aquí al Cordero de Dios”: *Ecce Agnus Dei*. Y ¿cuál es la característica del Cordero? Dejarse inmolar sin resistencia, dejar hacer de él lo que se quiera. Esta misma es la imagen que había dado del Mesías, el profeta Isaías.

Vedle: desde el primer instante de su Encarnación, Jesucristo se abandona a todos los designios y deseos del Padre: “Heme aquí ¡oh Padre!, para cumplir tu voluntad”.

Éste es el primer movimiento de su corazón sagrado, no es tan sólo una palabra de obediencia, sino también un acto de abandono a todas las humillaciones y a todos los sufrimientos que le esperan.

¡Qué instantes más solemnes para el alma de Jesús, estos primeros momentos de la Encarnación! ¡Qué instantes para el género humano!

¿Qué criatura podrá calcular el amor de Cristo en este acto? ¿Quién conocerá su intensidad y descubrirá su esplendor? Sólo el silencio y la oración pueden sondear algo de este misterio.

MIÉRCOLES DE TEMPORAS DE ADVIENTO

En el instante que la Virgen ha pronunciado su *Fiat*, todo el género humano ha dicho a Dios por boca de María: “Sí, Dios mío, sí acepto; así sea.”

Y entonces mismo el Verbo se encarna en las entrañas purísimas de María por obra del Espíritu Santo: *Et Verbum caro factum est*. El seno de la Santísima Virgen viene a ser el arca de la Nueva Alianza entre Dios y los hombres.

Cuando la Iglesia canta, en el Credo, este misterio: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine et homo factus est*, obliga a sus ministros a doblar la rodilla en señal de adoración.

Adoremos con ellos a este Verbo Divino que se hace hombre por nosotros en el seno de una virgen; adorémosle con tanto más amor cuanto El se humilla más tomando la “condición de criatura”. Adorémosle en unión con María, la cual, iluminada de lo alto, se postra delante de su Creador hecho Hijo suyo.

Saludemos después a la Santísima Virgen y démosle gracias por habernos dado a Jesús; pues a su consentimiento lo debemos: *Per quam meruimus Auctorem vitæ suscipere*.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Cuando recibimos a Cristo en la Sagrada Mesa, podemos contemplarle y entretenernos con El en cualquiera de sus misterios.

Podemos unirnos a Cristo como viviendo *in sinu Patris*, igual a su Padre, Dios como El; aquel que adoramos en nosotros mismos, lo adoramos como a Verbo co-eterno con el Padre, el mismo Hijo de Dios.

Podemos adorarle como le adoraba la Virgen María cuando el Verbo Encarnado moraba en su seno purísimo, antes de aparecerse al mundo.

Sólo en el cielo sabremos con qué respeto y amor la Virgen se prosternaba interiormente delante del Hijo de Dios, que tomaba de ella nuestra carne.

Pensemos después de la comunión que el Verbo eterno, que está *in sinu Patris*, está de la misma manera en nosotros *in sinu peccatoris*. Este pensamiento nos incitará a la adoración y a la acción de gracias. Digamos al Padre: “Yo soy el «Amén» de Jesús. ¡Amén! que vuestro hijo bienamado, el Verbo, diga por mí todo lo que se deba decir.”

VIERNES DE TEMPORAS DE ADVIENTO

Ved a la Virgen María elegida entre todas las mujeres para ser la Madre del Verbo Encarnado: “Saldrá un tallo del tronco de Jesé y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre él el espíritu del Señor.”¹ Después de la humanidad de Jesús, ninguna criatura fué colmada de más gracias que María: *Ave gratia plena*. Ella sin duda alguna, tenía conciencia de este privilegio.

Cuando su prima Isabel la felicita por su maternidad divina,² María no niega el favor insigné de que es objeto. Reconoce que es un privilegio único y que se cumplirán “cosas tan grandes”, tan maravillosas que “todas las naciones la proclamarán dichosa”.

Pero si bien María no niega estas gracias, ella no se vanagloria de ellas, sino que, al contrario, da toda la

¹ Epístola de la Misa.

² Evangelio de la Misa.

gloria al Padre, al Todopoderoso que las ha obrado en ella: *Magnificat anima mea Dominum*. He ahí la conducta del alma humilde.

La verdadera humildad no niega los dones de Dios; usa de esos dones pero da toda la gloria a Aquel de quien los ha recibido.

SABADO DE TEMPORAS DE ADVIENTO

¿Quién fué el ser mejor dispuesto para la venida del Mesías? Sin duda alguna la Virgen María. Cuando el Verbo vino a este mundo, encontró el corazón de esta Virgen perfectamente preparado y capaz de recibir los tesoros divinos con que se disponía a enriquecerla.

¿Cuáles eran las disposiciones de su alma?

Seguramente que poseía todas las virtudes de un modo perfecto; pero hay una que brilla con un esplendor muy particular: es su pureza virginal. María es Virgen, y tiene en tanta estima su virginidad que se lo hace notar al Angel, cuando éste le propone el misterio de la maternidad divina.

He aquí la primera disposición que atrae a Jesucristo: una gran pureza.

Pero nosotros somos pecadores; pidamos la humildad de Magdalena, el amor del arrepentimiento y de la penitencia. “¡Oh Cristo Jesús, yo no soy digno de que entréis en mí; reconozco mi miseria, la confieso; venid a librarne de ella, Vos que sois la misericordia misma; venid a librarne, Vos que sois Topoderoso!” *Veni ad liberandum nos. Domine Deus virtutum!*

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

Ved la confianza de los judíos en el Mesías.

Para ellos, el Mesías lo era todo, resumía todas las aspiraciones de Israel, los votos del pueblo, las esperanzas de la raza. ¡Cuán confiadas e impacientes se iban haciendo las ansias de los judíos! “Venid, Señor, no tardéis”; “mostradnos solamente vuestro rostro y seremos salvos”.

Pero, ¡cuánto mejor no se verifica todo esto, en nosotros que poseemos a Cristo Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre! ¡Oh! si comprendiésemos bien lo que es la santa humanidad de Jesús, tendríamos en ella una confianza inquebrantable. En ella están todos los tesoros de ciencia y sabiduría; en ella permanece la divinidad misma; este Hombre-Dios que viene a nosotros es el Emmanuel, es “Dios con nosotros”, es nuestro Hermano primogénito. El Verbo se ha desposado con nuestra naturaleza, ha tomado sobre sí nuestras flaquezas para experimentar lo que es el dolor; viene a nosotros para que participemos de su vida divina; cuantas gracias podemos esperar y apetecer las posee Él con plenitud para repartirlas entre los hombres.

Dejemos, pues, que nuestros corazones rebosen de confianza, ya que de Cristo, y sólo de Él, nos viene la salud.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

La economía de la misericordia divina estriba toda en la fe; ésta es el “fundamento y la raíz de toda justificación”.

Sin fe, la misma presencia material de Jesucristo no podría producir en las almas la plenitud de sus efectos.

Ahora bien, la fe se nos comunica por la acción interior del Espíritu Santo cuando oímos exponer las verdades divinas por los profetas y predicadores: *Fides ex auditu*.

Al recordar Dios con tanta frecuencia sus antiguas promesas, al ir perfilando en los escritos proféticos la figura excelsa del futuro Redentor, quería producir en los corazones de los justos de la Antigua Ley las disposiciones requeridas para que la venida del Mesías les fuese provechosa.

Cuanto más llenos de fe y de confianza estaban los justos de la Vieja Alianza en las promesas de los profetas, tanto más ardiente era su deseo de verlas realizadas y mejor preparados se hallaban para recibir los raudales de gracias que el Salvador del mundo traía consigo.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

La vida divina, tan soberana, que únicamente Dios tiene el derecho de vivirla, esa vida eterna, comunicada por el Padre al Hijo único, y por los dos a su común Espíritu, quiere Dios que sea participada también por las criaturas; y por un transporte de amor que tiene su origen en la plenitud del ser y del bien que es el mismo Dios, esa vida va a desbordarse del seno de la divinidad para alcanzar y beatificar, elevándolos sobre su naturaleza, a los seres sacados de la nada.

Y he aquí que el Hijo único, que vive eternamente en el seno del Padre, se une en el tiempo a una naturaleza humana; la vida divina, comunicada plenamente a esta humanidad, hace de ella la propia humanidad del Hijo de Dios. Tal es la obra admirable de la Encarnación.

Pero este Hijo, que por naturaleza es el único del Pa-

dre eterno: *Unigenitus Dei Filius*, no aparece en la tierra sino para llegar a ser el primogénito de todos los que le han de recibir. La misma vida divina que, comunicada del Padre al Hijo, pasa del Hijo a la humanidad de Jesús, circulará por medio de Cristo en todos aquellos que la quieran aceptar, y los impulsará hasta el seno beatificante del Padre.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Dios guarda intacto el depósito de las promesas en su pueblo escogido por una larga serie de milagros, y las confirma y desarrolla sin cesar por las profecías y aun se sirve la divina Sabiduría de las diversas cautividades del pueblo judío prevaricador, para llevar el conocimiento de estas promesas a las naciones extranjeras, a las cuales conduce suavemente por el sendero de sus destinos.

No ignoráis cómo durante este largo período de cuarenta siglos, Dios, que “tiene los corazones de los reyes en su mano” y cuyo poder iguala a su sabiduría, funda y derriba, uno tras otro, los imperios más pujantes. Al imperio de Nínive, que se extiende hasta Egipto, hace suceder el de Babilonia. Ciro, a quien Dios llama “su servidor”, y Alejandro, se convierten en amos del mundo hasta que Roma toma las riendas de todas las naciones.

Mas ya ha llegado la “plenitud de los tiempos”: el pecado y el error inunda el universo; el hombre siente por fin la debilidad en que le reticne su orgullo; todos los pueblos tienden los brazos hacia este Libertador tantas veces prometido y tan largo tiempo esperado: *Et veniet desideratus cunctis gentibus.*

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

¿Cómo participamos de la vida que nos suministra Jesucristo, el Verbo encarnado? ¿Recibiendo a Jesucristo por la fe?

“A todos los que lo han recibido, Él ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios, a los que han creído en su nombre y que... han nacido de Dios”: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus... qui ex Deo nati sunt.*

Nuestro acceso a esta vida nueva es un verdadero nacimiento y este nacimiento se hace por medio de la fe y del bautismo, el sacramento de la adopción. Así San Juan escribe que “aquel que cree en el Hijo de Dios ha nacido de Dios”.

Así pues, para “nacer de Dios”, para “ser hijo de Dios” debemos creer en Jesucristo y recibirle. La fe es el fundamento de esta vida sobrenatural que nos hace participar de una manera inefable de la vida divina; la fe nos introduce en esta esfera sobrenatural fuera del alcance de los ojos del mundo.

¡Única vida verdadera, porque no concluye como la vida natural con la muerte, sino que se continúa en una felicidad eterna!

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

La venida del Hijo de Dios a la tierra fué un tan fausto acontecimiento, que quiso Dios ir preparándolo durante muchos siglos; de modo que ritos y sacrificios, figuras y símbolos mosaicos nos hablaban ya de Cristo, predicho y anunciado por boca de los profetas, que, unos tras otros, se iban sucediendo en Israel.

Guiada la Iglesia por el Espíritu Santo, ha hecho suyos los suspiros de los patriarcas, las aspiraciones de los antiguos justos y los anhelos del pueblo escogido para ponerlos en nuestros labios y llenar nuestro corazón, queriendo que nos preparemos al advenimiento de Cristo como si este nacimiento se renovase en nuestra presencia.

Ved también, cómo la Iglesia al conmemorar la venida de su divino Esposo a la tierra, despliega el esplendor de sus pompas, y celebra con todas las galas de su esplendor litúrgico el nacimiento del "Príncipe de la paz", del "Sol de justicia" que aparece en medio de "nuestras tinieblas para iluminar a todo hombre que viene a este mundo"; además otorga ese día a sus sacerdotes el privilegio de ofrecer tres veces el santo sacrificio de la Misa.

SABADO DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Llega a los límites de lo inefable la vida interior de la Virgen durante esos días. Vivía en unión íntima con el Niño Dios que llevaba en su seno.

Este seno virginal de María era un santuario inmaculado de donde ella hacía subir el incienso de sus alabanzas.

El alma de Jesús estaba, por la visión beatífica, sumida en la luz divina; esta luz reverberaba en su Madre; a los ojos de los ángeles, María aparece cual "mujer vestida de sol": *Mulier amicta sole*, y envuelta en los celestiales resplandores que salían de su Hijo.

¡Cuáles no serían los sentimientos y cuán rendida la fe de María! A impulsos de esa misma fe, la Virgen revolvía en su corazón purísimo aquellos misterios inefables y reunía como en precioso ramillete las aspiraciones

todas, los anhelos y votos de todo el género humano, que desde tanto tiempo estaba esperando con ansias a su Salvador y a su Dios. ¡Cuáles, pues, no serían sus encendidos deseos! ¡Qué confianza tan firme la suya! ¡En qué ardores de amor no se derretiría su virginal corazón!

VIGILIA DE NAVIDAD

Todos los misterios de Cristo rebosan de vida; no son únicamente una realidad histórica cuyo recuerdo conmemoramos, sino una solemnidad que contiene en sí misma una gracia peculiar, una virtud especial, que debe hacernos vivir de la vida misma de Cristo, del que somos miembros, y pasar por todos sus estados.

Así la Iglesia celebra en Navidad el nacimiento de su divino Esposo, *tamquam sponsus procedens de thalamo*.

Es verdad que Jesucristo mora ya en nosotros por la gracia santificante, pero la Iglesia quiere que esta gracia se renueve, que vivamos una vida nueva más libre de pecado, más limpia de imperfecciones, más despegada de nosotros mismos y de las criaturas.

Quiere sobre todo, hacernos comprender que Jesucristo, a cambio de la humanidad que toma de nosotros, nos dará su divinidad y se posesionará perfectamente de nosotros: será su venida como la gracia de un nuevo nacimiento divino en nosotros: *Ut, tua gratia largiente, per haec sacrosancta commercia, in illius inveniamur forma, in quo tecum est nostra substantia.*

TIEMPO DE NAVIDAD

Navidad y Pascua son como los dos polos de un eje alrededor del cual gravita el año cristiano.

Navidad tiene su preparación en Adviento como Pascua durante la Cuaresma; Navidad y Epifanía rigen "el tiempo después de Epifanía"; como Pascua y Pentecostés rigen "el tiempo pascual" y "el tiempo después de Pentecostés".

Navidad recuerda el misterio inefable de la Encarnación "que hace a Dios visible para que nosotros podamos escucharlo, imitarlo y unirnos a Él".

El Verbo asume la naturaleza humana para aparecer en este mundo; en cambio nos concede una participación en su divinidad "¡Oh, cambio admirable!" "El Creador del género humano, revistiendo cuerpo y alma, se ha dignado nacer de una Virgen y apareciendo aquí abajo como hombre, nos ha hecho participar de su divinidad."

Para este período litúrgico se han elegido textos que ponen de relieve el sentido doctrinal de la Encarnación, tema familiar al gran Abad cuya espiritualidad es por excelencia "cristocéntrica" y que insiste particularmente sobre este pensamiento agustiniano: Factus Deus homo, ut homo fieret Deus: "Dios se ha hecho hombre, para que el hombre llegara a ser Dios."

NAVIDAD

¿Cuál es la gracia peculiar del misterio de Navidad?
¿Qué fruto hemos de sacar de la contemplación del Niño Dios?

La Iglesia misma nos lo indica en la Misa de media noche: "Dignaos, Señor, aceptar la oblación que os presentamos en la solemnidad de este día, y haced que por vuestra gracia y mediante este intercambio santo y sagrado, nos hagamos partícipes de aquella divinidad con

la cual fué unida nuestra substancia humana por el Verbo.

Hacernos participantes de la Divinidad con la cual se halla unida nuestra humanidad, en la persona de Cristo, y recibir este don divino mediante esta misma humanidad, he ahí la gracia propia del misterio de este día.

Es un intercambio humano-divino; el Niño que hoy nace es hombre y Dios, y la naturaleza humana que Dios asume le ha de servir de instrumento para comunicar su divinidad: "...así como el Niño que acaba de nacer con naturaleza humana se manifiesta igualmente Dios, así también este pan y este vino, substancias materiales, nos confieren lo que es divino".¹

26 DE DICIEMBRE. SAN ESTEBAN MARTIR

¡Si conocieseis el don de Dios, decía Nuestro Señor, si supieseis quién es "el Hijo que os ha sido dado"! ¡si le recibieseis sobre todo cual Él se merece! No se diga de nosotros: "Vino a sus propios dominios, y los suyos no le recibieron".

Todos somos, por efecto de la creación, objeto del dominio divino y pertenencia suya; pero hay quienes no quisieron recibirle en este mundo. ¡Cuántos judíos y paganos rechazaron a Cristo tan sólo por verle en la humildad de una carne pasible!

Pues ¿cómo hemos de recibirle?

Con la fe. Aquellos que creyeron en su persona, en su palabra, en sus obras, aceptaron a este Niño como Dios, y por Él les fué dado ser hijos de Dios: *Ex Deo nati sunt*.

¹ Secreta de la Misa.

Acerquémonos, pues, al Niño-Dios, con fe ardiente y sin echar de menos el no haber vivido en Belén para recibirle, pues Él mismo se nos entrega realmente en la Sagrada Comunión, aunque nuestros sentidos no le reconozcan. En el tabernáculo y en el pesebre encontramos al mismo Dios, lleno de poder y majestad, el único Salvador lleno de bondad. *¡Venite, adoremus!*

27 DE DICIEMBRE. SAN JUAN, APOSTOL Y
EVANGELISTA

Antes de considerar los misterios que se encierran en la Encarnación, debemos contemplar la divinidad de Jesucristo. Todos los misterios de Jesucristo se fundan en su divinidad y de ahí les viene toda su grandeza, toda su fecundidad.

Existe una gran diferencia en el modo de comenzar el Evangelio de San Juan y el de los otros evangelistas. Estos empiezan describiendo la genealogía humana de Jesús a fin de demostrar cómo desciende de la estirpe de David. Pero San Juan desdeñando posar sus pies en la tierra, se eleva cual águila, por un impulso maravilloso, hasta lo más alto de los cielos, para decirnos lo que pasa en el santuario de la Divinidad!

Antes de relatarnos la vida de Jesús este evangelista nos dice lo que Cristo era antes de su Encarnación: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios..."

Y para garantizar su testimonio añade inmediatamente "que nadie ve a Dios, pero el Hijo único que está en el seno del Padre, Él mismo nos ha revelado los secretos del cielo".

La humanidad de Cristo hace a Dios visible; pero sobre todo —aquí es donde la Sabiduría divina se muestra “admirable”— hace que Dios sea pasible.

El pecado que ha destruído en nosotros la vida divina, exigía una cumplida satisfacción, una expiación, sin la cual era imposible recuperarla. Ahora bien, siendo el hombre simple criatura, estaba incapacitado para dar satisfacción por una ofensa de una malicia infinita, y por otra parte, la Divinidad no podía sufrir ni expiar.

¿Cómo se resolverá este problema? En la Encarnación hallamos la respuesta.

Mirad al Niño de Belén hecho carne. El Verbo nos pide una naturaleza humana para encontrar en ella el poder sufrir, expiar, merecer. El hombre se apartó de Dios por la carne y Dios libra al hombre, haciéndose carne.

La carne que asume el Verbo de Dios se convertirá en instrumento de salvación para toda carne. *O admirabile commercium!*

29 DE DICIEMBRE. SANTO TOMAS DE CANTORBERY,
OBISPO Y MARTIR

Desde el primer instante de su Encarnación aceptó Cristo cumplir la voluntad de su Padre y se ofreció como víctima por todo el género humano: *Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam et oblationem noluit; corpus autem aptasti mihi. . . Et tunc dixi: Ecce venio... ut faciam Deus voluntatem tuam.* “Por esta oblación de principio Cristo a la obra de nuestra santificación”; e inaugura en el pesebre aquella vida trabajosa que quiso llevar por nuestra salvación, cuyo término será el

Gólgota, vida que destruye el pecado y nos devuelve la amistad de su Padre. El pesebre no es más que la primera etapa, que encierra en sí el germen de todas las futuras penalidades.

Puesto que la humanidad que el Verbo hace suya es pasible, ella sufrirá y expiará. Estos sufrimientos y estas expiaciones que son sus obras, pertenecerán como toda ella al Verbo.

Y a estos sufrimientos comunicará la Persona divina un valor infinito que rescatará al mundo, destruirá el pecado y hará sobreabundar la gracia en las almas como un río impetuoso y fecundo.

DOMINGO EN LA OCTAVA DE NAVIDAD

El plan de Dios "de enviar a su propio Hijo" a este mundo para rescatar a los hombres perdidos por la culpa, y devolverles todos sus títulos y derechos a la herencia de hijos y la bienaventuranza eterna, es la obra maestra de la sabiduría y del amor divinos.

El mirar de Dios no es como el nuestro; sus pensamientos superan a los nuestros cuanto se eleva el cielo por encima de la tierra.

Pero donde brilla de un modo sorprendente la grandeza de la Providencia de Dios, es en la obra de la Encarnación y de la Redención.

Tan grande es esta obra y anda tan estrechamente unida con la vida de la Santísima Trinidad, que ha "permanecido oculta durante siglos enteros en las profundidades de los secretos divinos": *Sacramentum absconditum a saeculis in Deo.*

La Encarnación realiza esta maravilla inaudita: los hombres han visto al mismo Dios vivir en medio de

ellos. ¡Y qué gozo por cierto ver a todo un Dios que se manifiesta en nosotros, no ya con el resplandor de su omnipotencia que deslumbra ni en la gloria indecible de su soberanía, sino bajo el velo de una humanidad pobre, humilde y débil que nosotros podemos ver y palpar!

30 DE DICIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE
NAVIDAD

La Virgen ve en este niño semejante a todos los otros, el propio Hijo de Dios. El alma de María estaba llena de una fe inmensa, fe que comprendía y aventajaba a la de los justos todos del Antiguo Testamento; por eso reconoce ella en su Hijo a su Dios.

Esta fe se traducía al exterior por un acto de adoración. Desde la primera mirada que dirigió a Jesús, la Virgen María se prosternó interiormente en una adoración de profundísimo respeto.

En el corazón de María se reunía con una armonía perfecta, la adoración de una criatura para con su Dios y el amor de una madre para con su hijo único.

¡Cuál no sería, pues, la alegría del alma de Jesús al sentirse tan amado por tan bendita madre! Entre estas dos almas se producían mutuas e incesantes correspondencias que avivaban su unión. Tales eran las donaciones de Jesús a María y tal la correspondencia de María a Jesús, que después de la unión de las divinas personas en la trinidad y la unión hipostática de la Encarnación, no se puede concebir cosa más grande y admirable. *O admirabile commercium!*

¡Oh, Padre Eterno!, humildemente postrados a vuestros pies, consagramos todo nuestro ser a la gloria de vuestro Hijo Jesús, el Verbo encarnado. Vos lo habéis proclamado rey de nuestras almas; someted a El nuestras almas, nuestros corazones, nuestros cuerpos y que nada en nosotros se mueva sin sus órdenes, sin su inspiración. Que unidos a El seamos llevados a vuestro seno y abrazados en la unidad de vuestro amor.

¡Oh, Jesús, unidnos a Vos en vuestra vida santa; enteramente consagrada a vuestro Padre y a las almas. Sed “nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra redención, nuestra santificación, nuestro todo”. Santifícadnos en verdad.

¡Oh, Espíritu Santo! Amor del Padre y del Hijo, estableced como una hoguera de amor en el centro de nuestros corazones, y llevad siempre hasta el seno del Padre como llamas ardientes, nuestros pensamientos, afectos y acciones. Que nuestra vida entera sea un *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*.

¡Oh, María! Madre de Jesucristo, Madre del Santo Amor, formadnos según el corazón de vuestro Hijo.

10. DE ENERO. LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR

“En cambio de la humanidad que ha tomado de nosotros, el Verbo encarnado nos ha entregado su divinidad”.¹ Así se verificó el contrato más admirable que se pueda celebrar.

Puesto que este Niño es el mismo Hijo de Dios, posee, como su Padre y con su Padre la vida divina;

¹ Antífona de los Laudes de la fiesta.

en Él “habita corporalmente la plenitud de la divinidad”; en Él se “hallan reunidos los tesoros de la divinidad”.

Mas no los posee únicamente para sí mismo; antes parece que sólo ansía comunicarnos la vida divina, que es Él mismo: *Ego sum vita*. Para eso viene: *Ego veni ut vitam habeant*. Un Niño nos ha nacido y nos ha sido dado el Hijo: *Puer natus est nobis et Filius datus est nobis*.¹ Al hacernos participar de su cualidad de Hijo, nos constituye hijos de Dios; lo que Jesucristo tiene por naturaleza, lo tenemos nosotros por gracia. El Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre, era el autor de nuestra generación divina. De modo que, aun siendo el Hijo único, llegará a ser el primogénito de una multitud de hermanos: *Ut sit ipse primogenitus in multis fratribus*.

2 DE ENERO. EL SANTO NOMBRE DE JESUS

La Iglesia comienza el año con el nombre de Jesús. Coloquemos este nombre sobre nuestros labios y nuestro corazón. Nuestros esfuerzos son débiles, pero unidos a Él y a sus méritos, son de un valor enorme a los ojos de Dios: “Por Él y con Él, y en Él, sea dada al Padre toda honra y gloria”.

La Iglesia imprime el nombre adorable de Jesús en todo el año: “Ha sido llamado con el nombre de Jesús”. Siento un gran deseo de imprimir este nombre bendito en todo mi ser, en todas mis acciones “con el fin de merecer realizar buenas obras en nombre del Hijo bienamado”.

¹ Introito de la Misa de Navidad y de la Circuncisión.

Comprendo cada vez con mayor claridad que el Padre ve todo en su Hijo; ama a todo en su Hijo, puesto que le pertenece enteramente. Somos gratos a sus ojos en la medida en que nos ve en su Hijo: “el que mora en mí y en quien yo moro dará muchos frutos”. La cosa más pequeña, hecha en nombre de Jesús por su amor, es más grande a los ojos de Dios que las cosas más extraordinarias hechas en nuestro propio nombre.

He ahí por qué San Pablo nos dice: “Lo que hagáis, de palabra o de obra, hacerlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo”.

3 DE ENERO. OCTAVA DE SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA

Al empezar el Evangelio y después de haber celebrado la gloria del Verbo divino, hace notar San Juan que el Verbo vino a este mundo y que el mundo, por Él creado, a Él sometido, y “suyo”, no le recibió.

Pero añade: lo reciben cuantos creen en su nombre: *Quotquot autem receperunt eum... qui credunt nomine ejus...* Recibimos nosotros al Verbo encarnado por la fe, mediante la cual, también acatamos la divinidad de Jesús: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”.

Ésta es la disposición que nos exige el Padre Eterno. “Este es su mandato —dice también San Juan—: que creamos en su Hijo Jesucristo”. *Et hoc est mandatum ejus: ut credamus in nomine Filii ejus.* Él mismo nos lo ha dicho: “Este es mi Hijo muy amado, escuchadle”.

Agradamos mucho a nuestro Padre celestial, cuando, acatando su testimonio, confesamos que Jesús es su propio Hijo, que le es coeterno y copartícipe de la gloria

divina: *Tu solus altissimus, Jesu Christe... in gloria Dei Patris.*

“Mi Padre os ama, decía Jesús a sus apóstoles, porque vosotros me amáis y creéis que yo he nacido de Él”.

4 DE ENERO. OCTAVA DE LOS SANTOS INOCENTES

Si contemplamos con fe y amor al Niño Jesús en su cuna, veremos en Él el ejemplo de muchas virtudes; y si sabemos prestar el oído de nuestro corazón a cuanto nos dice, aprenderemos muy sabias lecciones; si repasamos las circunstancias de su nacimiento, veremos cómo la humanidad sirve de instrumento al Verbo; no sólo para instruirnos, sino también para elevar, vivificar y hacer agradables nuestras almas a su Padre, y despegarnos de las cosas transitorias y de nosotros mismos para elevarnos hasta Él.

De rico que era, Jesucristo se ha hecho pobre. No ha nacido en un palacio; su Madre no habiendo encontrado lugar en la hostería, ha tenido que refugiarse en una gruta; el Hijo de Dios, Sabiduría eterna, ha querido nacer en la desnudez y acostarse sobre la paja.

“Revístese la divinidad de nuestra carne mortal y por el hecho de rebajarse Dios hasta vivir la más oscura vida humana, es elevado el hombre hasta lo divino”: *Dum divinitas defectum nostrae carnis suscepit, humanum genus lumen quod amiserat, recepit. Unde enim Deus humana patitur, inde homo ad divina sublevatur.* (San Gregorio).

VIGILIA DE EPIFANIA

La luz divina deslumbra demasiado para que pueda penetrar con todos sus esplendores en nuestra débil mirada, y por eso se ha cubierto con los velos de la humanidad: el Verbo se revistió de nuestra carne para que, por entre ese celaje, pudiéramos contemplar la divinidad.

Jesucristo es Dios puesto a nuestro alcance aparecido en una existencia genuinamente humana; sólo el velo de la humanidad impide que nos deslumbre el fulgor infinito y radiante de su divinidad.

Esta manifestación de Dios a los hombres es un arcano tan inaudito, y obra de tanta misericordia, que constituye uno de los caracteres más esenciales de la Encarnación. Por eso, en los primeros días de la Iglesia, no había día especial para festejar de una manera particular el nacimiento del Salvador en Belén, sino que se celebraba en la fiesta de las "Teofanías" o de las "manifestaciones divinas" en la persona del Verbo encarnado: manifestación a los Magos en Belén, junto al Jordán en el bautismo de Jesús, en las bodas de Caná, donde Jesús obró su primer milagro. Ahora, para nosotros la fiesta de Epifanía tiene por objeto casi exclusivo la manifestación del Salvador a la gentilidad, en la persona de los Magos.

6 DE ENERO. EPIFANIA DE NUESTRO SEÑOR

Los Magos en Belén representaban a los gentiles llamados a la luz del Evangelio. Su conducta nos muestra las cualidades que debe tener nuestra fe.

Lo que aparece sobre todo, es la generosa fidelidad de esta fe. Es admirable la fidelidad de los Magos a

la inspiración de la gracia. No dan abrigo en su espíritu a la duda. No oponen reparo alguno; y ni la indiferencia, ni el escepticismo de su cortejo, ni la desaparición de la estrella los arredra. Obedecen sin demora y con constancia al llamamiento divino: "Hemos visto, dicen, su estrella en Oriente y venimos"¹; nos hemos puesto en camino luego de habérsenos mostrado.

Los Magos son pues, nuestros modelos.

Si escuchamos el llamamiento divino con fidelidad, si vamos generosamente adelante, puestos los ojos en la estrella, de seguro llegaremos a Jesucristo, vida de nuestras almas.

Y cualesquiera que sean nuestros pecados, nuestras faltas, nuestras miserias, Jesús nos acogerá con bondad, pues lo ha prometido: "Todos los que me trae mi Padre, vendrán a mí, y el que viniere a mí, no será desechado".

7 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

Dios fué quien hizo aparecer la estrella para guiar a los Magos hasta la cuna, y Él mismo los iluminó por esta causa; en aquel niño reconocieron a su Dios.

El Evangelio nada nos dice de los coloquios que entre sí tendrían; pero ya se ve cual fué su fe, cuando "prosternándose, adoraron al Niño".

La Iglesia desea que nos asociemos a esta adoración de los Magos; y así durante la santa Misa, al pronunciarse estas palabras, nos manda doblar la rodilla en señal de confesar también nosotros la divinidad del Niño de Belén.

Adorémosle con fe rendida, pues Dios exige de nosotros que, mientras vivamos en esta peregrinación, to-

¹ Evangelio de la Misa.

da la actividad de nuestra vida interior se encamine a la unión con Él por la fe.

La fe es la luz que nos hace ver a Dios en el Niño de la Virgen y oír la voz de Dios en las palabras del Verbo encarnado, y seguir los ejemplos de un Dios en las acciones de Jesús, y apropiarnos de los méritos infinitos de un Dios por los dolores y satisfacciones de un hombre que padece como nosotros.

8 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

Los dones que ofrecen los Magos son muy significativos.

El oro, el máspreciado de los metales es símbolo de la realeza, y significa el amor y la fidelidad que el vasallo debe a su rey.

El incienso es de todos reconocido como emblema del culto divino, ya que no se ofrece sino a Dios.

Finalmente fueron bien inspirados al ofrecerle la mirra. La mirra significaba que Jesucristo era hombre y hombre pasible, que un día debía morir; simboliza también el espíritu de penitencia y de inmolación que caracteriza la vida de los discípulos del Crucificado.

Siempre que nos acerquemos a Jesucristo, llevémosle como los Magos nuestros presentes, pero presentes que sean dignos de Aquel a quien los ofrecemos. Ofrecámosle oro por medio de una vida llena de amor y fidelidad. Presentémosle incienso creyendo en su divinidad y reconociéndola en nuestras adoraciones y súplicas. Llevémosle mirra uniendo nuestras humillaciones, sufrimientos y lágrimas a las suyas.

9 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

Sucede a menudo que desaparece la estrella. Ora porque la inspiración de la gracia lleva consigo un carácter extraordinario, como aconteció a los Magos, ora porque va en íntima conexión —y es lo más frecuente en nosotros— con la Providencia sobrenatural de todos los días, lo cierto es que a veces cesa de manifestarse, la luz se oculta y el alma se encuentra envuelta en las tinieblas espirituales.

¿Qué debe hacerse entonces? Consideremos la conducta de los Magos en estas circunstancias. Ellos se dirigieron hacia Jerusalén, capital de Judea y metrópoli de la religión judía, porque, ¿dónde mejor que en la ciudad santa podrían conocer lo que buscaban?

A ejemplo suyo cuando se eclipsa nuestra estrella, cuando la inspiración divina parece vacilante y nos deja en la incertidumbre, entonces quiere Dios que recurramos a la Iglesia y a sus representantes, para aprender de ellos la conducta que debemos observar, pues en esto se cifra la economía de la providencia divina.

Dios desea que el alma, en las dudas y dificultades con que tropieza en su carrera hacia Cristo, pida luz y dirección a los que Él estableció como representantes suyos.

10 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

Si no tuviéramos nada que ofrecer como los Magos a nuestro Salvador, pidamos a Nuestro Señor nos comunique los tesoros que le son gratos. porque Él los tiene a nuestras entera disposición.

Nuestro Señor es el que suple nuestra nada y nuestras miserias; Él es nuestra riqueza, nuestra acción de

gracias; Él contiene en sí mismo, de un modo eminente, lo significado por los presentes de los Magos, realizando en su persona su profundo simbolismo. Por tanto, nada podemos ofrecer al Padre celestial mejor que el mismo Jesucristo en acción de gracias por el don inapreciable de la fe cristiana. Dios nos ha dado a su Hijo, y según las palabras de Jesús, el Ser infinito no podía manifestarnos su amor de un modo más sorprendente: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret*; porque al hacernos su donación, añade San Pablo, nos entregó todos sus bienes.

Pero, en cambio, debemos a Dios insignes acciones de gracias por este don inefable. Más ¿qué presentaremos a Dios que sea digno de Él? No hay más que su Hijo Jesús, pero “ofreciéndole su Hijo le devolvemos lo que Él nos ha dado”: *Offerimus præclaræ Majestati tuæ de tuis donis ac datis*. No existe don alguno que le sea más agradable.

11 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

La vocación de los Magos y su santificación, significan el llamamiento de la gentilidad a la fe y a la salvación. Dios envía un ángel a los pastores, porque el pueblo escogido estaba avezado a las apariciones de los espíritus celestiales; pero a los Magos, observadores de los astros, se les aparece una maravillosa estrella, símbolo de la iluminación interior que irradia sobre las almas para llamarlas a Dios.

Cada una de las almas de los adultos es alumbrada lo menos una vez, como los Magos, por la estrella de la vocación a la salvación eterna. A todos se da luz su-

ficiente, y dogma de nuestra fe es que “Dios quiere salvar a todos los hombres”.

Sin duda, la estrella conductora de los hombres a la fe, no es una misma para todos; tiene destellos y matices varios; pero su fulgor es asaz visible para que los corazones de buena voluntad puedan reconocerla y descubrir en ella la señal de la vocación divina.

Dios, en su providencia sapientísima, varía incesantemente su acción. Él la cambia siguiendo las reales esplendideces, siempre activas, de su amor, y las exigencias siempre santas de su justicia.

12 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

La Epifanía dura aún y se prolonga en el curso de las edades. “También nosotros —dice San León— debemos gustar las alegrías de los Magos; porque el misterio que se realizó en este día debe permanecer con perenne virtualidad. Por la magnificencia de Dios y el poder de su bondad, nuestro tiempo goza de la realidad de cuyas primicias disfrutaron los Magos”.

La Epifanía se renueva, en efecto, cuando Dios se digna hacer que brille la luz del Evangelio entre los paganos; cada vez que la verdad resplandece a la vista de los que viven en el error, es como un destello que les llega de la estrella de los Magos.

La Epifanía continúa asimismo en el alma fiel cuando su amor se hace más ardiente y más arraigado. “La fidelidad a las inspiraciones de la gracia, según dice el mismo Jesucristo, llega a ser la fuente de una ilustración más viva y más clara”: *Qui diligit me... manifestabo ei meipsum*. ¡Dichosa el alma que vive de fe y de amor! Porque se reproducirá en ella una mani-

festación siempre nueva y cada vez más profunda de Jesucristo, en la que comprenda y saboree a embriagadora dulzura y suavidad de los misterios divinos.

13 DE ENERO. EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

Bautizado Jesús, no bien salido del río, de pronto se rasgan los cielos y se ve bajar al Espíritu mismo de Dios en figura de paloma, que venía a posarse sobre Él, dejándose oír de arriba aquella voz: “Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias”.¹

Cristo se rebaja hasta confundirse con los pecadores e inmediatamente el cielo se abre para ensalzarle; reconócese digno del peso de la divina justicia y por lo mismo le proclama el Padre objeto de todas sus delicias: *Humiliavit semetipsum... propter quod et Deus exaltavit illum.*

Es en este mismo momento cuando recibe declaración auténtica la misión de Jesús como legado de Dios; el testimonio del Padre acredita, por decirlo así, a su Hijo ante el mundo, y nos dice ya algo de lo que Cristo será para nosotros.

Es de notar, en efecto, que la misión de Jesús reviste un doble aspecto; porque viene a ser una redención y una santificación; rescatar las almas y después comunicarles la vida: ésa es toda la obra del Salvador.

¹ Evangelio de la Misa.

**DOMINGO DE LA OCTAVA DE EPIFANIA
FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA**

Todos habéis leído lo que nos dicen los Evangelistas de la vida oculta de Cristo en Nazareth; “crecía en edad y en sabiduría”, y estaba “sujeto a María y a José”.

¿No es esto incompatible con la divinidad?

No, ciertamente. El Verbo se hizo carne, se humilló hasta tomar una naturaleza semejante a la nuestra, a excepción del pecado; vino, nos dice, “a servir y no a ser servido”; y a hacerse “obediente hasta la muerte”; por eso quiso obedecer a su Madre. En Nazareth, obedecía a María y a José, las dos criaturas privilegiadas que Dios colocó a su lado; María participa, en cierto modo, de la autoridad del Padre Eterno sobre la humanidad de su Hijo: Jesús podía decir de su Madre lo que decía de su Padre celestial: *Quae placita sunt ei facio semper*: “Yo hago siempre lo que es de su agrado.”

Durante treinta años, toda la obra de Aquel que vino a instruir a la humanidad para restituirle la eterna heredad, fué, vivir en el silencio y obedecer a dos criaturas en los actos más comunes.

DOMINGO EN LA OCTAVA DE EPIFANIA

¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que yo debo estar en las cosas de mi Padre?¹

Primeras palabras salidas de los labios del Verbo encarnado, que nos ha legado el sagrado Evangelio.

Ellas solas resumen toda la persona, toda la vida, toda la obra de Jesús. Traducen su filiación divina, expre-

¹ Evangelio de la Misa.

san su misión sobrenatural; toda la existencia de Cristo no será sino su brillante y magnífico comentario.

San Lucas nos dice que María “no comprendió todo el alcance de estas palabras”; pero si es verdad que no entendió entonces todo el alcance, no dudaba tampoco que Jesús era el Hijo de Dios. Por eso se sometió en silencio a esta voluntad divina que venía a reclamar de su amor, sacrificio semejante.

“La Virgen conserva en su corazón todas las palabras de Jesús”: *Conservabat anmia verba haec in corde suo*. Las guardaba en su corazón y en ese santuario adoraba el misterio de las palabras de su Hijo, hasta tanto que se concediese luz más abundante.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

Uno de los aspectos más profundos, y a la vez más tiernos del misterio de la Encarnación es la manifestación de las divinas perfecciones hechas a los hombres mediante la naturaleza humana. Los atributos de Dios, sus perfecciones eternas, que en este mundo nos son incomprendibles y exceden a nuestro mezquino saber, los descubre el Verbo encarnado, haciéndose hombre, aun a los espíritus más sencillos, con las palabras salidas de sus labios humanos, con las obras realizadas en su naturaleza de hombre.

Veámosle en las bodas de Caná. Para nuestros corazones humanos ¡qué revelación inaudita de ternuras y delicadezas divinas! ¡Cómo se hubieran escandalizado quizás ascetas demasiado rígidos, al ver a Jesús obrar un milagro para ocultar la indigencia de parientes pobres en un banquete nupcial! Sin embargo, ni la Virgen dudó en solicitarlo, ni Cristo en realizarlo. Jesús se

conmueve ante la turbación y perplejidad en que iba a encontrarse aquella pobre familia. Y para ahorrarle toda pena, obra un gran milagro.

La bondad humana y humilde condescendencia que aquí nos descubre su corazón, no es sino la manifestación exterior de una bondad más elevada, que es la bondad divina, de donde aquélla procede, pues todo cuanto hace el Hijo, lo hace también el Padre.

TERCER DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

Jesucristo, como condición indispensable de sus milagros, requiere la fe en Él. Allí donde la encuentra, nada sabe rehusar, y se complace en hacer públicamente el elogio con verdadera efusión.

Veamos la historia del Centurión que pide la curación de uno de sus servidores.¹ ¡Qué fe la de este pagano! Por eso Jesucristo, aun antes de pronunciar la palabra libertadora, manifiesta el gozo que semejante fe le causa: “En verdad, que ni siquiera en todo Israel he podido encontrar una fe tal. Debido a ello, vendrán los gentiles a tomar asiento en el festín de la vida eterna, en el reino de los Cielos”. Y dirigiéndose al Centurión: “Vete, le dice, y suceda conforme has creído”.

Así pues, la fe era la primera virtud que Nuestro Señor exigía de los que se le acercaban, y la primera que ahora pide de nosotros.

Dios exige de nosotros que durante el tiempo de nuestra vida terrenal le sirvamos en la fe; su gloria lo quiere así. Ése es el homenaje que espera de nosotros

¹ Evangelio de la Misa.

y que constituye toda nuestra prueba, antes de llegar al eterno destino.

Creo, Señor, pero aumentad mi fe.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

El alma que se afianza únicamente en Dios, participa de la estabilidad divina; las tentaciones, las pruebas, los sufrimientos sólo rozarán la superficie del ser; las profundidades donde reina la paz son inaccesibles a la turbación. La superficie del mar puede estar violentamente agitada por las olas durante la tempestad, pero las aguas profundas permanecen tranquilas.

En el centro del alma que ama a Dios se levanta la *civitas pacis* que no es turbada por ningún ruido del mundo y que no puede ser sorprendida por ningún ataque. Nada de lo que es exterior puede, si nosotros queremos, atentar contra nuestra paz interna; ésta depende esencialmente de una cosa: de nuestra actitud con respecto a Dios. Es a Él a quien debemos confiarnos: “El Señor es mi salvación, ¿qué puedo yo temer?” Si el viento de las tentaciones y de las pruebas se levanta, sólo tengo que recurrir a Él: “Señor, salvadme, que sin vos perecería”. Y Nuestro Señor, como en otros tiempos sobre la barca cubierta por las olas, calmará, Él mismo, la tempestad con un solo gesto, y “hará que siga una gran bonanza”: *Et facta est tranquillitas magna.*¹

QUINTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

Véase lo que San Pablo escribía a los primeros cris-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

tianos: “Permanezcan en vuestros corazones y con abundancia las palabras de Cristo”: *Verbum Christi habitet abundanter in cordibus vestris*. El gran Apóstol deseaba esto a fin de que los fieles “se instruyesen y amonestasen mutuamente unos a otros con sabiduría”.

Pero esta exhortación viene muy bien para nuestras relaciones con Dios.

Las palabras de Cristo deben “permanecer en nosotros”, si han de ser, como deben, principios de vida; veis también por dónde resulta tan útil al alma que desea vivir de oración, leer y releer el Evangelio, seguir a la Iglesia, nuestra Madre, cuando nos representa los hechos y nos recuerda las palabras de Jesús en el correr del ciclo litúrgico. Al descorrer ante nuestros ojos las etapas todas de la vida de Cristo, nuestro hermano mayor, la Iglesia nos ofrece fuente abundante donde el alma pueda alimentar su vida interior.

Es en ella, principalmente, donde el alma fiel encuentra al “Verbo de Dios”, y, unida a Él en la fe, alcanza la fecundidad sobrenatural, pues que la menor palabra de Jesús es para ella luz deslumbradora, venero de vida y de paz.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

El Verbo está en el seno del Padre y con sus palabras nos revela su naturaleza: *Ipse enarravit*.

La fe es el conocimiento que por medio del Verbo tenemos de los divinos misterios. Sea cual fuere la página del Evangelio que leamos o que la Iglesia nos presente en el curso de la celebración de los misterios de su Esposo, pensemos que sus palabras son palabras del Verbo: *Verba Verbi*, de Aquel que expresa los pensa-

mientos, los deseos, los quererres de nuestro Padre Celestial: *Ipsum audite*.

Cantemos Amén a todo cuanto oigamos del Verbo, siempre que la Iglesia lo proponga a nuestra fe en su liturgia sacándolo de alguna página del Evangelio. Digamos entonces a Dios: “¡Oh, Padre! no os conozco, puesto que nunca os he visto; pero acepto todo cuanto vuestro Hijo, todo cuanto vuestro Verbo, me revela acerca de vos”.

Excelente oración será esta, y más de una vez, si va acompañada de fe y humildad, hará “descender de lo alto un rayo de luz” que, irradiando de los textos que leemos, y penetrando en su hondura, nos descubrirá principios de vida.

“¡Si conociéramos el don de Dios...!”

SEPTUAGESIMA. CUARESMA

Cada año la santa Iglesia conmemora en detalle, las diversas fases del misterio de la redención, cuyo desenlace resplandece triunfalmente, la mañana de Pascua.

“La Pasión, escribía dom Marmión, constituye el Sanctasanctorum de los misterios de Jesús”; y para penetrar en este misterio, la liturgia presenta como dos recintos sucesivos: el tiempo de Septuagésima (2 semanas 1/2) constituye como un atrio de entrada; y la Cuaresma (4 semanas 1/2) que conduce al domingo de Pasión.

El Período de Cuaresma es el más rico en textos litúrgicos: ofrece una Misa propia para cada día. Podemos ver en eso un vestigio de la antigua disciplina eclesiástica que había fijado en esta época, la preparación para el Bautismo de los neófitos y la expiación de las faltas graves que obligaban a una penitencia pública.

Es un período de recogimiento: es, en suma, el gran retiro anual de la milicia cristiana: es una época de penitencia animada por otra parte por el ejemplo de Jesucristo quien, a su vez, nos invita al ayuno, y que expía sobre la cruz los pecados del mundo.

La elección de las lecturas para este período ha sido guiada por la liturgia: se ha tratado de buscar un comenterio de uno u otro texto de la Misa o del Oficio del día.

Para el tiempo de Septuagésima que ofrece tan sólo misas dominicales, hemos puesto de relieve el carácter de ese período; conmemoración del primer pecado y necesidad de la penitencia: confianza en Dios que da abundantemente luz y fuerza a los que vuelven a Él.

Para el tiempo de Pasión, fieles en esto al espíritu de dom Marmión, hemos escogido las páginas que muestran más particularmente el amor de nuestro divino Salvador en su sacrificio y el valor infinito de su sangre preciosa.

DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

En cada alma hay tres espíritus que tienden a dominarla. El espíritu de falsedad y blasfemia, espíritu que desde el principio sugirió siempre lo contrario de lo que Dios inspira. “Si comiereis de este fruto, infaliblemente moriréis.¹ He aquí la palabra de Dios. *Nequaquam moriemini*: “Ciertamente que no moriréis”, fué la respuesta de Satanás. Y todas sus sugerencias no son más que el eco de la primera mentira.

¹ Lecciones y responsorios del Oficio nocturno de ese tiempo litúrgico.

Es el espíritu del mundo el que nos lleva a juzgar las cosas según las máximas de los sentidos y la prudencia de la carne. *Prudentia hujus mundi stultitia est apud Deum*: “La sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios”.

Y es el espíritu de Dios el que siempre nos mueva a elevar nuestros corazones por encima de la naturaleza: *Sursum corda*, y a “vivir de la fe”: *Justus meus ex fide vivit*. Este espíritu nos inclina sin cesar hacia una fe sencilla y amorosa y hacia el abandono de nosotros mismos en las manos de Dios. Nos llena “de paz y de alegría en nuestra creencia” y produce los frutos que menciona San Pablo.

LUNES DE SEPTUAGESIMA

¿Cuáles son los dos factores de la pérdida y de la salvación del género humano?

Una gran desobediencia y una gran obediencia: esta es la palabra explícita de San Pablo, el heraldo de Cristo: *Sicut per inobedientiam unius hominis, peccatores constituti sunt multi, ita et per unius obedientiam justi constituentur multi*.

Esta obediencia de Jesucristo es el medio preordenado por Dios y aceptado por Jesús para salvar al mundo y darle como herencia el cielo; es una expiación de la desobediencia de Adán.

Nosotros nos dirigimos a Dios, uniendo nuestra obediencia a la de Jesucristo que es nuestro jefe y nuestra cabeza. Todas las miserias de Adán han recaído sobre nosotros, porque nos hemos hecho solidarios de su pecado; de la misma manera participamos de las bendiciones que se desbordan del alma santa de Jesu-

cristo cuando nos hacemos solidarios de su obediencia. El Padre al enviar a su Hijo a la tierra ha dicho: "He aquí a mi Hijo muy amado, escuchadle": *Ipsium audite*. Lo que equivale a decir: "Haced lo que mi Hijo os diga; obedecedle; eso es todo lo que os pido para daros mi amistad".

MARTES DE SEPTUAGESIMA

El alma que da entrada al pecado grave, prefiere libremente la criatura y la propia satisfacción, a Dios mismo y a la ley de Dios; la unión con Dios queda enteramente rota, y destruída la vida divina. "Semejante alma se hace esclava del pecado": *Omnis qui facit peccatum servus est peccati*. El esclavo del pecado no puede ser servidor de Dios; entre Belial y Jesús, entre Cristo y Lucifer, hay absoluta incompatibilidad.

Siendo Jesucristo fuente de santidad comprenderéis también que el alma que se aparta de Él por el pecado mortal, se aparta de la vida.

Por eso el pecado, es para nosotros un mal; el mal opuesto a nuestra verdadera felicidad: "Aquel que ama la iniquidad es verdadero enemigo de su alma": *Qui diligit iniquitatem odit animam suam*.

El pecado, que destruye en nosotros la vida de la gracia, nos hace incapaces de todo mérito sobrenatural; tórmase el alma cual sarmiento seco, que no recibe por culpa suya la savia divina de la gracia. El mismo Jesucristo compara el alma que permanece en este estado, "al leño seco que sólo vale para echarlo al fuego y que arda": *In ignem mittet et ardet*.

"¿Quién comprende lo que es el pecado?..."

MIERCOLES DE SEPTUAGESIMA

El pecado es el mal de Dios, quien, porque es santo, lo condena de esta suerte por toda la eternidad. Si de veras amásemos a Dios, tendríamos los mismos sentimientos que Dios acerca del pecado: *Qui diligitis Dominum, odite malum*. Escrito está de nuestro Señor: "Habéis amado la justicia y aborrecido la iniquidad".

Pidámosle, sobre todo en la oración al pie del crucifijo, que nos comunique ese aborrecimiento del solo y verdadero mal de nuestras almas.

Entre el pecado y Dios, hay una incompatibilidad absoluta: no puede haber, dice San Pablo, pacto posible entre Cristo y Belial, padre del pecado. Por lo tanto, imaginarse que Dios se dejará encontrar por nosotros, se dará a nosotros, sin que quitemos el pecado, es una ilusión; y esta ilusión es peligrosa. Debemos desear ardientemente que el Verbo divino se una a nosotros; pero este deseo debe ser eficaz e inducirnos a destruir todo lo que se oponga a esta unión.

El edificio espiritual es muy frágil cuando no se evita constantemente el pecado, pues está contruido sobre arena.

JUEVES DE SEPTUAGESIMA

La gracia del sacramento de la Penitencia consiste en destruir en el alma el pecado, debilitar los restos del mismo, devolver la vida, o, si no hay más que faltas veniales, perdonarlas y aumentar la gracia.

En este sacramento, comunicase a nuestra alma, para que se opere la destrucción del pecado, aquel odio que Cristo experimentó en su agonía sobre la cruz. La des-

trucción del pecado, operada por Cristo fiador nuestro, en su pasión, se reproduce en el penitente.

La contricción, aun fuera del sacramento, sigue siendo lo que es: un instrumento de muerte para el pecado; pero en el sacramento, los méritos de Cristo elevan, por decirlo así, de un modo infinito este instrumento, y le dan una eficacia soberana. En aquel momento lava Cristo nuestras almas en su divina sangre.

Cada vez que recibís dignamente y con devoción este sacramento, aun cuando no tuviereis más que faltas veniales, corre en abundancia la sangre de Cristo sobre vuestras almas, para vivificarlas, fortalecerlas contra la tentación, y hacerlas generosas en la lucha contra el apego al pecado, para destruir en ellas las raíces y efectos del mismo.

VIERNES DE SEPTUAGESIMA

La compunción es una disposición del alma que hace que ésta permanezca en un estado de contricción habitual.

El espíritu de compunción constituye al alma en un estado habitual de odio contra el pecado; por los movimientos interiores que provoca, es de una gran eficacia para preservar al alma de la tentación. Entre el espíritu de compunción y el pecado hay una incompatibilidad irreductible; la compunción del corazón hace que el alma se mantenga en el horror al mal y en el amor a Dios.

Por eso San Bernardo emplea, más de una vez, el término "compunción" en lugar de "perfección". ¡A tal punto este sentimiento, cuando es verdadero, nos preserva de toda ofensa a Dios!

Es éste el espíritu que ha debido animar al hijo pródigo después de haber vuelto al hogar paterno. Cuántas veces ha debido decir a su padre: “Me habéis perdonado, lo sé, pero mi corazón no se cansará de repetiros con gratitud, cuánto siente haberos ofendido, y cómo quiere rescatar por medio de una mayor fidelidad, las horas perdidas y el olvido en que os ha tenido.”

SABADO DE SEPTUAGESIMA

Repitamos gustosos la palabra del salmo: *Deus meus misericordia mea*. Sí, Señor, tú no sólo eres misericordioso, sino que “tú eres mi misericordia”. Estás lleno de bondad, tu misericordia se extiende a todas las criaturas. Senos propicio “por la gloria de tu nombre”, perdónanos nuestras faltas, ayuda nuestra debilidad, alivia nuestra miseria: *Ut qui juste pro peccatis nostris affligimur, pro tui nominis gloria misericorditer liberemur*.

Sabemos que nuestras miserias son inmensas, pero tampoco ignoramos que tus misericordias las sobrepasan infinitamente. No tenemos miedo de agotarlas pues que “tu bondad es un tesoro sin límites”: *Deus cujus misericordiae non est numerus et bonitatis infinitus est thesaurus*. Queremos guardar firmemente esta convicción en el fondo de nuestras almas, deseamos vivirla a fin de que la confesión perpetua de nuestra indignidad y de nuestra miseria, abra nuestra alma a la acción de tu gracia y te glorifique, ¡oh, Dios mío! subiendo hasta ti, como un himno continuo a tu infinita misericordia.

DOMINGO DE SEXAGESIMA

En la Epístola de este día, ¡qué cuadro lleno de vida

pinta el Apóstol de sus sufrimientos y trabajos! Habla hasta sus visiones recibidas de Jesucristo: "Ha oído palabras inefables que no le ha sido permitido revelar."

Pero, después de haber hecho gala de sus títulos de gloria, el Apóstol corta todo impulso de vanidad humana: "Podría glorificarme por todo esto, pero prefiero glorificarme en mi debilidad a fin de que more en mí la fuerza de Cristo."

Este es un acto de humildad. Ni de sus talentos, ni de sus múltiples obras, ni de sus sufrimientos y trabajos, ni de los dones recibidos se gloria San Pablo, sino de su debilidad y miseria.

¿Niega entonces, sus obras buenas? Al contrario, traza un cuadro completo de ellas pero atribuye toda la gloria a Dios: "la gracia de Dios ha trabajado conmigo; ella no ha sido vana en mí pero sin ella no hubiera podido hacer nada".

¿Menespreció los dones de Dios? ¡Oh, no!: "Nosotros —dice— hemos recibido el Espíritu que viene de Dios a fin de que conozcamos los dones que Dios nos ha hecho por su gracia."

LUNES DE SEXAGESIMA

El pensamiento divino es que lo encontramos *todo* en Cristo, y cuando reconocemos humildemente nuestra debilidad y nos apoyamos en la fortaleza de Cristo, el Padre nos mira con benevolencia y con alegría, porque con eso proclamamos que Jesús es el único mediador que a El le plugo poner en la tierra.

Ved cómo el gran Apóstol estaba convencido de esta verdad. En una de sus Epístolas, después de haber publicado cuán miserable es y cuántas luchas debe sostener

en su alma, exclama: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis.*¹ Gloríase de sus enfermedades, de sus debilidades, de sus luchas, en vez de quejarse de ellas; esto parecer extraño, ¿no es verdad? Pero San Pablo nos da una razón profunda. ¿Cuál es esta razón? *Ut inhabitet in me virtus Christi*: “A fin de que no sea mi fuerza, sino la fuerza de Cristo, la gracia de Cristo que habita en mí, la que me haga triunfar”, y que a El se dirija toda gloria.

Dios quiere con esto que toda gloria suba a El por Cristo, cuya gracia triunfa de nuestras debilidades.

MARTES DE SEXAGESIMA

Cuanto más leo y medito las Sagradas Escrituras, hago más oración y me doy cuenta con mayor claridad de que la conducta de Dios hacia nosotros está hecha de misericordia: *Non volentis meque currentis, sed miserentis est Dei.*²

Esta misericordia de Dios, es la Bondad infinita prodigándose a los corazones de los miserables. Encontramos en todas partes la confirmación de este modo de proceder de Dios. Cuando recito el Oficio divino, me parece ver surgir casi de todos los versículos de los Salmos, una luz que nos habla de la misericordia divina.

Nada glorifica tanto a Dios, como un alma que, viendo su pequeñez y su miseria, se confía a los méritos de Jesucristo, y a la misericordia de nuestro Padre celestial. Las almas que no conocen su miseria, se creen buenas y agradables a Dios, a causa de su bondad personal. No

¹ Véase la Epístola de Sexagésima.

² Rom. IX, 16.

sienten necesidad extrema de Jesús; dan poca gloria a Dios. Jesús es nuestro todo. Es el complemento de nuestra miseria, de nuestra pobreza, y El se da a los que son "pobres de espíritu".

MIERCOLES DE SEXAGESIMA

No olvidemos jamás que el conocimiento de nuestra debilidad es nuestra verdadera fuerza. Para que Jesús viva sólo en nosotros, la naturaleza debe morir, y la naturaleza muere difícilmente.

En la Epístola del domingo pasado, San Pablo, enumera todas las cosas maravillosas que ha hecho y soportado por Jesucristo y termina diciendo: "Con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Cristo." ¡Si llegáremos a comprender este misterio: que nuestra debilidad es nuestra fuerza! Del mismo modo que los pobres mendigos alegan sus horribles llagas, y lejos de ocultarlas las muestran para atraer la compasión de las almas caritativas, así debemos nosotros regocijarnos con el pensamiento de que nada podemos hacer sin Jesús.

Digámoselo a menudo y regocijémonos cuando llegue la ocasión de sentir la profundidad de nuestra miseria y de nuestra debilidad. "Mientras más te confundes con el sentimiento de tu miseria, decía Nuestro Señor a Santa Margarita María, más descendiendo hacia ti para cubrirte con la virtud de mi amor."

JUEVES DE SEXAGESIMA

Es una gracia grande el que veamos nuestras miserias y pequeñeces, las cuales en realidad tienen mucho mayor alcance del que podemos imaginar.

Pero este conocimiento se convierte en verdadero veneno si no lo completamos con una inmensa fe y confianza en la "absoluta suficiencia" de los méritos, riquezas y virtudes de nuestro amado Señor, los cuales nos pertenecen.

He aquí lo que glorifica a Jesús: tener tan alta apreciación de sus méritos y una tan gran convicción del amor con que nos los da (*Et nos credidimus caritati Dei*) que nuestra miseria e indignidad no nos desanimen.

Hay dos categorías de personas que dan poca gloria a Jesús:

1a. Las que no ven su miseria ni se dan cuenta de su indignidad y por consiguiente no sienten necesidad de Jesucristo;

2a. Las que ven su miseria, pero no poseen esa fe confiada en la divinidad de Jesucristo, gracias a la cual se consideran dichosas de ser débiles para que Jesús pueda ser glorificado en ellas.

VIERNES DE SEXAGESIMA

Un pensamiento debe ayudarnos y alentarnos: todo cuanto Dios hace por nosotros es efecto de su misericordia: *in æternum misericordia œdificabitur in caelis*: "Dios edifica en el cielo un monumento eterno a su misericordia."

Las piedras de ese monumento son los miserables que atraen la misericordia con su miseria. Porque la misericordia es la bondad frente a la miseria.

La piedra fundamental de este monumento es Jesucristo, el cual se ha desposado con todas nuestras miserias: *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros*

ipse portavit. Las diviniza y les da méritos y un valor inmenso a los ojos de su Padre.

Si todas las mañanas, nosotros unimos nuestros trabajos, nuestro cansancio, nuestros sufrimientos de toda especie con los de Jesucristo, El los "asumirá" y los hará suyos. Sufriendo con paciencia las penas y fatigas de nuestra vida, participamos en la pasión de Jesucristo. Entonces, su fuerza y su virtud, reinarán en nosotros: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.*

Es una gran gracia el comprender esto y el seguir a Jesús en sus fatigas.

SABADO DE SEXAGESIMA

Hay dos maneras de presentarnos ante Dios: Como el fariseo del Evangelio, apoyándonos en nuestras propias obras y pidiendo al Señor que premie nuestros méritos: "Yo guardo vuestra ley, yo ayuno, yo doy limosna, debéis estar satisfecho de mí." Dios detesta a estos presuntuosos, aunque exteriormente sean muy correctos e irreprochables.

Como San Pablo: "Considero mi propia justicia como basura y coloco toda mi confianza en Jesucristo, quien da valor, por sus méritos a todas nuestras obras." Por lo cual el Apóstol se gloria no de sus obras sino de sus flaquezas: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis.*

Tales almas son amadas de Dios porque glorifican a su Hijo. Y ése es su único deseo.

Nosotros estamos llenos de miserias, pero tenemos el insigne honor de ser miembros de Jesucristo: es lo que nos hace gratos a los ojos de nuestro Padre celestial. Vivamos unidos a Jesucristo y en Él, consagrados al Padre.

DOMINGO DE QUINQUAGESIMA

Por la fe vivimos sin cesar en la presencia de Dios: *Per fidem enim ambulamus*; a la luz de la fe caminamos y esta fe es la fuente de nuestra unión con Jesús, la raíz de nuestra santidad: *Ambula coram me, et esto perfectus*. Ahora bien, en el grado en que vivamos unidos por la fe, en ese grado también nos hacemos invulnerables en la tentación.

Un alma que, por la fe, vive habitualmente contemplando a Dios, bebe sin intermisión de esta fuente de vida: *Quoniam apud te est fons vitæ*; participa de esa unión de Cristo con su Padre: *Ego in eis, et tu in me*; y por consiguiente, también del amor con que el Padre ama a su Hijo Jesucristo: *Ut dilectio qua dilexisti me in ipsis sit, et ego in ipsis*.

Por eso Dios ama a esa alma con amor de complacencia; la defiende y la hace, por decirlo así invulnerable. Podrán sus enemigos atacarla, el universo todo podría levantarse a hacerle frente y desencadenar sus furias contra ella, pero entonces "llamará a Dios en su auxilio: Tú eres mi protector y mi defensa".

LUNES DE QUINQUAGESIMA

La virtud de la penitencia, que nos inclina de continuo a expiar el pecado y destruir sus consecuencias, es necesaria a todos aquellos que no han vivido en perfecta inocencia. Cuando tiene por motivo el temor del infierno, es buena, como dice el Concilio de Trento, y agradable a Dios.

Pero, si tiene por motivo el amor, entonces es excelente y perfecta; y cuanto más aumente el amor de Dios,

más necesidad experimentaremos también de ofrecer a Dios “el sacrificio de un corazón contrito y humillado”: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicias*; y de repetir con el publicano del Evangelio: “Tened piedad de mí, que soy un pobre pecador.”

Cuando este sentimiento de compunción es habitual, mantiene al alma en una gran paz: la conserva en la humildad y llega a ser poderoso instrumento de purificación, nos ayuda a mortificar esos instintos desordenados, esas propensiones perversas, todo aquello, en una palabra, que podría arrastrarnos a nuevas faltas.

Cuando uno posee esta virtud, está atento para emplear cuantos medios encuentre de reparar el pecado.

MARTES DE QUINQUAGESIMA

Cuando el alma recuerda sus faltas —recuerda el hecho de haber ofendido a Dios, y no las circunstancias de los pecados cometidos— y se humilla ante Dios; cuando se sumerge en las llamas de la contrición para purificarse de las manchas que quedan en ella; cuando se declara sinceramente indigna de las gracias divinas: “Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador”: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine*; entonces Dios se inclina hacia ella con una bondad infinita: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicias*.

Cuando ve un alma que busca sin cesar la purificación de sus faltas y muestra su buena voluntad para preparar sus infidelidades, Dios se inclina hacia ella lleno de misericordia. “Dios nota más rápidamente las lágrimas que el movimiento de los labios”, dice San Agustín: *Fletus citius audit quam voces*. “Dios no tarda en consolarnos, escribe San Gregorio; y seca nuestras lágrimas

de un instante, con el don de las alegrías eternas”: *Nec mora erit in fletibus, quia tergent citus transenutes lacrymas mansura gaudia.*

MIERCOLES DE CENIZA

La Iglesia tiene naturalmente derecho a intervenir como legisladora en la obra de expiación que le pertenece por entero. Estableció para todos sus hijos, una parte de mortificación que comprende particularmente la observancia de la cuaresma, de los viernes de las témporas y de las viglias.

Un alma poco esclarecida, prefiere sus propias mortificaciones a éstas; pero, fuera de duda, las expiaciones impuestas por la Iglesia, son más agradables a Dios y más saludables a nuestras almas.

Todo el valor de nuestros sufrimientos y de nuestras renunciaciones, estriba en la unión, por la Fe y el amor, con los sufrimientos y méritos de Jesús, sin el cual nada podemos. ¿Quién está más unido a Cristo que la Iglesia, su Esposa? Las mortificaciones que nos impone, son suyas; las adopta y las ofrece oficialmente a Dios, en su calidad de Esposa de Cristo; sus mortificaciones son como la prolongación natural de las expiaciones de Cristo; presentadas por la misma Iglesia, son en extremo agradables a Dios.

Todo cuanto viene de la Iglesia, Esposa de Jesús, no puede menos de agradar al Padre eterno.

JUEVES DESPUES DE CENIZA

Apoyémonos en Jesucristo, no sólo en la oración, sino en todo lo que obremos y entonces seremos fuertes. Si “sin Él nada podemos”: *Sine me, nihil potestis facere,*

“con El, todo lo podemos”: *Omnia possum in eo qui me confortat*. Encontramos en El, además de la fuente de una gran confianza, el más eficaz motivo de la paciencia en medio de las tristezas, reveses, pruebas y penalidades que forzosamente nos han de salir al paso mientras vivamos en este destierro.

Con Cristo que ofrece a su Padre sus méritos para nosotros, no hay tentaciones invencibles, ni dificultad insuperable, ni adversidad sin consuelo, ni alegría insensata de que no podamos desasirnos.

Tengamos esta profunda convicción, que toda nuestra fuerza real es *virtus Christi*. San Pablo quiere tanto que esta fuerza sea la fuente de toda su actividad, que se regocija de su debilidad y se gloria de ella. Es esta virtud divina que de Cristo pasa a sus miembros, la que da a nuestros actos toda su belleza.

VIERNES DESPUES DE CENIZA

Durante la santa cuaresma, la Iglesia, cada día, reza por las almas que se someten a las mortificaciones que ella impone; pide a Dios que estas obras le sean gratas y aceptas; que nos las haga beneficiosas, que nos dé fuerza para realizarlas con la piedad que conviene a un discípulo de Jesucristo y con una piedad que nada pueda turbar: *Ut jejunierum... solemnia et congrua pietate suscipiant et securo devotione percurrant*.

Esta incesante oración de la Iglesia por nosotros, ejerce poder sobre el corazón de Dios, y se torna en fuente de bendiciones celestiales que fecundan nuestras mortificaciones.

Si queremos “ser en Cristo”, como dice San Pablo, aceptemos con una gran fe y generosidad, estas mortifi-

caciones de la Iglesia; ellas tienen, a los ojos de Dios, un valor y un poder expiatorio que no poseen las otras prácticas aflictivas.

Además, estas mortificaciones, nos son muy saludables. La Iglesia dice que las “instituyó no solamente, para el bien del alma, sino también del cuerpo”.

SABADO DESPUES DE CENIZA

Clamemos a Cristo, como los Apóstoles sorprendidos por una tempestad¹: “*Sálvanos, Señor, que perecemos*” y extendiendo Cristo su mano, nos salvará.

A imitación de Cristo, que para darnos ejemplo y para merecernos la gracia de resistir quiso ser tentado, aunque, debido a su divinidad, la tentación fuese puramente exterior, obliguemos a Satanás a que se retire, diciéndole en el momento en que se presente: “No hay más que un solo Señor a quien quiero adorar y servir; elegí a Cristo en el día del bautismo, y a El solo quiero escuchar.”

Si velando de continuo por nosotros mismos, permanecemos unidos a Jesús, y si nos apoyamos en sus palabras y en sus méritos, Cristo dirá como antes: *Confidite; ego vici mundum*: “Tened confianza, yo he vencido al mundo.” Un alma que procura permanecer unida con Cristo por la fe, está muy por encima de sus pasiones, por encima del mundo y de los demonios; aunque todo se levante contra ella, Cristo la sostendrá con su fuerza divina contra todos esos asaltos exteriores.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

Para comprender bien este misterio de la tentación de Jesús,¹ es menester recordar lo que tantas veces llevamos dicho: que Cristo se hizo en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado: *Debuit per omnia fratribus similari, absque peccato.*

Imaginaos a qué estado quedaría reducido un hombre que hubiese pasado cuarenta días sin probar alimento. Nuestro Señor no quiso hacer un milagro para impedir en él los efectos del ayuno; y el demonio aprovecha la ocasión al verlo en un estado de extrema debilidad, para tentarle.

Si Jesucristo, el Hijo de Dios, quiso habérselas con el espíritu maligno, ¿nos maravillaremos de que los miembros de su cuerpo místico hayan de seguir la misma senda?

No nos asombremos por ser tentados; no olvidemos que Cristo, nuestro modelo, se halló tentado antes que nosotros y aun en contacto con el espíritu de las tinieblas.

No olvidemos, sobre todo, que Jesús venció al demonio como Hijo de Dios, y además, como Cabeza de la Iglesia; y así, en El y por El, hemos triunfado y triunfamos del espíritu de rebeldía.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

Apartaos de Mí, malditos”, dice el Señor a los réprobos, “no os conozco”: *Nescio vos.* Os he llamado a participar de mi gloria y bienaventuranza; quería

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

“colmaros de toda bendición espiritual”; para ello os he dado a mi Hijo, a quien he colmado de la plenitud de la gracia para que se desbordase sobre vosotros. Él era el camino que debía conducirnos a la verdad y encaminaros a la vida. Aceptó morir por vosotros, os dió sus méritos y satisfacciones; os legó la Iglesia, os dejó su Espíritu; y ¿qué cosa he dejado de daros con Él, para que pudieseis un día participar del eterno banquete que he preparado para gloria de este mi Hijo muy amado? Tuvisteis años para prepararos y no habéis querido; habéis despreciado, insolentes, mis misericordiosas ofertas.

“Pasó ya la hora; retiraos, sed malditos, porque no os asemejéis a mi Hijo; no os conozco, porque no lleváis en vosotros sus rasgos divinales”: Nescio vos, ¡qué sentencia!, ¡qué tormento oír palabras semejantes de boca del Padre Eterno!

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

No podemos conocer todos los caminos de Dios; nos es imposible comprenderlos perfectamente: “Mis pensamientos, dice el Señor, sobrepasan infinitamente toda inteligencia creada, y mi modo de proceder está muy lejos del vuestro, porque, como el cielo se levanta sobre la tierra, así mis caminos difieren de vuestros caminos”: *Sicut exaltantur coeli a terra, sic exaltatae sunt viae meae a viis vestris.*¹

Sin embargo, nuestra fe debe querer esclarecerse y nuestra alma debe estar ansiosa por comprender el modo de obrar de Dios respecto a nosotros.

¹ Véase la Epístola de la Misa.

El pensamiento del Señor, es el de la Sabiduría infinita; si lo aceptamos plenamente, dejando a un lado nuestras pequeñas ideas humanas, esta aceptación nos permitirá recibir más ampliamente la gracia, glorificar a Dios como Él desea y elevar mejor nuestras almas hacia la vida eterna, porque el esfuerzo de nuestra vida estará en perfecta conformidad con el plan de la divina Sabiduría.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

Nada hay tan eficaz contra la tentación como el recuerdo de la cruz de Jesús. ¿Qué vino a hacer Cristo en la tierra sino “destruir la obra del demonio”? Y ¿cómo la destruyó, cómo “expulsó al demonio” sino por su muerte sobre la cruz, según Él mismo dijo?

Apoyémonos, pues, mediante la fe, en la cruz de Jesucristo: su virtud es inagotable, y nuestra condición de hijos de Dios y nuestra calidad de cristianos nos dan derecho a ello. Por el Bautismo fuimos marcados con el sello de la cruz, hechos miembros de Cristo, iluminados con su luz, participantes de su vida y de la salvación que con ella nos consiguió. Por tanto, unidos como estamos con Él, ¿qué podemos temer? El Señor es mi luz y mi salvación, ¿qué temeré? *Dominus illuminatio mea et salus mea; quem timebo?* Digamos, pues: “Dios ha ordenado a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos, para impedir que caigas”.

“Por haberse adherido a Mí, dice el Señor, le libraré; estaré a su lado en el momento de la tribulación para librarle y glorificarle; le colmaré de días felices y le mostraré mi salvación”.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

Vemos, al recorrer el relato de la vida de Nuestro Señor en los Evangelios, que es la fe lo que antes que nada reclama de cuantos a Él se dirigen.

Tanto agrada a Jesús la fe, que ella acaba por obtener de Él lo que no entraba en sus disposiciones conceder. Tenemos de ello un ejemplo admirable en la curación pedida por una mujer cananea.¹ Jesús, conmovido ante la fe de esa mujer, no puede menos de alabarla y concederle al punto lo que solicita: “¡Oh mujer, tu fe es grande; hágase según tus desos!”

Nada es más agradable a Dios que la fe y la confianza inquebrantable en medio de los sufrimientos. Es propio de las almas que Dios llama a una unión y familiaridad más íntima con Él, el obstinarse en esperar en Él, a pesar de todas las apariencias que tendrían para dudar de sus divinas promesas. No olvidemos jamás que la fe es el principio, el progreso y la consumación de la perfección.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

He aquí que Jesús cura² a un paralítico, diciéndole que tome su camilla; era el día de descanso.

Al instante los judíos, escandalizados, echan en cara al Salvador la violación del día santo.

Para mostrar que es Señor supremo de la Ley, lo mismo que el Padre, replica a los fariseos: “Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incesantemente, y yo hago lo mismo”.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

² Véase el Evangelio de la Misa.

Comprenden muy bien los presentes que con sus palabras se hace Dios, y, por lo mismo, tratan de quitarle la vida, porque, "no contento con violar el día de descanso, dice que Dios es su Padre y se hace igual a Él". Lejos de contradecirles, confirma Nuestro Señor su interpretación: "En verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo, y es que, como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace..."

Leed en el Evangelio la continuación y desarrollo de estas palabras, y veréis con qué autoridad se proclama Jesús igual en todo al Padre, Dios con Él y como Él.

SABADO DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

Tenía previsto el Señor que los Apóstoles no habían de conformarse con sus humillaciones, y que su cruz sería para ellos, ocasión de tropiezo. Si eligió con preferencia a tres discípulos para que presenciaran la Transfiguración, fué porque dentro de poco tiempo habían de ser éstos mismos, testigos de su flaqueza y congoja, de su inmensa tristeza y agonía en el Huerto de los Olivos. Con esto, al mostrarse ahora transfigurado, los previene contra el escándalo que habían de sufrir al verle después tan humillado. Por eso quiere ahora afianzarlos en la fe.¹

Al verlo transfigurado, los Apóstoles comprenden que aquel Jesús es verdadero Dios; la majestad de su divinidad los inunda; se les revela en toda su integridad la gloria eterna de su maestro. Aparecen al lado de Jesús,

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Moisés y Elías conversando con Él y adorándole. Y por último, la voz del Padre eterno se hace oír. Dios Padre proclama que Jesús es su Hijo y Dios como Él.

Todo esto contribuirá poderosamente a consolidar la fe de los Apóstoles en Aquel a quien Pedro había reconocido ya como Cristo e Hijo de Dios vivo.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

¡Oh Jesús, Verbo eterno y Maestro Divino, que eres el resplandor del Padre, y retrato vivo de su substancia! Tú mismo dijiste: “Si alguien me ama, me manifestaré a él”. Haz, pues, que nosotros te amemos con fervor, a fin de que podamos recibir de Ti una visión más clara de tu divinidad. Ahí está como Tú mismo nos lo dijiste, el secreto de nuestra vida, de la vida eterna, en “conocer que nuestro Padre celestial es el único y verdadero Dios, y que Tú eres su Hijo enviado” como rey y pontífice de nuestra salvación. Alumbra, pues los ojos de nuestra alma con un rayo de esos divinos resplandores que brillan en el Tabor, para que nuestra fe en tu divinidad, nuestra esperanza en tus méritos, nuestro amor a tu adorable persona, se afiancen y aumenten.

Lo creo, sí, Padre, y con Vos repito que este Jesús que en mí está por la fe; por la comunión, es vuestro Hijo; lo creo por ser Vos quien nos lo habéis revelado, y porque lo creo, le adoro y le rindo mis homenajes; por Él y en Él os tributo a Vos, oh Padre mío celestial, juntamente con el Espíritu Santo, toda gloria y honor. . .

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

Jesús nos dice —y es el Verbo encarnado quien habla— que “su doctrina no es suya, sino que la ha recibido de su Padre que le ha enviado”.

Y agrega “qué el Hijo no hace nada por sí mismo, y que no habla sino como el Padre se lo enseñó”: *A meipso facio nihil, sed sicut docuit me Pater, haec loquor.*¹

Con toda verdad, añade que no busca su propia voluntad “ni su propia gloria, sino la de Aquel que le ha enviado”.

Esta gloria consiste en referirlo todo a su Padre, de quien es engendrado: el Padre le da todo, y el Hijo lo refiere todo a su Padre, como a principio de donde procede: *Pater, omnia mea tua sunt, et tua mea.*

Cierto es esto en la humanidad de Jesús, y en un sentido mucho más elevado, en la divinidad. El Hijo no tiene nada que no haya recibido del Padre; procede de Él por entero. Cuando el Padre mira a su Hijo, encuentra que en este Hijo no hay nada que no proceda de Él; y por esta razón todo es divino y perfecto en el Hijo; el Hijo es el objeto de las complacencias de su Padre: *Filius dilectionis suae.*

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

El formalismo exagerado de los fariseos los conducía necesariamente al orgullo. Al ser ellos mismos autores de no pocas prescripciones, creíanse, igualmente, los propios autores de su santidad. Eran los “separa-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

dos”, los puros, sin ninguna mancha legal; por consiguiente, ¿qué se les podría echar en cara, si eran de una corrección y de un rigor intachables? Por eso tenían de sí una estima desmedida, y su refinado orgullo los impelía a “buscar con avidez el primer puesto en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes a que eran invitados, los saludos y aplausos de la muchedumbre en las plazas públicas”.¹

La condescendencia extraordinaria del Salvador con los publicanos y los pecadores, rechazados por ellos como impuros; su independencia con respecto a la ley del sábado, de la cual se consideraba como soberano señor; los milagros que le hacían admirable a los ojos del pueblo, los ponían fuera de sí.

Siempre y en cualquier página del Evangelio, los veréis vomitando odio contra Jesús, tratando de echar por tierra su autoridad entre la plebe, procurando engañar al pueblo para impedir que Cristo realice su salvadora misión.

MIERCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

Si somos fieles, a pesar de las tentaciones y dificultades, en trabajar en la obra de nuestra perfección, “el día de la recompensa prometida por Dios, llegará para nosotros”.

Si tuvimos la aplicación constante que sabe llevar el amor a cumplir perfectamente los deseos de nuestro Padre que está en los cielos; si hemos “hecho siempre lo que a Él le gusta”, recibiremos ciertamente, la magnífica recompensa prometida en estos términos, por Aquel

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

que es la Fidelidad misma: “Ven, siervo fiel, has sido fiel en las cosas pequeñas, entra en mi alegría, te haré tomar parte en los grandes bienes”.

Esperando que brillen ante nuestros ojos purificados, los esplendores eternos, repitamos de continuo esta oración de la Iglesia: “¡Oh, Dios! que en vuestro amor restaurais la belleza de la inocencia, atraed hacia Vos los corazones de vuestros servidores; que el ardor del amor que ha hecho nacer en ellos vuestro Espíritu, los haga estables en la fe y fieles en la práctica de vuestra Ley”: *Deus innocentiae y restitutor el amator, dirige ad te tuorum corda servorum: ut spiritus tui fervore concepto, et in fide inveniantur stabiles et in opere efficaces.*¹

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA 2

Los orgullosos que pretenden tener fuerzas de por sí, cometen el pecado de Lucifer —“Yo me levantaré y seré igual al Altísimo”—, y como Lucifer, serán abatidos y precipitados al abismo.

Nosotros, ¿qué diremos? Que sin Jesucristo, no podemos hacer nada, como Él mismo lo ha dicho. Proclamaremos que por Jesús y con Jesús llegaremos a la santidad y entraremos en el cielo; diremos a Cristo: “Maestro, yo soy pobre, miserable, débil, desnudo; cada día estoy más convencido de ello. Pero sé también, que sois inefablemente poderoso, grande y bueno; yo sé que el Padre os ama tanto que ha puesto en vos todos los tesoros de santidad que pueden desear los hombres; sé que no rechazáis a los que se llegan a Vos. Por esto,

¹ Véase la Oración “super populum” de la Misa.

² Véase la Epístola de la Misa.

adorándoos de lo más profundo de mi alma, tengo plena confianza en vuestros méritos y en vuestras satisfacciones; sé que aunque soy un miserable, podéis por vuestra gracia, colmarme de vuestras riquezas, elevarme hasta la divinidad, para hacerme semejante a Vos, y hacerme participar de vuestra beatitud”.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

Si queremos saber lo que piensa Dios del pecado, no tenemos sino contemplar a Jesús en su Pasión.

Cuando veo a Dios castigar a su Hijo, a quien ama infinitamente, con la muerte en cruz, comienzo a comprender lo que es el pecado a los ojos de Dios. ¡Oh! Si pudiéramos comprender que durante tres horas estuvo Jesús clamando suplicante al Padre: “Padre, si es posible, aparta de Mí este cáliz”: *Si possibile est, transeat a me calix iste*, y que la respuesta del Padre fué siempre: “¡No!”; si entendiéramos que Jesús ha tenido que pagar nuestra deuda hasta con la última gota de sangre; que “a pesar de sus gemidos y gritos de angustia, a pesar de su llanto”: *Cum clamore valido et lacrymis*, Dios “no le perdonó”; si pudiéramos comprender todo esto, ¡ah, entonces sí que tendríamos un santo horror al pecado!

¡Cómo nos revela la malicia y fealdad del pecado todo ese conjunto de oprobios, ultrajes y humillaciones porque hubo de pasar el alma de Jesús! ¡Cuán poderosa tenía que ser la repugnancia y cuán grande el odio de Dios al pecado, para de ese modo castigar a Jesús, sin medida ni tasa, hasta aniquilarle bajo el peso del padecimiento y de la ignominia!

SABADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

En una de las parábolas más hermosas, la del hijo pródigo¹, nos descubre Jesús el retrato auténtico de su Padre celestial.

Muestra la extraordinaria bondad del Padre, que olvida toda ingratitud y bajeza del culpable, para pensar en una cosa, y es "que su Hijo había muerto y ha resucitado; por lo mismo era muy justo regocijarse..."

Bien hubiera podido Jesús terminar aquí la parábola, si tan sólo hubiera tratado de hacer resaltar a nuestra vista la misericordia del Padre de familia para con el pródigo; es tan grande, que no podemos idear otra mayor, y dice tanto al alma, que de ordinario perdemos de vista la lección que Jesús quería dar a los murmuradores, que le echaban en cara su trato familiar con los pecadores.

Pero Jesús continúa todavía la parábola, pintándonos el proceder odioso del hijo mayor que rehusa tomar parte en el gozo común.

Jesús deseaba no sólo dar a entender a los fariseos cuán dura era su orgullosa conducta, sino también enseñarles que Él, nuestro hermano mayor, en vez de evitar el contacto con sus hermanos arrepentidos, los busca y toma parte en sus festines.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Cristo, Hijo de Dios, modelo de humildad en su abatimiento

No existía en Cristo, de ningún modo, defecto moral o imperfección que pudiera ser la razón de su abatimiento. Su humanidad es la humanidad unida a la di-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

vinidad: *Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo*. En ella están encerrados “todos los tesoros de ciencia y de sabiduría”; en ella “habita corporalmente la divinidad”. No solamente “nadie ha podido acusar de pecado a Nuestro Señor”, sino que Él “siempre ha cumplido lo que es agradable al Padre”.

Mas esta humanidad fué creada, y para reconocer los derechos soberanos de su Padre, Jesús se ofreció a Él con una sumisión perfecta que llegó hasta la muerte. Él sufrió por nosotros todas las humillaciones: los judíos le llamaron “poseído del demonio”, le echaron en cara que hacía sus milagros por orden de Belcebú, príncipe de los demonios;¹ y trataron de lapidarlo...

¿Por qué tales humillaciones? Para expiar nuestro orgullo y nuestro amor propio, para enseñarnos cómo debe ser nuestra humildad.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

No son nuestras flaquezas ni nuestras debilidades de cuerpo o de espíritu lo que impide la acción de la gracia en nosotros; Dios conoce nuestra miseria y que estamos formados de barro.

Pero, hay una indisposición en nosotros, que paraliza la acción de Dios: es nuestro amor propio, que es la fuente más fecunda de nuestras infidelidades, de nuestras faltas deliberadas.²

Cuando Nuestro Señor encuentra resistencia en las pequeñas cosas, siente, por decirlo así, la impotencia de su obra en el alma.

¿Por qué? Porque esta alma mantiene en sus há-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

² Véase el Evangelio de la Misa.

bitos que constituyen obstáculos a la unión divina. Dios querría comunicarse, pero estas barreras impiden la plenitud de su acción; no encuentra en esta alma respuesta a sus divinos llamamientos; diariamente, el alma opone un "no" a las inspiraciones del Espíritu Santo que la inclinan a la humildad, a la caridad, al olvido de sí misma. ¿Cómo podrá, entonces, progresar seriamente? Es imposible.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

Dios encuentra su gloria en perdonar, porque todo perdón se otorga en virtud de las satisfacciones de su Hijo predilecto, Jesucristo. La Sangre preciosa de Jesús fué derramada hasta la última gota en remisión de los pecados; la expiación que ofreció Cristo a la justicia, a la santidad, a la majestad de su Padre, es de un valor infinito.

Ahora bien, cada vez que Dios nos perdona, cada vez que el sacerdote nos da la absolución, viene a ser como si se presentasen al Padre todos los padecimientos, todos los méritos, todo el amor, toda la sangre de Jesús, y se aplicasen a nuestras almas para devolverles la vida o aumentarla.

Cualesquiera que sean las caídas de un alma, no debemos desesperar jamás de ella. "¿Cuántas veces debo perdonar a mi prójimo?" decía Pedro a Nuestro Señor: "Setenta veces siete", respondió Jesús, indicando así un número infinito de veces.¹

Esta medida inagotable respecto al arrepentimiento, es la de Dios mismo.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

Jesucristo reprochaba a los fariseos el formalismo puramente humano con que sustituían la ley eterna de Dios: escandalizábanse, en efecto, los fariseos viendo cómo los Apóstoles no se sometían antes de las comidas a toda una serie pueril de abluciones legales que ellos mismos habían inventado y en las cuales hacían consistir toda la pureza del hombre. Al cifrar la santidad únicamente en la observación minuciosa de tradiciones y prácticas nacidas de su propio pensar, descuidaban los preceptos más graves y sagrados de la ley divina.

Tal modo de proceder era, según lo dijo ya el mismo Salvador, “anular el mandamiento de Dios para seguir una tradición”.

Este formulismo estrecho, pura invención humana, que desnaturalizaba y empequeñecía la religión, esta conciencia falseada repugnaba de tal modo a la nobleza de corazón y sinceridad de Jesús, que no reparó en quitarles la máscara condenándolos sin piedad. ¿Qué juicio, en efecto, emitió acerca de esta manera de proceder? “En verdad, en verdad os digo que si vuestra justicia y perfección no es más cumplida que la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”.

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

Preséntase el Salvador, a la vista de todos, como “un Rey lleno de dulzura y de bondad”.

Sería menester citar todas las páginas del Evangelio si quisiera mostraros cómo le llegaban al alma nuestras miserias y nuestras flaquezas y dolores, y cómo

parece que no podía rehusar nada a la humanidad paciente.¹

San Lucas nota con cuidado cómo se conmueve y entenece: *Misericordia motus*. Preséntanse ante Él los ciegos, los sordomundos, los paráliticos, los leprosos, y adviértenos el Evangelio que “a todos los curaba”: *Sanabat omnes*.

A todos acogía con incansable mansedumbre, y se dejaba rodear por todas partes y en todo momento, aun después de puesto el sol, de tal modo que un día no pudo tomar alimento alguno.

Más de una vez, los Apóstoles se impacientaban; el divino Maestro aprovechaba la ocasión para mostrar mejor su bondad. “Dejad a los pequeñuelos, no les impedáis que vengan a mí”, les dijo un día. Y en otra ocasión: “No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder a los hombres, sino para salvarlos”.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

Jesucristo nos ha revelado magníficamente, la misericordia divina: ha querido ilustrar esta enseñanza y subrayar la doctrina con actos de bondad que nos maravillan y nos conmueven profundamente.

Ved a Jesús esperando a la Samaritana y conversando con ella. Él venía a Siquem, a la hora fijada por su Padre, para salvar un alma pecadora.

Ve Jesucristo levantarse en esta alma, aun en medio de su corrupción, una centellita de buena voluntad, suficiente ya para concederle mayor gracia, pues tan

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

pronto como ve rectitud y deseos sinceros de verdad, comunica la luz.

Por eso doblemente se revela a esta alma, porque le enseña “que ha llegado la hora de los verdaderos adoradores en espíritu y en verdad que el Padre busca”; y se manifiesta a ella como “el Mesías enviado por Dios”, manifestación que hasta entonces a nadie había hecho, ni siquiera a sus mismos discípulos.

Más, ¿no es de admirar que estas dos grandes revelaciones hayan sido hechas, antes que nadie, a una miserable pecadora, sin poder ésta alegar otro título para tan singular privilegio que su necesidad de salvación y aquella chispita de buena voluntad?

SABADO DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La compasión del Verbo encarnado para con los pecadores es tan intensa, que a veces se diría que se olvida de los derechos de su justicia y santidad, cosa que los enemigos de Jesús sabían muy bien, y hasta llegaban a prepararle insidiosos lazos en este terreno.

Un día conducen ante Jesús a una mujer adúltera. La ley ordena lapidarla.

Pero Jesús si bien es la bondad misma, es también la Sabiduría eterna; al principio no responde a la maligna pregunta de sus acusadores; después les contesta Jesús de un modo tan desconcertante, que no tuvieron más recurso que retirarse uno tras otro.

Quédase solo Jesús con la culpable. Y vése allí frente por frente una gran miseria y una gran misericordia. Y superando ésta a aquélla, exclama el Señor:

—“Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿No hubo nadie que te condenara?”

—“Nadie, Señor.”

—“Pues tampoco yo te condenaré; ve y no vuelvas a pecar más.”

Todos estos ejemplos de la bondad del Corazón de Jesús no son otra cosa sino manifestaciones de un amor más elevado, el amor infinito del Padre celestial a los pobres pecadores.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

La Eucaristía es por esencia un “misterio de fe”. Para traspasar esas apariencias y penetrar por entre esos velos hasta las realidades divinas, menester son los ojos de la fe.

Con claridad meridiana se echa esto de ver cuando se lee el capítulo de San Juan en que se narra cómo Jesús anunció a los judíos el misterio de la Eucaristía. La víspera acababa el Señor de mostrar su bondad y su poder dando de comer a unos cinco mil hombres con sólo cinco panes y algunos pececillos.¹ De resultas de este milagro estupendo, los judíos exclamaron: “Este es el profeta que ha de venir.” Y pasando del pasmo a la obra, quisieron arrebatarlo para hacerle rey.

Mas he aquí que Jesús les revela un misterio hartó más estupendo que el prodigio que acaban de presenciar: “Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo...”

Y estas palabras bastan para que al punto se alcen murmullos entre los judíos. La incredulidad cunde entonces hasta en sus mismos discípulos y muchos dejaron de seguirle.

Digamos nosotros, con Pedro, en esta ocasión: “¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.”

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Para nosotros, todo se compendia en la fe en Jesucristo, Hijo eterno del Padre; ella es la base de toda nuestra vida espiritual, la raíz profundísima de toda justificación, la condición esencial de todo progreso, el medio seguro para llegar a la cumbre de toda santidad.

Porque, "Dios ha dado su Hijo único al mundo para que todos los que crean en Él, no perezcan, sino que posean la vida eterna".

Postrémonos a los pies de Jesús y digámosle: "Oh, divino Jesús, Verbo encarnado, descendido del cielo «para revelarnos los secretos que, como Hijo único de Dios, contemplas continuamente en el seno del Padre», creo y confieso, que «eres Dios como Él e igual a Él»; creo en ti, creo «en tus obras», creo en tu persona; «creo que procedes de Dios»; y eres «uno con el Padre»; que el «que te ve le ve a Él»; creo que "eres la resurrección y la vida". Sí, lo creo y al creerlo, te adoro y consagro todo mi ser a tu servicio, con toda mi actividad y toda mi vida.

"¡Creo en Ti, oh Jesús, pero aumenta mi fe!" *Credo, Domine, sed adjuva incredulitatem meam!*

MARTES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Disposición fundamental de Jesús: buscar la gloria de su Padre.

El primer movimiento del alma de Jesús al entrar en este mundo al que vino a salvar, fué dice San Pablo, un impulso de intensidad infinita hacia el Padre. Así se lanza a la carrera de su vida en persecución del único fin: la gloria de su Padre. Es ésta su disposición fundamental. "No busco hacer mi voluntad, dice Él mismo,

sino la voluntad de Aquel que me ha enviado.” A los judíos prueba que Él viene de Dios, que su doctrina es divina, porque “Él no busca su gloria, sino la gloria de Aquel que lo ha enviado”.¹ Él la busca en tal forma que no mira por la suya “propia”. Siempre tiene en sus labios esta palabra: “Mi Padre”; toda su vida no es sino el magnífico eco de ese grito: *Abba*, Padre. Todo le lleva a buscar la voluntad y la gloria de su Padre.

¡Y qué constancia en esta búsqueda! El mismo nos declara que no se aparta de ella jamás “Yo cumplo siempre lo que agrada a mi Padre”; en la suprema hora de la última despedida, en el momento que se va a entregar a la muerte, nos dice que “ha cumplido toda la misión que ha recibido de su Padre”.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

El ciego de nacimiento cuya curación nos refiere San Juan con detalles tan sabrosos, es la imagen de nuestra alma curada por Jesús, libertada de las tinieblas eternas y devuelta a la luz por la gracia del Verbo encarnado.

Doquiera, pues, que se le presente Cristo, ha de decir el alma: “*Qui est, Domine, ut credam in eum*”? “¿Quién es, Señor, para que yo crea en él?” Y luego inmediatamente deberá entregarse del todo a Cristo, a su servicio, a los intereses de su gloria, que es también la del Padre. Obrando siempre de este modo, llegamos a vivir de la fe; Cristo habita y reina en nosotros, y su divinidad es, por medio de la fe, principio de toda nuestra vida.

El Padre Eterno quiere que la fe en su Hijo, por Él

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

enviado, sea la primera disposición de nuestra alma y la fuente de nuestra salvación: "Aquel que cree en el Hijo de Dios, tiene vida eterna; aquel que no cree en el Hijo de Dios, no verá la vida..."

La fe en la divinidad de Jesús, es, según los pensamientos mismos del Padre, el primer requisito para participar de la vida divina; creer en la divinidad de Jesucristo, es creer en todas las demás verdades reveladas.

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Todas las manifestaciones de la misericordia y bondad de Jesús, que nos descubren los sentimientos de su corazón de hombre, llegan hasta las fibras más hondas y delicadas de nuestro ser y nos revelan, bajo una forma sensible, el amor infinito de nuestro Dios.

Vedlo cerca de Naím; encuentra a una pobre viuda que con lágrimas y sollozos sigue la fúnebre comitiva de su hijo único. Jesús la ve, considera su llanto, y profundamente conmovido no puede soportar aquel dolor: "No llores, mujer": *Noli flere*; y al instante ordena a la muerte devuelva su presa: "Mancebo, yo te lo mando, levántate", y el difunto se incorporó y Jesús lo entregó a su madre.¹

La conducta de Cristo, por otra parte, condena nuestras durezas, sequedades de corazón, indiferencias, impaciencias, nuestros resentimientos contra el prójimo...

¡Oh Jesús, haced nuestros corazones semejantes al vuestro, mansos y humildes! Que a ejemplo vuestro, seamos misericordiosos, para que imitándoos, "seamos perfectos como nuestro Padre celestial".

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La gran misión de Jesús, fué manifestar su divinidad al mundo: *Ipsé enarravit*. Toda su enseñanza, su vida, sus milagros propenden a grabar esta verdad en el espíritu de sus oyentes.

Vedle, en el sepulcro de Lázaro ¹: antes de resucitar a su amigo, Cristo levanta los ojos al cielo. “¡Oh Padre!”, exclama, “gracias te doy porque siempre me has oído; bien es verdad que yo sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por razón de este pueblo que me rodea, para que crean que tú eres el que me ha enviado”: *Ut credant quia tu me misisti*.

Nuestro Señor, va poco a poco insinuando esta verdad; pero con admirable táctica, lo encauza todo hacia esa manifestación de su filiación divina.

Al fin de su vida, cuando los espíritus rectos están ya bastante preparados, ya no repara en proclamar su divinidad a boca llena y ante sus mismos jueces, aun a riesgo de perder la vida. Jesús es el Rey de los mártires, de todos aquellos que, derramando su sangre, profesaron la fe en su divinidad; es el primero que fué entregado e inmolado por haberse proclamado Hijo único de Dios.

SABADO DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Dios es luz; luz infinita “sin sombras ni tinieblas”.

Mas esta luz que nos baña con sus fulgores, en vez de revelar a Dios ante los ojos de nuestra alma, parece más bien ocultarle. Sucede lo que con el sol, cuyos resplandores nos impiden contemplarlo.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Sin embargo, esta luz es la vida del alma; y al declararse Nuestro Señor “la luz del mundo”, dijo: “El que sigue mis pasos no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”¹

La luz divina, deslumbra demasiado para que pueda penetrar con todos sus esplendores en nuestra débil pupila, y por eso se ha cubierto con los velos de la humanidad. Jesucristo es Dios puesto a nuestro alcance en una existencia genuinamente humana.

De este hombre irradian purísimos rayos, que a toda alma de buena voluntad revelan que Él es también Dios; iluminada el alma por la fe, descubre los esplendores ocultos tras el velo de este sanctasanctorum. La fe encuentra en el hombre mortal, que es Jesús, al mismo Dios, y encontrando a Dios, se sacia en la fuente de luz, de salvación y de vida inmortal.

DOMINGO DE PASION

Cristo Jesús es el mismo Hijo único de Dios; objeto de las complacencias del Padre; “la obra entera de su Padre consiste en glorificarle”: *clarificavi et iterum clarificabo*; puesto que Él es la plenitud de la gracia. Es un pontífice inocente; si por ventura se nos asemeja, no conoce, sin embargo, el pecado ni la menor imperfección: “¿Quién —preguntaba a los judíos—, me podrá convencer de pecado?” “El príncipe del mundo, esto es, Satanás, nada encontrará en mí que le pertenezca.”

Tan cierto es esto, que sus más encarnizados enemigos, espionaron inútilmente su vida, examinaron su doctrina, espionaron también, todos sus actos y palabras; y

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

no pudieron encontrar motivo alguno para condenarle; para inventar un pretexto, fué necesario acudir a falsos testigos. Jesús es la pureza misma, el “reflejo de las perfecciones infinitas de su Padre, el esplendor fulgurante de su gloria”.

Quiso el Padre eterno, con ese querer al que nada resiste, “destrozarlo con los padecimientos”: *Voluit conterere eum in infirmitate*. “Jesús ha sido atravesado por nuestros pecados y quebrantado a causa de nuestras iniquidades. Sobre Él hizo el Señor recaer la iniquidad de todos nosotros.”

LUNES DE PASION

El alma que comete deliberadamente el pecado, aporta su parte de dolores y ultrajes a los ya recibidos por Jesucristo.

Ella acibara el cáliz que se presenta a Jesús durante la agonía; se halla en compañía de Judas para traicionarle; con la soldadesca, para vendarle los ojos y darle golpes en la cara; con Pedro, para renegar de Él; con Herodes, para convertirle en objeto de mofa y escarnio; con la turba, para reclamar imperiosamente su muerte; con Pilatos, para condenarle cobardemente por medio de una sentencia inicua. Acompaña igualmente a los fariseos que cubren a Cristo agonizante con el veneno de su odio insaciable a los judíos, para agobiarle de sarcasmos. Finalmente, ella fué la que, para calmarle la sed, ofreció a Jesús en el instante supremo hiel y vinagre. . .

Eso hace el alma que rehusa someterse a la ley divina: causa la muerte del Unigénito de Dios, la muerte de Jesucristo.

Si alguna vez tuvimos la desgracia de cometer voluntariamente un solo pecado mortal, con razón podemos decir: “La Pasión de Jesús es obra mía. . . ¡Oh, Jesús! clavado en la cruz Vos sois el pontífice santo, inmaculado, la víctima inocente y sin mancha, y yo, un vilísimo pecador. . .”

MARTES DE PASION

Durante la vida mortal de Jesucristo, su divinidad estaba oculta bajo el velo de la humanidad; era objeto de fe hasta para quienes vivían con Él.

Sin duda que los judíos entendían muy bien la sublimidad de su doctrina. “¿Quién es el hombre, decían, que jamás haya hablado como este hombre?” Veían obras “que sólo Dios puede hacer”. Pero también asimismo veían que Cristo era hombre; y nos dicen que ni sus mismos convecinos, que no le habían conocido fuera del taller de Nazareth, creían en Él, a pesar de todos sus milagros.¹

La fe en la divinidad de Jesucristo constituye para nosotros, como para los judíos de su tiempo, el primer paso para la vida divina. Creer que Jesucristo es Hijo de Dios, Dios en persona, es la primera condición requerida para poder ser agradable a su padre: *hoc est opus Dei ut credatis in eum quem misit ille*. “Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquél que Él ha enviado.” No llegaremos a ser en realidad verdaderos hijos de Dios, mientras nuestra vida no se halle fundamentada en esta fe.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

MIÉRCOLES DE PASION

Más de una vez, vemos en el Evangelio que contendían los judíos entre sí con respecto a Cristo.

Algunos judíos, queriendo entonces saber a qué atenerse, rodean a Jesús y le dicen: “¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si eres Tú el Cristo, dínoslo francamente.”

Y ¿qué es lo que les responde Jesús Nuestro Señor?

“Ya os lo he dicho, y no me creéis; las obras que hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de Mí. . .”¹

Los judíos, tomándole por blasfemo, quieren por esta razón, apedrearle. Y como Jesús les preguntara por qué obraban de semejante modo, “Te apedreamos, le responden, a causa de tus blasfemias, pues pretendes ser Dios, cuando no eres más que hombre.”

¿Cuál es la respuesta de Jesús? ¿Desmiente en reproche? No, antes por lo contrario, lo confirma; certísimamente, es lo que piensan; igual al Padre; han comprendido bien sus palabras; pero se complace en afirmarlas de nuevo; es el Hijo de Dios “puesto que, dice, hago las obras de mi Padre, que me envió” y que, por naturaleza divina, “el Padre está en Mí y Yo en el Padre.”

JUEVES DE PASION

La penitencia es condición requerida para obtener y conservar en nosotros el perdón de Dios.

Mirad a Magdalena: siendo uno de los más preciosos trofeos de la gracia de Cristo, es a la vez símbolo mani-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

fiesto del amor penitente. ¿Qué hace? Inmola en obsequio de Cristo lo máspreciado que tiene, esto es, aquella cabellera que es su aderezo y ornamento, la que le sirvió para enredar a muchas almas, téndiéndoles lazos peligrosos; ahora la emplea en enjugar los pies del Salvador. Inmólase el amor penitente, y al realizar este acto, atrae hacia sí y guarda los tesoros de la misericordia: *Remittuntur ei peccata multa quoniam dilexit multum.*¹

Magdalena, pecadora, viene a ser el triunfo de la gracia de Jesús.

No olvidemos nunca que en todo lo que Jesús hizo como Hombre, debemos ver una manifestación de lo que hizo primero como Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo; y si Jesús recibe a pecadores y los perdona, es Dios mismo quien, en forma humana, se inclina hasta ellos y los acoge en el seno de sus eternas misericordias.

VIERNES DE PASION

Conmemoración de los Siete Dolores de la B. V. María

Ninguna madre ha amado jamás a su hijo, como María amó a Jesús; su corazón de madre fué formado por el Espíritu Santo para amar a un Hombre-Dios. Jamás corazón humano ha latido más dulcemente, que el suyo por Jesús, porque era llena de gracia, y su amor no tenía obstáculo ninguno para darse.

Además, ello lo debía todo a Jesús; su inmaculada concepción, los privilegios que hacen de ella una criatura única.

¡Qué indecible dolor experimentó, cuando recibió en sus brazos, el cuerpo ensangrentado de Jesús!

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Postrémonos a sus pies para pedirle perdón por los pecados que fueron causa de tanto sufrimiento: “¡Oh, Madre, fuente de amor, hazme comprender la grandeza de tu dolor, para que participe de tu aflicción; haz que mi corazón se abra de amor a Jesús, mi Dios, para que no piense más que en agradecerle!”

Cristo nos dará a su Madre para que sea también la nuestra en el orden espiritual; María no nos separará de Jesús su Hijo, nuestra cabeza.

SABADO DE PASION

Cuando contemplamos los padecimientos de Jesús, Él nos da, según la medida de nuestra fe la gracia de practicar las virtudes que Él mismo reveló en esas horas santas.

¿De qué manera?

Cuando vivió en la tierra “una virtud omnipotente emanaba de su divina persona, que curaba los cuerpos”, ilustraba los espíritus y vivificaba las almas. Algo parecido ocurre, cuando, por la fe, nos ponemos en contacto con Jesús. Seguramente que Cristo otorgó gracias muy señaladas a aquellos que con amor le seguían por el camino del Gólgota o asistían a su inmolación. Tal poder lo conserva aún; y cuando en espíritu de fe, por compadecer sus amarguras e imitarle, le seguimos del pretorio al Calvario y permanecemos al pie de su cruz, Él nos da esas mismas gracias y nos hace participar de los mismos favores.

Jamás olvidéis que Cristo Jesús no es un modelo muerto, inerte; antes está siempre vivo, y produce sobrenaturalmente en aquellos que se le acercan con las disposiciones requeridas, la perfección que contemplan en su Persona.

Ver glorificado a su Hijo, constituye el supremo deseo del Padre: *Clarificavi et iterum clarificabo*: "Le glorifiqué y siempre le glorificaré" es una de las tres palabras del Padre Eterno que el mundo escuchó.

Quiere glorificar a Jesucristo, su Hijo y su igual.

Pero lo quiere también, dice San Pablo, "porque ese Hijo se humilló": *Semetipsum exinanivit... propter quod et Deus exaltavit illum*. "Porque se ha anonadado, el Padre le ha ensalzado y le ha dado un nombre superior a todo nombre, a fin de que toda rodilla se doble ante Él, y toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo comparte la gloria de su Padre".

Debido a eso, cuanto más se humilló Cristo, sobrellevando las flaquezas y miserias humanas que eran compatibles con su dignidad, padeciendo como un malvado la muerte en el madero, *cum sceleratis*; cuanto más atacada fué su divinidad por los incrédulos; tanto mayor ha de ser la altura a que le sublimemos en la gloria del Padre y en nuestro corazón; tanto mayor nuestra adhesión a Él con espíritu de intensa reverencia y sumisión a su divina persona y tanto mayor nuestro esfuerzo por extender su reinado sobre las almas.

LUNES SANTO

La Pasión señala la cima de la obra que vino a realizar en el mundo Jesús. Para Él es la hora en que consume el sacrificio, que ha de dar a su Padre gloria infinita, que redimirá a la humanidad, y abrirá al hombre las fuentes de la vida eterna.

Por eso Jesús, que se entregó enteramente al beneplácito del Padre, desde el primer instante de su en-

carnación, ansía ver llegar la que Él llama “su hora”, la hora por excelencia: *Baptismo habeo baptizari et quomodo coarctor usque dum perficiatur*: “Con un bautismo he de ser bautizado —el bautismo de sangre—; ¡Qué ansia siente mi corazón porque se realice!” Suspira Jesús por ver llegar la hora en que pueda anegarse en los padecimientos y arrostrar la muerte por darnos la vida.

Verdad es que Cristo no quiere adelantar esa hora; está plenamente sumiso a la voluntad de su Padre.

Mas cuando suena esta hora, Cristo se entrega con valor, aun cuando sepa muy bien los dolores y padecimientos que muy pronto van a descargar sobre su cuerpo y su alma; *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum*.

MARTES SANTO

En el Calvario, Jesús, por moción del Espíritu Santo: *Per Spiritum sanctum semetipsum obtulit Deo*, se abandona a sus verdugos, como víctima de nuestras culpas.

Nada hay tan glorioso para Dios, ni tan útil para nuestras almas, como el ofrecernos del todo juntamente con Jesús, cuando se ofrecía a los verdugos para ser despojado de sus vestiduras y ser clavado en la cruz “a fin de darnos, por su desnudez, las riquezas de su gracia”.

Esta oblación de nosotros mismos es un verdadero sacrificio; esta inmolación a la voluntad divina es la base de toda vida espiritual.

Sin embargo, para que logre todo su valor, debemos unirla a la de Jesús, ya que “por esta oblación nos quiso santificar”: *In qua voluntate sanctificati sumus*.

¡Oh, Jesús mío! Toma la ofrenda que te hago de todo mi ser y júntala con la que hiciste a tu Padre celestial al llegar al Calvario; desnúdame de todo apego a la criatura, y aun de mí mismo. *Ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.*

MIERCOLES SANTO

Substituirse voluntariamente a nosotros en calidad de víctima inmaculada, para pagar nuestra deuda y devolvernos por su expiación y satisfacciones la vida divina: tal fué la misión que Jesucristo debía realizar, el camino que debía recorrer. “Dios puso sobre Él”, que era hombre como nosotros, de la raza de Adán, y al mismo tiempo justo, inocente y sin pecado, “la iniquidad de todos nosotros”: *Posuit in eo iniquitatem omnium nostrum.*¹

Porque se hizo en cierto modo solidario de nuestra naturaleza y de nuestro pecado, Jesucristo mereció hacernos a su vez solidarios de su justicia y de su santidad. Dios, según la expresión enérgica de San Pablo, “condenó el pecado en la carne, enviando por el pecado a su propio Hijo, en una carne semejante a la del pecado”. Y añade con una energía aun más acentuada: “Dios hizo pecado por nosotros a Cristo, que no conocía el pecado”. ¡Qué valentía hay en esta expresión!: *peccatum fecit*; el Apóstol, no dice: *peccator*, “pecador”, sino: *Peccatum*, “pecado”.

¡Oh! no lo olvidemos: “hemos sido rescatados a gran precio...”

¹ Véase la segunda Lectura de la Misa.

JUEVES SANTO

Fué ante todas las cosas el amor a su Padre, el que movió a Cristo a aceptar los dolores de la Pasión, pero también lo fué el amor que nos tiene.

Cuando en la última Cena va a llegar el instante de acabar su oblación, ¿qué dice a sus Apóstoles reunidos en torno suyo? “No cabe amor más grande que dar la vida por sus amigos”. Este amor, que excede a todo amor, es el que nos va a demostrar Jesús, pues San Pablo dice “que se entregó por todos nosotros”. ¿Qué mayor prueba de amor pudiera darnos? Ninguna.

Por eso el Apóstol no cesa de proclamar que “Cristo se entregó porque nos amaba”; “por el amor que me tenía dióse por mí”.

“Se dió” y “entregó” hasta el punto de morir por mí: *Semetipsum tradidit*.

Pero lo que encarece infinito ese amor, es la libertad soberana con que Cristo se ofrece: *Oblatus est quia ipse voluit*. Estas pocas palabras nos dicen con qué libérrima voluntad aceptó Cristo su Pasión. Esta libertad con que Cristo da su vida es absoluta y una de las consideraciones de su sacrificio que más hondamente conmueven el corazón humano.

VIERNES SANTO

Todo es perfecto en el sacrificio de Jesús: el amor que le inspira y la libertad con que lo ejecuta. Perfecto también el don ofrecido: Cristo se ofrece a sí mismo, todo Él; su alma y su cuerpo son abrumados y destrozados por los padecimientos; no hay dolor por el que Jesús no haya pasado.

Habíase cargado con todas las iniquidades de los hombres, habíase como revestido de ellas, y en el huer-to de los Olivos, durante la terrible agonía, sentía pesar sobre Él toda la cólera de la justicia divina. Veía de an-temano que su sangre se derramaría en vano para mu-chos hombres, y esa vista colmaba la amargura de su alma.

Pero Cristo lo aceptó todo.

Bebió el cáliz hasta las heces, y cumplió sin faltar una tilde, ni el más leve detalle, cuando de él estaba vaticinado.

Por eso, cuándo todo está consumado, cuando ha agotado hasta el fondo el cáliz de todos los dolores, amargas y humillaciones, puede con verdad decir: *Consummatum est*. Sí, “todo está consumado”; no queda sino dar su alma a su Padre: *Et inclinato capite, tradidit spiritum*.

Pero, “elevado de la tierra, todo lo atraerá hacia Él”...

SABADO SANTO

Hasta en su sepultura fué como nosotros Jesús: “Se le sepultó, dice San Juan, a la manera judía con lienzos y aromas”. Mas el cuerpo de Jesús, unido al Verbo; no debía sufrir la corrupción. Quedará ahí apenas tres días; pero luego, por su propia virtud, saldrá Jesús triunfante, lleno de vida y de gloria.

Dícenos el Apóstol que “por nuestro bautismo hemos sido sepultados en Cristo a fin de morir al pecado”. Las aguas del bautismo son como un sepulcro donde de-bemos dejar el pecado y de donde salimos animados de una nueva vida, la vida de la gracia.

Siempre dura la virtud sacramental de nuestro bautismo. Uniéndonos por la fe y el amor a Cristo yacente en el sepulcro, renovamos esa gracia de “morir para el pecado a fin de vivir sólo para Dios”.

¡Oh Jesús, Señor Mío! Entierre yo en tu tumba todos mis pecados, todas mis culpas e infidelidades; por tu muerte y tu sepultura, dame la gracia de decir un eterno adiós a todo aquello que me aparta de ti; por la virtud de tu resurrección haz que, como Tú, no viva sino para gloria de tu Padre.

TIEMPO PASCUAL

La solemnidad de Pascua señala la cumbre del año litúrgico; después del rudo combate con las potencias adversas, Cristo victorioso toma posesión de la vida gloriosa, que debe comunicar a todos aquellos que en el bautismo se unen a Él por la fe y el amor.

La Iglesia celebra el triunfo de Jesús todo el “tiempo Pascual”, período de 8 semanas, que comprende el tiempo Pascual propiamente dicho, que recuerda los 40 días que Cristo pasó sobre la tierra después de su Resurrección; —la Ascensión y su octava— Pentecostés, también con su octava, conmemora la misión del Espíritu Santo, que continúa, para terminarla, la obra de Jesús en el seno de la Iglesia.

Durante esta época (salvo las semanas de Pascua y de Pentecostés, que tienen sus Misas cotidianas), la liturgia es menos rica que durante la Cuaresma: la Misa propia es la del domingo.

Se ha tratado de aclarar algún texto de estas Misas. Para el resto del Tiempo, se han elegido páginas características del período litúrgico, páginas igualmente sig-

nificativas de la espiritualidad y del pensamiento "columbano": je en Cristo, verdadero Dios, que nos hace participar de Su vida divina por el Bautismo, sacramento de adopción.

PASCUA — RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR

Jesús dejó en el sepulcro, el día de su Resurrección, los lienzos que son símbolo de nuestras miserias, debilidades e imperfecciones. Salió triunfante del sepulcro, con entera libertad, animado de una vida intensa, perfecta, que pone en vibración todas las fibras de su ser. La Vida absorbe en Él todo lo mortal.

Es éste el primer elemento de la santidad representada en Cristo resucitado: el alejamiento de todo lo que es criatura, la exención de toda flaqueza, de toda enfermedad y pasibilidad.

La adhesión, la pertenencia, la consagración a Dios constituye el segundo elemento de la santidad. Sólo en el cielo conoceremos con qué plenitud vivía Jesús para el Padre en aquellos días benditísimos. La vida de Cristo resucitado se convierte en una fuente infinita de gloria para su Padre; no hay en Él más flaquezas; todo es luz, fuerza, vida, belleza y como un cántico no interrumpido de alabanza. Su santa Humanidad se dedica, como nunca, a glorificar al Padre.

LUNES DE PASCUA

“¡Ah, hombres necios y de corazón lento para creer!” dice Jesús a los discípulos, camino de Emaús,¹ “¿acaso

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

no era preciso que Cristo padeciese todas estas cosas antes de entrar en su gloria?" *Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?*

Lo mismo ocurre con nosotros; es preciso que participemos de los padecimientos de Cristo si hemos de gozar de su gloria.

Esta gloria y bienaventuranza serán inmensas. "Si somos hijos de Dios, escribe San Pablo, somos sus herederos y coherederos de Cristo, siempre que padezcamos con Él para ser también glorificados con Él". Y añade: "Pues estimo que los padecimientos de este tiempo presente no tienen proporción con la gloria futura que ha de manifestarse en nosotros".

Por eso, en la medida misma en que "participemos de los padecimientos de Cristo, podemos alegrarnos, pues cuando se manifieste la gloria de Cristo en el último día, estaremos rebosando de contento". *Communicantes Christi passionibus, gaudete, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exsultantes.*

MARTES DE PASCUA

El mismo Jesús hace comprobar a sus Apóstoles la realidad de su cuerpo resucitado;¹ pero se trata ya de un cuerpo libre de las flaquezas terrenales; un cuerpo ágil, al que la materia no ofrece obstáculo. Sale Jesús del sepulcro abierto en la roca, cuya entrada cierra pesada losa, y preséntase en medio de sus discípulos, "estando cerradas las puertas": *Januis clausis*. Si toma alimento con ellos, no es porque a ello le obligue la necesidad, sino porque quiere por una misericordiosa condescendencia confirmar la realidad de su Resurrección.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Este cuerpo resucitado es ya inmortal; ha muerto una vez: *Quod enim mortuus est... semel*. "Mas ahora, dice San Pablo, una vez resucitado Cristo, no volverá más a morir, la muerte no tendrá imperio sobre Él"; el cuerpo de Jesús no estará sujeto a las condiciones del tiempo, sino que está ya libre de toda servidumbre, de todas las debilidades que tomó en la Encarnación; es impasible, espiritual, goza de soberana independencia.

MIÉRCOLES DE PASCUA

La Iglesia en sus Letanías, aplica ciertas denominaciones a algunos de los misterios de Jesús. Dice, por ejemplo, de la Resurrección, que es "santa". *Per sanctam resurrectionem tuam*. ¿Por qué, pues, se llamará "santa" la Resurrección con preferencia a cualquier otro misterio de Jesús?

Porque en este misterio es donde Cristo parece poner de manifiesto las condiciones y elementos constitutivos y formales de la santidad humana, la cual halla en Cristo su fuente y su modelo; porque si por su vida es el camino y "la luz", y nos da ejemplo de todas las virtudes compatibles con su divinidad, lo es más todavía en su Resurrección donde se muestra el ejemplar acabado de santidad.

¿Cuáles son los elementos constitutivos de la santidad? Pueden reducirse a dos: alejamiento de todo pecado, desapego de toda criatura y adhesión total y estable a Dios.

Ahora bien, esos dos caracteres se dan, en la Resurrección de Cristo en un grado eminente y nunca visto antes de aquélla; pues aunque el Verbo Encarnado fué, durante toda su vida, el "santo" por excelencia, revélase

sobre todo bajo este aspecto con deslumbradora claridad en su Resurrección; por lo cual, canta la Iglesia: *Per sanctam resurrectionem tuam.*

JUEVES DE PASCUA

Los israelitas, al aproximarse la fiesta de Pascua, debían deshacerse de toda clase de levadura, y el día mismo de la fiesta, después de haber inmolado el cordero pascual, lo debían comer con panes no fermentados.

Todo ello era “figura y símbolo” de la verdadera Pascua, de la Pascua cristiana. “Despojaos del hombre viejo”, “purificaos de la vieja levadura”, despojaos del hombre viejo nacido en el pecado, y de los apetitos a que renunciasteis al ser regenerados por el bautismo y cuando, participando de la muerte de Cristo, moríais para el pecado, haciéndoos, por la gracia, como una nueva masa, es decir, una “nueva criatura”, un “nuevo hombre”, a ejemplo de Cristo, que glorioso salió del sepulcro.

Así los cristianos que “quieren compartir el misterio de la Resurrección y unirse a Cristo, que es el Cordero inmolado y resucitado por nosotros, no deben ya vivir en el pecado, sino abstenerse de los malos deseos, que son como levadura de malicia y perversidad”; deben conservar en sí mismos la gracia que los hará vivir en la verdad y sinceridad de la ley divina.

VIERNES DE PASCUA

Dios se muestra tan grande en todo cuanto obra por la gloria de Cristo, que quiere que el misterio de la Resurrección de su Hijo alcance a nuestras almas y a

nuestros mismos cuerpos; pues es dogma de fe que hemos de resucitar con nuestros cuerpos, como Cristo y con Cristo.

Cristo, es nuestra Cabeza, formando nosotros con Él un solo cuerpo místico. Si Cristo resucitó, sólo fué en cuanto hombre; por tanto, es necesario que nosotros participemos de su misma gloria, dado que somos miembros de Cristo, no ya tan sólo, por razón de nuestra alma, sino también por nuestro cuerpo y por todo nuestro ser, ligándonos así con Jesús la unión más estrecha que darse puede. Así que si Él ha resucitado glorioso, los fieles que por medio de su gracia forman parte de su cuerpo místico, le estarán también unidos hasta en su misma Resurrección.

“Dios, dice enérgicamente el Apóstol, nos resucitó en su Hijo Jesucristo”: *Conresuscitavit nos... in Christo Jesu*. Por medio de la fe y de la gracia, las cuales nos transforman en miembros vivos de Cristo, nos hace Dios participar de sus diversos estados y nos une con Él.

SABADO IN ALBIS

Durante el tiempo Pascual, la Iglesia demuestra su júbilo, multiplicando el Aleluya, grito de alegría y de felicidad tomado de la liturgia del cielo. Ella lo había suprimido durante la Cuaresma, para manifestar su tristeza, y unirse así a los sufrimientos de su Esposo. Actualmente, como Cristo ha resucitado, se regocija con Él, usa otra vez, con nuevo fervor, esta exclamación de alegría, en la que se resume todo el ardor de sus sentimientos.

Este “Aleluya”, que la Iglesia repite sin cesar durante los cincuenta días del período pascual, es como el eco,

siempre renovado, de esta oración con la cual termina la semana de Pascua: "Haz, Señor, te rogamos, que estos misterios de Pascua, sean en adelante una acción de gracias, y que la obra de nuestra regeneración, que se desarrolla sin cesar, sea en nosotros el principio inagotable de una alegría sin fin".¹

La tristeza es un soplo del infierno; la alegría es el eco de la vida de Dios en nosotros.

DOMINGO IN ALBIS

Todo nos habla hoy de la fe: "Bienaventurados los que no han visto y han creído".² La fe es "el fundamento y la raíz de toda justificación". Por la fe viva y por la convicción de la divinidad de Jesucristo, vivimos la vida divina.

Por la fe comienza esta vida: "Aquellos que creen en su nombre... son nacidos de Dios." "Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo... ¿Quién será el vencedor del mundo, sino aquel que cree que Jesús es el Hijo de Dios?"³ Esta convicción íntima de la divinidad de Jesucristo nos arroja a sus pies, como al ciego de nacimiento. "El justo vive de la fe"; "Aquel que cree en mí, aunque estuviera muerto vivirá."

Por esta fe, nos identificamos en cierto modo, con Jesucristo, en nuestros pensamientos, deseos, palabras y acciones.

Entonces, se realiza aquello de "Yo vivo, más, no soy yo, sino Cristo quien vive en mí..." Yo vivo en la fe

¹ Secreta del Sábado de Pascua.

² Véase el Evangelio de la Misa.

³ Véase la Epístola de la Misa.

del Hijo de Dios que me amó y se entregó a la muerte por mí.

Debemos obrar en el nombre de Jesucristo.

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Dijo Nuestro Señor: *Beati qui non viderunt et crediderunt*: "Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron."¹ Dijo estas palabras, no para sus discípulos, sino más bien para nosotros. Pero, ¿cómo así proclama Nuestro Señor "bienaventurados" a los que en Él creen?

La fe es causa de alegría, por cuanto nos hace participar de la ciencia de Cristo, Verbo eterno, que nos ha enseñado los secretos divinos: *Unigenitus Filius ipse enarravit*; creyendo lo que nos ha dicho tenemos la misma ciencia que Él; la fe es fuente de alegría, porque lo es también de luz; nos hace conocer la verdad, que es el bien de la inteligencia.

Es además fuente de alegría, por cuanto nos hace fundamentalmente poseedores de los bienes futuros; nos lo dice Jesucristo mismo: "Aquel que cree en el Hijo de Dios, tiene vida eterna." *Qui credit in Filium Dei habet vitam aeternam*. Reparad en el tiempo presente, *habet*, "tiene"; no habla en futuro "tendrá", sino que habla como de un bien cuya posesión se halla ya asegurada.

La fe es una semilla, y toda semilla lleva en sí el germen de la producción futura.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La fe nos pone en contacto con Cristo; pues si con-

¹ Véase el Evangelio de la Misa del Domingo *in Albis*.

templamos con fe este misterio, Cristo producirá en nosotros la gracia que trajo al aparecerse resucitado a sus discípulos. Vive en nuestras almas, y al vivir obra sin cesar en ellas, conforme al grado de fe y según la gracia propia de cada uno de sus misterios.

Justus ex fide vivit. El justo, es decir, aquel que en el Bautismo se ha revestido del hombre nuevo, creado en la justicia, vive como justo, y además de la fe, de la luz que le aporta el sacramento de iluminación. Cuanto más vive de la fe, más vive de la verdadera vida sobrenatural, y más realiza en él la perfección de su adopción divina. Observad bien esta expresión: *ex fide*. ¿Qué quiere decir? Que la fe debe ser la raíz de todos nuestros actos, de toda nuestra vida. Hay almas que viven "con la fe": *cum fide*; pero, hay que vivir *ex fide*, "de la fe".

Cuando todos nuestros actos los realizamos por los principios de la fe, nos volvemos más fuertes y estables, porque participamos de la infalibilidad divina.

MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Cuando el amor que nos inclina a creer, nos lleva de un modo absoluto a la plena aceptación, teórica y práctica, del testimonio de Dios, nuestra fe es perfecta, y, como tal, actúa y se transforma en la caridad.

Ahora bien, ¿cuál es en concreto el testimonio de Dios que debemos aceptar por la fe? Helo aquí en resumen: Que Cristo Jesús es su propio Hijo, enviado para nuestra salvación y nuestra santificación.

El Padre Eterno quiere que la fe en su Hijo, por Él enviado, sea la primera disposición de nuestra alma y

la fuente de nuestra salvación: "Aquel que cree en el Hijo de Dios, tiene vida eterna; aquel que no cree, no verá la vida, y la cólera de Dios permanece sobre él." Atribuye Dios tal importancia a que creamos en su Hijo, que su cólera permanece —nótese el tiempo presente—, "permanece" desde ahora y siempre sobre aquel que no cree en su Hijo. ¿Qué nos enseña todo esto? Que la fe en la divinidad de Jesús, es, según los pensamientos mismos del Padre, el primer requisito para participar de la vida divina; creer en la divinidad de Jesucristo es creer en todas las demás verdades reveladas.

JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La fe en Jesucristo es la puerta por donde se entra en la vida, divina, es como lo dijo el santo Concilio de Trento: "el fundamento y la raíz de toda justificación".

La fe es un fundamento. Pensad en un monumento que llama la atención por su tamaño y el armonioso conjunto de todas sus proporciones. ¿Qué es lo que le da solidez? Los cimientos. Que éstos empiecen a vacilar, y se verá que las paredes comienzan a rajarse y el edificio está en Peligro. Esto es una imagen de la vida espiritual, la cual es un edificio que Dios, de acuerdo con nosotros, se construyó en nosotros, para su gloria; es un templo que Él quiere habitar. Pero si no ponemos un fundamento firme, es imposible levantar el edificio.

El santo Concilio compara también la fe, con una raíz. Ved este árbol majestuoso, de tronco poderoso, de ramas vigorosas, de abundantes hojas y sabrosos frutos. Esta belleza y fecundidad le vienen de las raíces, que penetran en la tierra para fijarse en ella y tomar el jugo que las alimenta.

La raíz de la vida cristiana, es la fe. Es la condición necesaria de toda vida y de todo progreso espiritual.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Al fin de su vida, Nuestro Señor, decía a sus discípulos: “Tened confianza porque he vencido al mundo.”
¿Y cómo lo ha vencido?

¿Por el éxito temporal, inmediato de sus empresas?
¿Por su superioridad humana, capaz de imponerse, de dominar?

No. El fué puesto en ridículo, crucificado. A los ojos de los “sabios” de entonces, su misión se frustraba lamentablemente sobre la cruz. Sus discípulos se dispersan, la muchedumbre menea la cabeza, los fariseos se mofan diciendo: “A otros ha salvado, y no se puede salvar a sí mismo...”

Pero, solamente en apariencia está vencido; en este momento preciso Cristo vence en realidad; a los ojos del mundo, desde el punto de vista natural, Cristo está vencido; pero a los ojos de Dios, en este mismo instante, era el vencedor del príncipe de las tinieblas, el vencedor del mundo.

Y desde este momento, Jesucristo “es establecido Rey de las naciones por su Padre”; “no hay sobre la tierra otro nombre como el suyo que sea para nosotros, causa de salvación y de gracia” y sus “enemigos serán escabel para sus pies”. “¿Quién es vencedor del mundo, sino el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios? ”

SABADO DE LA PRIMERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Si somos fieles cada año en participar de los dolores de Cristo, durante la Cuaresma y Semana Santa, también cada año la celebración del misterio de Pascua, al mismo tiempo que nos hace contemplar la gloria de Jesús vencedor de la muerte, nos hará sentir con más fruto y con más abundancia aún, su divina condición de resucitado; esta celebración nos despegará más de todo lo que no es Dios, y acrecentará por la gracia en nosotros, la fe, el amor y la vida divina.

Afirmará también nuestra esperanza, porque “al aparecer el último día, Cristo, que es nuestra vida, y nuestra cabeza, apareceremos también nosotros con Él en la gloria, por haber antes participado de su vida”: *Cum Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.*

No olvidemos nunca que formamos una sola cosa con Cristo Redentor, que su triunfo es el nuestro y que su gloria es principio de nuestro pozo. Cantemos también con la Iglesia nuestra Madre, repetidas veces el Aleluya para demostrar a Cristo nuestra alegría por verle triunfador de la muerte, y para dar gracias al Padre por la gloria con que premia a su Hijo.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

“Yo doy a mis ovejas la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues mi Padre, que me las dió, todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre; mi Padre y yo somos una misma cosa.”¹

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

¡Qué seguridad la que nos da Cristo Jesús! Estaremos siempre con Él, sin que nada pueda jamás separarnos; y en Él gozaremos de una alegría infinita que nadie nos podrá quitar, porque es la alegría misma de Dios y Cristo, su Hijo: “Al presente, decía Jesús a sus discípulos, padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo.”

Digámosle con la samaritana: “¡Oh, Señor Jesús, divino Maestro, Redentor de nuestras almas, dadnos de esa agua divina que nos saciará para siempre, que nos dará la vida; dadnos aquí en la tierra que permanezcamos unidos a Vos por la gracia, para que algún día merezcamos estar «donde Vos estáis», para que podamos ver eternamente la gloria de vuestra humanidad, y gozar de Vos para siempre en vuestro reino!

LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Una vez resucitado Jesucristo, ha vuelto a tomar nueva vida. Cristo ya no muere más, “la muerte pierde su imperio sobre Él”; ha destruído para siempre el pecado, y su vida en adelante será una vida para Dios, vida gloriosa, que se verá coronada el día de la Ascensión.

Cierto es que Jesucristo no ha vivido sino para el Padre; viniendo al mundo, se ha entregado todo entero para hacer la voluntad de su Padre: *Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem suam*; en eso consiste su comida: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me*. No consagró a otra cosa su vida sino a los intereses y a la gloria de su Padre.

Pero hasta entonces, fué también, y enteramente, una vida mezclada con el carácter de víctima; y, en cambio,

una vez resucitado, libre ya de toda deuda con la divina justicia, Cristo no vive más que para Dios.

En adelante tiene una vida perfecta, una vida a toda su plenitud y en todo su esplendor, sin enfermedad alguna, sin perspectivas de expiación, de muerte, ni del más ligero padecimiento: *lors alli ultra nom dominabitur*.

Todo en Cristo resucitado tiene carácter de vida: *vivit Deo...*

MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La Iglesia durante el tiempo pascual nos habla muy a menudo de vida, y no tanto por haber vencido Cristo a la muerte con su Resurrección, cuanto por haber vuelto a abrir a las almas las fuentes de vida eterna. Esta vida la hallamos en Cristo: *Ego sum vita*.

Por eso también, nos hace leer la Iglesia, repetidas veces, la parábola de la viña, en estos días benditos: "Yo soy, dice Jesús, la viña, y vosotros los sarmientos; permaneced en mí y Yo en vosotros, porque sin mí no podéis hacer nada."

¿Cómo permanecer en Cristo?

Por su gracia, por la fe que en Él tenemos, por las virtudes que de Él imitamos como de ejemplar perfectísimo. Cuando renunciando al pecado, morimos para nosotros mismos, como muere en la tierra el grano de trigo antes de producir sus fecundas espigas; cuando obramos únicamente bajo la inspiración del Espíritu Santo y conforme a los preceptos y máximas de Evangelio, la vida divina de Cristo se desparrama pujante en nuestras almas y entonces "Cristo vive en nosotros": *Vivo ego, jam non ego, vivo vero in me Christus*.

MIERCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES
DE PASCUA

Dos son los aspectos más profundos de la gracia pascual: desasimiento de todo lo humano, creado y terrenal, y plena entrega a Dios por medio de Cristo. De ahí resultará que la Resurrección del Verbo Encarnado será para nosotros un misterio de vida y de santidad. “Nos ha resucitado Dios con Cristo” nuestro gran Capitán: *Conresuscitavit nos*. Debemos, pues, ver de reproducir en nosotros la fisonomía y la vida de Jesús resucitado.

A esto nos exhorta con tanta instancia San Pablo: “Si habéis resucitado, dice, con Cristo —*si consurrexistis cum Christo*—, es decir, si queréis que Cristo os dé parte en el misterio de su Resurrección, si queréis empaparos en los sentimientos de su corazón sacratísimo, si queréis comer la Pascua y participar con Él algún día de su gloria triunfal, «buscad las cosas de arriba», aficionaos a las cosas del cielo, que son las que perduran —*quoe sursum sunt quoeerite*—; desasíos de las de la tierra”: honores, placeres, riquezas; todo tan fugaz. “Porque habéis muerto para el pecado, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios...”

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Aun en nuestros días, Cristo, siempre vivo, sigue diciendo a cada una de las almas las palabras regaladísimas que pronunció delante de sus discípulos cuando en la época pascual iba a instituir el Sacramento de amor: “Con grandes ansias deseaba celebrar con vosotros esta Pascua”. Desea Jesucristo realizar en nosotros el misterio de su Resurrección; Él vive muy por encima de todo lo rastrero, enteramente dado a su Padre, y

quiere, para consuelo nuestro, arrastrarnos consigo en esa corriente divina. . .

Digámosle: “¡Oh, divino resucitado! Vos sois quien venís a mí; Vos sois quien después de haber expiado el pecado por medio de tan atroces martirios, habéis vencido a la muerte con vuestro triunfo para siempre glorioso, y sólo vivís para vuestro Padre. Venid, pues, a mí para destruir la obra del enemigo maligno, para deterrar el pecado y todas mis infidelidades, venid a mí, para que yo me desapegue de todo aquello que no sois Vos: venid para hacerme participe de esta sobreabundancia de vida perfecta que fluye ahora de vuestra Humanidad sacratísima; cantaré entonces con Vos un cántico de acción de gracias a vuestro Padre que os ha coronado en este día de gloria y honor como a Jefe y Cabeza nuestra”.

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

“Ahora nuestra vida está oculta con Cristo en Dios”; vivimos al presente sin que la gracia produzca aquella claridad y resplandor que tendrá en la gloria, así como Jesucristo, antes de resucitar, contuvo la irradiación gloriosa de su divinidad, y no dejó traslucir más que un reflejo a tres de sus discípulos el día de la Transfiguración. Sólo Dios conoce en este mundo nuestra vida interior, que queda oculta a los ojos de los hombres.

Además, si tratamos de reproducir en nuestras almas por medio de nuestra libertad espiritual, los caracteres de la vida de Jesús resucitado, ello supone un trabajo para nuestra carne viciada todavía por el pecado, sujeta a las flaquezas del tiempo; y no llegamos a aquella santa libertad sino a costa de recia y continuada pelea.

También nosotros hemos de “sufrir antes de entrar en la gloria”, como Cristo mismo lo decía a los discípulos de Emaús el día de su Resurrección.

“Nosotros, como dice el Apóstol, somos hijos de Dios y herederos suyos, y, por ende, coherederos de Cristo; pero no seremos glorificados con Él sin que antes padezcamos con Él”.

SABADO DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Cristo Jesús es la única senda, la única verdad, la única vida. Quien se aparta de ese camino, se aparta de la verdad, y busca en vano la vida: *Qui habet Filium habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet.*

Vivir sobrenaturalmente, es participar de esa vida divina que está en Cristo Jesús que ha venido a darnos vida: *Ego veni ut vitam habeant...* De su plenitud nos viene el ser hijos adoptivos de Dios, y no lo somos sino en la medida en que somos conformes al que es por derecho Hijo verdadero y único del Padre; pero que quiere tener con Él una multitud de hermanos por la gracia santificante. A esto se reduce toda la obra sobrenatural por parte de Dios.

Que Jesús sea el ojo de vuestra alma, es decir, tratad de uniros en todo a sus intenciones, a fin de que Él os lleve hacia su Padre. Vuestras acciones valen a los ojos de Dios; a) por la intención de que proceden; b) por el celo con que las hacéis por Él.

TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA

“Padeceréis tribulaciones en este mundo”, decía Jesús a los suyos, “no os faltarán contradicciones en vuestras personas, y tendréis que vencer recias e innumerables

tentaciones por parte del príncipe de este mundo, y contrariedades sin cuento que os suscitarán los sucesos varios de la vida”.

Pero añadía: “No se turbe vuestro corazón ni temáis”; “tened fe y confianza en Dios y en mí”, que soy igualmente Dios, y que “permanezco con vosotros hasta la consumación de los siglos”; “vuestra tristeza se convertirá un día en alegría”.¹ “Llegará una hora en la que yo vendré a buscaros para daros un lugar junto a mí”.

¡Oh, promesa divina, proferida por la Palabra increada, por el Verbo en persona, por la Verdad infalible, promesa dulcísima! “¡Yo mismo vendré...!” Pertereceremos a Jesucristo, y, por Él, al Padre, en el seno de la eterna bienaventuranza. “En este día, dice Jesús, conoceréis —no ya en las penumbras de la fe, sino en toda la claridad de la luz eterna— que yo vivo en el Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”. Veréis “mi gloria de Hijo unigénito”, y esta visión bienhadada será para vosotros la fuente siempre viva de inamisible gozo.

LUNES DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Modelo de nuestra vida es la de Cristo resucitado, el cual nos ha merecido la gracia de vivir como Él para Dios. Esta gracia nos la mereció, no tanto por su Resurrección, como por su Pasión sacratísima; pues al exhalar Jesús el último suspiro, y pasado el término de su existencia mortal, ya no podía merecer; todas cuantas gracias nos granjeó fué mediante su sacrificio inaugurado en la Encarnación y consumado al morir en el leño de la Cruz.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Con todo, estos méritos perduran aún después de su salida gloriosa del sepulcro. Desde el bautismo, participamos de esta gracia de la Resurrección de Cristo, y así nos lo afirma San Pablo: "Por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo muriendo para el pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a la vida por la omnipotencia del Padre, así también nosotros vivamos nueva vida".

El agua santa con que fuimos lavados en el bautismo, es según el Apóstol, figura del sepulcro; al salir de las fuentes bautismales, se ve el alma limpia de toda culpa, y engalanada de la gracia, de igual modo que al salir Cristo del sepulcro se despojó de nuestra mortalidad y flaqueza, para vivir en adelante vida perfecta.

MARTES DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Al contemplar a Cristo ¿qué vemos en Él? Un misterio de vida y de muerte: *Traditus est propter delicta nostra et resurrexit propter justificationem nostram.*

El cristiano reviste durante su existencia este doble carácter por el que se asimila a Cristo. Oigamos a San Pablo tan explícito sobre este particular: "Sepultados, nos dice, con Cristo, en el Bautismo, habéis sido por Él devueltos a la vida eterna luego de haberos perdonado todas vuestras ofensas, vosotros que, por vuestros pecados, estabais muertos a ella eternamente".

Del mismo modo que Cristo dejó en el sepulcro el sudario que envolvía su santo cuerpo, imagen de su estado de muerto y de su vida pasible, así también nosotros dejamos en las aguas bautismales todos nuestros pecados, y como Cristo salió vivo y libre del sepulcro, salimos igualmente nosotros de la pila sagrada, no sola-

mente purificados de toda falta, sino con el alma adornada por la operación del Espíritu y de la gracia o principio de vida divina, con su cortejo de virtudes y dones. Se ha convertido el alma en templo donde habita la Santísima Trinidad y en objeto de las divinas complacencias.

MIERCOLES DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE
PASCUA (1)

Este doble aspecto de muerte y de vida que caracteriza la existencia del Verbo encarnado entre nosotros, y que alcanza su máximum de intensidad y esplendor en la Pasión y en la Resurrección, debe ser reproducido por todos los cristianos, por todos aquellos que se incorporan a Cristo en el Bautismo.

Convertidos en discípulos de Jesús en la sagrada pila, merced a un acto que simboliza tanto su muerte como su resurrección, debemos reproducir esta muerte y esta resurrección durante los días que nos toque pasar en la tierra.

Lo dice muy bien San Agustín: "Nuestra vida es Cristo; miremos, pues, a Cristo; y veremos cómo vino a padecer para merecer la gloria; a buscar desprecios, para ser glorificado; a morir, para luego también resucitar".

Esto no es sino el eco de lo que nos dijo antes San Pablo: *Ita et vos existimate*: "Debéis consideraros como muertos para el pecado, al que habéis renunciado, para no vivir sino para Dios".²

¹ Para la fiesta del Patrocinio de San José, ver el Santoral, a fines de abril.

² "Vivir en el pecado, morir para el pecado" son expresiones familiares a San Pablo; quieren decir: "permanecer en el pecado, renunciar al pecado".

JUEVES DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Toda la ascética cristiana deriva de la gracia bautismal; tan sólo tiende a hacer brotar, libre de todo obstáculo, el germen arrojado en el alma por la Iglesia, en el día de la iniciación de sus hijos.

La vida cristiana no es otra cosa sino el desarrollo y desenvolvimiento progresivo y continuo, la aplicación práctica, en el curso de toda nuestra existencia humana, del doble acto inicial puesto en el Bautismo, del doble resultado sobrenatural de “muerte” y de “vida” producido por este sacramento; en esto consiste el programa del Cristianismo.

Del mismo modo también, no es otra cosa nuestra bienaventuranza final que la liberación total y definitiva del pecado, de la muerte y del padecimiento, y el florecimiento glorioso de la vida divina depositada en nosotros al imprimírsenos el carácter del Bautismo.

Como veis, son la muerte y la vida misma de Cristo las que se reproducen en nuestras almas desde el instante del Bautismo; pero la muerte es para la vida. Estamos “injertados” en Él, sobre Él, dice San Pablo, pues “Él es la viña y nosotros los sarmientos”, corriendo en nosotros su savia divina, para “transformarnos en Él”.

VIERNES DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Cristo es nuestra Cabeza, formando nosotros con Él un solo cuerpo místico. Si Cristo resucitó —esto sólo fué en cuanto hombre— es necesario que nosotros participemos de su misma gloria, dado que somos miembros de Cristo, no ya tan sólo por razón de nuestra alma, sino también por nuestro cuerpo y por todo

nuestro ser, ligándonos así con Jesús la unión más estrecha que darse pueda.

Así que si Él ha resucitado glorioso, los fieles que por medio de su gracia forman parte de su cuerpo místico, le estarán también unidos hasta en su misma Resurrección.

Escuchad, si no, lo que a este propósito nos dice San Pablo: "Cristo ha resucitado, y constituye las primicias de los muertos"; representa los primeros frutos de la mies; tras de Él seguirá la cosecha: "Por un hombre, Adán, entró la muerte en el mundo, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos; pues así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados".

SABADO DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Hemos recibido a Cristo en el bautismo, mediante la fe en Él; su muerte es nuestra muerte para Satanás, para sus obras, para el pecado; su vida se convierte en nuestra vida; ese acto inicial que nos hace hijos de Dios, nos ha hecho igualmente hermanos de Cristo, incorporados a Él, miembros de su Iglesia, animados de su Espíritu. Bautizados en Cristo, hemos nacido mediante la gracia a la vida divina en Cristo. Por esta razón, dice San Pablo, tenemos que caminar *in novitate viae*. Andemos, pues, no por la vía del pecado, al que renunciamos, sino por el camino de la luz de la fe, bajo la acción del Espíritu divino, que nos permitirá producir con nuestras buenas obras frutos copiosos de santidad.

Renovemos a menudo la virtud de este sacramento de adopción y de iniciación, que es el Bautismo, renovando las promesas, a fin de que Cristo, engendrado en

nuestras almas por la fe, crezca más y más en nosotros para la gloria del Padre, *ad gloriam Patris*.

Así cada día, el hombre terrestre, el hombre natural se acerca más y más a la muerte; en cambio, el hombre interior, el hombre nuevo, se renueva de día en día.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

Hay en nosotros dos vidas. La una natural que tenemos por nuestro nacimiento carnal, la cual, a consecuencia del pecado original nos hace enemigos de Dios: nacemos *filiis irae*.

La otra vida es sobrenatural e infinitamente superior a los derechos y exigencias de nuestra naturaleza. Ésta es la que Dios nos comunica por su gracia después de habérmola merecido el Verbo encarnado.

Dios nos engendra a esta segunda vida por medio de su Verbo y la infusión de su Espíritu en la pila bautismal: *Genuit nos Verbo veritatis...¹ Per lavacrum regenerationis et renovationis Spiritus Sancti*; es una vida nueva que se agrega a nuestra vida natural, aunque superándola y perfeccionándola: *In Christo nova creatura*. Ella nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, dignos de participar un día de su bienaventuranza y de su gloria.

De estas dos vidas, la divina debe predominar en nosotros como en Jesucristo. La vida divina de la gracia es la que nos debe regir y gobernar haciendo que sea agradable al Señor toda nuestra actividad natural, divinizada por la gracia.

¹ Ver la Epístola de la Misa.

LUNES DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Bautismo es como el nacimiento espiritual, por el que se nos confiere la vida de la gracia.

Esa vida es una participación de la vida de Dios, de su naturaleza inmortal; y si logramos poseerla en la tierra, tenemos como una prenda adelantada de la bienaventuranza eterna, somos herederos de Dios, *Haeredes Dei*; por lo contrario, si no la poseemos, nos hallamos excluidos para siempre de la sociedad divina.

El medio ordinario instituido por Cristo para nacer espiritualmente, es el Bautismo, que constituye el Sacramento de la adopción: sumergidos en las aguas bautismales, nacemos a la vida divina. Dios, al hacernos liberalmente participar de su naturaleza, por un don que infinitamente sobrepuja nuestras exigencias, nos crea, en cierto modo de nuevo; y somos, según otra expresión del Apóstol, "una nueva criatura", *nova creatura*; y como esta vida es divina, viene a ser la Trinidad entera quien nos da semejante don.

Al principio del mundo, la Trinidad presidió la creación del hombre. Asimismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo tiene lugar nuestro nuevo nacimiento.

MARTES DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Bautismo es la señal eficaz de nuestra divina adopción; por él llegamos verdaderamente a ser hijo de Dios e incorporados a Cristo; él nos abre las puertas de todas las gracias celestiales: todas las misericordias de Dios para con nosotros, todas sus condescendencias, se derivan de la adopción.

Cuando dirigimos la mirada del alma a la divinidad,

la primera cosa que se nos presenta y nos revela los amorosos y eternos planes de Dios sobre nosotros, es el decreto de nuestra adopción en Jesucristo; todos los favores de que puede Dios colmar a un alma en la tierra, hasta que llegue el momento de comunicarse a ella para siempre, en la bienaventuranza de su Trinidad, tienen por primer eslabón, al que se enlazan los demás, esta gracia inicial del Bautismo en este momento predestinado entramos en la familia de Dios, nos hacemos de la raza divina, y recibimos la promesa de la divina herencia.

En el momento del Bautismo, por el que Cristo imprime en nuestra alma un carácter indeleble, recibimos *pignus Spiritus*, “la prenda del Espíritu” divino, que nos hace dignos de las complacencias del Padre, y nos brinda, si somos fieles en conservar esa prenda, todos los favores prometidos a los que Dios mira como hijos suyos.

MIERCOLES DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La vida divina otorgada por Dios, solamente la recibimos en germen; tiene que crecer y desarrollarse, del mismo modo que nuestra renuncia al pecado y nuestra “muerte por el pecado” tienen que renovarse y sostenerse incesantemente.

Nuestra existencia entera debe perfeccionar lo que el Bautismo inaugura; mediante el Bautismo, participamos del misterio y de la virtud divina de la muerte y de la vida de Cristo resucitado.

La “muerte para el pecado” se ha realizado: pero, a causa de la concupiscencia que permanece, tenemos que mantener esa muerte con nuestro continuo renunciar a Satanás, a sus inspiraciones y a sus obras, y a las solici-

taciones del mundo y de la carne. En nosotros la gracia es principio de vida, cual germen que pide desarrollarse; es el reino de Dios en nosotros, comparado por Nuestro Señor mismo a la semilla, a un grano de mostaza que llega a ser árbol corpulento.

Ved cómo San Pablo nos expone esta verdad: "Por el Bautismo habéis dejado el hombre viejo, junto con sus obras de muerte, y os habéis revestido del hombre nuevo creado en la justicia y la verdad que se renueva sin cesar a imagen de Aquel que la creó".

JUEVES DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Hemos resucitado con Cristo, por medio del mismo Cristo que nada ansía tanto como comunicarnos su vida gloriosa.

¿Qué se requiere para responder a este deseo divino y asemejarnos a Jesús resucitado?

Vivir conforme al espíritu de nuestro bautismo, renunciar a todo aquello que en nosotros vemos está viciado por la culpa, acabar con el "hombre viejo" y procurar que todo vaya enderezado y regido por la gracia. El ser santos, consiste en alejarse del pecado y de sus ocasiones, de las criaturas, de todo lo rastrero, para vivir en Dios y por Dios, con la mayor plenitud y fijeza posibles.

Esta obra se continúa durante toda nuestra existencia. Verdad es que Cristo murió sólo una vez y nos concedió morir como Él para todo lo que sea pecado.

Pero aun así, tenemos que ir "muriendo", cada día, porque conservamos dentro las raíces del pecado, y nuestro secular enemigo procura sin cesar que renazcan. Destruir, por consiguiente esas raíces, hacer partícipe de la libertad espiritual a nuestro corazón: he ahí lo que constituye el primer elemento de nuestra santidad.

VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El ideal de la perfección es “vivir para Dios en Cristo Jesús”: *Viventes Deo in Christo Jesu*.

Mas no podemos llegar a él en un solo día, pues la santidad, que se inicia en el bautismo, no se labra sino poco a poco y como por etapas sucesivas. Procuremos obrar de tal suerte que cada Pascua, cada día de ese período bendito que abarca desde Resurrección hasta Pentecostés, produzca en nosotros una muerte más completa para el pecado y las criaturas y mayor acrecentamiento de la vida de Cristo.

Es preciso que Jesús reine en nuestros corazones, y que todo cuanto tenemos le esté plenamente sometido. Vino a nosotros como Rey el día del bautismo; pero el pecado le ha disputado el dominio en nosotros; mas, cuando destruimos el pecado, las infidelidades, el apego a las criaturas; cuando vivimos confiados en Él, en su palabra, en sus méritos; cuando procuramos agradarle en todo, Cristo entonces es dueño soberano y reina en nosotros de igual modo que reina en el seno del Padre; vive en nosotros y puede decir de nosotros al Padre: “¡Padre mío! Mirad esta alma en la cual yo vivo y reino, para que vuestro nombre sea santificado”.

SABADO DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Cuando antes de su Ascensión a los Cielos envió Jesús a los Apóstoles a continuar su misión por el mundo, exigió de ellos la fe; bien podemos decir que en ella se cifra toda la realización de la vida cristiana: “el que crea y sea bautizado, se salvará”. ¿Quiere esto decir que basta sólo la fe? No, los Sacramentos y la observancia de los Mandamientos son igualmente necesarios,

pero un hombre que no cree en Jesucristo, nada tiene que ver con sus Mandamientos ni con los Sacramentos.

Por otra parte, si nos acercamos a los Sacramentos, si observamos los divinos proceptos, es debido a que creemos en Jesucristo; por consiguiente, la fe es la base de nuestra vida sobrenatural.

Llegará un día en que habremos de ver a Dios cara a cara; su gloria entonces consistirá en comunicarse plenamente con todo el esplendor y toda la claridad de su eterna bienaventuranza.

Pero mientras estemos aquí abajo, entra en el plan divino que Dios sea para nosotros un Dios oculto; aquí abajo, quiere Dios ser conocido adorado y servido mediante la fe; cuanto más extensa, viva y práctica sea ésta, tanto más agradables nos haremos a Dios.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

En espera de ese bendito día, en el que brillará en todo su esplendor nuestra renovación interior, debemos dar gracias a Dios a menudo por la adopción divina que nos concedió en el Bautismo, gracia inicial de la que se derivan todas las demás.

Nuestra grandeza tiene su origen en el Bautismo, que nos dió la vida divina; sin ésta, la vida humana carece de valor para la eternidad; el Bautismo, es el que comunica a nuestra vida el principio de su verdadera fecundidad.

Este reconocimiento debe manifestarse por una fidelidad generosa y constante a las promesas bautismales; tan penetrados hemos de estar del sentimiento de nuestra dignidad sobrenatural de cristianos, que debemos arrojar y rechazar firmemente cuanto pudiera lastimarla, y buscar lo que le es conforme.

El primer sentimiento que ha de reinar en nosotros merced a la gracia bautismal, es el de gratitud; el segundo el de alegría. Nunca deberíamos pensar en el Bautismo sin un sentimiento profundo de alegría interior: el día del Bautismo nacimos, en principio, a la vida eterna.

LUNES DE ROGATIVAS

La oración es sumamente necesaria para conseguir la ayuda divina. Vemos, en efecto, cómo Jesucristo durante su vida mortal hace milagros, movido por la oración.

Un leproso se le presenta: “Señor, tened compasión de mí”, y Jesús le cura. Conducido un ciego a su presencia le dice: “Señor, haced que vea”, y Nuestro Señor le devuelve la vista. Marta y Magdalena le dicen: “Señor, si hubieseis estado aquí no hubiera muerto nuestro hermano”, y a esta súplica contesta el Señor con la resurrección de Lázaro.

Son éstos, favores temporales, pero también la gracia se alcanza con la oración. “Señor, le dice la Samaritana, dadme esa agua viva, de que sois fuente, y que procura la vida eterna”, y Cristo le descubre que es el Mesías.

Nuestro Señor mismo nos ha inculcado esta manera de impetración: “Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá; buscad, y encontraréis. Todo cuanto pidiereis a mi Padre, en nombre mío, es decir, poniéndome por intercesor, os lo concederá”.

MARTES DE ROGATIVAS

Jesucristo deja a su Esposa, la Iglesia, para que termine una parte de la oración que Él rezó en el mo-

mento de ofrecer su sacrificio. Esta oración es de una eficacia infinita, y a pesar de esto, quiere Nuestro Señor, que nosotros unamos a ella la nuestra.

Un día, contemplando nuestro divino Salvador, con su divina mirada, la multitud de almas que había que rescatar, decía a sus apóstoles, a quienes iba a enviar a predicar el Evangelio: *Rogate Dominum messis*: “Rogad al Amo de la mies, que envíe obreros”. Los apóstoles podían haber respondido:—“¿Por qué nos mandas orar? ¿No basta tu oración?” No, ella no basta: *Rogate*: “Orad” vosotros también. Jesucristo quiere pedirnos que oremos como se lo pidió a los apóstoles.

Pensemos en lo que dijo Nuestro Señor: “En verdad os digo, que todo lo que pidieréis a mi Padre en mi nombre, Él os lo dará”. Apoyémonos sobre esa promesa, y pidamos mucho, pidamos con toda confianza, y el Padre “de donde viene todo don perfecto”, abrirá sus manos para llenar nuestras almas de bendiciones.

VIGILIA DE LA ASCENSION

Entre las fiestas de Nuestro Señor, la Ascensión es en alguna manera la mayor, por ser la glorificación suprema de Jesús. Por eso la llama la Iglesia “gloriosa y admirable”, y en todo el Oficio de esta fiesta, no cesa de cantar las grandezas de este misterio.

Nuestro divino Salvador había pedido al Padre “le glorificase con aquella gloria que poseía su divinidad en los resplandores eternos de los cielos”: *Clarifica me, tu, Pater... claritate quam habui... apud te*. La victoria de la Resurrección esbozaba ya la aurora de la glorificación personal de Jesús: *Haec est clarificatio Domini quae ab ejus resurrectione sumpsit exordium*. La ad-

mirable Ascensión fija la glorificación divina de la humanidad de Cristo por encima de todos los cielos.

Una vez cumplida su misión en la tierra, y llegada la hora de volver al Padre, vuela a disfrutar ya de los goces profundísimos de su maravilloso triunfo y a consumir con su Ascensión gloriosa a los cielos, su vida en este mundo.

ASCENSION

¿Cuáles son las razones de esta suprema exaltación de Jesús, de esta gloria inconmensurable, que fué la herencia de su santa Humanidad el día de la Ascensión?

Todas las razones pueden reducirse a dos principales: la primera es que Jesucristo es el Hijo mismo de Dios, y la segunda, que para rescatarnos, se abismó en la humillación.

Jesús es Dios y hombre. Como Dios llena cielos y tierra con su divina presencia, de modo que sube sólo en cuanto hombre a la diestra del Padre. Mas como la humanidad en Jesús está hipostáticamente unida a la persona del Verbo, de ahí que goza de plenísimo derecho para pretender la gloria divina en medio de los resplandores eternos; de participar con Dios de la gloria divina, de la felicidad infinita, de la omnipotencia del Ser Soberano.

Pero esta suprema glorificación es una recompensa de las humillaciones sufridas por Jesús por amor de su Padre y por caridad para con nosotros.

“He ahí por qué Dios Padre glorifica a su Hijo, y por qué le ha sublimado muy por encima de todo cuanto existe: cielo, tierra e infierno”: *Propter quod et Deus exaltavit illum.*

En las obras divinas se sienten inefables armonías, y un cierto sabor peculiar que hechiza a las almas fieles.

Notad: ¿dónde comenzó Jesucristo su Pasión?

Al pie del monte de los Olivos. Nunca, jamás, llegaremos a comprender la cruel agonía por que pasó el Hijo de Dios en el huerto de los Olivos: Jesús sufrió allí en alguna manera, todos los dolores de la Pasión.

¿Dónde inauguró nuestro divino Salvador las alegrías de su Ascensión?

Jesús, que es la Sabiduría eterna —y que es un todo con su Padre y el Espíritu Santo—, quiso escoger, para volar a los cielos, la misma montaña que había sido testigo de sus congojas y agonías. Y el mismo lugar que fué testigo, en el horror de las tinieblas, de los más recios combates, es el teatro donde apunta la aurora de su incomparable triunfo.

¿No tiene sobrada razón, pues, nuestra Madre la Iglesia para ensalzar y proclamar “admirable” la Ascensión de su divino Esposo? *Per admirabilem Ascensionem tuam.*

SABADO DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

Terminado el combate, suelen los príncipes de la tierra recompensar en medio de regocijos a los esforzados capitanes que defendieron sus prerrogativas y vencieron al enemigo.

¿No es esto lo que sucedió en los cielos el día de la Ascensión pero con un brillo incomparable?

Jesús había realizado fidelísimamente la obra que su Padre le confió: *Quae placita sunt ei facio semper... Opus consummavi*; entregándose a los golpes de la jus-

ticia como víctima santa y descendiendo a los más profundos e incomprensibles oprobios y dolores.

Expiada ya y saldada nuestra deuda, desbaratados los poderes de las tinieblas y reconocidas las perfecciones del Padre, salvados sus derechos y abiertas de nuevo las puertas del cielo a todo el humano linaje, no podemos comprender el inefable gozo que sentiría el Padre eterno al coronar a su Hijo, después de la victoria ganada al príncipe de este mundo.

¡Que alegría la de aquella Humanidad de Jesús al verse llamada a gustar de los esplendores, felicidad y poderío de aquella eterna exaltación!

DOMINGO DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

Nuestro Señor mismo se lo decía a sus apóstoles antes de separarse de ellos: "Si me amaseis, os alegraríais de que vaya al Padre." Otro tanto nos dice también a nosotros. Si le amamos, nos regocijaremos de su glorificación; nos gozaremos de que, terminada su carrera mortal, suba a la diestra del Padre, para ser ensalzado en lo más alto de los cielos, para gozar, acabados sus trabajos, sus dolores y su muerte, de un descanso eterno envuelto en gloria inconmensurable. Rodéase y compenétrase para siempre en el seno de la divinidad de una dicha para nosotros incomprensible, puesto que le ha sido dado un poder supremo sobre toda criatura.

¿Cómo no gozar al ver que Jesús recibe del Padre todo aquello que en justicia se le debía?

Alegrémonos muy de veras. Los que aman a Jesús sienten en sí un intenso y profundo gozo al contemplarle en el misterio de su Ascensión, al dar gracias al Padre por haber dispensado tal gloria a su Hijo.

¡Mirad cómo nos invita la Iglesia en su Liturgia a celebrar con alegría esta exaltación de su Esposo, nuestro Dios y Redentor!

LUNES DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

El bautismo al hacernos hijos de Dios, nos hace asimismo, miembros vivos de aquel cuerpo místico cuya Cabeza es Cristo. ¡En términos tan claros se expresa el Apóstol! “Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros.”

Y así como los miembros participan de la gloria de la cabeza, y el gozo de la persona parece que trasciende a su mismo cuerpo, así participamos nosotros de los tesoros que Cristo posee; y sus alegrías, sus glorias y su dicha también son nuestras.

Jesucristo lleva en pos de sí nuestra humanidad para que ocupe en el cielo la silla que le está preparada. Esta es la gran obra, la hazaña heroica de este gigante: abrir con sus padecimientos las puertas del cielo, cerradas a la humanidad caída y trasladarla consigo a los resplandores del cielo.

Cuando Jesucristo subió a los cielos, afirma San Pablo, toda una comitiva de Santos, que eran su glorioso trofeo, entró con Él en la gloria. Pero estos justos, que hacían escolta a Jesús en su triunfo, no son sino las primicias de la pingüe cosecha, ya que sin cesar suben al cielo almas, que, hasta el día en que el reino de Cristo llegue al colmo de su plenitud, perpetuarán su Ascensión.

MARTES DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

Jesús nos precede, sin apartarse de nosotros ni sepa-

rarnos de Sí. Si entra en su glorioso reino, es “para prepararnos allí un hermoso sitio”. Promete volver un día para tomarnos, sentarnos junto a Él y hacer que estemos donde Él está. Por tanto, ya tenemos derecho a entrar en la gloria y felicidad de Jesucristo, y en realidad allí estaremos también algún día. Pues, ¿no ha pedido a su Padre que donde Él esté, estemos también nosotros?

¡Oh, qué poder el de esta oración, que dulzura la de esta promesa!

Dejemos, pues, que nuestro corazón se engolfe en esta íntima y espiritual alegría, que hace nacer en nosotros la glorificación de Jesús. Repitamos a menudo, en estos santos días, las cálidas aspiraciones del himno de la fiesta:

*Tu esto nostrum gaudium
Qui es futurus praemium;
Sit nostra in te gloria
Per cuncta semper saecula.*¹

“Sé Tú nuestra alegría ya que algún día serás nuestro premio; y toda nuestra gloria en Ti vaya siempre cifrada, por los siglos de los siglos.”

MIÉRCOLES DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

Somos en la tierra huéspedes y extranjeros que caminan en busca de su patria; como miembros de la ciudad de los santos y de la casa de Dios. “Por la fe y la esperanza debemos ya vivir en el cielo”, como dice San Pablo.

¹ Himno de las Vísperas de la Ascensión (Breviario Monástico).

Esta gracia es la que quiere la Iglesia que pidamos en dicha festividad: “¡Oh, Dios omnipotente! Ya que creemos que vuestro Hijo único y Redentor nuestro, subió hoy a los cielos, concédenos que también nosotros vivamos con el pensamiento en el cielo.”

¡Oh, le diremos, llévanos en pos de Ti Héroe magnánimo y poderoso!: *Trabe nos post te.* ¡Danos el subir contigo a los cielos, el habitar allí por la fe, la esperanza y la caridad! ¡Concédenos el desasimiento de todo lo terreno y caduco, para no buscar sino los bienes eternos y perdurables! ¡Vivamos allá con el corazón, donde bien sabemos que subiste en cuerpo y alma en este santo día! *Ut illuc sequamur corde, ubi cum corpore ascendisse credimus.*

OCTAVA DE LA ASCENSION

Cristo, Pontífice supremo del género humano, en el día de su Ascensión, nos lleva consigo a los cielos, en derecho y esperanza.

No olvidemos jamás que sólo Por Él podemos entrar allí; ningún hombre penetra en el sancta sanctorum sino con Él; ninguna criatura puede gozar de la eterna felicidad sino yendo en pos de Jesús; el precio de sus méritos es el que nos alcanza la bienaventuranza infinita.

Toda la eternidad le estaremos diciendo: “¡Oh, Jesucristo!, Por Ti y por tu sangre derramada por nosotros, nos vemos en presencia de Dios; tu sacrificio y tu inmolación nos han valido nuestra gloria y nuestra dicha; a Ti, Cordero inmolado, todo honor, toda alabanza y toda acción de gracias.”

Tengamos, pues, una absoluta confianza en el sacrificio, méritos y oración de nuestro pontífice. Él ha en-

trado hoy en los cielos, y ha inaugurado su incesante mediación con su triunfo: es el Hijo muy amado en quien el Padre tiene todas sus delicias. Pues, ¿cómo dejará de ser oído después de haber manifestado tal amor a su Padre?

VIERNES DESPUES DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

Jesucristo posee para con su Padre un crédito todopoderoso, no ya sólo por cuanto es Rey invencible que hoy inaugura su triunfo, sino también por ser Pontífice supremo que intercede siempre por nosotros, después de haber ofrecido a su Padre una oblación de valor infinito. Pues bien; Jesús comenzó esta mediación única singularmente el día de su Ascensión gloriosa a los cielos.

Hasta tanto que Jesucristo venga a buscarnos, como lo ha prometido, “nos prepara un lugar”, y, sobre todo, nos ayuda con su intercesión.

Allí está delante de su Padre, presentándole sin cesar su sacrificio, recordado por las cicatrices de sus llagas, que para eso ha querido conservar; allí está “viviendo siempre para interceder por nosotros”: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*.

Cristo, Pontífice siempre atendido, compuso para nosotros la oración sacerdotal de la cena: “Padre, por ellos ruego... Ellos están en el mundo... Guardad a los que me habéis dado... Yo ruego por ellos para que tengan en sí mismos la plenitud de la alegría... Padre, es mi voluntad que allí donde yo estoy se encuentren ellos conmigo, a fin de que vean la gloria que me habéis dado...”

VIGILIA DE PENTECOSTES

Pidamos al Espíritu Santo que venga a nosotros, y permanezca, y aumente la abundancia de sus dones, pues la ferviente oración es una de las condiciones para que baje a nuestras almas, lo mismo que la humildad. Presentémonos a Él íntimamente convencidos de que nada tenemos ni valemos; a pesar de nuestras miserias, invoquémosle; pues a causa de ellas mismas, nos escuchará compasivo.

Veni, Pater pauperum.

Y puesto que no forma más que un solo Dios con el Padre y con el Hijo, invoquemos también al Padre: "Padre, enviadnos en nombre de vuestro Hijo Jesús al Espíritu de amor, para que nos penetre del sentimiento íntimo de nuestra divina filiación. Y Tú, ¡oh, Jesús! nuestro Pontífice, sentado como estás ahora a la diestra del Padre, pídele por nosotros, a fin de que sea más copiosa en frutos esta misión del Espíritu Santo que nos prometiste y mereciste. Sea ésta cual "torrente impetuoso que regocije a la ciudad de las almas"; o mejor, según aquellas tus palabras ¡oh Jesús mío! "sea un río de aguas vivas que salten hasta la vida eterna": *Hoc autem dicitur de Spiritu Sancto quem accepturi erant credentes in eum*¹.

PENTECOSTES

El Espíritu Santo desciende visiblemente sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, porque los llena de verdad y los dispone a dar testimonio de Jesús y

¹ Véase el "Cántico de Comunión" de la Misa.

también porque el Espíritu Santo viene a henchir de amor los corazones de los discípulos.

Es el amor personal, subsistente, de la vida divina. Es también como el soplo, el aliento del amor infinito, de donde recibimos la vida.

En el día de Pentecostés, el Espíritu divino, traía abundancia tal de vida a la Iglesia entera, que, para significarla, “un ruido venido del cielo, semejante a un viento huracanado, llenó toda la casa en donde se encontrabas reunidos los Apóstoles”.

Al bajar sobre ellos el Espíritu Santo, les infundió este amor que es Él mismo. Preciso es que los Apóstoles ardan en amor divino si han de predicar el nombre de Jesús, y prender el amor de su Maestro en el alma de sus oyentes; es menester que su testimonio, dictado por el Espíritu Santo, esté tan lleno de vida que arrastre el mundo entero hacia Jesucristo.

Este amor, ardiente como el fuego, poderoso cual viento de tempestad, es aún necesario en los Apóstoles para poder afrontar los peligros predichos por Cristo, cuando tuvieren que predicar su santo nombre.

LUNES DE PENTECOSTES

El Espíritu Santo vino por nosotros, como quiera que la asamblea del Cenáculo representaba a toda la Iglesia, y vino “para permanecer siempre con ella”, conforme a la promesa de Jesús: *Ut maneat vobiscum in aeternum*.

El día de Pentecostés descendió visiblemente sobre los apóstoles; desde aquel día venturoso comenzó a dilatarse la Iglesia; extendiendo sus ramas por todo el mundo; es el Espíritu Santo quien gobierna ese reino jun-

tamente con el Padre y el Hijo. Él es igualmente quien perfecciona y pule en las almas la obra de santidad comenzada por la Redención. Desempeña en la Iglesia el mismo papel que el alma en el cuerpo: es el espíritu que anima y vivifica a la Iglesia, que garantiza su unidad, aun cuando su acción produzca efectos múltiples y variados.

El Espíritu Santo permanece en la Iglesia, de un modo constante e indefectible, influyendo sin cesar en su vida y santidad: *Apud vos manebit et in vobis erit*. La hace infalible en la verdad. Él da a la Iglesia esa fecundidad sobrenatural y maravillosa y hace que nazcan y se desarrollen en las vírgenes, mártires y confesores todas aquellas virtudes heroicas que son una de las notas de la santidad.

MARTES DE PENTECOSTES

Los Sacramentos, medios auténticos que Cristo puso en manos de sus ministros para transmitir la vida a las almas, jamás se confieren sin invocar antes al Espíritu Santo.

Él es quien fecunda las aguas del bautismo; ese mismo Espíritu se nos "da" en la confirmación para ser la unción que debe hacer del cristiano un soldado intrépido de Jesucristo; Él es quien nos confiere en ese Sacramento la plenitud del estado de cristiano y nos reviste de la fortaleza de Cristo; al Espíritu Santo, se atribuye el cambio que hace del pan y del vino, el cuerpo y la sangre de Jesucristo; los pecados son perdonados, en el Sacramento de la Penitencia, por el Espíritu Santo; en la Extremaunción, se le pide que, "con su gracia cure al enfermo de sus dolencias y culpas"; en

el Matrimonio, se invoca también al Espíritu Santo para que los esposos cristianos puedan, con su vida, imitar la unión que existe entre Cristo y la Iglesia; en fin, todos aquellos a quienes Jesucristo quiere hacer participantes de su sacerdocio, para continuar aquí abajo su misión santificadora, participan de él por unión del Espíritu Santo.

MIERCOLES DE PENTECOSTES

Pentecostés no ha terminado en realidad, aunque sí en su forma histórica, como misión visible. Su virtualidad perdura; la gracia de Pentecostés sigue comunicándose. La misión del Espíritu Santo en las almas, no por ser ya invisible, es menos fecunda.

Ora la Iglesia como si la festividad de Pentecostés debiera renovarse para nosotros; el día de la solemnidad, multiplica sus alabanzas al Espíritu Santo en armonioso lenguaje, y no se cansa de invocarle, empleando los más tiernos y regalados afectos: "Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. ¡Oh, luz beatísima! alumbrá con tu claridad lo más recóndito de los corazones de tus fieles. Fuente viva, fuego abrasador, ven ya con tu amor y espiritual unción."

Si la Iglesia, nuestra Madre, excita tales deseos en nuestras almas y pone tales plegarias en nuestros labios, no es tan sólo para conmemorar la misión visible que tuvo lugar en el Cenáculo, sino también para que se renueve interiormente en todos nosotros ese mismo misterio.

JUEVES DE PENTECOSTES

¡Oh, cuán benéficas resultan las operaciones del Espíritu Santo para el alma fiel!

Por ellas el Divino Espíritu nos “da a conocer al Padre”: *Per te sciamus da Patrem*; y luego produce, mediante el don de piedad, aquellas disposiciones de adoración y de amor que deben siempre animar al alma en el trato con el Padre Celestial. Escuchad lo que dice San Pablo: “Recibido habéis un Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Padre, Padre!...”

Nos hace igualmente “conocer al Hijo”: *Noscamus atque Filium*. Nos da a conocer a Jesús. Él mismo como maestro interior, nos hace penetrar el sentido de sus palabras y misterios: “Porque, dijo Jesús, ese Espíritu procede de mí y del Padre, y Él me glorificará en vosotros”: *Ille me clarificabit*. Al comunicarnos el don de ciencia, y mantenernos, por el amor, en presencia de Jesús, e inspirarnos de continuo sus designios, hace que reine Cristo en nosotros, y con sus toques infinitamente delicados, y sumamente eficaces, forma en nosotros a Jesús.

¿No está en esto la esencia de toda santidad?

VIERNES DE PENTECOSTES

Seamos cuanto esté de nuestra parte generosamente fieles al “Espíritu de verdad”, que es también Espíritu de santificación; seamos almas dóciles a las inspiraciones de este Espíritu. Si nos dejamos guiar por Él, hará florecer plenamente en nosotros la gracia divina de la adopción sobrenatural que nos quiso dar el Padre, y que el Hijo nos mereció.

¡De qué alegría tan honda, de qué libertad interior

gozan las almas que se entregan así a la acción del Espíritu Santo! Ese divino Espíritu nos hará producir frutos de santidad sabrosos al paladar de Dios; es el artista divino el dedo de la diestra del Padre: *Digitus paternae dexteræ*, de rasgos infinitamente delicados; formará en nosotros a Jesús, como formó un día a la santa humanidad, a fin de que reproduzcamos en esta frágil naturaleza, mediante su acción, los rasgos de la filiación divina que recibimos en Jesucristo para gloria del Eterno Padre: *Christus per Spiritum sanctum est in sanctitate conceptus, ut esse Filius Dei naturalis; alii per Spiritum Sanctum sanctificantur, ut sint filii Dei adoptivi.*

“Jesucristo fué concebido en la santidad por el Espíritu Santo para ser el Hijo de Dios, los otros son santificados por el Espíritu Santo, para ser los hijos adoptivos de Dios.”

SABADO DE PENTECOSTES

El Espíritu Santo viene a nosotros para hacernos compañía; para santificar y guiar toda nuestra actividad sobrenatural; nos comunica sus dones de sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor, que son otras tantas aptitudes sobrenaturales depositadas en nosotros para hacernos obrar como deben obrar los verdaderos hijos de Dios: *Quicumque Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei.*

Mora en nosotros cual huésped divino, bueno y amoroso, que fija su estancia en nuestros corazones únicamente para ayudarnos, ilustrarnos, fortalecernos y no nos abandona si nosotros no tenemos la desgracia de expulsarle de nuestras almas por culpa mortal.

Seamos, pues, muy fieles a este divino Espíritu que

viene juntamente con el Padre y con el Hijo a fijar en nosotros su morada. “¿No sabéis, dice el Apóstol San Pablo, que, por la gracia sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?”

Todo aumento de gracia viene a ser como una nueva recepción de este huésped divino, por la cual se torna a posesionar de nuestras almas, y las ata a Sí con nuevas ligaduras de amor.

TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

La fiesta de la Santísima Trinidad abre el “Tiempo después de Pentecostés”.

Dos grandes fiestas con sus octavas, marcan el principio de este largo período que va a unirse con el Adviento: la fiesta de Corpus Christi, y la del Sagrado Corazón, recordándonos el amor de Jesucristo que, según su promesa, no dejó huérfanos a los suyos, sino que permanece con ellos.

En el curso de estas 24 semanas después de Pentecostés, la santa Iglesia nos recuerda el largo peregrinaje en este mundo: es la vida “después de Jesucristo”, bajo la dirección y la acción del Espíritu Santo.

Como este período litúrgico representa la serie de siglos durante los cuales la Iglesia camina laboriosamente hacia su eterno destino, celebremos en él principalmente la historia de sus más puros héroes, que son los Santos. Nos ocuparemos, por tanto, del “Santoral” desde el 15 de junio (fecha aproximada de la octava del Sagrado Corazón) hasta el fin de noviembre.

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

Honremos a la Santísima Trinidad, haciendo de nuestra vida, un perpetuo *Gloria Patri*.

El Padre es el principio, la Fuente de toda vida. El Verbo y el Espíritu Santo proceden de Él, y toda la creación viene de Él por el Verbo y el Espíritu Santo.

Honremos su cualidad primordial del Príncipe, poniendo a sus pies todo nuestro ser, nuestros planes y deseos, a fin de darle la iniciativa en todo lo nuestro.

El Hijo, no solamente procede por entero del Padre, sino que además, es su Imagen perfecta. Es la Sabiduría del Padre y realiza toda la voluntad del Padre, todos sus designios.

Nosotros honramos al Hijo siendo, como Él, verdad y sabiduría, y cumpliendo perfectamente todo cuanto quiere el Padre.

El Espíritu Santo, es el mutuo Amor del Padre y el Hijo. Vuelve al seno del Padre y del Hijo con un amor infinito que es Él mismo.

Nosotros honramos al Espíritu Santo, uniéndonos humildemente, por Jesucristo, a este amor, por el cual, nosotros volvemos a Dios como a nuestro último fin. Este amor, que procede del Padre y del Hijo, nos lleva hacia Dios en la dependencia y en el amor.

PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Deus caritas est. Dios no solamente posee el amor: "Él es el Amor", un amor sin límites, sin flaquezas, indefectible. No puede el corazón humano comprender lo que es el amor infinito. Todo lo que Dios ha hecho por nosotros, tiene por móvil el amor. Y como Dios no es solamente Amor, sino también Sabiduría eterna, Todopoderoso, las obras que el amor hace realizar a esta Sabiduría y Omnipotencia son inefables. El amor es la base de la creación y de todos los misterios de la Redención.

Este amor tiene un carácter particular: es el amor de un padre para con sus hijos: *Videte qualem caritatem... ut filii Dei nominemur et simus*. Dios nos ama como a sus hijos. Es el Padre por excelencia; "toda paternidad proviene de la suya".

Y como en Dios todo es activo, esta Paternidad respecto a nosotros, es lo más grande, lo más atento, lo más constante que pueda existir.

Dios obra con nosotros como con sus hijos, y nos conduce, durante toda nuestra vida hacia la luz de su incomparable amor de Padre.

FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, así el que me comiere vivirá por "mí", dice Jesús.

Como si dijera: Todo mi anhelo es comunicaros mi vida divina. A mí, el ser, la vida, todo me viene de mi Padre, y porque todo me viene de Él, vivo únicamente para Él. Así pues, yo sólo ansío que vosotros también, que todo lo recibís de mí, no viváis más que para mí. Vuestra vida corporal se sustenta y se desarrolla mediante el alimento; yo quiero ser manjar de vuestra alma para mantener y dar auge a su vida, que no es otra que mi propia vida. El que me comiere, vivirá mi vida. Os doy la vida al darme a mí mismo como manjar. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que da la vida eterna, cuya aurora es la gracia.

Tales son las palabras del buen Jesús. Luego Cristo no se hace realmente presente sobre el altar tan sólo para que lo adoremos, y le ofrezcamos a su Eterno Padre como satisfacción infinita; sino para ser nuestro manjar como alimento del alma, y para que, comiéndolo, tengamos vida, vida de gracia en la tierra, vida de gloria en el cielo.

VIERNES DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

La Eucaristía nos recuerda, ante todo, y de un modo directo la Pasión de Jesús. Fué instituída la víspera de su muerte, y viene a ser como el testamento de Jesús.

Pero ella no excluye el recuerdo de los misterios gloriosos, que tan íntimamente se encadenan y relacionan con la Pasión, siendo en alguna manera como coronamiento de la misma.

Puesto que se recibe en la Eucaristía el cuerpo y sangre de Cristo, supone ésta por lo mismo, la Encarnación y demás misterios que se fundan en ella o de ella derivan. Cristo está sobre el altar con su vida divina, que no tiene término; con su vida mortal, cuya forma histórica cesó ya, pero cuya substancia y méritos todavía perduran, y además con su vida gloriosa, que ya no tendrá fin.

Al darse Cristo a nosotros, se nos entrega también en cierto modo con todas sus obras y todos sus misterios, y con la unidad de su Persona divina. Así que bien podemos cantar con el Salmista, cuando celebraba de antemano la gloria de la Eucaristía: "El Señor ha dejado a su pueblo un memorial de sus maravillas, y como misericordioso y bondadosísimo que es, ha dado un alimento a aquellos que le temen."

SABADO DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Cuando participamos de la Misa, uniéndonos con Jesucristo en calidad de sacerdote y de víctima, debemos pensar que Dios tiene derecho a disponer por completo de la víctima que se le inmola; y por lo mismo, nuestra disposición fundamental debe ser la de abandonar todas las cosas en las manos de Dios, renunciar enteramente a

nosotros mismos mediante el sacrificio de nuestra voluntad y mortificación de nuestros sentidos, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces cotidianas por amor de Dios, de tal suerte que podamos decir, como Jesús antes de su pasión: "Hago esto para que el mundo conozca que amo a mi Padre."

Así, pues, cuando ofrecemos al Eterno Padre la víctima de su divino Hijo y realizamos al mismo tiempo la oblación de nosotros mismos con la de la "sagrada hostia" en disposiciones semejantes a las que animaban al deífico Corazón de Jesús sobre el ara de la Cruz, como son: amor intenso a su Padre y a nuestros prójimos, ardiente deseo de la salvación de las almas, total abandono a la voluntad y decisiones del Todopoderoso, aunque sean penosas y contrarién a nuestra naturaleza; en tal caso, podemos estar seguros de que tributamos a Dios el homenaje más grato que podemos rendirle.

DOMINGO DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Nuestro Señor se da a nosotros, en la Eucaristía, como alimento de nuestras almas: "Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre, bebida." Y fué en medio de una comida, cuando Jesucristo instituyó este sacramento, en forma de alimento.

Este bocado celestial nos da la vida, alimentando en nosotros la gracia. Contiene además toda suavidad y dulzura.

No hay cosa más alegre que un festín. Pues bien, la Comunión es un festín del alma y, por ende, una fuente de profunda alegría. Ved lo que pasa en el Cenáculo: después de instituir este divino sacramento, habla Jesús a los Apóstoles de su alegría; quiere que

“esta alegría, su propia alegría, toda divina, sea la nuestra, y que nuestros corazones sean henchidos de ella”: *Ut gaudium meum in vobis sit.* Éste es uno de los efectos de la Eucaristía cuando se recibe con devoción: llenar el alma de ese gozo sobrenatural que la hace pronta y sumisa para el servicio de Dios.

Mas no olvidemos que esa alegría es sobre todo espiritual, siendo la Eucaristía el “misterio de fe” por excelencia. Cristo, siempre vivo, obra silenciosa, pero eficazmente allá en el fondo íntimo del alma para transformarla en Sí.

LUNES DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Cuando por medio de una fe viva nos ponemos en contacto con Jesús, entonces el Señor produce en nosotros, por la virtud siempre eficaz de su santa Humanidad unida al Verbo, aquella semejanza con Él, que es la señal de nuestra predestinación.

Si esto sucede, tratándose de la simple contemplación de los misterios ¿cuánto más poderosa no será la acción de Jesús cuando habita en nuestras almas por la Comunión sacramental? Esta unión es la más grande y más íntima que podemos tener en este mundo con Cristo: la unión que se verifica entre el alimento y el que lo toma. Cristo se entrega para ser nuestro manjar; pero, al revés de lo que sucede con el sustento corporal, aquí nosotros somos los asimilados a Cristo, y Él se hace nuestra vida.

La vida que Cristo nos da por la Comunión, es toda su vida, la cual pasa a nuestras almas para ser el ejemplar y la forma de nuestra vida, para producir en nosotros los diversos sentimientos del corazón de Jesús, para hacernos imitar todos las virtudes que Él practicó en sus

diversos estados, y derramar en nosotros las gracias especiales que nos mereció al vivir por nosotros sus misterios.

MARTES DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

Recibir a Cristo sacramentado es hacer el acto de fe más elevado, y por tanto, participar en sumo grado de la filiación divina de Jesús.

Y he ahí por qué toda comunión bien hecha es para el cristiano tan vital y tan fecunda; no sólo porque en ella recibimos al mismo Cristo, sino también porque la fe, que nos permite recibir a Cristo, en ningún otro acto puede manifestarse con mayor viveza e intensidad. Porque el acto de fe que ejecutamos, no es sólo de la inteligencia, sino que todo nuestro ser concurre a él cuando nos acercamos al altar.

Así, pues, la comunión eucarística es *el acto más perfecto de nuestra adopción divina*. No hay instante en que con mayor razón podamos decir a nuestro Padre celestial: “¡Oh, Padre celestial!, yo viva en tu Hijo Jesús, y tu Hijo vive en mí. Tu Hijo, que procede de Ti, recibe con toda plenitud la comunicación de tu vida divina. Yo he recibido con fe a tu Hijo y la fe me dice que en ese momento yo estoy con Él; y, puesto que participo de su vida, mírame, Señor, en Él, por Él y con Él, como el hijo de tus complacencias.”

MIERCOLES DE LA OCTAVA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

“Abre tu boca y Yo la llenaré”, nos dice Cristo, como antaño al Salmista: *Dilata os tuum et implebo illud*. “Ábrete por la fe, por la confianza, por el amor, por santos desos, por el abandono en Mí, y Yo te llenaré.”

—“¿De qué Señor?”

—“De Mí mismo. Yo me daré a ti, todo entero, con mi humanidad y mi divinidad, con el fruto de mis misterios, con el mérito de mis trabajos, con la satisfacción de mis dolores, con el precio de mi pasión. Bajaré a ti como cuando vine a la tierra, para «destruir y arruinar la obra de Satanás»; para tributar a mi Padre, juntamente contigo, homenajes divinos; te haré partícipe de los tesoros de mi divinidad, de la vida eterna que me viene del Padre y que mi Padre quiere que te comunique para que en todo te asemejes a mí; te colmaré de mi gracia para ser yo mismo tu sabiduría, tu santificación, tu camino, tu verdad y tu vida. Serás como otro yo, en quien, como en mí y a causa de mí, pondrá el Padre todas sus complacencias... Dilata tu alma y yo la llenaré.” *Dilata os tuum et implebo illud!*

OCTAVA DE LA FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

El fruto propio de la Eucaristía es la identificación de nosotros con Cristo, por la fe y el amor. “Si recibís bien el cuerpo de Cristo”, dice admirablemente San Agustín, “sois eso mismo que recibís”.

Cierto que el acto mismo de la comunión es transitorio y pasajero; mas el efecto que produce, la unión con Cristo, vida del alma, es de suyo permanente, y se prolonga todo el tiempo y en la medida que nosotros queramos. La Eucaristía es el sacramento de la vida, sólo porque es el sacramento de la unión; preciso es que “permanezcamos en Cristo y que Cristo permanezca en nosotros”. Es un pan vivo, pan de vida, pan que hace vivir, el que hemos recibido; es un acto vital sobrenatural por excelencia el que hemos realizado; hemos de ejecutar, pues, obras de vida, obras de hijos de Dios,

después de habernos alimentado con ese pan divino para trocarnos en Él, pues “el que afirma que permanece en Cristo, ha de vivir como Cristo mismo vivía”.¹

FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

Hay una fiesta cuyo objeto nos recuerda precisamente el amor que nos demostró el Verbo encarnado; es la fiesta del Sagrado Corazón.

Inspirándose la Iglesia en las revelaciones de Nuestro Señor a Santa Margarita María, cierra, por decirlo así, con esta solemnidad, el ciclo anual de las fiestas del Salvador; cual si al llegar al término de la contemplación de los misterios de su Esposo, sólo le quedara por celebrar el amor mismo que los inspiró a todos.

La devoción al Sagrado Corazón es, hablando de un modo general, una entrega a la persona misma de Jesús, que nos manifiesta su amor y nos muestra su corazón, símbolo de Aquél.

¿A quién honramos, pues, en esta devoción? Al mismo Jesucristo en persona. ,

Pero, ¿cuál es el objeto inmediato, distintivo y propio de esta devoción? El corazón de carne de Jesús, el corazón que latía por nosotros en el Hombre Dios; pero no le honramos separado y de la naturaleza humana de Jesús ni de la persona del Verbo eterno, a quien se unió esta naturaleza humana en el misterio de la Encarnación. Sino, que, además, honramos a este corazón como símbolo del amor que Jesús nos tiene.

¹ Eso mismo nos manda pedir la Iglesia en la misa del segundo domingo después de Pentecostés: “Haz, Señor, que esta oblación de tu Divino Hijo... nos vaya llevando de día en día a la práctica de una vida del todo celestial”.

SABADO EN LA OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

La devoción al Corazón Sagrado de Jesús debe ser una de las más gratas para todos nosotros.

¿Por qué?

Porque en ella se honra a Jesucristo, no ya en uno de sus estados o misterios particulares, sino en la generalidad y totalidad de su amor, de ese amor que nos da la clave de todos los misterios.

Esta devoción, aunque se halla caracterizada de un modo especial, reviste, no obstante, un carácter universal, pues cuando honramos al Corazón de Jesús, no es ya a Jesús niño, adolescente, o víctima a quien dirigimos nuestros homenajes, sino a la persona de Jesús, con toda la plenitud de su amor.

Además, la práctica general de esta devoción propende, en último término, a devolver a Nuestro Señor amor por amor: *Movet nos ad amandum mutuo*; a apoderarse de toda nuestra actividad, y penetrarla de amor para complacer a Jesucristo, de tal modo, que los ejercicios particulares no sean más que medios de expresar a nuestro divino Maestro el fervoroso amor que le tenemos.

TERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

En la vida sobrenatural la fe en Jesucristo es un poder tanto más activo cuanto más profundamente arraigada se halle en el alma. En primer término, abarca toda la plenitud de su objeto, y como para ella Cristo lo es todo, todo lo ve por el prisma divino de Cristo. Además, la íntima y profunda convicción que de la divinidad de Cristo tenemos, pone en movimiento nuestra actividad para cumplir generosamente sus man-

damientos, para permanecer inquebrantables en la tentación: *Fortes in fide*¹; para conservar la esperanza y la caridad a pesar de todas las pruebas.

¡Oh, qué intensidad de vida sobrenatural la de un alma íntimamente convencida de que Jesús es Dios! ¡Qué fuente tan abundante de vida interior y de incesante apostolado es la persuasión, cada día más fuerte y decisiva, de que Cristo es la Santidad, la Sabiduría, el Poder y la Bondad por excelencia!...

“¡Creo, Jesús mío, que sois el Hijo de Dios vivo; lo creo, pero aumentad mi fe!”

LUNES EN LA OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

El amor humano de Jesús, este amor creado ¿de dónde procede?

Del amor increado y divino, del amor del Verbo eterno, al cual se halla indisolublemente unida su Humanidad. Todo cuanto realiza el amor creado, lo hace en unión del amor increado, y causado por Él. De modo que el corazón de Cristo bebe su bondad humana del océano divino.

Vemos morir en el Calvario a un hombre como nosotros, abrumado de angustias y atormentado cual nadie podrá jamás serlo, y llegamos a comprender el amor que este hombre nos demuestra. Pero ese amor que por ser tan excesivo, supera nuestro conocimiento, es la expresión concreta y tangible del amor divino.

El Corazón de Jesús alanceado, nos revela el amor humano de Cristo; mas por entre el velo de su Humanidad, muéstrase el inefable e incomprensible amor del Verbo.

¹ Véase la Epístola de la Misa.

¡Cuán amplias perspectivas nos abre esta devoción! pues le facilita al alma fiel, el medio de honrar lo más grande y subido, lo más eficaz que hallamos en Jesucristo, Verbo encarnado: el amor que tiene al mundo, amor cuyas llamas se alzan de continuo en el horno del divino Corazón.

MARTES EN LA OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

¿Hasta dónde, deberá llegar el amor que debemos a Jesús en pago del suyo?

Ha de comprender ante todas las cosas el amor esencial y soberano que nos hace mirar a Cristo y a su divino querer como Bien Supremo, el cual preferimos a todo cuanto existe.

Prácticamente este amor consiste en el estado de gracia santificante. La devoción es un sacrificio; pero ¿dónde está el sacrificio de un alma que no procura primeramente conservar a cualquier precio la gracia del Salvador, de un alma que, en la tentación, está vacilando entre la voluntad de Jesús y las sugerencias del mortal y eterno enemigo?

Acostumbrémonos, después, a hacer todas las cosas, aun las más menudas, por amor, y por agradar a Jesucristo. Trabajemos y aceptemos cuantos padecimientos y penas nos impone nuestros deberes de estado únicamente por amor y por unirnos a los sentimientos que experimentó su corazón durante su vida mortal, bien seguros de que tal modo de obrar es una excelente práctica de devoción al Sagrado Corazón.

Toda nuestra vida se ha de orientar hacia Él, mediante el imán del amor.

MIERCOLES EN LA OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

La prueba más indudable de nuestro amor a Cristo Jesús, es hacer siempre, en todas las cosas, su voluntad y la de su Padre: "Aquel que hace la voluntad de mi Padre, decía el mismo Jesús, es para mí como un hermano, una hermana, una madre". Y en otra ocasión: "Si me amáis, guardad mis mandamientos". Cuando se ama a alguien, ¿no se ingenia uno, para causarle placer? Nada es más agradable al Corazón de Jesús, que el que le amen generosamente.

Cada mañana, cuando Nuestro Señor viene a nosotros en la sagrada Comunión, digámosle: "¡Oh, Señor Jesús! Hijo verdadero de Dios, Verbo encarnado, en quien creo con todo mi corazón; me habéis amado tanto, que quiero darme todo entero a Vos: más ¿qué puedo daros que sea agradable a vuestro divino Corazón?"

Estemos seguros de que el divino Maestro nos pedirá que alabemos en Él y por Él a su Padre, de quien lo tiene todo; que tratemos de hacer la voluntad de su Padre; que nos esforcemos en reproducir en nosotros las disposiciones de reverencia y de amor hacia su Padre, de caridad hacia nuestros hermanos, y las de humildad y de obediencia que animaban su santa alma aquí en la tierra.

JUEVES EN LA OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

Quando recibimos a Nuestro Señor en la sagrada comunión, hospedamos en nosotros al corazón divino, hoguera de amor. Pidámosle muy de veras nos haga Él mismo comprender este amor, porque un rayo que nos venga de lo alto es harto más eficaz que todos los discu-

sos humanos; pidámosle que nos haga amar a su divina persona. "Si por una gracia del Señor, dice Santa Teresa, se imprimiera un día su amor en nuestro corazón, todo se nos haría fácil, y rápidamente y sin la menor dificultad pondríamos manos a la obra".

Si arde en nuestro corazón siquiera una chispa del amor de Jesús, ya se traslucirá en nuestra vida, pues, aunque encontremos pruebas, dificultades y violentas tentaciones, como amamos a Jesucristo, esas dificultades, pruebas y tentaciones nos encontrarán firmes e impertérritos: *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem*. Cuando el amor de Cristo es el móvil que nos impele, ya no deseamos vivir para nosotros, sino para Él que por nosotros se entregó y tuvo a bien morir: *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est*.

OCTAVA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

Cada acción realizada sólo por amor, es un acto de amor puro hacia Dios, y cuanto más haya costado este acto, más grande y meritorio será el amor. Por eso, fué sobre la Cruz donde Nuestro Señor nos demostró más amor.

Pero ¿dónde encontrar este amor puro? No está en nosotros ni disponemos de él. Lo encontraremos en el Sagrado Corazón de Jesús, que es una hoguera infinita de amor, y cuando recibimos ese Sagrado Corazón en la santa Comunión, no tenemos más que colocar nuestro corazón en el centro de ese Corazón divino, para que logre amar con su amor. ¡Oh, sí! el Sagrado Corazón es un tesoro infinito de amor divino y ese corazón nuestro, se queda siempre dentro de nosotros. "Quien come mi Carne y bebe mi Sangre en Mí mora y Yo en él".

Debemos unirnos, pues, muy a menudo a este Sagrado Corazón, y amar con Él y por Él. Es éste un gran secreto.

He aquí las palabras de San Ambrosio: "La lengua de Jesús en la cruz es ahora nuestra lengua; su Corazón traspasado, es ahora nuestro corazón, y con Él amamos al Padre".

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Repetidas veces vemos en el Evangelio que un acto de adoración acompaña a un acto de fe. Es el gesto de San Pedro después de la pesca milagrosa.¹ Por este acto de adoración el alma se entrega totalmente al Verbo divino. Cuando Jesucristo reside en nuestro corazón, debemos llamar a todas nuestras facultades para que se pongan a sus pies, y le oigan, y se identifiquen con sus miras, y participen de sus sentimientos, y obedezcan a sus preceptos, y trabajen por su gloria.

En esto consiste la imitación de la santa humanidad de Jesús, de aquella humanidad ligada tan estrechamente al Verbo y tan fundida con él, que no gozaba de personalidad propia. Éste es uno de los puntos esenciales del misterio de la Encarnación.

Algo así debe suceder en nosotros: que no haya, por consiguiente, en nosotros movimiento alguno que no proceda de Dios, deseo que no sea conforme al beneplácito divino, obra que no vaya enderezada a su gloria. El alma animada de tales disposiciones, bien puede decir sin temor de ser desmentida, lo que diría la santa humanidad de Cristo: "El Señor es mi guía": *Dominus regit me.*

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

No temo afirmar que un alma que por amor sobrenatural se entrega a Cristo sin reserva, en la persona del prójimo, ama mucho a Cristo y es a su vez infinitamente amada; esa alma hará grandes adelantos en la unión con Nuestro Señor.

Al contrario, aislándose del prójimo esa alma se aísla de Cristo, negándose a cooperar al más sagrado deseo de Cristo, "de ser uno, de ser consumado en la santidad": *Ut unum sint, ut sint consummati in unum*. La verdadera santidad brilla por la caridad y por la entrega total de sí mismo.

Así, pues, si queremos permanecer unidos con Nuestro Señor, importa sobremanera que veamos si estamos unidos con los miembros de su cuerpo místico. Andemos con cautela. La menor tibieza o desvío para con un hermano, deliberadamente admitidos, serán siempre un estorbo, más o menos grave, según su calidad, para nuestra unión con Cristo. Por eso Cristo nos dice que si en el momento de presentar nuestra ofrenda en el altar, recordamos que nuestro hermano tiene algo contra nosotros, debemos "dejar allí la ofrenda, ir a reconciliarnos con él, y volver luego a ofrecer nuestros dones al Señor".¹

SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Jesucristo experimenta en su corazón los más tiernos sentimientos de amor afectuoso que puedan hacer latir a un corazón humano. Hacía tres días que le iba siguiendo una multitud del pueblo engolosinada por el hechizo de sus palabras y la novedad de sus milagros.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Pero el cansancio se empieza a hacer sentir en la multitud y también el hambre. Jesús lo sabe: "Me da lástima esta pobre gente, porque hace ya tres días que está conmigo y no tiene qué comer. Si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos": *Misereor super turbam.*¹ Ved qué sentimientos tan tiernos brotan de su corazón, y cómo se traducen en obras cuando en sus manos benditas se multiplicaban los panes hasta poder saciarse los cuatro mil y más hombres que le seguían.

Jesucristo es siempre el mismo: lo era ayer, lo es hoy y lo será siempre en el cielo, el corazón más amante y amable que darse pueda. Es, en el cielo, el mismo que se conmovió por los hombres, por quienes sufrió y a quienes rescató por amor.

SEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Para tener todo su valor, el amor ha de traducirse en obras. Ésta es la verdadera piedra de toque.¹

Veréis almas llenas de afectos, que, sin embargo, no se preocupan poco ni mucho de reprimir sus dañadas inclinaciones, de destruir sus hábitos viciosos, de huir de las ocasiones de pecar; que se abandonan cuando les asalta la tentación, o murmuran en presencia de cualquier contratiempo. Es que en ellas el amor afectivo es pura ilusión y fuego de pajas, que no puede durar y que luego se reduce a cenizas.

Si amamos de verdad a Jesucristo, no sólo nos gozaremos de su gloria, cantaremos sus perfecciones con todos los bríos de nuestra alma, lamentaremos las in-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

jurias hechas a su corazón, y le ofreceremos humildes reparaciones, sino que procuraremos sobre todo obedecerle, aceptar de buen grado las disposiciones de su Providencia, tratar de extender su reino en las almas y procurar su gloria, “sacrificándonos, con alegría, llegando, si fuera menester, hasta consumirnos”.

OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El Cristianismo es un misterio de muerte y de vida, pero la muerte sólo existe para salvar la vida divina en nosotros. “Cristo, al morir, destruyó la muerte, y al resucitar, nos restituyó la vida”. La obra esencial del Cristianismo, como objeto final a que se encamina de suyo, es una obra de vida; el Cristianismo es la reproducción de la vida de Cristo en el alma.

Ahora bien, la existencia de Cristo puede resumirse en este doble aspecto: “entregóse a la muerte por nuestros pecados; resucitó a fin de comunicarnos la vida de la gracia”: *Traditus est propter delicta nostra et resurrexit propter justificationem nostram*. El cristiano muere para todo cuanto es pecado, pero para vivir más intensamente de la vida de Dios.

Ya lo notó muy bien San Pablo cuando dijo: “Llevemos siempre en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nosotros”. Y en otro lugar, dice todavía con lenguaje más explícito: “Si vivís según los instintos de la carne, haréis morir en nosotros la vida de la gracia, pero si mortificáis sus malas inclinaciones viviréis vida divina.”¹

¹ Véase la Epístola de la Misa.

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Posee Jesús tal ternura, que aun en el momento que fulminaba aquellas terribles maldiciones contra los fariseos y les predecía los castigos del cielo, el Evangelio nos lo muestra profundamente conmovido. El pensamiento del castigo que ha de recaer sobre la ciudad santa por haber rechazado al Mesías y oído a aquellos "ciegos" obstinados, arranca de su corazón sagrado estos ayes de dolor: "¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido!"

Mientras vivimos en este mundo, son incesantes los llamamientos de la bondad eterna. Pero no seamos de aquellos que desperdiciando de continuo la gracia, y habituándose al pecado deliberado, aunque leve, se endurecen, hasta el punto de no llegar a comprenderlos. Pongamos cuidado en no desechar al Espíritu Santo del templo de nuestra alma por resistencias voluntarias, y dura obstinación, porque entonces Dios nos abandonaría a nuestra ceguera y endurecimiento. Nunca falta la misericordia a un alma; el alma es quien provoca a la justicia por no atender a la misericordia.

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Este domingo, la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, pone en nuestros labios esta magnífica oración: "¡Oh, Dios! que hacéis resaltar vuestra omnipotencia sobre todo perdonándonos y teniendo piedad de nosotros; derramad sobre nosotros con abundancia esa misericordia".

He aquí una revelación que Dios nos hace por boca

de la Iglesia: perdonándonos, *parcendo*, apiadándose, *miserendo*, Dios nos señala principalmente, *maxime*, su poder.

Ser misericordioso, es tomar en cierto modo, sobre su propio corazón, la miseria de los demás. Ahora bien, Dios es la bondad misma, el amor infinito, *Deus caritas est*; y ante la miseria, la bondad y el amor se convierten en misericordia; por eso decimos a Dios: *Deus meus, misericordia mea*: “Vos sois, Dios mío, mi misericordia”. La Iglesia pide a Dios en esta oración que “abunde su misericordia” porque nuestras miserias son inmensas, y de ellas habría que decir: *Abyssus abyssum invocat*, “el abismo de nuestras faltas, de nuestros pecados llama al abismo de la misericordia divina”.

Esta miseria no debe desalentarnos, puesto que Dios la conoce y por lo mismo tiene piedad de nosotros.

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Cuando contemplamos a Jesús en su vida terrestre, vemos que su santa humanidad llega a ser el instrumento de que la divinidad se sirve para derramar en torno suyo toda la gracia y toda la vida.

Ved: introducen donde estaba Jesús un hombre sordomudo, y le suplican que le imponga las manos; entonces Jesús, apartándole de la turba, le pone el dedo en los oídos, le moja con saliva la lengua y levantando los ojos al cielo, suspira y dice: “Abríos”, y al punto el hombre oye, y su lengua se desata.

En este rasgo, la santa humanidad sirve de instrumento a la divinidad; es la persona del Verbo la que cura;¹ más para obrar esta maravilla, el Verbo se sirve

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

de la naturaleza humana que le está unida; la vida brotaba de la divinidad, pero llegaba a los cuerpos y a las almas mediante la humanidad.

Así obra Cristo milagros, perdona los pecados, y distribuye la gracia con libertad y poder soberanos, porque es Dios; pero lo hace sirviéndose de su humanidad; la humanidad de Cristo es “vivificante”; a causa de su unión con el Verbo divino.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

¡Oh, Dios mío!, diremos con la Iglesia en una de sus más preciosas oraciones, creo que sois todopoderoso, y que vuestra gracia es bastante eficaz para elevarme, aunque bajo y miserable, a un alto grado de santidad; creo también que sois la misericordia infinita y que si os abandoné más de una vez, vuestro amor y bondad jamás me abandonan; de Vos, Dios mío y Padre celestial, procede todo don perfecto; vuestra gracia nos convierte en fieles servidores para que os agrademos con obras dignas de vuestra majestad y de vuestra alabanza. Haced que, desasido de mí mismo y de las criaturas, pueda yo correr sin tropiezo alguno por la senda de la santidad, donde vuestro Hijo nos precedió cual esforzado gigante, a fin de que por Él y con Él llegue a la felicidad que nos tenéis prometida”.¹

Un alma que vive de continuo embebida en esos sentimientos de humildad y de confianza, da gran gloria a Jesucristo, porque toda su vida es como un eco de aquellas palabra : “Sin mí no podéis hacer nada”, y porque proclama que Él es la fuente de toda salud y santidad, y todo se refiere a su gloria.

¹ Véase la Oración de la Misa.

DECIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Las virtudes teologales son admirables principios, potencias maravillosas para vivir de la vida divina.

Conocer a Dios tal como se ha revelado por Nuestro Señor Jesucristo, esperar en Él y en la bienaventuranza que nos promete, por los méritos de su Hijo Jesús; amarle sobre todas las cosas: no podemos hacer nada mejor para realizar nuestra cualidad de Hijos de Dios.

Las virtudes teologales, aunque infusas, están sujetas a esa ley de perfeccionamiento, Dios nos las da y aumenta en nuestras almas estas virtudes, si es que por nuestros actos lo merecemos.

Pidamos, pues, con frecuencia a nuestro Padre celestial que las aumente en nosotros; digámosle, especialmente cuando nos acerquemos a los sacramentos, en la oración, en la tentación: "Señor, creo en vos, mas aumentad mi fe; sois mi única esperanza, mas afirmad mi confianza, os amo sobre todas las cosas, pero acrecentad este amor, a fin de que nada busque fuera de vuestra santa voluntad..."

DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Cuando nos dejamos llevar por la corriente del Espíritu de amor, que habita en nosotros; cuando somos, en la medida de nuestra flaqueza, constantemente fieles a sus santas inspiraciones, a esos toques que nos llevan a Dios, a hacer en todo su gusto, entonces nuestra alma obra plenamente conforme a su adopción divina. Entonces produce frutos que son término de la acción del Espíritu Santo en nosotros, a la vez que recompensa anticipada por nuestra fidelidad a la misma. Estos frutos los enumera ya San Pablo, y son: caridad, gozo, paz,

paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, dulzura, confianza, modestia, continencia y castidad.

Estos frutos, dignos todos del Espíritu de amor y de santidad, son dignos también de nuestro Padre celestial que encuentra en ellos su gloria: *In hoc clarificatus est Pater meus ut fructum plurimum afferatis*; dignos, en fin, de Jesucristo que nos los mereció, y a quien el espíritu Santo nos une: *Qui manet in me et ego in eo hic fert fructum multum*.

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Cristo al venir a nosotros se propuso sin duda establecer entre sus pensamientos y los nuestros, entre sus sentimientos y los nuestros, entre su voluntad y nuestra voluntad, tal cambio, correspondencia y semejanza, que ya nuestros pensamientos, nuestro sentir y nuestro querer no sean otros que los suyos. Y esto tan sólo por amor. El amor entrega a Cristo la voluntad entera, y con ella todo nuestro ser, todas nuestras energías. Y puesto que todo el hombre queda por el amor así entregado, el amor es el medio de nuestra transformación y de nuestro desarrollo espiritual.

Es menester unirnos a Cristo con el espíritu, con el corazón, con la voluntad, con nuestra alma toda para participar, en cuanto en la tierra es posible, de su vida divina; de modo que realmente, por la fe que en Él tenemos, por el amor que le profesamos, su vida, y no ya nuestro "yo" sea el principio de la nuestra. Bien claramente lo expresa una oración que la Iglesia pone en labios del sacerdote después de la comunión: "Haz, Señor, que nuestra alma y nuestro cuerpo estén tan rendidos a la operación de este don celestial, que no sea

nuestro propio sentir sino el efecto de este sacramento el que siempre domine en nosotros”.

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Debemos postrarnos a los pies de Cristo, y decirle: “Señor Jesús, Verbo Encarnado, creo que sois Dios; verdadero Dios engendrado del Dios verdadero: *Deum verum de Deo vero*; no veo vuestra divinidad, pero desde el momento que vuestro Padre me dice: “Éste es mi Hijo muy amado”, creo, y porque creo, quiero someterme todo a Vos: cuerpo, alma, juicio, voluntad, corazón, sensibilidad, imaginación, mis energías todas; quiero que en mí se realicen las palabras del salmista: “Que todas las cosas os estén sometidas a título de homenaje”; quiero que seáis mi jefe, que vuestro Evangelio sea mi luz, vuestra voluntad mi guía. Poseedme todo entero, por vuestro Espíritu, para gloria del Padre”.

Con este acto de fe, ponemos el verdadero fundamento de nuestra vida espiritual.

Si renovamos con frecuencia este acto, entonces, Cristo, como dice San Pablo, “habita en nuestros corazones”: *Christum habitare per fidem in cordibus nostris*, o lo que es lo mismo, reina de modo estable, como maestro y rey de nuestras almas; llega a ser en nosotros, por medio de su Espíritu, el principio de la vida divina.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El que es humilde, no se cree el único perfecto ni es exigente con los demás; tampoco señala ni descubre las flaquezas del prójimo para criticarlas.

La paciencia es hija de la humildad, así como el orgullo, muy a menudo, causa la impaciencia.

Por eso, decía San Pablo, “os ruego que os conduzáis siempre, con humildad y dulzura; con paciencia, soportándoos los unos a los otros con caridad; esforzándoos para conservar la unidad del Espíritu de amor en los lazos de la paz”.¹

La razón que da el gran Apóstol, de estas exhortaciones, es que todos somos uno en Cristo, que todos somos miembros del cuerpo místico de Jesús: “Debemos soportarnos los unos a los otros a imitación de nuestro Jefe, Jesús, que dió su vida por cada uno de nosotros; a fin de que, por esta caridad que hace de todos nosotros un solo corazón, podamos, por una misma boca, glorificar unidos, a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo”.

MIÉRCOLES DE TEMPORAS DE SETIEMBRE

La fe es un don de Dios; el espíritu de fe viene del espíritu de Dios: “Señor, aumentad la fe en nosotros”: *Adauge nobis fidem*. Digamos, a menudo, a Jesús, como el padre del niño enfermo del Evangelio: “Creo, Señor, pero aumentad mi fe: ayudad mi incredulidad”: *Adjuva incredulitatem meam*. Es, en efecto, únicamente Dios, quien puede, como causa eficiente, aumentar nuestra fe; nosotros debemos merecer este acrecentamiento, por medio de oraciones y de buenas obras.

Habiendo obtenido la fe, nosotros tenemos la obligación de ejercitarla.

Dios, en el bautismo, nos da el *habitus* de la fe; esto es una “fuerza”, una “potencia”; pero este poder no de-

¹ Véase la Epístola de la Misa.

be quedar inactivo, esta disposición no debe paralizarse, por decirlo así, por falta de ejercicio. Esta potencia debe fortalecerse siempre con actos que se deriven de la fe. No debemos ser de esas almas cuya fe está adormecida. Renovemos frecuentemente nuestros actos de fe, no solamente durante los ejercicios de piedad, sino también, durante los menores detalles de nuestra vida.

VIERNES DE TEMPORAS DE SETIEMBRE

Lo que Cristo realizó en favor de Magdalena,¹ lo puede volver a realizar en favor del más grande de los pecadores; Jesucristo puede rehabilitar a ese pecador y conducirlo hacia la santidad: Obra reservada a la Omnipotencia. Solamente Dios tiene este poder de restablecer la inocencia en su criatura: es el triunfo de la sangre de Jesús.

Pero esta inefable renovación, no se opera sino con una condición: que se imite a la pecadora del Evangelio, en su arrepentimiento lleno de amor. Vedla en el festín de Simón, prosternada a los pies del Salvador, bañándolos con sus lágrimas, enjugándolos con su cabello, y esparciendo, al mismo tiempo que los perfumes, las efusiones de su amor contrito.

Más tarde, seguirá generosamente a Cristo, hasta el pie de la cruz, sostenida por el amor que le hará participar de los dolores y oprobios con que Jesús es abrumado. Será la primera que en alas del amor volará al sepulcro, hasta que Jesús resucitado, llamándola por su nombre, recompense el ardor de su celo y la nombre apóstol que anuncie su Resurrección a los discípulos: *Remittuntur ei peccata multa quoniam dilexit multum.*

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

SABADO DE TEMPORAS DE SETIEMBRE

El Templo de Jerusalén¹ era figura de Jesús. En este templo, había varios atrios, y por último estaba el Sanctasanctórum, donde el Pontífice se encontraba solo con Dios.

La penetrante inteligencia de su alma, fué el Sanctasanctórum desde donde Jesús contemplaba la faz de su Padre.

Cuando estamos unidos con Jesús, hay también en nosotros un Sanctasanctórum, donde adoramos al Padre en presencia del propiciatorio de oro que es la santa Humanidad de Cristo.

Cuando estamos unidos a Jesús, entramos con pleno derecho, en el *sanctuarium exauditionis*, en donde todas "las peticiones son escuchadas". Cuando estamos débiles y enfermos, estamos como Jesús *in sinu Patris*, pero sobre la cruz. Jesús en la cruz, agonizante, débil, abandonado de su Padre, estaba siempre *in sinu Patris*, más amado que nunca por el Padre, más cerca que nunca del Padre. . .

¡Oh, cuán bueno es vivir al otro lado del "velo" precioso de la santa Humanidad de Jesús, ante la mirada inmediata del Padre! Es el *sanctuarium exauditionis*.

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Jesús perdona los pecados,² privilegio que sólo Dios posee, porque solamente a Dios, ofende el pecado.

"Ten confianza, que tus pecados te son perdonados", dice Jesús al paralítico que le han presentado. Los

¹ Véase la Epístola de la Misa.

² Véase el Evangelio de la Misa.

fariseos, escandalizados de oír hablar así a un hombre, murmuraban entre ellos: “¿Quién puede perdonar los pecados, si no es Dios?” Pero Jesús lee en sus corazones sus pensamientos, y para probarles que Él posee este poder divino, no delegado, sino propio y personal, hace inmediatamente un milagro, diciendo al paralítico: “Levántate, toma tu lecho y vete”.

Dios encuentra su gloria en perdonar, porque todo perdón se otorga en virtud de las satisfacciones de su Hijo predilecto, Jesús.

Cada vez que Dios nos perdona, cada vez que el sacerdote nos da la absolución, viene a ser como si se presentasen al Padre todos los padecimientos, todos los méritos, todo el amor, toda la sangre de Jesús; y se aplicasen a nuestras almas para devolver la vida o aumentarla.

DECIMONOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La Eucaristía es un alimento, pero un alimento espiritual. Quisola instituir Nuestro Señor bajo la forma de alimento en medio de un banquete. Jesucristo se entrega a nosotros como sustento de nuestras almas: “Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida.”

¿Qué se nos pide para que podamos sentarnos en el “banquete del Rey” y nos aproveche el pan celestial? Que vayamos a él revestidos con la “túnica nupcial”.¹ es decir, que estemos en gracia y que nuestra intención sea recta.

Nada más se requiere de nuestra parte.

Pero ¿y por parte de Jesús? ¡Oh, cuánto le ha costa-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

do prepararnos este festín! Fueron precisos para ello los abatimientos de la Encarnación, la humildad y los trabajos oscuros de la vida oculta, las fatigas del apostolado, las luchas contra los fariseos, los combates con el príncipe de las tinieblas, y, en fin, coronándolo todo, los dolores de la Pasión.

Habiéndonos comunicado a tan alto precio, está saturado este don de la suavidad del amor infinito de Jesucristo: *Dulcedinem suam... ostendebat.*

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Vemos, al recorrer el relato de la vida de Jesús en los Evangelios, que es la fe lo que Cristo reclama, ante todo, de cuantos a Él se dirigen.

Muy a menudo repiten esta palabra sus labios: "Cree tan sólo, y serás salvo". Frecuentemente también le oímos decir: "Idos, vuestra fe os ha salvado, vuestra fe os ha curado".¹

Limita deliberadamente los efectos de su poder donde no encuentra la fe; el Evangelio nos dice expresamente que en Nazaret "no hizo muchos milagros por razón de la incredulidad de sus moradores". Diríase que la falta de fe paraliza, si así puedo expresarme, la acción de Cristo.

No podemos olvidar, que, en el orden actual de la Providencia, Dios es glorificado por nuestra fe.

En el salmo *Attendite*, Dios se queja muy a menudo, de que a pesar de las repetidas pruebas de su Providencia, siempre amante, los judíos recaían siempre en la desconfianza: "olvidaban la multitud de sus misericordias".

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

VIGESIMOPRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

No es siempre la falta de prácticas de mortificación aflictiva, lo que retarda el progreso interior de tantas almas; muchas veces hay que buscar la causa en el egoísmo, que las hace indiferentes a las necesidades de sus hermanos, y en la dureza con que los tratan: "Se os medirá con la misma medida con que vosotros hubieréis medido a los otros": *Eadem quippe mensura, qua mensi fueritis, remetietur vobis.*¹

En esto se encuentra el secreto de la esterilidad espiritual de más de un alma; Dios abandona en la soledad a los que se rodean de precauciones para guardar su egoísta tranquilidad: cerrando su corazón al prójimo, tales almas cierran su corazón al mismo Dios.

Y como Dios es la fuente de toda gracia, como sin Él no podemos hacer nada para alcanzar la bienaventuranza eterna, ¿qué puede esperar un alma que cierra voluntariamente la puerta a la gracia?

Dios se deja conmover por nuestras miserias, pero a condición de que nosotros mismos nos conmovamos ante las miserias y necesidades de nuestros hermanos.

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Mientras vivimos en este mundo podemos crecer en la gracia. El río de vida divina comenzó en nosotros por una fuente el día del Bautismo, pero puede engrosarse sin cesar para alegría de nuestra alma, a la que riega y fecunda, hasta que se introduzca en el océano divino: *Fluminis impetus laetificat civitatem Dei.*

Por esta razón aconsejaba tanto San Pablo a los

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

cristianos de su época el adelantamiento en la vida cristiana. Desde su prisión escribía a los Filipenses: "Lo que pido a Dios, es que vuestra caridad abunde más y más, a fin de que seáis sinceros e irreprochables, para el día en que Cristo debe aparecérsenos, y estéis llenos de frutos de justicia, por Jesucrito, para gloria y loor de Dios".¹

Procuremos, pues, con toda la energía de nuestra alma, ejercitando las virtudes, especialmente las teologales, y, lo que es fundamental, haciéndolo todo por la gloria de nuestro Padre celestial, procuremos, digo, y no impidamos que la acción de Dios y del Espíritu Santo, se deje sentir en nosotros con la más amplia libertad, porque de esa manera "creceremos en Cristo que es nuestra cabeza".

VIGESIMOTERCER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La fe en la divinidad de Jesús es, según la palabra de Cristo, la obra por excelencia que Dios exige de nosotros.

Esta fe consigue la curación de muchos enfermos: "Ten confianza que tu fe te ha salvado", dijo Jesús a la pobre mujer del Evangelio de hoy.

Veis, pues, cómo todo se compendia en la fe en Jesucristo, Hijo eterno del Padre; ella es la base de toda nuestra vida espiritual, la raíz profundísima de toda justificación, la condición esencial de todo progreso, el medio seguro para llegar a la cumbre de toda santidad.

Postrémonos a los pies de Jesús y digámosle: "¡Oh, divino Jesús, Verbo Encarnado descendido del cielo para revelarnos los secretos que, como Hijo único de

¹ Véase la Epístola de la Misa.

Dios, contemplas continuamente en el seno del Padre! creo y confieso que “eres Dios como Él e igual a Él”; creo en Ti, creo “en tus obras”, creo en tu persona; “creo que procedes de Dios”, y eres “uno con el Padre”, que el “que te ve, le ve a Él”; creo que “eres la resurrección y la vida”. Sí, creo, y al creerlo, te adoro y consagro todo mi ser a tu servicio, con toda mi actividad y toda mi vida”.

VIGESIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Perseverad firmes en la fe de Nuestro Señor Jesucristo; guardad una esperanza invencible en sus méritos; vivid amándole; no ceséis, mientras estéis aquí en la tierra, “lejos del Señor”, de aumentar, por medio de una fe viva, por medio de santos deseos y de una caridad que os arrastre sin reserva alguna a cumplir fiel y generosamente la voluntad de Dios, la capacidad de ver y de amar a Dios, de gozarle en la eterna bienaventuranza.¹

Día llegará en que la fe dé lugar a la visión, en que a la esperanza suceda la dichosa realidad, en que el amor se convierta en un abrazo eterno. Cada día, cada hora, cada minuto, nos acerca más a ese día.

“No desmayéis por ningún dolor ni padecimiento; porque “las aflicciones, tan breves, y tan ligeras de la vida presente, nos producen un peso eterno de gloria”; no os detenga ninguna tentación; no os seduzcan las vanas alegrías, porque el “tiempo es corto y el mundo pasa”.

“Lo que no pasa es la palabra de Cristo:”
Verba autem mea non transibunt.

¹ Véase la Epístola de la Misa.

CICLO SANTORAL

INTRODUCCION

Del mismo modo que todos los que poseen la naturaleza humana, se diversifican en sus cualidades, así Dios distribuye libremente sus dones sobrenaturales, según los amorosos planes de su sabiduría. “A cada uno de nosotros, dice San Pablo, es otorgada la gracia en la medida del don de Cristo”: *Unicuique nostrum data est gratia secundum mensuram donationis Christi*.

En el rebaño de Cristo, cada oveja lleva su nombre de gracia: “El buen Pastor, decía Jesús, conoce a sus de nosotros, dice San Pablo, es otorgada la gracia en la ovejas y las llama por su nombre”. *Proprias oves vocat nominatim*, como “el Creador conoce la multitud de estrellas y las llama a todas por su nombre”, pues cada una tiene su forma y su perfección.

“Cada alma recibe dones diversos del mismo Espíritu”, dice San Pablo; “las operaciones de Dios en las almas son múltiples y diversas, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos. A uno se le concede el don de sabiduría, al otro un don elevado de fe; a éste el de las curaciones, a aquél el poder de obrar milagros; el uno es evangelista, el otro profeta, el otro doctor; pero el que produce todos esos dones, es uno y el mismo Espíritu Santo, distribuyéndolos a cada uno en particular como le place”.

Cada alma responde a la idea divina de una manera peculiar; cada uno de nosotros cultiva los talentos, confiados a su libertad, y realiza en sí, por una cooperación de carácter particular, los trazos de Cristo.

Así, bajo la acción infinitamente delicada y varia del Espíritu Santo, cada una de nuestras almas debe tender a representar en su actividad individual, ensalzada y transformada por la gracia, el modelo divino; realizan-

do de este modo la variedad armoniosa que hace a Dios “admirable en sus santos”, *mirabilis Deus in sanctis suis*. Encuentra Dios su gloria en todos ellos, pero puede decirse de cada uno con la Iglesia: “No se ha encontrado otro que, como El, haya puesto en práctica la ley del Señor”: *Non est inventus similis illi... qui conservavit legem Excelsi*. El brillo de la santidad de un San Francisco de Sales, no es el mismo que el de un San Francisco de Asís, y el esplendor de que está adornada en el cielo el alma de una Santa Gertrudis o de una Santa Teresa, es muy diferente del que rodea a una Santa Magdalena.

En cada uno de los santos ha respetado el Espíritu consolador la naturaleza con los rasgos particulares que la creación les dió; la gracia los ha transfigurado y les ha añadido los dones propios del orden sobrenatural; y el alma, guiada por el que la Iglesia llama *Digitus paternae dexteræ*, ha correspondido a esos dones y así ha realizado su propia santificación.

29 DE NOVIEMBRE. VIGILIA DE SAN ANDRES

Toda vocación, hasta la simple vocación de cristiano, viene de Dios. Nuestro Señor mismo lo dijo: “ninguna persona puede venir a mí, si no es atraída por mi Padre”: *Nemo potest venire ad me nisi Pater traxerit eum*.

Pero es el amor de Dios para con nosotros —y como nacemos miserables, es su amor misericordioso— el que origina esta afirmación: *Attraxi te miserans*: “Te he atraído en mi misericordia.”

Esta vocación es grande, y esta primera mirada amorosa de Dios hacia nosotros es el primer eslabón de la cadena de gracias que Dios nos otorga durante el curso de nuestra existencia; todas las misericordias divinas,

respecto a nosotros, tienen por principio el invitarnos a participar, por adopción, de la filiación de Jesucristo.

La vocación religiosa o apostólica tiende a perfeccionar esta adopción, a hacerla más extensa, por una participación más profunda de la gracia de Cristo, por una imitación más acabada del Divino Modelo.

Pero ella es, también, una misericordia, y una misericordia insigne.

“¡Si tú conocieras el don de Dios!...”

30 DE NOVIEMBRE. SAN ANDRES, APOSTOL.

En la tierra se nos presenta Nuestro Señor, sobre la cruz; el crucifijo es su imagen oficial, y es imposible la unión con Él, mientras no queramos sentir los clavos con que fué herido.

Esta cruz, la encontraremos cada día en una forma o en otra. Gran cosa es aceptarla en unión con Jesús. Es esto lo que comunica a la cruz todo su mérito.

Sufriendo con paciencia las penas y las fatigas de nuestra vida, participamos en la pasión de Jesucristo. Su fuerza, su virtud, reinan entonces en nosotros: “Con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Cristo.”

Cuando un alma se entrega por amor y sin reserva a Jesús, Él la toma, la coloca junto a su Corazón, y con una Providencia llena de sabiduría divina y de amor, le proporciona mil ocasiones de practicar la paciencia.

Patientia opus perfectum habet: “La paciencia lleva a la perfección”, pues, “por la paciencia nosotros participamos en los sufrimientos de Jesús”.

3 DE DICIEMBRE. SAN FRANCISCO JAVIER, CONFESOR, PROTECTOR DE LAS MISIONES

El llamamiento a la fe es un insigne beneficio, por-

que contiene en germen la vocación a la eterna bienaventuranza de la visión divina. No olvidemos que dicho llamamiento ha sido la alborada de todas las misericordias de Dios, y que la felicidad del hombre se resume en la fidelidad a esta vocación; la fe ha de conducirnos hasta la visión beatífica.

Debemos agradecer a Dios esta singular gracia de la fe cristiana, y esforzarnos en ser cada día más dignos de ella, defendiéndola contra todos los peligros a que la expone el naturalismo, el escepticismo, la indiferencia o el respeto humano de nuestro siglo, y procurando ser siempre fieles en nuestra vida práctica a los dictados y normas de nuestra santa fe.

Pidamos también a Dios que otorgue este don preciadísimo de la fe a todas las almas que “de asiento yacen en las tinieblas y sombras de la muerte”; supliquemos al Señor que las ilumine con su estrella y que Él mismo sea “el Sol que las visite desde lo alto con su dulce misericordia”: *Per viscera misericordiae Dei nostri in quibus visitavit... Oriens ex alto.*

**4 DE DICIEMBRE, SAN PEDRO CRISÓLOGO,
DOCTOR DE LA IGLESIA**

Cristo nos comunica la verdad, por ser Él la Verdad misma, toda llena de dulzura, y reveladora de la liberalidad y munificencia de nuestro Padre celestial; pues desde el seno del Padre, donde vive siempre Cristo, hace públicos los secretos divinos que poseemos por la fe.

¡Qué festín! ¡Qué hartura y regalo para el alma fiel contemplar a Dios, ser infinito e inefable, en la Persona de Jesucristo; escuchar a Dios mismo en las palabras de Jesús; descubrir, por decirlo así, los sentimientos de Dios en los sentimientos del corazón de Jesús; mirar las

obras divinas y penetrar en el misterio, para beber como en límpida fuente, la vida misma de Dios! *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei!*

¡Oh, divino Jesús, Dios y Redentor nuestro, revelación del Padre, hermano y amigo nuestro, haced que os conozcamos! Purificad los ojos de nuestro corazón, para que podamos contemplaros con gozo; haced que cese el ruido y estrépito de las criaturas para que podamos seguirlos sin obstáculo alguno.

7 DE DICIEMBRE. VIGILIA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Inmediatamente después del pecado de nuestros primeros padres, antes de pronunciar Dios la sentencia, expulsándolos del Paraíso terrenal, hace llegar a sus oídos las primeras palabras de perdón y de esperanza.

En lugar de ser malditos y arrojados para siempre de la presencia de su Creador, cual lo fueron los ángeles rebeldes, tendrán un redentor. Él será quien romperá el poderío que el demonio ha adquirido sobre ellos.

Y como la ruina ha comenzado por la prevaricación de la mujer, por el hijo de una mujer quedará también efectuada la obra de la redención: *Inimicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum*: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya. Ella quebrantará tu cabeza.”

Esto es lo que ha venido llamándose el “Proto-evangelio”, esto es, la primera palabra de salvación. Es la primera promesa de redención, la aurora de las divinas misericordias para la tierra prevaricadora; el primer rayo de esa luz que deberá vivificar un día al mundo; la primera manifestación, en fin, del misterio oculto en Dios desde toda la eternidad.

8 DE DICIEMBRE. INMACULADA CONCEPCION
DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

Todos los hijos de Adán nacen manchados con el pecado original, esclavos del demonio, enemigos de Dios. Es la ley dada por Dios contra todos los descendientes de Adán pecador.

Solamente María, entre todas las criaturas, se librará de esta ley. A esa ley universal, el Verbo eterno hará una excepción —una sola—, en favor de aquella en quien se ha de encarnar. Ni un solo momento el alma de María será esclava del demonio; estará siempre resplandeciente de pureza: por eso, después de la caída de nuestros primeros padres, Dios puso eterna enemistad entre el demonio y la Virgen escogida; ella es quien con su planta aplastará la cabeza de la infernal serpiente.

Con la Iglesia recordemos frecuentemente este privilegio de María de ser inmaculada, que sólo ella posee; digámosle a menudo con cariñoso amor: *Tota pulchra es Maria, et macula originalis non est in te*: “Hermosa eres ¡oh, María! y no fuiste contaminada con la mancha original, “Tu vestido es blanco como la nieve y tu rostro resplandeciente como el sol; por eso el Rey de la gloria tan ardientemente te ha deseado.”

9 DE DICIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE LA
INMACULADA CONCEPCION

El Verbo eterno, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, escogió a María con preferencia a las demás criaturas.

Para indicar la eminencia de esa elección, la Iglesia aplica a María en todas sus festividades un pasaje de la Sagrada Escritura, que, en algunos rasgos, no puede re-

ferirse más que a la eterna Sabiduría: “El Señor me poseyó al principio de sus caminos, antes de que obrase cosa alguna; fui establecida desde la eternidad, antes de que la tierra existiese. Ya estaba formada antes que hubiese abismos; antes que las montañas se asentasen; antes que las colinas, era yo ya nacida”: *Ante colles ego parturiebar...*¹

¿Qué muestran estas palabras?

La predestinación especial de María en el plan divino. El Padre Eterno no la separa de Cristo en sus divinos pensamientos: envuelve a la Virgen, que será Madre de Cristo, en el mismo acto de amor por el cual pone sus complacencias en la humanidad de su Hijo.

Esa predestinación es para María manantial de gracias sólo a ella concedidas.

10 DE DICIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

La predestinación especial de que María es objeto es fuente de favores singulares: Inmaculada Concepción, plenitud de gracia, virginidad perfecta con la alegría de ser madre: *Gaudia matris habens cum virginitatis honore*, y por último la Asunción al cielo y coronación en la gloria.

Todas esas gracias insignes, todos esos privilegios extraordinarios, que hacen de ella una criatura por encima de toda criatura, “*Benedicta tu in mulieribus*”, se derivan de la elección que desde la eternidad hizo Dios de María para ser Madre de su Hijo.

Si ella es “bendita entre todas las mujeres” si Dios ha trastornado en favor suyo tantas leyes que Él mismo ha-

¹ Véase la Epístola de la Misa.

bía establecido, es porque la destina a ser Madre de su Hijo.

Si quitáis a María esa dignidad, todas esas prerrogativas no tienen ya sentido ni razón de ser; pues todos esos privilegios preparan o acompañan a María en cuanto es Madre de Dios.

Pero lo que es incomprendible es el amor que determinó esa elección singularísima que el Verbo hizo de esa doncella Virgen para tomar en ella naturaleza humana.

11 DE DICIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

La liturgia nos revela que el fin último de Dios al conceder a María el privilegio único de la concepción inmaculada, era "preparar a su Verbo una morada digna de Él": *Deus qui per immaculatam Virginis conceptionem, dignum Filio tuo habitaculum praeparasti.*¹ María debía ser la Madre de Dios, y esta excelsa dignidad pedía, no sólo que fuese Virgen, sino que aventajase su pureza a la de los angeles y fuese un reflejo de los santos fulgores en los cuales el Padre eterno engendra a su Hijo: *In splendoribus sanctorum.*

Dios es santo, tres veces santo, y los Angeles, los Arcángeles y los Serafines cantan su infinita pureza: *Sanctus, Sanctus, Sanctus.*

El seno de Dios, refulgente de luz, inmaculado, es la mansión natural del Hijo único de Dios:

El Verbo está siempre *in sinu Patris.*

Pero al encarnarse ha querido estar también, por una condescendencia inefable, *in sinu Virginis Matris.* Era, pues, menester que el tabernáculo, ofrecido por la Vir-

¹ Oración de la fiesta.

gen, le recordase por su pureza incomparable el seno eterno en el que como Dios vive siempre.

**12 DE DICIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE LA
INMACULADA CONCEPCION**

En los pensamientos eternos, María entra de hecho esencialmente en los misterios de Cristo; siendo Madre de Jesús, es Madre de Aquél de quien todo nos viene.

Según el plan divino, no se da la vida a los hombres sino por Cristo, Dios-Hombre: *Nemo venit ad patrem nisi per me.*

Y Cristo no fué dado al mundo sino por María: *Propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de caelis et incarnatus est... ex Maria Virgine.* Ese es el orden divino.

Y ese orden es inmutable.

En efecto, notad que no vale sólo para el día en que se realizó la Encarnación; su valor continúa todavía por la aplicación a las almas de los frutos de la Encarnación, porque la fuente de la gracia es Cristo, Verbo encarnado; pero su cualidad de Cristo, de mediador, permanece inseparable de la naturaleza humana que toma de la Virgen santísima.

Jesús ha amado a su Madre, como Dios, colmándola de privilegios sublimes. Nosotros mostraremos este amor, exaltando estos privilegios "Tú sola, sin igual, agrada-te al Señor."

**13 DE DICIEMBRE. SANTA LUCIA, VIRGEN
Y MARTIR DEL SOL**

¿Qué diremos de una virgen consagrada al Señor, virgen cuya vida está completamente bañada por los rayos

de justicia, y cuyos caminos se ven siempre iluminados por la Eterna Sabiduría que es el Verbo divino? Sólo los Angeles pueden admirarla: “¿Quién es ésta que sube del desierto —del desierto de su natural pobreza—, cual columna de humo exhalandó mirra, incienso y todo género de perfumes, rebosando en delicias porque está recostada sobre su Amado?”: *Deliciis affluens, innixa super dilectum suum?*

Pero toda esta opulencia, tod oeste esplendor, los refiere el alma al Esposo de quien proceden. Viviendo en la verdad e iluminada por la sabiduría, sabe que es el Esposo quien opera en ella. Llena de humildad, como aquella Virgen bendita y única que en su seno immaculado concibió al Verbo divino, la esposa hace que redunde en gloria del Verbo todo cuanto ha recibido de Él: cuanto con su gracia y amor ha concedido de Él: “Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se desborda de alegría en Dios mi salvador”: *Magnificat anima mea Dominum.*

14 DE DICIEMBRE DURANTE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Cristo mereció para su Iglesia cuantas gracias necesita ésta para constituir esa sociedad que Él desea “sin mancha, sin arruga, santa e inmaculada”.

El valor de esos méritos es infinito; porque el que mereció y satisfizo por nosotros era un Dios; y aunque no padeciese sino como hombre, esos dolores y el mérito que acarrean pertenecen a un Dios; por esta razón su precio y su valor son infinitos.

Como cabeza y jefe de la Iglesia, Cristo mereció para ella la plenitud de gracias que la hacen “bellísima y gloriosa”. El celo de los Apóstoles, la fortaleza de los mártires, la constancia de los confesores, la pureza de

las vírgenes, se nutren y alimentan de la sangre de Jesús. Todos los favores, todos los dones, aun los privilegios sin igual con que fué honrada la Santísima Virgen María, son el precio de esa sangre bendita.

Y como ese precio es infinito, no hay gracia que no podamos esperar, si apelamos a nuestro Pontífice y Mediador Cristo Jesús.

De modo que en Jesús lo tenemos todo: *Es copiosa apud cum redemptio*. Ofreció por todos sus sacrificios, y eso le da derecho a comunicarnos cuantos méritos nos granjeó en la cruz.

15 DE DICIEMBRE OCTAVA DE LA
INMACULADA CONCEPCION

Las singulares gracias que María ha recibido son el primer fruto de la pasión de Jesús. No olvidemos esta verdad: Cristo murió, también, por su Madre, para pagar sus privilegios. La Santísima Virgen no gozaría de privilegio alguno sin los méritos de su Hijo: es la gloria más grande de Cristo, porque es la que más ha recibido de Él.

La Iglesia nos enseña claramente esta doctrina cuando celebra la Inmaculada Concepción, la primera, en orden al tiempo, de las gracias que recibió María. Leed la "oración" de la festividad y veréis que a la Santísima Virgen le fué otorgado este privilegio, porque la muerte de Jesús, prevista en los decretos eternos, había por anticipado pagado ya su precio: *Deus qui per immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum praeparasti, concede, quaesumus, ut qui ex morte ejusdem Filii tui praevisa, eam ad omni labe praeservasti...*

Podemos decir que María ha sido, entre las criaturas, el primer objeto del amor de Cristo, aun de Cristo paciente; por ella, para que la gracia pudiese abundar en ella, casi sin medida, derramó Jesús su preciosa Sangre.

21 DE DICIEMBRE. SANTO TOMAS APOSTOL

Sin la fe no penetraremos jamás en lo íntimo de los misterios de Jesús; más con ella, nada tenemos que envidiar a los contemporáneos del Salvador. No veremos ciertamente a Nuestro Señor como le veían los que con Él vivieron; pero la fe nos permite contemplarle y estar con Él, y unirnos a Él por modo no menos eficaz que aquéllos.

Decimos a veces: ¡Quién me diera haber vivido en su tiempo para poder seguirle con las turbas y con sus discípulos, para servirles como Marta y escucharle de rodillas como Magdalena!

Pero Él nos dijo: *Beati qui non viderunt et crediderunt*. “Bienaventurados los que no vieron y creyeron.” ¿Por qué “bienaventurados”? Porque el contacto con Jesucristo por la fe¹ no es ni menos fecundo para nuestras almas, ni, sobre todo, menos glorioso para Jesús, a quien honramos todavía más que aquéllos, al creer en Él sin haberle visto.

Nada tenemos que envidiar a los discípulos que con Él vivieron. Si tenemos fe, estaremos tan unidos con Jesús como lo pudieron estar los que tenían la dicha de verle con sus ojos y tocarle con sus manos.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

14 DE ENERO. SAN HILARIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

La convicción íntima de que Jesús, Verbo encarnado, es verdaderamente Dios, constituye el primer fundamento de nuestra vida sobrenatural. Si hemos comprendido bien esta verdad y la ponemos en práctica, nuestra vida interior estará llena de luz y de fecundidad.

Si, en efecto, creemos en la divinidad de Jesucristo, por el hecho mismo, creemos en toda la revelación del Antiguo Testamento que encuentra su realización en Cristo; abrazamos también toda la revelación del Nuevo Testamento, ya que todo cuanto nos enseñan los Apóstoles y la Iglesia no es sino el desarrollo de la revelación de Cristo.

Por lo tanto, el que acepta la divinidad de Cristo, abraza, al mismo tiempo, el conjunto de toda la Revelación: Jesucristo es el Verbo encarnado; el Verbo dice todo cuanto es Dios, todo cuanto conoce; el Verbo se corna y revela a Dios en el mundo: *Unigenitus qui est in sinu Patris ipse enarravit*. Y cuando mediante la fe recibimos a Cristo, recibimos toda la Revelación.

Yo creo, Señor, que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, pero aumenta mi fe.

15 DE ENERO. SAN PABLO, ERMITAÑO

Cristo Jesús tiene con su Padre relaciones personales que son únicas y que resultan de su origen divino.

Hablando un día con sus discípulos, decía: "Yo te glorifico, Padre mío, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas, por haber sido de tu agrado que así fuese. Todas las cosas las ha

puesto mi Padre en mis manos, y nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quisiere revelarlo”.¹

Indícanos claramente Jesús que entre Él y su Padre existe perfecta igualdad, cuyo conocimiento nos es incomprendible. Este hijo, que es Jesús, es tan grande, y tan inefable su filiación, que sólo el Padre, que es Dios, puede conocerlo; y es tal la majestad del Padre, y su paternidad, misterio tan sublime, que sólo el Hijo puede saber lo que es el Padre, y este conocimiento de tal modo supera a toda ciencia creada, que ningún hombre puede participar de él, a no ser por especial revelación.

16 DE ENERO. SAN MARCELO, PAPA Y MARTIR

En su epístola a los romanos, San Pablo se aplica a sí mismo aquellas palabras del Salmista: “Por ti, Señor, estamos entregados todo el día a la muerte y se nos mira como ovejas destinadas al cuchillo...”

Pero prosigue diciendo en seguida: “En todas estas ocasiones salimos vencedores.”

¿Dónde encuentra el secreto de esta victoria? Preguntadle por qué todo lo soporta, hasta el “tedio de vivir”; por qué en todas esas pruebas permanece unido a Cristo con invencible firmeza, de modo que ni “la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la espada, pueden separarle de Jesús”.

Él os responderá: “Por Aquel que nos amó”: Lo que le sostiene, le fortifica, le anima y le estimula, es el estar plenamente convencido de que “Cristo le ama”: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

En efecto, el sentimiento que engendra en él tan hon-

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

da convicción es “que no quiere ya vivir más para sí”. “La caridad de Cristo nos apremia”, dice, “y por eso me entregaré por Él, y de buen grado me consumiré sin reserva”; “me entregaré gustosísimo por las almas, que son su conquista”.

17 DE ENERO. SAN ANTONIO, ABAD

La vida de Jesucristo sobre la tierra, tiene en sus mismos detalles tal alcance, que nosotros no podemos comprender su profundidad; una sola palabra del Verbo encarnado, de quien está siempre *in sinu Patris*, es una revelación tan grande, que puede bastar, como una fuente inagotable de agua saludable, para fecundizar toda una vida espiritual.

Lo vemos en la vida de los santos; una palabra de Jesús ha bastado para convertir totalmente un alma a Dios¹ Sus palabras vienen del cielo: de ahí su fecundidad.

Pasa lo mismo con sus más pequeños actos: son para nosotros, modelo, luz, fuente de gracias.

¡Oh Cristo Jesús, lleno de gracia y modelo de todas las virtudes, Hijo muy amado en quien el Padre tiene sus complacencias, sé Tú el único objeto de mi contemplación y de mi amor; mire yo cuanto pasa como si fuese inmundicia para no poner mi alegría sino en Ti; procure sólo imitarte, para ser, por Ti y contigo, agradable a tu Padre en todas las cosas!

18 DE ENERO. LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ROMA

La Iglesia es la depositaria auténtica de la doctrina

¹ Véase la vida de San Antonio.

y de la ley de Cristo, la dispensadora de sus gracias entre los hombres, la esposa, en fin, que en nombre de Cristo ofrece a Dios por todos sus hijos la alabanza perfecta.

Y así, la Iglesia está tan unida a Cristo, posee de tal modo la abundancia de sus riquezas, que bien puede decirse que ella es el mismo Cristo viviente en el transcurso de los siglos. Cristo vino a la tierra no ya sólo por los que en su tiempo moraban en Palestina, sino por todos los hombres de todas las edades.

Cuando privó a los hombres de su presencia sensible, les dió la Iglesia, con su doctrina, su jurisdicción, sus sacramentos, su culto, cual si quedara Él mismo.

Nadie va al Padre —y en ir al Padre consiste toda la salvación y la santidad— sino por Cristo: *Nemo venit ad Patrem nisi per me.*

Pero grabad bien en vuestra memoria esta verdad no menos capital: nadie va a Cristo sino por la Iglesia; no somos de Cristo si no somos de hecho o de deseo de la Iglesia; no vivimos la vida de Cristo sino en cuanto estamos unidos a la Iglesia.

19 DE ENERO. SAN MARIO Y SANTA MARTA, MARTIRES

Estando convencido de que mis obras no son satisfactorias ni meritorias, sino en la medida en que estén unidas a los merecimientos de Jesucristo, debo buscar, como mi único fin, el estar unido lo más íntimamente posible a Jesucristo y a sus padecimientos en todas mis acciones, puesto que la materialidad de éstas bien poco importa.

Pero ¿cómo realizar esta unión?

San Benito nos dice: "Participamos de la Pasión de Cristo por la paciencia." Esta pequeña frase me ha ilu-

minado. Una vida de santo debe ser una existencia de grandes y misteriosos sufrimientos. *Patientia = sufferentia.*¹

“Si alguien quiere venir a mí, dice Jesús, que se niegue a sí mismo y me siga”. Esto nos muestra cuánto nos acerca a Jesús el sufrimiento. “El que todos los días no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo.”

Así, todo otro método de unión que no encierre éste, descansa sobre un error.

20 DE ENERO. SANTOS FABIAN Y SEBASTIAN MARTIRES

Dice de Jesús el Evangelio, que cuando andaba por el mundo, “salía tal virtud de su divina Persona, que sanaba a los enfermos”: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes.* Jesucristo continúa siendo siempre el mismo: si contemplamos con fe sus misterios, ya en el Evangelio, ya en la liturgia de la Iglesia, producirá en nosotros la gracia que nos mereció cuando los vivía.

Esta contemplación nos enseñará cómo Jesús, nuestro modelo, practicó las virtudes, y cómo hemos de asimilarnos los sentimientos particulares que animaron a su Corazón sacratísimo en cada uno de aquellos estados, y, sobre todo, la manera de recoger las gracias especiales que entonces nos mereciera.

Los misterios de Jesús son otros tantos estados de su santa Humanidad. A ésta comunicó la divinidad cuantas gracias en sí tiene, con el fin de hacer participar de ellas a cada uno de los miembros de su cuerpo místico. Al tomar de nuestra especie la naturaleza humana, el Verbo se desposó, por decirlo así, con la humanidad toda; y cada alma participa —en una medida de sólo

¹ Véase la Epístola de la Misa.

Dios conocida y proporcionada al grado de nuestra fe—
de la gracia que inunda el alma santa de Jesucristo.

21 DE ENERO. SANTA INES, VIRGEN Y MARTIR

Nada es capaz de separar a la virgen del lado de su dulce Amado, a quien, como la esposa del Cantar de los Cantares, repetirá sin tregua ni descanso: “Atraedme hacia Vos, en pos de Vos corro yo, atraída por el olor de vuestros perfumes”: *Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum*. Y aun añadirá: “ponedme cual sello indeleble sobre vuestro corazón, porque mi amor y mi fidelidad son fuertes como la muerte; ningún torrente desbordado ha sido capaz de anegarlos.”

“Ni la muerte con todos sus horrores, ni la vida con sus seducciones, ni los ángeles, ni las más fuertes potencias, ni las cosas presentes, ni los acontecimientos futuros, ni criatura alguna pueden separarla ya” de su Señor y Esposo. De ella puede decirse que, ya en esta vida, “sigue fielmente al Cordero a doquiera que Él vaya”: *Sequitur Agnum quocumque ierit*.

Es que, en efecto, “quien se une perfectamente con el Señor se hace una sola cosa con Él”: *Qui adhaeret Domino unus Spiritus est*.

La caridad fortalece, la unión, los lazos se estrechan más y más, y la unión con el Verbo se hace más estable, más firme y más gozosa, hasta llegar a ser inquebrantable.

22 DE ENERO. SANTOS VICENTE Y ANASTASIO, MARTIRES

Todos los sufrimientos, todas las humillaciones y las contrariedades que debemos padecer, nos las envía Dios,

nuestro Padre, que sabe lo que más nos conviene. Él sabe por qué caminos y senderos, nos llevará a la bienaventuranza; sabe la forma y la medida de nuestra predestinación.

Nos nos asustemos, pues, de los sufrimientos, humillaciones, tentaciones y desolaciones que nos abrumen; tratemos de "soportar a Dios": *Sustine Dominum*, es decir, que debemos aceptar todo, absolutamente todo lo que quiera de nosotros. "El Padre es el viñador que poda la viña, dijo Cristo, a fin de que produzca más frutos"; quiere ensanchar nuestra capacidad; quiere hacernos tocar con el dedo nuestra flaqueza, nuestra insuficiencia, para que convencidos de nuestra impotencia para rezar, trabajar, adelantar, pongamos toda nuestra confianza en Él.

Seamos siempre dóciles, generosos, fieles: *Viriliter age*; vendrá la hora en que después de habernos renunciado a nosotros mismos, "Dios nos colmará de su misma plenitud": *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*.

23 DE ENERO. SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, CONFESOR

Después del Bautismo, no se nos da el perdón si no hacemos "dignos frutos de penitencia".¹

A la contricción de corazón, a la confesión de boca, debe también ir unida la satisfacción.

Dicha satisfacción es un elemento esencial del sacramento. Antiguamente, era considerable la obra que había que cumplir; ahora, la satisfacción impuesta por el confesor por la pena debida al pecado, se reduce a algunas oraciones, a una limosna, a una práctica de mortificación. Nuestro Señor, ciertamente satisfizo y con so-

¹ Véase la Oración de la Misa.

breabundancia, por nosotros; pero, dice el Concilio de Trento, la equidad y la justicia exigen que habiendo pecado después del Bautismo, aportemos nuestra parte de expiación, en saldo de la deuda merecida por nuestras faltas.

Siendo sacramental esta satisfacción, Jesucristo, por boca del sacerdote que le representa, la une a sus propias satisfacciones; por eso es de gran eficacia para producir en el alma la "muerte para el pecado". Cumpliendo esta satisfacción por nuestros pecados, nos conformamos, con Jesucristo que ofreció al Padre una expiación infinita por nuestras faltas.

24 DE ENERO. SAN TIMOTEO, OBISPO Y MARTIR

Dios comunica la plenitud de su vida divina a la humanidad de Cristo y por ella a todas las almas "en la medida de su predestinación en Cristo Jesús": *Secundum mensuram donationis Christi*.

Comprendamos que no podemos ser santos sino en la medida en que la vida de Jesucristo se halle en nosotros; ésta es la única santidad que Dios nos pide, no hay otra; y no llegaremos a ser santos, sino en Jesucristo; de lo contrario, nunca lo seremos.

La creación no encuentra en sí misma ni un átomo de esta santidad; ésta tal deriva de Dios por un acto sobrenatural libre de su voluntad omnipotente, y por esto es sobrenatural.

San Pablo nos hace notar más de una vez lo gratuito del don divino de la adopción, la eternidad del amor inefable que ha resuelto hacernos participar de ese don, y el medio admirable de su realización por la gracia de Jesucristo: "Acuérdate, escribe a su discípulo Timoteo, que Dios nos ha escogido por una vocación santa no

por nuestras obras, sino según su propio decreto, y conforme a la gracia que antes de todos los siglos nos ha sido dada en Jesucristo.”

25 DE ENERO. CONVERSION DE SAN PABLO, APOSTOL

Cuando leemos las Epístolas que San Pablo dirigía a los cristianos de su tiempo, no puede menos de chocarnos la insistencia con que habla de nuestro Señor Jesucristo. Sin cesar vuelve sobre este tema, del cual está, por otra parte, tan lleno, que para él, “Cristo es la vida”; así que encuentra todo su placer en “consumirse por Cristo y sus miembros”.

Escogido e instruído por el mismo Jesús para ser en el mundo entero el heraldo de su misterio, de tal manera penetró en lo más hondo de las profundidades de ese misterio, que su único deseo es descubrirle para hacer conocer y amar la persona adorable de Cristo.

A los Colosenses escribe que lo que le llena de gozo en medio de sus tribulaciones, es el pensamiento de “haber anunciado el misterio oculto desde los siglos eternos y manifestado últimamente a los fieles, porque Dios ha querido hacerles conocer las gloriosas riquezas de ese arcano que es Cristo”.

Él dirige a Jesucristo, toda su ciencia, toda su predicación, toda su vida, todo su amor. En sus trabajos, en las luchas de su apostolado, una de sus alegrías es pensar que “engendra” —es su propia expresión— “a Cristo en las almas”.

26 DE ENERO. SAN POLICARPO, OBISPO Y MARTIR

Mientras más completamente se da uno a Jesucristo, más se da Él a nosotros.

Y cuando Él se nos da enteramente, poseemos la plenitud de su vida en nosotros, la santidad, la perfecta unión con Él.

Por lo tanto, darse a Jesucristo, significa, ante todo, entregarse a Él completamente, dejando a su sabiduría y amor, el cuidado de disponerlo todo para su gloria y nuestro bien.

Luego, darse a Jesucristo, es darse a los demás por amor suyo, o más bien darse a Él, en la persona del prójimo. Ya lo dijo: "En verdad, en verdad os digo, siempre que hacéis alguna cosa al más pequeño de los que creen en mí, es a Mí a quien lo hacéis."

Hay tan pocas personas que comprenden esta verdad, que por eso hay tan pocos santos. . .

No olvidéis jamás esto: Nuestro Señor se da únicamente a los que se dan a Él en la persona del prójimo. Y como no se puede ir a Dios sino por medio de la santa Humanidad de Jesús, así, no nos podemos unir a Cristo, sino aceptándolo unido al prójimo.¹

27 DE ENERO. SAN JUAN CRISOSTOMO, DOCTOR DE LA IGLESIA

El Padre Eterno ha depositado en Jesucristo para provecho nuestro todas las gracias, todos los dones santificadores destinados a las almas.

Cuanto más conozcamos a Cristo, y profundicemos los misterios de su divina persona y de su vida, tanto más penetraremos, durante la oración, en las circunstancias y detalles que la Revelación nos ha comunicado, y tanto más verdadera y maciza será nuestra piedad y nuestra santidad.

¹ Véase la Epístola de la Misa.

La piedad debe estribar en la fe y conocimiento que Dios nos ha dado de las cosas sobrenaturales y divinas.

La piedad que sólo se funda en la sensibilidad, es tan frágil y efímera como el mismo sentimiento que le sirve de base: es una casa edificada sobre arena, que al primer embate se derrumba.

Cuando al contrario, nuestra piedad está cimentada en la fe y en convicciones que son como consecuencias de un hondo conocimiento de los misterios de Jesús, verdadero y único Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, entonces venimos a ser como edificio asentado en roca inexpugnable: *Fundata enim erat super petram.*

28 DE ENERO. SAN PEDRO NOLASCO, CONFESOR

Pensar más en el prójimo, en sus intereses, en su satisfacción, en su alegría, que en nosotros mismos, es el signo inequívoco de una verdadera caridad. Porque para obrar de este modo, no una vez ni diez, sino siempre, y en todas las circunstancias, con nuestros hermanos sin distinción, hay que amar verdaderamente a Dios. Tal amor al prójimo, reclama de nosotros demasiada abnegación para que pueda sostenerse durante mucho tiempo; debe por lo tanto nacer de Dios. Jesús en persona ha dicho que la caridad hacia el prójimo es el signo por excelencia de la presencia de Dios en un alma.

¿Qué es, en efecto, la caridad?

Es el amor de Dios que abarca en un mismo impulso a Dios y a todo lo que le está unido: la humanidad de Cristo, y en Cristo, todos los miembros de su cuerpo místico: Cristo afligido con los afligidos, enfermo con los enfermos, triste con las almas abrumadas por la tristeza.

¿No es la palabra de la Verdad infalible: “Lo que hagáis al más pequeño de los míos, es a mí a quien lo habéis hecho”?

29 DE ENERO. SAN FRANCISCO DE SALES, DOCTOR DE LA IGLESIA

Yo he leído y releído y profundizado la sublime doctrina de San Francisco de Sales en los libros IX y X del *Tratado del amor de Dios*, y he comprendido que está allí la última palabra del amor y el fundamento de una profunda paz y de una gran libertad de corazón.

Una vez que se ha comprendido bien que la voluntad de Dios es Dios mismo, se ve que se debe preferir esta adorable voluntad a toda otra cosa, y tomarla en lo que ella hace, en lo que ella ordena, en lo que ella permite, como única norma de la nuestra: Tener los ojos fijos sobre esta santa voluntad y no sobre las cosas que nos apenan y atormentan.

Procurad hacerlo todo por amor. Dios es el Amor, y le placen las más ínfimas cosas hechas por amor. El Amor es como la piedra filosofal, que cambia en oro todo lo que toca.

Tratad de sonreiros con amor a toda manifestación de la voluntad divina.

La fidelidad es la flor más delicada del amor y para el amor nada es pequeño.

30 DE ENERO. SANTA MARTINA, VIRGEN Y MARTIR

El móvil de los sacrificios del renunciamiento que implica la vida cristiana, es el amor que nos lleva tras los pasos de Jesucristo.

Le hemos dicho a Jesús: "Buen Maestro, me llamasteis: heme aquí; creo que sois tan grande, tan poderoso, tan bueno, que «no confundiréis ninguna de mis esperanzas»: *Non confundas me ab expectatione mea*; que me haréis encontrar en Vos la fuente de toda bienaventuranza, y «de toda vida»: *Et vivam*."

La fe es, por sí misma, un abandono de nuestro ser en la palabra, en la Verdad, que es Jesús, el Verbo encarnado.

Nuestra vida cristiana debe ser la continuación durante toda nuestra existencia, de un acto inicial de fe y de abandono.

Cuando este espíritu de abandono anima todos nuestros actos, que derivan de la profesión cristiana como de su punto de partida, les da la suprema fecundidad.

Porque el abandono es una de las formas más puras y absolutas del amor; se coloca en la cumbre del amor; es el amor que entrega a Dios, sin reserva, todo nuestro ser, con todas sus energías y toda su actividad, para que seamos un verdadero holocausto ofrecido a Dios.

31 DE ENERO. SAN JUAN BOSCO, CONFESOR

Amar a Cristo en el prójimo

El precepto de la caridad ha brotado del fondo del corazón de Jesús. Después de haber instituido la Eucaristía, se hizo una sola cosa con su Iglesia, con sus miembros, y para expresar tal unión, dijo: "Yo y mis miembros, somos una misma cosa. Todo lo que hagáis al menor de mis miembros, a Mí me lo hacéis." Es la expresión de la comunión. Los que habitualmente faltan a la caridad, destruyen la comunión en sus corazones y retroceden tanto como avanzan.

“Con la misma medida con que midiereis a los otros, seréis medidos vosotros.”

“Con la buena medida, apretada y desbordante.”

Somos nosotros mismos los que imponemos a Dios su manera de obrar con nosotros, pues se obliga a tratarnos como nosotros tratamos a los demás. Si somos generosos y muy indulgentes para con los otros, Dios lo será también para con nosotros, y nos dará especiales gracias que nos harán avanzar rápidamente hacia la perfección.

Nuestro amor para con los demás no quita nada a Dios; al contrario, es otra forma de nuestro amor para con Él.

10. DE FEBRERO. SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, MARTIR

La clave de nuestra vida es el amor con que practicamos nuestras obras. Nunca pensaremos demasiado en esto. Si nos esforzásemos en practicar nuestras acciones con gran amor, llegaríamos pronto a la santidad.

Pongámonos todos los días sobre el altar con Jesús para ser ofrecidos a la gloria de Dios, y servir de alimento a los que nos rodean.

En el altar me alimento diariamente de Jesús inmolado, para tener la gracia de servir de alimento cada día también a las almas.

¡Que Cristo sea glorificado por mi inmolación, como lo fué por su propio sacrificio!

Así como la tierra tiene que pasar por la muerte en el invierno, y así como el grano de trigo debe morir antes de producir los frutos de la cosecha, así también nuestra alma necesita pasar por el ahogo de la prueba, si ha de ser revestida por Cristo de su virtud y vida divinas.

Según el plan divino, Dios debe ser glorificado por

el poder de su gracia. Por eso se regocija San Pablo en su propia debilidad, a fin de que le venga de Cristo toda la fortaleza.

2 DE FEBRERO. PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

El día de la Purificación, Dios recibió gloria infinita, harto más grande que toda la que había recibido en el templo por todos los sacrificios y todos los holocaustos de la Ley Antigua: en este día le fué ofrecido su propio Hijo Jesucristo, quien a su vez le ofreció homenajes infinitos de adoración, de acción de gracias, de expiación, de impetración.

Fué un don digno de Dios.

Esta ofrenda agradabilísima fué presentada al Padre por las manos de la Virgen, llena de gracia. La fe de María era perfecta; envuelta como estaba su alma en los resplandores del Espíritu Santo, comprendía el valor de la ofrenda que hacía a Dios en aquellos momentos; por medio de sus inspiraciones, el Espíritu Santo ponía el alma de María a tono con las disposiciones interiores del Corazón de su Hijo.

Así como la Virgen María había dado su asentimiento en nombre de todo el género humano cuando el Ángel le anunció el misterio de la Encarnación, así también, en este día, María ofreció a Jesús en nombre de la humanidad. Ella sabía muy bien que su Hijo es “el Rey de la gloria, la luz nueva, engendrada antes de la aurora, el Señor de la vida y de la muerte”.

3 DE FEBRERO. SAN BLAS, OBISPO Y MARTIR

Mientras más queridos somos de Dios, más sufrimos en este mundo.

Jesús, el Hijo muy amado de Dios, ha sufrido como jamás hombre alguno ha sufrido. María, nuestra Madre, es la Madre dolorosa.

¿Por qué?

Porque Dios es infinitamente bueno. Da a los incrédulos, a los malos que no tendrán la dicha de gozar de su hermoso paraíso, los bienes de este mundo, bienes que duran algunos años, pero que pasan para siempre.

Pero a sus amigos, les da los bienes eternos, puesto que todo sufrimiento soportado por Dios y en unión con Jesús, tendrá una recompensa inefable por toda la eternidad.

Por eso fué María tan pobre; por eso toda su vida fué un martirio, desde que el santo anciano Simeón, le predijo los sufrimientos de su Hijo.

A menudo, los más grandes amigos de Dios sufren mucho en la tierra, a fin de no apegarse a las cosas de este mundo, puesto que han de tener luego una felicidad infinita por toda la eternidad.

4 DE FEBRERO. SAN ANDRES CORSINO, CONFESOR

Hagamos de la obediencia “nuestro alimento” como Jesucristo mismo: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus*. Pidamos a Nuestro Señor esta virtud de la obediencia por la que entregamos nuestro juicio, nuestra voluntad, nuestro corazón, todo nuestro ser a Dios. Si somos constantes para pedir esta gracia, Cristo Jesús nos la concederá ciertamente.

Cada mañana, unámonos a Jesús en su obediencia, en la entrega total que de sí mismo hizo a Dios en el momento de la Encarnación. Digamos, como Jesús, al Padre: “Heme aquí, oh Padre, me entrego a Vos, a vuestra voluntad, para realizar en el día de hoy, en unión

con vuestro Hijo muy amado, todo lo que os sea agradable: *Quae placita sunt ei facio semper*. Porque os amo, quiero tributaros el homenaje de la sumisión de todo mi ser a vuestra voluntad, cualquiera que sea. Y esto ha de ser en unión con vuestro Hijo Jesús: *Quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio*.

Esta voluntad me será quizá costosa; pero quiero ofrecer este sacrificio como testimonio de mi fe en vuestra palabra, de mi confianza en vuestro poder, y de mi amor hacia Vos y vuestro Hijo.

5 DE FEBRERO. SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MARTIR

Jesucristo es la Santidad infinita: *Tu solus Sanctus, Jesu Christe*.

Pero no sólo es santo en sí mismo; Jesús nos ha sido dado para ser nuestra santidad: *Christus factus est nobis sapientia a Deo et justitia et sanctificatio et redemptio*: Jesucristo ha sido constituido por Dios para nosotros por sabiduría y por justicia, y santificación y redención.¹

Cristo es nuestra santidad:

Como modelo perfecto. Dios encuentra en Él todas sus delicias. Delicias que encontrará en nosotros según el grado de nuestra semejanza con Jesús.

Como medio de unión con Dios. En Jesús, la naturaleza divina y la naturaleza humana se encuentran unidas en una sola persona divina, y nosotros estamos unidos a la Divinidad en la medida de nuestra unión con la santa Humanidad de Jesús.

Sólo valen nuestros esfuerzos, en la medida que Jesús

¹ Véase la Epístola de la Misa.

obra en nosotros y nos ayuda: "Sin mí nada podéis hacer", nos dice.

Debemos, pues, en todas las cosas, apoyarnos enteramente en Él.

6 DE FEBRERO. SAN TITO, OBISPO Y MARTIR

Dios nos engendra a la vida sobrenatural por su Verbo y la infusión de su Espíritu en la pila bautismal: *Per lavacrum regenerationis et renovationis Spiritus Sancti*:¹ es una vida nueva que se agrega a nuestra vida natural, aunque superándola y perfeccionándola. Ella nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, dignos de participar un día de su bienaventuranza y de su gloria.

De estas dos vidas, la divina es la que debe predominar en nosotros como en Jesucristo, la que debe regir y gobernar, haciendo que sea agradable al Señor toda nuestra actividad natural, divinizada por la gracia.

¡Oh si la contemplación del nacimiento de Jesús, la participación de sus misterios por la recepción del Pan de vida, nos hiciera acabar de una vez con todo aquello que destruye la vida divina en nosotros: con el pecado, del cual vino Cristo a librarnos; con todas las imperfecciones, con todo el apego a las criaturas, con todas las aficiones desordenadas de las cosas que pasan: *Abnegantes saecularia desideria*;² con las mezquinas preocupaciones y con nuestro necio amor propio!

7 DE FEBRERO. SAN ROMUALDO, CONFESOR

El amor y la alegría, lejos de encontrar un obstáculo

¹ Tit. III, 5.

² Tit. II, 12.

en la actitud habitual del arrepentimiento y del dolor, se apoyan en ellos como en una base de las más sólidas para crecer y exteriorizarse con mayor ímpetu y vigor. ¿Cuál es la fuente principal de la compunción? El recuerdo de la ofensa hecha a Dios considerado como bondad infinita. Entonces la compunción se identifica, por su naturaleza misma, con la contrición perfecta, que es una de las más singulares y puras formas del amor. Excita, sin cesar, la generosidad y el amor que quieren reparar lo pasado por un fervor más grande; hace al alma más desconfianda de sí misma, sumamente dócil a la dirección de Dios, y extremadamente atenta a la acción del Espíritu Santo.

Siendo fuente de humildad, como también de generosidad, la compunción inclina al alma a aceptar plenamente la voluntad divina, cualquiera que sea la forma en que se presente esta voluntad, cualesquiera sean las pruebas a las cuales es sometida el alma por la divina voluntad. El alma mira estas pruebas como medio de vengar en sí misma las perfecciones y derechos de Dios, desconocidos o ultrajados por el pecado.

8 DE FEBRERO. SAN JUAN DE MATA, CONFESOR

Cristo, dice San Pablo, que se complace en repetir ese nombre, es “la benignidad misma de Dios que ha aparecido en la tierra”.

Por todas partes, dice San Pedro que vivió con Él tres años, pasó derramando beneficios: *Pertransiit benefaciendo*.

Cristo como el buen samaritano, cuya caritativa acción Él mismo se dignó ponderarnos, tomó al género humano en sus brazos y los dolores de toda la humanidad en su

alma: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.*

Viene a “destruir el pecado”, que es el supremo mal, el único mal verdadero; echa al demonio del cuerpo de los posesos; pero lo arroja sobre todo de las almas, dando su vida por cada uno de nosotros: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

¿Hay Señal de amor mayor que ésta? Ciertamente no.

Ahora bien, el amor de Jesús para con los hombres ha de ser el espejo y modelo de nuestro amor. “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”: *Sicut dilexi vos.* “Os reconocerán como discípulos míos, si os amáis los unos a los otros.”

9 DE FEBRERO. SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, DOCTOR DE LA IGLESIA

María ocupa en el Cristianismo un puesto singular, trascendental, esencial. Así como en Cristo la cualidad de “Hijo del hombre” no puede separarse de la de “Hijo de Dios”, así también María está unida a Jesús: de hecho la Santísima Virgen entra en el misterio de la Encarnación por un título que es de la esencia misma del misterio.

Debemos ser como Jesús, *Filius Dei et Filius Mariae*; Él es uno y otro con perfección; si queremos copiar en nosotros su imagen, hemos de estar adornados con esta doble cualidad.

Separar a Cristo de su Madre en nuestra devoción es dividir a Cristo; es perder de vista el papel importante de su humanidad en la colación de la divina gracia. Cuando se deja a la Madre, ya no se comprende al Hijo.

Si Jesucristo es nuestro Salvador, nuestro medianero, nuestro hermano mayor, por haberse revestido de la naturaleza humana, ¿cómo le amaremos de veras, cómo

nos pareceremos de veras a Él, sin tener una devoción especialísima a aquélla de quien tomó esa naturaleza humana?

10 DE FEBRERO. SANTA ESCOLASTICA, VIRGEN

Cuando uno se somete enteramente a Jesucristo, cuando se abandona a Él; cuando nuestra alma no hace más que responder, como la suya, con un perpetuo amén a todo lo que nos pide en nombre de su Padre; cuando, a ejemplo suyo, permanecemos en esta actitud de adoración ante todas las manifestaciones de la voluntad divina, ante los menores deseos de su Providencia, entonces, Cristo Jesús establece en nosotros, su paz. "Su paz, no la que promete el mundo, sino la paz verdadera que no puede venir más que de Él": *Pacem meam do vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis.*

Tal actitud produce en nosotros, la unidad de todos los deseos. El alma no tiene más que una sola cosa ante su vista: el establecimiento del reino de Cristo en sí misma. Jesucristo, en cambio colma ese deseo con magnífica plenitud; el alma vive tranquila, y goza viendo satisfechos sus deseos sobrenaturales reducidos a uno solo, del contento perfecto de sus tendencias más profundas; reina en ella el orden; vive en paz.

¡Dichosa el alma que comprendió así, el orden establecido por el Padre; dichosa el alma que no busca sino conformarse a Él por Amor!

11 DE FEBRERO. APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

San Lucas nos refiere que, después de hablar Jesucristo a las turbas, una mujer, levantando su voz, exclamó:

“Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron.” Y Jesucristo respondió: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la practican.”

Jesús nada dijo en contra de la aclamación de la mujer judía; ¿quién sino Él, inundó de alegrías incomparables el corazón de su Santísima Madre? Únicamente quiso mostrarnos dónde se encuentra el verdadero principio de la alegría. El privilegio de la divina maternidad es único: María es la criatura excelsa, escogida, desde toda la eternidad por el mismo Dios, para la misión sublime de madre de su Hijo.

Pero Jesús quiere enseñarnos que, así como la Virgen mereció con su fe y con su amor las alegrías de la divina maternidad, de igual manera podremos nosotros también tener parte, no ya en la gloria de haber dado a luz a Jesucristo, pero sí en la alegría de haberle concebido en nuestras propias almas.

¿Cómo hemos de obtener nosotros esta alegría? “¿Escuchando la palabra de Dios y poniéndola en práctica.”

12 DE FEBRERO. LOS 7 FUNDADORES DE LOS SERVITAS, CONFESORES

Nosotros lo hubiéramos dado todo por estar al pie de la cruz con la Virgen, San Juan y Magdalena. Pues bien, la oblación del altar reproduce y renueva la inmolación del Calvario, para perpetuar su recuerdo y aplicarnos sus frutos.

Durante la Santa Misa, debemos unirnos a Cristo, pero a Cristo inmolado. Está en el altar, *Agnus tamquam occisus*, como “Cordero inmolado”, y Jesús quiere asociarnos a su sacrificio. Ved, después de la consagración, al sacerdote; con las manos juntas y apoyadas en el altar, ora de este modo: “Oh Dios todopoderoso, os suplica-

mos mandéis que sean llevadas estas cosas a vuestro sublime altar, en presencia de vuestra divina majestad.”

La Iglesia pone aquí en relación dos altares: el de la tierra y el del cielo; lo cual no significa que en el santuario de los cielos haya un altar material, sino que la Iglesia quiere indicar con eso cómo no hay más que un sacrificio: la inmolación realizada místicamente en la tierra es una con la ofrenda que Cristo, nuestro pontífice, hace de Sí mismo en el seno del Padre, al cual ofrece por nosotros las satisfacciones de su Pasión.

13 DE FEBRERO. FERIA

Cuando hacemos frecuentes actos de fe en el poder de Jesucristo y en el valor de sus merecimientos, nuestra vida viene a ser, por el hecho mismo, a manera de un cántico perpetuo de alabanzas a la gloria de este Pontífice supremo, mediador universal y dador de toda gracia.

Así entramos de lleno en los pensamientos eternos, en el plan divino, y adaptamos nuestras almas a las miras santificadoras de Dios, al mismo tiempo que nos asociamos a su voluntad de glorificar a su amantísimo Hijo: *Clarificavi et iterum clarificabo.*

Vayamos, pues, a Nuestro Señor; sólo Él sabe decirnos palabras de vida eterna.

Recibámosle primero con una fe viva, doquiera esté presente; en los sacramentos, en la Iglesia, en su cuerpo místico, en el prójimo, en su providencia, que dirige o permite todos los acontecimientos, incluso los adversos.

Recibámosle, cualquiera sea la forma que tome y el momento que venga, con una adhesión entera a su divina palabra y una entrega completa a su servicio.

En esto consiste la santidad.

14 DE FEBRERO. SAN VALENTIN, MARTIR

Las incertidumbres, las congojas, el hastío, son los amarguísimos remedios que necesita la salud del alma.

No hay más que un camino que conduce a Jesús: el del Calvario; y el alma que no quiera seguir a Jesús por este camino debe renunciar a la unión divina: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame."¹

Si todas las cosas nos sucediesen como lo deseamos, si no tuviésemos dudas ni incertidumbres, muy pronto nos llenaríamos de vanidad y de orgullo secreto; y, en lugar de excitar la bondad del Padre de las misericordias, y de atraer su compasión hacia su pobre y débil criatura, seríamos una abominación a los ojos de Dios: *Abominatio Domino est omnis arrogans.*

Por lo tanto, dejémonos trabajar. Nuestro Señor nos ama, Él ve hasta el fondo de nuestras almas, hasta los más ocultos repliegues que nosotros mismos desconocemos, y sabe lo que nos hace falta; dejémosle obrar, y no tratemos de que Nuestro Señor nos siga en nuestra manera de obrar, sino que nosotros debemos seguir la suya con toda sencillez.

22 DE FEBRERO. LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUIA

Después de su Ascensión, Cristo dejó sobre la tierra a su Iglesia, y esa Iglesia es como la continuación de la Encarnación entre nosotros.

Esa Iglesia, es decir el Soberano Pontífice y los Obispos con los pastores que les están sometidos, nos habla con toda la infalible autoridad del mismo Cristo.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Tengamos, pues, gran confianza en la Iglesia que Jesús nos dejó: Ella es cual otro Jesús. Tenemos la dicha de pertenecer a Cristo perteneciendo a esta sociedad: una, católica, apostólica y romana. Debemos gozarnos mucho y rendir por ello sin cesar gracias a Dios, pues que nos hizo "entrar en el reino de su Hijo amado". ¿No es una inmensa seguridad el poder, por nuestra incorporación a la Iglesia, beber la gracia de sus fuentes auténticas y oficiales?

Más aún; ofrezcamos a los que nos gobiernan, y ante todo al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, esa sumisión interior, esa reverencia filial, esa obediencia práctica, que hacen de nosotros hijos verdaderos de la Iglesia.

23 DE FEBRERO. SAN PEDRO DAMIAN, DOCTOR DE LA IGLESIA

Jesucristo conduce la humanidad hacia su Padre obedeciendo; todo hombre debe unirse a Cristo obediente, para encontrar a Dios. En la obediencia, más que en otra cosa, Cristo no se deja separar de su cuerpo místico; el cristiano debe tomar la parte de obediencia que le corresponde y aceptarla en unión con su divino Jefe.

Pero hay almas a las que "el amor lleva a seguir a Cristo más de cerca", para participar más íntimamente de su vida de obediencia. Por amor a Él, procuran someter toda su persona, todos los detalles de su vida a Cristo, para que su adoración y su amor lleguen a ser perfectos.

El sacrificio es inmenso; pero es también extremadamente agradable a Dios. "Dejar lo que se tiene, dice San Gregorio, es poca cosa; pero dejar lo que uno es, es el don supremo."

Sin este don, el sacrificio no es completo. "No se desprende de todo, decía un gran monje, San Pedro Damián.

el que se retiene a sí mismo; mejor dicho, de nada sirve el abandonarlo todo sin entregarse a sí mismo.”

24 DE FEBRERO. SAN MATIAS, APOSTOL

Dios nos dice mostrándonos a su Hijo, igual a Sí mismo: “Escuchadle.” Y Jesucristo nos dice a su vez: “Yo soy el Hijo único de Dios, lo que veo de los secretos eternos, os lo revelo y mi palabra es infalible, porque Yo soy la Verdad.”¹ Y cuando aceptamos este testimonio de Jesús, cuando damos a su palabra, a todo lo que Él dice, el asentimiento de nuestra inteligencia, hacemos un acto de fe.

Pero esta fe debe ser entera, debe, en su objeto, extenderse a todo lo que ha dicho o hecho Cristo Jesús. No sólo debemos creer en la palabra de Cristo, sino también en la divinidad de su misión, en el valor infinito de sus merecimientos y de sus satisfacciones: la fe abraza a Cristo todo entero.

Cuando esta fe es viva, ardiente, nos arroja a los pies de Jesús para realizar todos sus deseos; nos une a Jesús para no abandonarlo más: es la fe perfecta que se desarrolla en la esperanza y el amor.

No podemos ser cristianos si no tenemos esta fe ciega y generosa en Jesucristo.

7 DE MARZO. SANTO TOMAS DE AQUINO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Dios conduce a los seres, según su naturaleza. Somos, sobre todo, inteligencia y voluntad, y no amamos sino el

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

bien que conocemos. Si, pues, queremos amar plenamente a Dios, debemos primeramente, conocerlo lo más perfectamente posible.

Alguien podría decir: ¿A qué profundizar tanto en las verdades de la fe? ¿A qué tantas nociones de teología?

Escuchad las palabras de Nuestro Señor: "Oh Padre santo, la vida eterna consiste en conoceros, y en conocer a Aquél que habéis enviado a la tierra, Jesucristo." Así, es el mismo Jesucristo, Sabiduría infalible, quien hace consistir para nosotros la vida eterna en el conocimiento del Padre y de Él mismo, no solamente en un conocimiento puramente teórico, sino en una ciencia práctica que nos consagre por entero, al servicio de Dios y de su Hijo bien amado; en una ciencia cuyo móvil sea el amor que busca al ser amado para unirse a él, el amor esforzándose por conocer, para amar más. Esta ciencia nos es necesaria; hay que desarrollarla porque es el principio de un amor ardiente: es la ciencia que conduce a amar.

8 DE MARZO. SAN JUAN DE DIOS, CONFESOR

La caridad que Dios espera del hombre

No podemos compartir nuestro amor para con Dios con ninguna otra criatura; su mandamiento es terminante: "Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón." Pero, por lo mismo que amamos a Dios, podemos amar a los demás, porque Él los ama y porque desea que los amemos, y en el orden y el grado que Él quiere que los amemos.

Cuando amamos así, nuestro amor a los demás, no quita nada a Dios, sino que, al contrario, es otra forma de nuestro amor para con Él. Amar de esta manera es

una gracia que debemos pedir a Dios y que debemos tratar de merecer por la intensidad de nuestro amor a Él.

Dios espera que cada criatura le ame y le sirva según su naturaleza. Los Ángeles deben amar a Dios de una manera angelical. Pero Dios espera que el hombre le ame humanamente, es decir, con todo su corazón, alma, fuerza y espíritu, y a su prójimo de la misma manera. Nosotros no somos ni espíritus ni sombras, pero sí, seres humanos, y no podemos subir más alto que una humanidad perfecta elevada por la gracia.

9 DE MARZO. SANTA FRANCISCA ROMANA, VIUDA

Dios se porta con nosotros, como nosotros nos portamos con Él; Dios mide, por decirlo así, su Providencia con la actitud que nosotros tenemos para con Él; y cuanto más nos confiamos a Él, tanto más le miramos como a nuestro Padre, como al Esposo de nuestras almas, tanto más penetra su Providencia en los últimos detalles, y en las más pequeñas circunstancias de nuestra vida.

Para las almas que a Él se confían, Dios tiene delicadezas inefables; tiene siempre fija su mirada sobre ellas. Jamás una madre ha cuidado tanto a su hijo, jamás un amigo ha alegrado tanto a su amigo, como Dios cuida y alegra a estas almas.

Cuando Dios ve un alma completamente abandonada a Él —conmovería el mundo entero por ella—, la rodea de una protección especial e íntima. Leed el Salmo 90: *Qui habitat in adjutorio Altissimi*, y tendréis una idea de la protección singular con que Dios cubre al alma que, por el abandono, “vive” en la confianza absoluta de la ayuda divina.

“El Señor ha encargado a sus Ángeles que te vigilaran en todos tus caminos; ellos te llevarán en sus manos, para que tu pie no tropiece con ninguna piedra. . .”

12 DE MARZO. SAN GREGORIO MAGNO. PAPA Y DOCTOR DE LA
IGLESIA

Jesucristo puso en manos de su Esposa, la celebración de sus misterios. La oración establecida por la Iglesia es la expresión verdadera y auténtica del homenaje debido a Dios. Cuando la Iglesia, que conoce el secreto de Jesús, se dispone, y nosotros con ella a celebrar los misterios de Jesucristo, parecen venir del cielo estas palabras del "Cantar de los Cantares": "Resuene tu voz en mis oídos, pues está llena de hechizo, como tu rostro está resplandeciente de hermosura". La Iglesia, adornada como está con las riquezas del divino Esposo, puede hablar en su nombre; por eso los homenajes de adoración y de alabanza que pone en boca de sus hijos, son en extremo agradables a su Padre.

La oración de la Iglesia es también para nosotros camino seguro; ninguna otra nos llevará más directamente a Cristo ni nos asemejará más a su vida. La Iglesia nos lleva a Él directamente y como por la mano.

Dejémonos guiar por la Iglesia, nuestra Madre, en la devoción primordial que debe hacernos participar de la religión de Cristo para con su Padre.

18 DE MARZO. SAN CIRILO DE JERUSALEN, DOCTOR DE LA
IGLESIA

La Iglesia es la verdad, porque *lex orandi lex credendi*: "La oración de la Iglesia es también la ley de nuestra fe".

Ninguna instrucción es tan luminosa, tan auténtica, tan perfectamente adaptada a la inteligencia de los más sencillos fieles como la que está contenida en las oraciones, las lecciones y los ritos de la liturgia.

Durante las edades de fe, la mayoría de los fieles, aunque sin instrucción, estaban mucho más instruídos de los misterios de nuestra fe, del misterio de Cristo, que lo que están muchos hoy en día. Se les explicaba las oraciones y las ceremonias de la Misa, las lecciones del Oficio Divino, en una palabra, la Iglesia, nuestra Madre, instruía ella misma de un modo auténtico a sus hijos: *Erunt docibiles Deo*.

Al contemplar con la vista de la fe encendida en amor que sólo trata de entregarse al amado, los misterios de Cristo, el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo, obra en la intimidad de nuestra alma, y con sus toquecitos suaves, pero eficaces, va moldeándola hasta llegar a reproducir en ella, como por virtud sacramental los rasgos del Divino Modelo.

19 DE MARZO. SAN JOSE, ESPOSO DE LA SANTISIMA VIRGEN

“Dios conduce al justo por caminos derechos, le muestra su reino, le da la ciencia de los santos, y lo hace glorioso en sus trabajos y corona sus obras”.¹

Per vias rectas: Los caminos de Dios son rectos, aunque parezcan torcidos a los ojos de los hombres. ¿No es Dios la sabiduría y omnipotencia infinita a la que nada detiene?

Ostendit illi regnum Dei: este reino es la unión perfecta con Dios en nuestro corazón: *Regnum Dei intra vos est*; concretamente, son las almas cuyo dueño y señor absoluto es sólo Dios. Un alma que se entrega a Dios, no reconoce otro poder que el divino.

Dedit illi scientiam sanctorum. Esta “ciencia de los santos” que Dios da al alma que Él conduce, es el co-

¹ Capítulo de Nona de la fiesta.

nocimiento de la verdad de las cosas. Dios ilumina al alma que se le entrega, porque Él es la verdad, la luz. Poco a poco el alma va viendo todas las cosas como las ve la Sabiduría eterna, y va poseyendo esta ciencia que es la única verdadera, porque ella es la única que nos lleva hacia nuestro fin sobrenatural.

21 DE MARZO. SAN BENITO, CONFESOR

San Benito ha comprendido maravillosamente el plan divino, el orden establecido por Dios. Nuestras almas han sido creadas para Dios; fuera de la orientación hacia este fin, se encuentran en la agitación y confusión. Por eso San Benito no quiere para sus discípulos más que esta sola y universal intención: "que ellos busquen verdaderamente a Dios": *Si revera Deum quaerit*,¹ es el punto céntrico de su Regla. Por la unidad de este fin, llega a la unidad en los múltiples actos de la vida, como también en los deseos del alma.

Nuestra alma está turbada cuando está distraída por el deseo de miles de objetos distintos; pero cuando no buscamos más que a Dios, por una obediencia llena de abandono y de amor, entonces dirigimos todas las cosas a la unidad esencial, y establecemos así en nosotros la fortaleza y la paz.

Después, penetrando más profundamente en el orden divino, San Benito, nos dice que fuera de Cristo, no llegaremos a este fin: volver a Dios por Cristo, buscar a Dios en Cristo, tender hacia Dios tras los pasos de Cristo: tal es, abreviando, el orden divino expuesto por el Santo Patriarca.

¹ Véase la Regla de San Benito, cap. LVIII.

24 DE MARZO. SAN GABRIEL, ARCANGEL

Que San Gabriel nos ilumine el corazón, para que podamos comprender los abismos de amor de la Encarnación. Es la unión de Dios con nuestra naturaleza; cuanto más perfecta es esta unión, más se diviniza nuestra naturaleza.

En Jesús, esta unión es hipostática: la Divinidad inunda la santa Humanidad con torrentes inefables de la vida divina. Esta vida divina penetraba en Jesús por la agudeza de su espíritu que siempre estuvo inundado por la claridad de la visión beatífica.

Aun sobre la cruz, cuando todas las potencias inferiores del alma de Jesús, se sumergieron en un mar de tristeza y de tinieblas, su espíritu contemplaba siempre la faz de su Padre.

Por la santa comunión, nuestros miembros y potencias se identifican con los de Jesús, y reciben poco a poco el don de vivir de esta misma vida por la fe y según la medida de nuestra unión con el Hombre-Dios.

Que San Gabriel nos dé fuerza¹ para seguir por esta senda: que en medio de las pruebas, la fina agudeza de nuestra alma quede siempre unida a la faz (al beneplácito), del Padre celestial.

25 DE MARZO. ANUNCIACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Leed la escena de la Anunciación: Dios propone el misterio de la Encarnación que no se realizará en la Virgen más que cuando ella haya dado su consentimiento. La realización del misterio queda en suspenso

¹ Gabriel significa "Fuerza de Dios".

hasta la libre conformidad de María. En ese instante María nos representa a todos en su persona; es como si Dios aguardase la respuesta del género humano, al cual quiere unirse. ¡Qué instante aquél tan solemne!, ya que en aquel momento va a decidirse el misterio vital del Cristianismo.

Y he aquí que María da la respuesta: llena de fe en la palabra del cielo, sumisa enteramente a la voluntad divina, la Virgen responde con sumisión entera y absoluta: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Este *Fiat*, es el consentimiento de María al plan divino de la Redención. Es como el eco del *Fiat* de la creación; pero de él va a sacar Dios un mundo nuevo, un mundo infinitamente superior, un mundo de gracia, como consecuencia de esa conformidad; pues en ese instante el Verbo divino, segunda persona de la Santísima Trinidad, se encarna en María: *Et Verbum caro factum est*.

27 DE MARZO. SAN JUAN DAMASCENO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Los santos son los miembros gloriosos del cuerpo místico de Cristo; Cristo está ya “formado en ellos”; ellos “han conseguido su plenitud”, y alabándolos a ellos, Cristo es glorificado en ellos. “Alábame, decía Cristo a Santa Matilde, porque soy la corona de todos los santos”, y la santa monja, accediendo a la divina recomendación, honra con todas sus fuerzas a la bienaventurada y adorable Trinidad “por haberse dignado ser la admirable dignidad y corona de los santos”.

A la Santísima Trinidad es, en efecto, a quien la Iglesia ofrece sus alabanzas, festejando a los santos. Cada uno de ellos es una manifestación de Cristo; lleva en

sí los caracteres del Divino Modelo, pero de una manera especial y distinta; es un fruto de la gracia de Cristo, y a la honra y gloria de esta gracia se complace la Iglesia en elevar a sus hijos victoriosos: *In laudem gloriae gratiae suae*.

Tal es la característica de la piedad de la Iglesia por los santos: la complacencia. Ella se siente orgullosa con las legiones de sus escogidos, que son el fruto de su unión con Cristo, y que ya forman parte de los resplandores del cielo, del reinado de su Esposo.

2 DE ABRIL. SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR

Nunca glorificamos tanto a Nuestro Señor, como cuando reconocemos, por toda nuestra vida, que es la fuente única de toda gracia, que es el solo Santo, el solo Salvador, el solo Mediador, a quien se debe todo honor y gloria en la unión del Padre y del Espíritu.

Únicamente la verdadera humildad puede rendir este homenaje a Dios y a Jesús, porque solamente las almas humildes sienten la necesidad de los merecimientos de Cristo y tienen fe.

El orgullo y la falsa humildad no pueden albergar semejantes sentimientos. El orgullo lo espera todo de sí mismo; no siente la necesidad habitual de recurrir a Cristo. Y en cuanto a la falsa humildad, se reconoce incapaz de todo, aun en presencia de la gracia; y con esto hace injuria a los méritos de Jesús: abate al alma, sin glorificar a Dios.

En la tierra, la humildad nos conduce de la renuncia del pecado a la plenitud de la caridad; a medida que el alma adelanta en su sumisión humilde, se eleva hacia la unión divina. Al mismo tiempo se eleva hacia la gloria celestial: Cristo prepara únicamente un lugar

de gloria en su Reino, a aquellos que sobre la tierra han participado de sus humillaciones divinas: *Qui se humiliat exaltabitur.*

4 DE ABRIL. SAN ISIDORO DE SEVILLA, DOCTOR DE LA IGLESIA

Para contemplar con fruto los misterios de Cristo, es preciso hacerlo con fe, con reverencia, y más todavía, con amor, con aquel amor sincero que no busca sino darse al amado y entregarse al divino beneplácito, deseoso de cumplirlo siempre con todas sus fuerzas.

De esta suerte, la contemplación de los misterios de Jesús resulta verdaderamente fecunda: “Si alguien me ama, decía Nuestro Señor, Yo mismo me mostraré a él”. ¿Qué significan estas palabras? Si alguien me ama creyendo en mí, y me contempla en mi humanidad y en los estados de mi encarnación, Yo le descubriré también los secretos de mi divinidad.

¡Dichosa y mil veces dichosa el alma en qué se realiza tan magnífica promesa! Cristo Jesús le revelará “el don divino”; por su Espíritu, que “sondea las profundidades de Dios”, la hará internarse en el *sacramentum absconditum* que son los misterios; le abrirá “las bodegas del Rey”, donde el alma se embriagará con la verdad.

Sin duda que esta manifestación de Jesús al alma no llegará a igualar a la visión beatífica pero proyectará en el alma claridades divinas que la esforzarán en su ascensión hacia Dios: *Scire supereminentem scientiae caritatem Christi ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.*

11 DE ABRIL, SAN LEON ELGRANDE, PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Cristo, es el Verbo Encarnado. La Revelación nos enseña que la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, el Hijo, tomó la naturaleza humana para unirla a su persona divina. En esto consiste el misterio de la Encarnación.

Este dogma a la vez inaudito y conmovedor de un Hombre-Dios, es el misterio fundamental por el cual empiezan todos los demás misterios de Jesús. Su beldad, esplendor, virtud, fuerza y valor dimanaban de esta inefable unión.

Jesucristo es Dios y hombre: si queremos conocer su persona, y participar de sus estados, debemos ante todo estar convencidos de que Él es el Verbo, y el Verbo hecho carne; si queremos honrarle dignamente, debemos al mismo tiempo reconocer la realidad de su naturaleza humana y adorar a la divinidad que se dignó asumirla.

Según la bella expresión de San León, “la Majestad se asoció a la bajeza, el poder a la flaqueza, lo mortal a lo eterno... Dios verdadero nace con la naturaleza íntegra y perfecta de un verdadero hombre, conservando cuanto tiene en sí y tomando cuanto nos pertenece”.

21 DE ABRIL. SAN ANSELMO, DOCTOR DE LA IGLESIA

La Revelación nos ha sido entregada, para que, con humildad y con los ojos en las enseñanzas de la Iglesia, ejercitemos nuestra inteligencia profundizando en ella y extrayendo de ella todo lo que contiene de glorioso para Dios y de fecundo para nuestras almas.

La vida de los santos nos muestra que Dios ama esta

búsqueda de la verdad, punto de partida de una caridad más generosa. Cuando quiere elevar más alto a un alma naturalmente poco instruída, como Santa Catalina de Siena, Él mismo se encarga de iluminarla por su Espíritu, de darle de una manera infusa el conocimiento de los más profundos misterios, para que encuentre en ellos el secreto de un amor más dilatado.

“Nuestra fe debe tratar de iluminarse”: *Fides quaerens intellectum*, decía un gran monje, San Anselmo. Nosotros realizamos este trabajo que Dios reclama de nosotros, por la meditación; ésta permite profundizar con fruto, las nociones de la fe, e impregnarse de las verdades sobrenaturales.

Estemos, pues, persuadidos de que estudiar las verdades de la fe, es hacer fructificar “un talento” confiado a nuestro cuidado, es trabajar en nuestra santificación.

25 DE ABRIL. SAN MARCOS, EVANGELISTA

Las palabras de Dios, son palabras de vida eterna: *Verba vitae aeternae habes*. Las palabras de Jesús, Verbo Encarnado, nos revelan a Dios, su naturaleza, su ser, sus perfecciones, su amor, sus derechos, su voluntad, sus deseos.

Siendo palabras del Verbo, de la Sabiduría, hacen penetrar al alma en las claridades del cielo; ellas nos transportan a los santos esplendores, donde vive Dios. El alma, que llena de fe, escucha asiduamente estas palabras, está admirablemente instruída sobre la plenitud del misterio divino, y puede, con perfecta seguridad, contemplarlo.

Pero ¿dónde encontraremos esas palabras de Jesús, que deben ser para nosotros “fuente que saltará hasta la vida eterna”?

En el Evangelio. En él vimos al mismo Jesús, Verbo Encarnado; le vemos revelar lo inefable con palabras humanas, traducir lo invisible con gestos comprensibles para nuestros débiles espíritus; no tenemos más que abrir los ojos, disponer nuestro corazón, para conocer estas verdades y gozar de ellas: “Yo les he hecho partícipes, decía el Salvador hablando de sus Apóstoles a su Padre, de las verdades que me habéis confiado”.

27 DE ABRIL. SAN PEDRO CANISIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

La Iglesia está investida de la autoridad de Jesucristo; ella habla, y manda en nombre de Nuestro Señor; la esencia del catolicismo consiste en la sumisión de la inteligencia a la enseñanza de Cristo transmitida por la Iglesia, y en la sumisión de la voluntad a la autoridad de Cristo, ejercida por la Iglesia.

En esto está la diferencia entre los protestantes y los católicos. Los católicos aceptan el dogma y regulan según él su conducta, porque ven en la Iglesia y en su jefe, el Soberano Pontífice, a otro Cristo que enseña y gobierna en nombre del Hijo de Dios. El protestante admite tal o cual verdad porque la descubre con su luz personal. El protestante admite; el católico, cree. El católico acoge a la Iglesia como a otro Cristo; desde el momento que ella habla en su nombre, se somete y obedece como si fuera a Cristo mismo.

Ésta es la actitud que debemos tener para alcanzar la salvación: escuchar a Cristo, escuchar a la Iglesia, aceptar su doctrina, someterse a sus mandatos. Éste es el camino de la vida: *Qui vos audit me audit; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae.*

28 DE ABRIL. SAN PABLO DE LA CRUZ, CONFESOR

Fué ante todo el amor a su Padre el que movió a Cristo a aceptar los dolores de la Pasión. Él mismo lo dijo explícitamente: “Para que el mundo sepa que amo a mi Padre, cumplo su voluntad entregándome a la muerte”.

Pero también lo fué el amor que nos tiene.

Cuando en la última Cena va a llegar el instante de acabar su oblación, ¿qué dice a sus Apóstoles reunidos en torno suyo? “No cabe amor más grande que dar la vida por sus amigos”: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.*

Ese amor, que excede a todo amor, es el que nos va a demostrar Jesús, pues San Pablo dice “que se entregó por todos nosotros”. Murió por nosotros, “siendo como éramos sus enemigos”. ¿Qué mayor prueba de amor pudiera darnos? Ninguna.

Por eso Apóstol no cesa de proclamar que “Cristo se entregó porque nos amaba”: “por el amor que me tenía dióse por mí”.

¿Hasta qué punto se “dió” y se “entregó”?

Hasta la muerte: *Usque ad mortem.*

30 DE ABRIL. SANTA CATALINA DE SIENA, VIRGEN

Cristo, pontífice y único mediador

Serios autores hacen derivar la palabra “pontífice de *pontem facere* —establecer, poner un puente—. Cualquiera sea el valor de tal etimología, la idea aplicada a Jesucristo es exacta.

En los coloquios que se dignaba mantener con Santa Catalina de Siena, el Padre le explicaba cómo, por la unión de las dos naturalezas, Cristo ha puesto un puen-

te sobre el abismo que nos separaba del cielo: “Yo quiero que mires ese puente que he construído en mi Hijo único, y que contemples su grandeza que va del cielo a la tierra; porque la grandeza de la Divinidad está unida a la tierra de tu humanidad. Esto fué necesario hacerlo para rehacer la vía que se había roto y poder atravesar la amargura del mundo a fin de llegar a la vida eterna”.

Por su Encarnación, Jesús ha sido consagrado pontífice y desde su entrada en este mundo ha inaugurado su sacrificio; toda su vida lleva el reflejo de su misión de pontífice y está marcada con los caracteres de su sacrificio.

El sacerdocio de Cristo es, en efecto, trascendental, así como es única la mediación que le ha sido confiada.

TERCER DOMIGO DESPUES DE PASCUA. EL PATROCINIO DE SAN JOSE

San José fué la sombra, el reemplazante del Padre eterno. Debía hacer aquí en la tierra, de un modo visible, lo que el Padre celestial realizaba; y es tan perfecto, porque cumplió perfectamente su misión.

Su misión era manifestar, en todo lo que ocurría, los deseos y designios del Padre sobre su Hijo Jesús y sobre María. Para realizar esta misión, José debió seguir exactamente, sin tardanza ni razonamientos, cada indicación de la voluntad divina; y cuando esta voluntad no se manifestaba, José se mantenía en una espera amorosa. San José cumplía esto perfectamente; a cada manifestación de la voluntad divina, él obedecía sin vacilar, y cuando esta voluntad se le escondía, hacía todo lo posible por conocerla.

Cuando Dios no le manifiesta claramente sus deseos,

hace todo lo que le aconseja la prudencia; abandonado en las manos de Dios como un instrumento dócil, realiza perfectamente todos los deseos de su Señor y llega a esta santidad sublime que le hizo Patrono de la Iglesia. *Hic vir perfecit omnia quae locutus est ei Deus.*

10. DE MAYO. SAN FELIPE Y SANTIAGO, APOSTOLES

Me han llamado la atención las palabras de Nuestro Señor a Felipe: "El que me ve, ve a mi Padre".¹ Jesucristo es la revelación de Dios al hombre.

Cuando queremos contemplar a Dios en su divinidad, muchas veces nos deslumbra su majestad, y este pensamiento, puede turbarnos y ser ocasión de una tentación. Dios está muy por encima de nosotros, en una esfera que sobrepasa lo que nosotros podemos alcanzar, así que nos es imposible comprender su modo de obrar respecto a las criaturas. Debemos, pues, contemplar a Jesús. Él es Dios que se revela a las criaturas.

Cuando queremos penetrar en el santuario de los secretos divinos, el Padre nos dice: "He aquí a mi Hijo muy amado, escuchadle": es la solución de todo. Jesús, tendiéndonos sus brazos de niño, es Dios; Jesús comiendo con los publicanos y los pecadores, es Dios; Jesús llorando por Lázaro, es Dios; Jesús dándonos su cuerpo y su sangre, es Dios. Si queremos conocer a Dios miremos a Jesús: Él es Dios.

Contemplando a Jesús, no tendremos dificultad alguna en comprender que Dios es amor.

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

2 DE MAYO. SAN ATANASIO, DOCTOR

Abrid los Evangelios, sobre todo el de San Juan, y veréis que el Verbo Encarnado insiste incesantemente en proclamarse Hijo único de Dios para ponerlo de relieve a nuestros ojos. Jesucristo se complace en proclamar que en calidad de Hijo Único todo le viene del Padre. “Vivo por el Padre; mi doctrina no es mía, sino de Aquél que me envió; el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, y todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo... Yo digo lo que mi Padre me ha enseñado”.

¿Qué otra cosa quiere significar Nuestro Señor con esas palabras misteriosas sino que en calidad de Hijo ha recibido todas las cosas del Padre, no obstante ser igual a Él? Por doquier, y en todas las circunstancias más salientes de su vida, Jesucristo predica las relaciones inefables que hacen de Él el Unigénito del Padre.

Repitamos con frecuencia las palabras del Credo: “¡Oh Jesús! Tú eres el Verbo, nacido del Padre, autor de todos los siglos; Tú eres Dios, salido de Dios, luz que nace de la luz; verdadero Dios nacido de un Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma substancia que el Padre, por quien han sido hechas todas las cosas”. Lo canto con mis labios; ¡que lo proclame con mis obras!

3 DE MAYO. INVENCION DE LA SANTA CRUZ

La Pasión de Cristo, por capital que sea en su vida, por necesaria que sea para nuestra salvación y santificación, no remata el ciclo de sus misterios.

Quando Nuestro Señor habla de su Pasión a los Apóstoles, añade siempre que “resucitará al tercer día”. Esos

dos misterios se unen y encadenan también siempre en la mente de San Pablo, ora hable de Cristo solo, ora aluda a su cuerpo místico.

Ahora bien, con la resurrección, apunta la aurora de la vida gloriosa de Jesús.

Por eso la Iglesia, al conmemorar solemnemente los dolores de su Esposo, mezcla con los lamentos de compasión los acentos de triunfo. ¿Qué himno resuena en sus labios? Un canto de triunfo y de gloria: *Vexilla Regis prodeunt*: “La bandera del Rey avanza desplegada, resplandece el misterio de la cruz. . . Eres bello y refulgente, árbol que estás adornado con la púrpura real. . .”

La cruz representa las humillaciones de Cristo; pero desde el día que Jesús fué en ella enclavado, tiene lugar preferente en nuestros templos. La cruz, instrumento de nuestra salud, llegó a ser para Cristo el precio de su gloria.

5 DE MAYO. SAN PIO V, PAPA

El culto divino, es a la vez que un homenaje a las perfecciones de Dios en unión con Cristo Jesús, una mutua donación, un cambio: El hombre, siendo indigente, pide al mismo tiempo que adora; y Dios da más de lo que recibe.

Es imposible que un alma se acerque a Dios, que se presente a Él en nombre de su Hijo Jesús, y que sacando su fuerza de los méritos infinitos de este Pontífice supremo, ofrezca incesantes homenajes a Dios, sin que el Padre se complazca en esta alma y la colme de gracias especiales.

Siendo Dios el autor primero de nuestra santificación, el contacto cotidiano y repetido que tenemos con Él al

recitar las divinas alabanzas, constituye verdaderamente, para nosotros, un principio inextinguible de unión y de santidad.

Este principio es verdadero para todas las almas: el alma que toma parte en los actos del culto, con fe y devoción, obtiene de él, como de su fuente, el espíritu cristiano. Esto es lo que decía explícitamente Pío X: “La participación activa de los fieles en los misterios sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia, es la fuente primera e indispensable de donde se saca el verdadero espíritu cristiano”.

6 DE MAYO. SAN JUAN ANTE “PORTAM LATINAM”

Es sobre todo en los días de tedio, de enfermedad, de tentación, de sequedad espiritual, de prueba; en las horas de angustia, a veces terribles, que afligen a un alma, cuando le es agradable a Dios el confiado abandono.

Hay una suma de sufrimientos, de humillaciones, de penas, que Dios previó para nosotros, “para completar lo que falta a la Pasión de su Hijo”.

Nosotros no llegamos a la unión perfecta con Jesucristo, si no aceptamos esta parte del cáliz que Nuestro Señor quiere darnos a beber con Él ⁽¹⁾ y después de Él: *Potestis bibere calicem quem ego bibiturus sum?*

Nuestro Señor conocía todo el terrible camino que su Padre le mandaba recorrer; ¿dudó en aceptar la voluntad divina? No, al contrario; Él la abrazó.

¿Puede haber algo mejor que entregarnos, con Él, a nuestro Padre, para aceptar esta participación en los sufrimientos y humillaciones de su Hijo Jesús? “¡Oh

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Padre! Yo acepto todas las penas, todas las humillaciones, todos los sufrimientos que me enviareis; por amor a Vos, y en unión con vuestro Hijo muy amado”.

8 DE MAYO. APARICION DE SAN MIGUEL (1), ARCANGEL

Dios es todopoderoso: “Ha dicho una palabra, y todas las cosas se han hecho”; ha sacado de la nada, con una sola palabra, una creación admirable; y esta creación tan bella, estas legiones de Ángeles, estas naciones humanas, tan grandes, tan numerosas, son, con respecto a Él, como un átomo, como si no existieran. *Omnes gentes quasi non sint sic sunt coram eo.* Él es eterno; todas las criaturas pasan, o rinden tributo a la sucesión del tiempo, mientras que Él queda inmutable en la plena y soberana posesión de sus perfecciones. Su sabiduría infinita alcanza todos sus designios, con fuerza y dulzura; su justicia adorable, es la equidad misma; su bondad y su poder, son sin igual: “Él no tiene más que abrir la mano, para llenar de bendiciones a todo ser viviente”.

Ante esta omnisciencia, esta sabiduría soberana, este poder absoluto, esta santidad magnífica, esta justicia en la cual no entra el menor movimiento de pasión; ante esta bondad sin límites, esta ternura y misericordia inextinguibles, el alma exclama: “¿Quién es igual a Ti, oh mi Dios?”

9 DE MAYO SAN GREGORIO NACIANCENO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Cada misterio de Cristo constituye con relación a

¹ Miguel significa: “¿Quién como Dios?”

nuestras almas, como una nueva manifestación de Jesucristo; cada uno tiene su encanto especial y particular esplendor, así como su gracia propia.

Los Padres de la Iglesia hablan repetidas veces de la virtud, de la fuerza y significación propia del misterio que se celebra, que ellos suelen llamar *vis mysterii*.

En verdad que podemos aplicar a cada uno de los misterios de Cristo aquello que San Gregorio Nacianceno escribía de la solemnidad pascual: *Nihil autem daturus est tantum, quantum si se ipse obtulerit hujus mysterii rationem probe intelligentem*: “Es imposible ofrecer a Dios un don que le sea más agradable que el ofrecernos nosotros mismos a Él mediante la cabal inteligencia del misterio”.

Siguiendo a Cristo en todos sus misterios, participamos poco a poco, pero de un modo seguro, y cada vez en una medida mayor y más profunda intensidad, de su vida divina.

13 DE MAYO. SAN ROBERTO BELARMINO, DOCTOR DE LA IGLESIA

El Cristianismo es, prácticamente, la sumisión a Jesucristo en la persona del Soberano Pontífice y de los pastores que le están unidos: sumisión de la inteligencia a sus enseñanzas, sumisión de la voluntad a sus mandamientos.

El Espíritu Santo vive en la Iglesia de un modo permanente, indefectible, ejerciendo una acción incesante de vida y de santificación: *Apud vos manebit*.

La hace infalible en la verdad: “Cuando el Espíritu de verdad, haya venido, decía Jesucristo, os guiará en toda verdad”, y os guardará de todo error.

Hace resplandecer en la Iglesia una maravillosa fecun-

didad sobrenatural; hace nacer y florecer en las vírgenes, los mártires, los confesores, esas virtudes heroicas que son el sello de su santidad.

En una palabra, Él es el Espíritu que trabaja en el fondo de las almas, por sus inspiraciones, para hacer a la Iglesia —que Jesús redimió una vez por todas, con su preciosa sangre— “pura, inmaculada, sin mancha”, digna de ser presentada por Jesucristo a su Padre, el día del triunfo final.

15 DE MAYO. SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, CONFESOR

Somos agradables a Dios en proporción de nuestra conformidad con Jesucristo, sobre todo con sus disposiciones interiores. Por eso una confianza de niño en la oración, a pesar de nuestros pecados, es tan agradable a Dios. “Yo sé que siempre me escuchas”, decía Jesús a su Padre.

Nosotros somos los hijos adoptivos de Dios, y debemos, con toda humildad y sencillez, tratar a Dios como a Padre.

Mientras más íntimamente uno se une a Nuestro Señor, más nos atrae Él hacia su Padre, y más quiere que nos vayamos llenando de su espíritu filial.

En esto está todo el espíritu de la nueva Ley: “Vosotros no habéis recibido un espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor; sino que habéis recibido un Espíritu de adopción, en virtud del cual clamamos: Abba: ¡Padre!”

La mayor parte de nuestras dificultades provienen de que no nos dejamos guiar e inspirar por este espíritu de amor, y de que escuchamos en cambio, muy a menudo, al otro espíritu, al del temor servil, que paraliza el alma y pone obstáculo a la gracia de Dios.

Cuanto más queramos acercarnos a Dios, más profundamente nos debemos anclar en la humildad.¹

San Agustín nos lo demuestra muy bien en una comparación familiar: “El fin, dice, que perseguimos es muy grande; porque es a Dios a quien buscamos, a quien queremos alcanzar. Luego, a este fin tan elevado, sólo podremos llegar por la humildad. ¿Deseas elevar-te? Comienza por humillarte. ¿Sueñas en construir un edificio que se eleve hacia los cielos? Ten cuidado de comenzar sus cimientos con la humildad”.

“Y cuanto más alta deba ser la construcción, agrega el santo Doctor, más profundamente deben ser enterrados sus cimientos”: y con más razón, en el suelo de nuestra pobre naturaleza, que es singularmente move-dizo e inestable.

¿Hasta qué altura ambiciona subir este edificio es-piritual? “Hasta la visión de Dios”: *usque ad conspec-tum Dei*. Ved, entonces, hasta qué sublimidad debe ele-varse este edificio, qué fin sublime debemos alcanzar; pero no olvidéis que “solamente llegaréis por la humil-dad”.

Los grandes monjes han demostrado que son almas fuertes. ¿Dónde han encontrado los santos misioneros como Bonifacio, Adalberto, el secreto de coronar por el martirio una larga vida apostólica sino en el claustro?

¿De dónde los Anselmos, los Gregorios VII, los Píos VII, han sacado esa admirable firmeza de alma que los

¹ Véase la Oración de la Misa.

ha sostenido en las luchas memorables por la libertad de la Iglesia? Del claustro.

La vida común en el claustro ha probado y formado sus almas, ha forjado su carácter y ha hecho de ellos, corazones intrépidos y magnánimos a los que ningún peligro asustaba, ningún obstáculo arredraba; varones que, según la noble palabra de Gregorio VII a los monjes de Cluny, "no se inclinaron jamás bajo la dominación de los príncipes de este mundo y fueron los defensores animosos y sumisos de San Pedro y de su Iglesia. . . Monjes y abades no mintieron a esta Santa Iglesia su Madre".

Por el cotidiano ejercicio de la vida común y por la fidelidad en el trabajo, se desarrolló en ellos la virtud de la fortaleza, sostenida sin cesar, hasta que llegó a convertirse en la perseverancia final.

26 DE MAYO. SAN FELIPE NERI, CONFESOR

Miremos todas las cosas desde el punto de vista de la fe, desde el punto de vista sobrenatural: es el único verdadero; pongamos, después, nuestros actos de acuerdo con nuestra fe, hagamos todas las cosas, a su luz. Con estas condiciones, se puede decir que la fe se traduce en amor: se vuelve, lógica y prácticamente perfecta, porque el alma se dedica por el amor a obras de fe.

Y a medida que avanzamos en la fe, que es más firme, más ardiente, más activa, abunda la alegría más y más en nuestra alma. La claridad, se añade a la claridad; la esperanza, viendo ensancharse sus horizontes, se hace más firme de día en día; el amor, sintiéndose más ardiente, hace más fáciles todas las cosas, y nosotros corremos en el camino de los mandamientos del Señor.

En el cielo, la fuente de nuestra alegría, será la segura posesión, perfecta e inamisible del Bien soberano e inmutable, en la plena luz de la gloria. En la tierra, la fuente de nuestra alegría es el comienzo de la posesión de Dios, la unión anticipada con Dios; esta posesión, esta unión es más íntima cuanto más bañados estamos por la luz de la fe.

27 DE MAYO. SAN BEDA EL VENERABLE, DOCTOR DE LA IGLESIA

La sociedad cristiana es una; el cemento que une entre sí a sus diferentes miembros, es la caridad. Si ésta disminuye, la vida divina tiende a disminuir en el cuerpo social.

¿Cuál es, en efecto, “el signo distintivo por donde se reconoce infaliblemente a los miembros de la sociedad cristiana”, signo dado por Cristo mismo? Es el mutuo amor: *In hoc cognoscent omnes...*

Dichosa, mil veces dichosa la familia cristiana o religiosa cuyos miembros forman un solo corazón y una sola alma. Nuestro Señor derramará seguramente sobre ella sus más abundantes bendiciones, porque ella realiza el más ardiente deseo de su Corazón sagrado, el voto supremo de su vida. “Que ellos sean consumados en la unidad”: *Ut sint consummati in unum.*

El único medio que tenemos, decía el venerable Beda, de demostrar a los demás que Cristo habita en nosotros, es el espíritu de la santa e indivisa caridad. Al decir esto, el gran monje era el eco fiel de Cristo mismo: “Os reconocerán infaliblemente como discípulos míos, si os amáis los unos a los otros.”

**30 DE MAYO (1). SANTA JUANA DE ARCO, VIRGEN,
SEGUNDA PATRONA DE FRANCIA**

Algunas veces nos puede parecer que Dios no cumple sus promesas, que nos hemos equivocado confiándonos a Él. Sepamos, sin embargo, esperar con toda paciencia.

Digamos al Señor: "Dios mío, yo no veo dónde me llevas, pero estoy seguro de que si no me alejo de Ti, y si soy generosamente fiel a todo lo que pides de mí, tendrás cuidado de mi alma. Aun cuando estuviere en medio de las sombras de la muerte² cuando todo me pareciere perdido, no quiero temer nada, porque Tú estás conmigo y eres leal."

Acto admirable, heroico, de confianza en Dios, sugerido por el espíritu de abandono; acto que glorifica la Omnipotencia y le arranca, por decirlo así, los más preciosos favores.

Además de este acto de confianza, el abandono encierra sobre todo un amor profundo y entero. Es la última palabra del amor. Hace real la palabra de San Pablo: "Yo sé a quien me he confiado."

31 DE MAYO. SANTA ANGELA MERICIA, VIRGEN

Tengamos buen cuidado de no obrar habitualmente, sino por la gloria de Dios, para complacerle y serle agradables, y para que, según la oración misma de Cristo, "el nombre de nuestro Padre celestial sea santificado, venga a nos su reino y se haga su voluntad".

Un alma dispuesta así para con Dios, es un alma invadida más y más por el amor, pues a cada paso se abisma más en el amor divino, renovando continuamente

¹ O domingo en la Octava de la Ascensión.

² Véase la Comunión de la Misa.

te sus actos amorosos. El amor es entonces un peso que arrastra al alma, con fuerza creciente, sin cesar, a la generosidad y a la fidelidad en el servicio de Dios: *Amor meus, pondus meum*. De ahí la prontitud del alma para dedicarse al servicio de Dios y buscar los intereses de su gloria; ésa es, en suma, la verdadera devoción.

¿Qué significa la palabra devoción? El término latino *devovere* lo indica: estar dado y consagrado al servicio de Dios, y esto hacerlo con alegría; la devoción no consiste únicamente en haber sido consagrado a Dios en el Bautismo, sino principalmente en dedicar con prontitud y de buen grado a su servicio y a la gloria de su Padre todas sus energías, todas sus obras.

6 DE JUNIO. SAN NORBERTO, CONFESOR

La Iglesia asocia a todos sus hijos en la alabanza que dirige a Dios. Es una parte del culto público que los más simples cristianos deben cumplir bajo pena de no ser contados entre los discípulos de Jesús.

Sin embargo, la Iglesia no se contentó con este culto común a todos. Lo mismo que ella elige, entre sus hijos, algunos para asociarlos, particularmente y de preferencia, al sacerdocio eterno de su Esposo, así también ella confía a los escogidos una parte más importante y más calificada de su misión de alabanza, estos escogidos están constituídos por los sacerdotes y religiosos investidos de las funciones de coro. La Iglesia hace de ellos sus embajadores cerca del trono divino; los eligió para diputarlos cerca del Padre en su nombre, y en nombre de su Esposo.

Los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, obligados al Oficio Divino, son cerca del Padre, los embajadores titulados de la Iglesia, quienes le ofrecen los homenajes,

representan los intereses y hacen valer los derechos de su representada.

Y como la Iglesia es la Esposa de Cristo, estos embajadores, participan de los privilegios de esta sobrenatural y suprema dignidad.

11 DE JUNIO. SAN BERNABE, APOSTOL

La Iglesia es la Esposa de Cristo; es nuestra Madre; debemos amarla porque nos lleva a Cristo y con Él nos une; debemos amar y acatar su doctrina, porque es la doctrina de Jesucristo; debemos amar su oración y asociarnos a ella, porque es la oración misma de la Esposa de Cristo, no hay otra que sea tan segura y sobre todo tan agradable a Nuestro Señor.

Debemos, en una palabra, unirnos a la Iglesia, a todo cuanto de ella nos viene, cual nos hubiéramos dado a la persona misma de Jesús y a cuanto de ella nos hubiera venido, si nos hubiera cabido la dicha de poderle seguir durante su vida mortal.

San Pablo la compara a “un edificio cimentado sobre los Apóstoles, y cuya piedra angular es el mismo Cristo”. Vivimos en esta casa de Dios, “no cual extranjeros o huéspedes que están de paso, sino como conciudadanos de los Santos y miembros de la familia de Dios, porque sobre Cristo se eleva todo el edificio perfectamente ordenado, para formar un templo santo en el Señor”.¹

14 DE JUNIO, SAN BASILIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Cristo es el fundamento de la perfección monástica. Jesucristo es “el religioso” por excelencia, el ejemplar

¹ Véase la Capítula de Vísperas, Oficio de los Apóstoles.

del religioso perfecto; más que esto: "La fuente misma de la perfección y la consumación de toda la santidad."

El monaquismo, la vida religiosa, no son instituciones creadas al margen del cristianismo; estando sus raíces en el Evangelio de Cristo, no miran más que a vivir el Evangelio en su integridad. La santidad religiosa es la plenitud de la adopción divina de Jesús; no es otra cosa, que la entrega absoluta de nosotros mismos, por amor, al llamamiento de la voluntad de Dios.

Este deseo de Dios, en su fondo íntimo, es que seamos dignos hijos de Él: "Él nos ha predestinado para ser conformes a la imagen de su Hijo": *Proedestinavit nos conformes fieri imagini Filii sui*; todo lo que Dios nos prescribe, todo lo que Cristo nos aconseja, no tiene otro fin que el permitirnos demostrar que somos los hijos de Dios y los hermanos de Jesús; y cuando realizamos este ideal en todas las cosas, entonces, alcanzamos la perfección.

18 DE JUNIO. SAN EFREN, DOCTOR DE LA IGLESIA

¿Qué hemos de hacer para caminar en la luz?

Guiarnos simplemente por las palabras de Jesús y conforme a las máximas de su Evangelio; considerar todas las cosas a la luz de sus palabras.

Jesús nos dice, por ejemplo, que "los bienaventurados que poseen su reino son los pobres de espíritu, los mansos. . ."

Debemos creerlo así y unirnos a Él mediante un acto de fe; esforzarnos por vivir humildes, mansos. . .

Si vivimos en la fe, el Espíritu de Cristo irá penetrando poco a poco en nuestras almas para guiarlas en todo y dirigir su actividad conforme a las máximas del Evangelio. El alma entonces, dejando las luces pura-

mente naturales de su propio juicio, verá todas las cosas por los ojos del Verbo: *Erit tibi Dominus in lucem*. Viviendo en la Verdad, adelantará sin cesar en el camino; unida a la Verdad, vivirá de su espíritu; los pensamientos, sentimientos y deseos de Jesús serán los suyos, y no hará nada sin estar plenamente de acuerdo con la voluntad de Cristo.

¿No es acaso éste el fundamento mismo de toda santidad?

19 DE JUNIO. SANTA JULIANA DE FALCONIERI, VIRGEN

Cuanto más se humilló y anonadó Cristo, tanto más debemos nosotros, como el Padre, ensalzarle en el Sacramento del Altar, que, precisamente, nos recuerda su Pasión, y prodigarle nuestros homenajes.

Además, ¿no se ha entregado "por nosotros" de ese modo? *Propter nos et propter nostram salutem*. Si padeció, y murió a fuerza de indecibles tormentos, por mí fué, para atraerme a Sí: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*. Nunca olvidemos que cada uno de los episodios dolorosos de la Pasión fué ordenado de antemano por la Sabiduría y aceptado por el Amor por salvarnos a nosotros.

Sólo a costa de su sangrienta inmolación y de innumerables trabajos nos tiene merecida Jesucristo esta gracia, verdaderamente inaudita, de unirnos íntimamente a Sí, sustentándonos con su sagrado cuerpo y su sangre preciosísima.

¡Oh Cristo Jesús, realmente presente en el altar, yo me postro a tus plantas; toda adoración os sea dada en el Sacramento que nos dejaste la víspera de tu sacratísima Pasión, como testimonio del exceso de tu amor!

20 DE JUNIO. SAN SILVERIO, PAPA Y MARTIR

San Pablo nos habla en términos sublimes, de la exaltación suprema de Nuestro Señor, como desquite de sus humillaciones.

“Cristo se aniquiló... Por eso Dios lo elevó sobre toda la tierra, le dió un nombre sobre todo nombre, a fin de que toda rodilla se incline ante Jesús...” *Semetipsum exinanivit... Propter quod et Deus exaltavit illum.*

Fijémonos en este *propter quod*. Jesús fué exaltado precisamente porque se humilló. Porque se humilló hasta sufrir la ignominia de la Cruz, Dios exaltó su nombre hasta lo más alto de los cielos. En adelante, no habrá otro nombre, fuera del suyo, por el cual puedan salvarse los hombres. Unico es el nombre, sublime la gloria, soberano el poder de que goza el Hombre-Dios sentado a la derecha del Padre en los esplendores eternos.

Y este triunfo incomparable, es el fruto de una inconmensurable humildad.

Recordemos que Cristo sólo prepara un lugar en la gloria de su Reino, a aquellos que en la tierra han participado de sus humillaciones divinas: *Qui se humiliat exaltabitur.*

21 DE JUNIO. SAN LUIS GONZAGA, CONFESOR

Es necesario restablecer en nosotros el orden, por la penitencia,¹ devolver a la razón, sometida ya a Dios, el imperio sobre las potencias inferiores, permitiendo así a la voluntad su entrega total a Dios: en esto consiste la verdadera vida.

No olvidéis que el Cristianismo, desde el principio,

¹ Véase la Oración de la fiesta.

sólo exige la mortificación para destruir en nosotros todo cuanto se opone a la vida. El cristiano, por medio de la renuncia que hace, procura eliminar de su alma todo elemento de muerte espiritual, a fin de dejar desarrollarse en él la vida divina con toda libertad, con toda facilidad, en toda su plenitud.

Por eso, la mortificación es una consecuencia rigurosa del bautismo e iniciación cristiana. San Pablo nos dice que el neófito, sumergido en la sagrada pila, muere para el pecado y comienza a vivir para Dios; esta doble fórmula condensa toda la conducta cristiana, pues no podemos ser cristianos si primero no reproducimos en nosotros la muerte de Cristo, renunciando al pecado: *Ita et vos existimate, vos mortuos esse peccato.*

22 DE JUNIO. SAN PAULINO DE NOLA, OBISPO

La completa donación de sí mismo a Dios es un holocausto y es la imitación más perfecta posible de Jesucristo.

En el Templo, en el día de la Purificación, Jesús se ofreció totalmente al Padre, y desde este momento de oblación oficial, cada instante de su vida, realizaba *quae placita sunt ei*: "todo lo que le era agradable" al Padre, hasta que sobre la cruz, pudo decir: *Consummatum est.*

Yo trato de imitar esta ofrenda perfecta, haciendo de mi vida un holocausto de fe, de esperanza, de caridad.

Renuncio a todos los derechos sobre mí mismo, y los dejo entre las manos de Dios, creyendo con fe firme, que Él me guiará en todo por el camino que le sea más agradable.

Renuncio a todas las cosas del mundo y protesto que *Dominus pars haereditatis meae*: "La parte de mi herencia, es el Señor."

Abandono todas las cosas, todas mis inclinaciones, hasta las más santas, sacrificando mis gustos, y tomando la resolución de emplear todo el resto de mi vida, si es la voluntad de Dios, en realizar actos por los cuales puedo sentir una gran repugnancia.

23 DE JUNIO. VIGILIA DE SAN JUAN BAUTISTA

La aurora de las misericordias divinas para con nosotros empezó á despuntar en aquella elección eterna que Dios hizo de nosotros libremente y movido de amor inefable: *Elegit nos... ante mundi constitutionem ut essemus sancti*.

Sabemos que el Padre Eterno contempló siempre y contempla sin cesar a su Verbo, a su Hijo; en Él ve a todas las criaturas; ve en particular a su Verbo Encarnado, hecho carne. La humanidad de Cristo manifiesta al exterior al Verbo divino, bajo una forma sensible, elegida libremente por amor.

Dios ha querido dar a su Hijo Jesús todo un cortejo en la "multitud innumerable" de los santos. Los santos son otras tantas reproducciones del Verbo, aunque bajo una forma menos perfecta. Todos tenemos nuestro ideal en el Verbo; todos debiéramos ser como una interpretación especial de alguno de los infinitos aspectos del Verbo. Por eso cantamos de cada santo: "No se ha dado otro parecido": *Non est inventus similis illi*. No hay dos santos que interpreten y manifiesten a Cristo con la misma perfección.

24 DE JUNIO. SAN JUAN BAUTISTA, PRECURSOR DE
NUESTRO SEÑOR

Llegada que fué la plenitud del tiempo, Dios corona todas sus preparaciones enviando a San Juan Bautista, el último de los profetas, pero que será mayor que Moisés, mayor que Abrahán, mayor que todos, como Él mismo lo dijo: *Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista.*

Es Jesucristo quien lo declaró.

¿En qué se funda?

En que Dios quiere hacerle su heraldo por excelencia, el propio precursor de su Hijo amado: *Propheta Altissimi vocaberis.* Para realzar todavía más la gloria de este Hijo que va a enviar por fin al mundo, después de haberlo prometido tantas veces, Dios se complace en sublimar la dignidad del Precursor que ha de dar testimonio de haber aparecido por fin en la tierra la luz y la verdad: *Ut testimonium perhiberet de lumine.*

Dios le quiere grande porque su misión es grande, porque ha sido escogido para preceder tan de cerca al que ha de venir.

Dios mide la grandeza de sus santos por la relación que tienen con su Hijo Jesús.

25 DE JUNIO. DURANTE LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA

Ved cómo exalta Dios al Precursor, a fin de mostrarlos, por la excelencia de este último profeta, la dignidad de su Verbo.

Dios lo escoge de una familia santa como pocas: un Ángel anuncia su nacimiento, le impone el nombre que ha de llevar, indica cuál será su excelsa misión. Dios lo santifica en el seno de su madre, hace brillar los prodios

gios en derredor de su cuna, hasta el punto de que los venturosos testigos de estas maravillas se preguntan admirados: “¿Quién será este niño?”

Más tarde, la santidad de Juan aparecerá tan grande que los judíos vendrán a preguntarle si es el Cristo esperado.

Pero él, con ser tan favorecido de la gracia divina, protesta que no es sino la voz que clama en el desierto: “Preparad el camino al Señor, porque está para venir.”

Los otros profetas no vieron al Mesías sino de lejos: él, le señalará con el dedo en términos tan claros que todos los corazones sinceros lo comprenderán: “He aquí el Cordero de Dios”, por quien clama a voces todo el linaje humano, porque Él es quien ha de borrar los pecados del mundo: *Ecce Agnus Dei*.

26 DE JUNIO. DURANTE LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA

He comprendido por qué San Juan Bautista, cuya misión fué anunciar a Cristo, lo anunció bajo la figura de Cordero de Dios: Jeremías lo había predicho: *Ego quasi agnus mansuetus qui ducitur ad victimam*: “Yo soy como un cordero lleno de dulzura conducido a la matanza.” Isaías también lo anunció: “Él se calló como la oveja que es esquilada.”

San Pedro nos dice que “somos rescatados por la sangre del Cordero inmaculado y sin mancha”. En el Apocalipsis, Jesucristo está representado como el Cordero inmolado.

Es una de las figuras de Cristo como víctima, usadas en la Escritura.

Lo que caracteriza al cordero, es que fué inmolado y guardó silencio: *non aperiens os suum*: “Él no ha abierto la boca.”

Cristo se inmoló, entregándose a todos los deseos del Padre, a todos los sufrimientos de la Pasión: *Faciem meam non averti*: "Yo no aparté mi faz de los que me cubrían de reproches."

Implica una gran perfección el unirnos al Cordero en esta ofrenda, y aceptar, con Él, sin murmurar, todos los sufrimientos y pruebas que nos envíe nuestro Padre celestial, diciendo: *Dominus est*.

27 DE JUNIO. DURANTE LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA

Para que las puertas del cielo se abrieran de nuevo, era menester dar una reparación a la ofensa divina, una satisfacción adecuada y total, que borrara la malicia infinita del pecado; el hombre, simple criatura, era de todo punto incapaz de procurarla. El Verbo Encarnado, Dios hecho hombre, se encargó; y por este motivo, toda su vida, hasta el instante de la consumación de su sacrificio, fué marcada con un carácter de muerte.

Él es el Cordero que quita los pecados del mundo, y viene a salvar a los pecadores. Y Dios puso sobre sus hombros (que no tienen pecados) las iniquidades de los hombres; y al aceptarlas Cristo, desde su venida al mundo, en el sacrificio que reclamaba de Él su Padre, en su existencia toda, desde el pesebre al Calvario, lleva impresa la señal de víctima.

Vedle en las humillaciones de Belén; vedle durante su vida pública soportar el odio de sus enemigos; durante su pasión dolorosa, desde la agonía hasta el abandono de su Padre en la Cruz, ser "como un cordero llevado al matadero". Hecho propiciación por los crímenes del mundo entero, no llega a saldar la deuda universal si no es con su muerte en el madero.

Encontrándose un día Jesús en medio de sus discípulos después de la resurrección, dícele a Pedro: “¿Me amas?” Y el Apóstol responde: “Sí, Señor, sí te amo.” Y Nuestro Señor le dice: “Apacienta mis corderos.” Por tres veces, Cristo repite la pregunta; y, a cada protesta de amor de Pedro, le constituye a él —y en él a sus sucesores—, jefe visible de todo su rebaño, de corderos y ovejas. Esta investidura no tuvo lugar sino después que Pedro hubo borrado, por un triple acto de amor, su triple negación.

Así Cristo, antes de realizar la promesa que había hecho de fundar sobre Pedro su Iglesia, reclama del Apóstol un testimonio de su divinidad.

Esta sociedad, fundada por Cristo sobre Pedro y sus Apóstoles, para mantener la vida sobrenatural en las almas, es la continuadora de la misión de Jesús, por su doctrina, por su jurisdicción, por los sacramentos, por su culto. Es el camino seguro para ir a Dios, porque “Nuestro Señor está con sus apóstoles hasta la consumación de los siglos”, y Él “ha rogado por Pedro y sus sucesores, para que su fe no desfallezca”.

29 DE JUNIO. SAN PEDRO Y SAN PABLO, APOSTOLES

Después de un día de correrías apostólicas, apartado de la turba, rodeado de sus discípulos, Jesús les pregunta: “¿Qué dicen los hombres de mí?” Los discípulos se hacen eco de todos los rumores esparcidos en el pueblo:¹ “Maestro, se dice que eres Juan Bautista, o Elías, o Jeremías, o alguno de los Profetas.” “Pero vosotros,

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

repone Jesús, ¿quién decís que soy yo?” Entonces Pedro, tomando la palabra, le dice: “Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.” Y Nuestro Señor, confirmando el testimonio de su Apóstol, le contesta: “Bienaventurado eres tú, porque no has aprendido lo que soy por una intuición natural, sino que porque te lo ha revelado mi Padre.”

Con Pedro, inspirado del cielo, repitamos a Jesús: “Sí, Tú eres el Cristo, el Verbo Encarnado, verdadero Dios, igual a tu Padre, Dios perfecto, que tiene todos los atributos divinos; Tú eres, oh Jesús, como tu Padre y con el Espíritu Santo, el Omnipotente y el Eterno; Tú eres el amor infinito, yo creo en Ti y te adoro, Señor mío y Dios mío.”

30 DE JUNIO. CONMEMORACION DE SAN PABLO, APOSTOL

El espíritu de San Pablo está formado por un gran conocimiento de su pequeñez y una estima extraordinaria de los méritos de Jesucristo. “No podemos tener un buen pensamiento por nosotros mismos, pues nuestro poder viene de Dios.”

Nada glorifica tanto a Jesucristo como la confianza en sus méritos, a pesar de nuestras flaquezas: “Cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte.”

Cuando Dios nos aflige, debemos llenarnos de este espíritu de San Pablo, para hacer grandes cosas en nosotros mismos y por los demás.

El pensamiento de lo ricos que somos en Jesucristo, debe darnos una santa osadía para acercarnos al Padre.

Cuando estamos llenos de este espíritu de San Pablo, la vista de nuestras miserias no nos descorazona, porque nos apoyamos en Jesucristo solo. El alma que dice: “Estoy demasiado llena de miserias...” es un alma que nunca comprendió lo inmensamente ricos que somos en

Jesucristo, que nunca comprendió estas palabras: “Dios amó tanto al mundo, que le entregó a su Hijo único.”

10. DE JULIO. FIESTA DE LA PRECIOSISIMA SANGRE

Una sola gota de la sangre de Jesús, Hombre-Dios, habría bastado para salvarnos, porque todo en Él tiene valor infinito.

Pero una de las muchas razones, por las que quiso derramar hasta la última gota permitiendo fuese alcanzado su sagrado corazón, fué para manifestarnos su entrañable amor.

Por todos nosotros la derramó; y cada cual bien puede decir con toda verdad aquello de San Pablo: “Me amó y se entregó por mí.”

Pidámosle que nos apriete contra su corazón sagrado por la virtud de su muerte de cruz; que nos haga morir para nuestro amor propio y nuestra propia voluntad, origen de tantas infidelidades y pecados, y vivir para Él, ya que Él murió por nosotros. Y si a su muerte debemos la vida de nuestras almas, ¿no será justo que “vivamos sólo para Él”?

¡Oh Padre, glorifica a tu Hijo pendiente del patíbulo! Puesto que se ha humillado hasta la muerte y muerte de cruz, ensálzale ahora y que sea exaltado el nombre que le diste; ¡toda rodilla se doble ante Él, y toda lengua confiese que tu Hijo Jesús vive desde ahora en tu eterna gloria!

2 DE JULIO. VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Veamos cómo el Espíritu Santo saludaba a la Virgen por boca de Santa Isabel: “¡Bendita eres entre todas

las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¡Bendita tú eres por haber creído en todo lo que te ha sido dicho de parte del Señor!”

Es bienaventurada, porque esta fe en la palabra de Dios, ha hecho de la Santísima Virgen la Madre de Jesucristo.

¿Qué simple criatura ha recibido jamás, de parte del Ser infinito, elogios como éstos?

María devuelve al Señor toda la gloria de las maravillas que se obran en ella. Desde el instante mismo de la Encarnación, la Virgen María canta en su corazón un cántico de amor y de agradecimiento.

En casa de su prima Santa Isabel, deja como desbordar los íntimos sentimientos de su alma, y entona el *Magnificat*, que sus hijos repetirán con ella para alabar a Dios por haberla escogido entre todas las mujeres: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu salta de alegría en Dios mi Salvador; porque Él miró la bajeza de su esclava... porque el Todopoderoso es el que ha obrado en mí estas grandezas”: *Magnificat anima mea Dominum.*

3 DE JULIO. DURANTE LA OCTAVA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Por la fe palpamos a Cristo, y a su contacto divino, nuestra alma se transforma poco a poco.

Cierto que los que vivieron con Cristo en Judea y tuvieron fe en Él, merecieron una parte copiosa de las gracias que merecía para todos los hombres; lo vemos en el Evangelio... Todo esto lo sabemos, y estamos de ello tan convencidos, que exclamamos a veces: “¡Oh, si me hubiera sido dado vivir con Nuestro Señor en Judea,

seguirle como los Apóstoles, llegarme a Él durante su vida, y estar presente a su muerte, entonces seguramente hubiera sido santo!”

Sin embargo, escuchad lo que dice Jesús: “Bienaventurados los que no me vieron y creyeron.”

¿No es esto decirnos que el contacto con Él, por medio de la fe, es más eficaz todavía y más provechoso para nosotros?

Creemos, pues, esta afirmación de nuestro divino Maestro; sus palabras son “espíritu y vida”. Persuadámonos de que el poder y la virtud de su santa humanidad son para nosotros lo mismo que para sus contemporáneos, porque Cristo vive siempre: *Christus heri et hodie, ipse et in saecula.*

4 DE JULIO. DURANTE LA OCTAVA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Toda la vida del Padre en la Santísima Trinidad consiste en “decir” su Verbo, en engendrar, mediante un acto único, simple, eterno, un Hijo semejante a Él, al que comunica la plenitud de su ser y de sus perfecciones.

Y toda palabra, todo testimonio que Dios nos da exteriormente sobre la divinidad de Cristo, tal como el que nos dió en el Tabor: “He ahí mi Hijo muy amado”, no es sino el eco en el mundo sensible del testimonio que se da el Padre a Sí mismo en el santuario de la divinidad, expresado por una palabra en la que todo Él se retrata y que es su vida íntima: *Filius meus es tu, ego hodie genui te.*

Cuando aceptamos este testimonio del Padre eterno; cuando nosotros decimos a Jesús mismo, como Pedro: “Tú eres el Cristo, Hijo de Dios Vivo” y nos postramos ante Él; cuando todas nuestras acciones están de acuerdo

con esta fe y brotan de la caridad, entonces, toda nuestra vida conviértese en eco de la vida del Padre expresando eternamente a su Hijo en una palabra infinita. Y ante esta acción incesante de la vida en Dios, que todo lo abarca con su eterna presencia, nos asociamos a la vida divina.

5 DE JULIO. SAN ANTONIO MARIA ZACARIAS, CONFESOR

No hay dicha más grande en la tierra, que el ser elegido por Nuestro Señor, para cooperar con Él a la santificación de las almas. San Pablo nos dice que Dios gusta servirse de lo que es débil y despreciable “para que el hombre no se gloríe en sí mismo”: *Ut non gloriatur omnis caro.*

Una de las formas más elevadas y perfectas de la caridad es la de aceptar el gobierno de los demás por amor de Dios.

Dios elige frecuentemente para esta obra a los más débiles y pequeños, a fin de que se pueda ver claramente que de Él procede el bien que se hace. “La locura divina es más sabia que la sabiduría humana.”

Es necesario entonces abandonarse enteramente en las manos de Jesucristo, porque, cuando uno se abandona con absoluta confianza y sin reserva a su sabiduría y a su amor, se ocupa Él con el más celoso cuidado de todos los detalles de nuestra vida. “Jesucristo fué constituido por Dios, para nosotros por sabiduría y por justicia, y santificación y redención.” “Revela tu camino al Señor, y espera en Él, y Él hará el resto.”

6 DE JULIO. OCTAVA DE SAN PEDRO
Y SAN PABLO

A veces nos vemos tentados de envidiar a los contemporáneos de Jesús, que tuvieron la dicha de verle, de seguirle y de oírle. Pero la fe nos le hace aún hoy presente con una presencia no menos eficaz para nuestras almas.

Aquel a quien vemos vivir y obrar cuando leemos el Evangelio o cuando celebramos sus misterios, es el mismo Hijo de Dios.

Lo hemos dicho todo, cuando dijimos a Cristo, como Pedro: "Tu eres el Hijo de Dios vivo." He aquí el aspecto fundamental del divino modelo de nuestras almas.

Contemplémosle, no con una contemplación abstracta, exterior, teórica, fría, sino con una contemplación llena de amor, atenta a apoderarse de todos sus rasgos, para reproducirlos en nuestra existencia, y sobre todo la disposición, radical y primordial, de Cristo: vivir todo entero para su Padre. Toda su vida puede resumirse en este rasgo único; todas las virtudes de Cristo son efecto de esa orientación de su alma hacia el Padre, y esa orientación no es más que el fruto de la unión inefable por la cual todo el género humano es arrastrado en Jesús, con el empuje divino que lleva al Hijo hacia su Padre.

7 DE JULIO. SANTOS CIRILO Y METODIO, CONFESORES

Las naciones paganas fueron llamadas a ocupar la herencia prometida por el Padre Eterno a su Hijo Jesús. Nuestro Señor se llamaba a Sí mismo "el buen pastor que entrega su vida por sus ovejas", y añadía luego: "No tengo solamente ovejas entre mi pueblo, tengo también otras que no pertenecen a este aprisco": *Alias*

oves habeo quae non sunt ex hoc ovili; “es necesario que las traiga a mí; ellas oirán mi voz y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor”.

Por eso, antes de subir al cielo, envía a sus Apóstoles a continuar su misión salvadora, no sólo entre las ovejas perdidas de Israel, sino en todos los pueblos, dirigiéndoles las siguientes palabras: “Id, predicad a toda criatura y enseñad a todas las gentes... Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.”

En su Providencia sapientísima, Dios varía incesantemente su acción, incomprensible como Él mismo. Debemos adorar, con San Pablo, “la profundidad insondable de los caminos de Dios, y proclamar cómo trasciende infinitamente a todo cuanto puede alcanzar el ojo humano”; “¿quién penetró jamás en los arcanos del Señor o fué su consejero?”

8 DE JULIO. SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL, VIUDA

La paz, como todo otro don, viene de Dios Padre como de su primer principio; por esto, en el curso de sus epístolas, San Pablo, designa muy a menudo, al Padre celestial con el nombre de “Dios de paz”.

Ella nos viene también de Cristo: ¿no fué Él quien nos la procuró, dando por su inmolación, completa satisfacción a la justicia divina? Además, en el sacrificio de la Misa, centro de nuestra religión, los fieles no se acercan a la víctima santa, sino después de haberse dado, mutuamente, el beso de paz, como signo evidente de la verdadera unión con Cristo mismo.

En fin —es también San Pablo quien nos lo dice—, la paz viene del Espíritu Santo: es un fruto del Espíritu Santo, lo mismo que la alegría.

La verdadera paz es un don esencialmente sobrenatural, esencialmente cristiano.

Los que trabajan en busca de esta paz para ellos y para los otros, son verdaderos hijos de Dios; es la verdad infalible, quien nos lo dijo: Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios”, *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.*

9 DE JULIO. FERIA

Cristo está siempre vivo, siempre obrando; cuando viene a nosotros, en la santa comunión, une nuestros miembros a los suyos; purifica, eleva, santifica, transforma en cierto modo nuestras facultades, de suerte que, conforme al hermoso pensamiento de un autor antiguo, amamos a Dios con el corazón de Cristo, le alabamos con sus labios, nuestra vida es su vida.

La presencia divina de Jesús y su virtud santificadora tan íntimamente impregnan todo nuestro ser, cuerpo y alma con todas sus potencias, que llegamos a ser como otros Cristos.

Tal es el remate, muy sublime por cierto, de esa unión con Cristo en la Eucaristía, que propende a realizarse más perfectamente cada día y en cada comunión que recibimos. ¡Si conociésemos el don de Dios! pues los que en esta fuente beben el agua de la gracia, no tendrán ya más sed, están refrigerados: *Qui autem biberit ex aqua quam ego dabo ei, non sitiet in aeternum*, hallan en esa fuente todos los bienes. Del altar dimanar para nosotros toda bendición y toda gracia: *Omni benedictione caelesti et gratia repleamur.*

10 DE JULIO. LOS SIETE HERMANOS MARTIRES

Podemos asociarnos al misterio de la Pasión de Jesús, soportando con paciencia, por amor de Cristo, los dolores y contrariedades que según los amorosos desig-nios de su providencia tenga a bien enviarnos.

Cuando Jesús subía camino del Calvario, doblado con la carga de la pesada cruz, cayó en tierra con ella; y a ése a quien la Escritura llama "Fuerza de Dios" *Virtus Dei*, le vemos humillado, abatido y arrastrándose por el suelo. Es éste un obsequio que su naturaleza humana tributa al poder de Dios. Si Jesús lo quisiera, podría, a pesar de su abatimiento, llevar la cruz hasta el Calvario; pero en aquel trance, quiere la divinidad que, a trueque de salvarnos, la humanidad asumida sienta su flaqueza, y así nos merezca la fuerza de soportar nues-tros dolores.

Dios nos da también a todos una cruz que llevar, y piensa cada cual que la más pesada es la suya. Debemos aceptarla sin andar cavilando, ni diciendo: "Dios habría podido cambiar tal o cual circunstancia de mi vida." Pero Nuestro Señor nos dice: "Si alguno quiere ser mi discípulo, tome su cruz y sígame." Aceptando generosa-mente nuestra cruz, es como hallaremos la unión con Cristo.

11 DE JULIO. SAN PIO I, PAPA Y MARTIR

Desde toda la eternidad, el pensamiento divino se fijó en la Encarnación, y, después que el Hijo se unió a la humanidad y salvó al mundo tomando carne, en el seno de una Virgen, Dios quiere que, por medio de hombres tan débiles como nosotros, se difunda la gracia por el mundo. He aquí un prolongamiento, una como exten-sión de la Encarnación.

Dios quiere con ello enaltecer en cierto modo a su Hijo, cifrándolo todo en su Encarnación y refiriendo a Él de un modo visible, hasta el fin de los tiempos, toda la economía de nuestra salud y santificación.

Pero ha establecido igualmente esta economía para hacer que vivamos de la fe, pues hay en la Iglesia, que prolonga la Encarnación, un doble elemento, el elemento humano y el divino.

El elemento humano es la fragilidad personal de los mismos hombres, que tienen el poder de Cristo para dirigirnos.

Por entre el elemento humano, el alma fiel vislumbra el elemento divino: la indefectibilidad y la unidad de la doctrina; la santidad heroica ininterrumpida: la sucesión continua por la cual la Iglesia de hoy se une a la de los Apóstoles; la fuerza de expansión universal que la caracteriza.

12 DE JULIO SAN JUAN GUALBERTO, CONFESOR

Dios se conduce con nosotros ajustándose a la misma regla de proceder que nosotros tenemos con el prójimo; Dios obra con nosotros como obramos nosotros con nuestros hermanos.

Bien lo confirman las palabras de Nuestro Señor: "Con la misma vara que midiereis, seréis medidos."

Y mirad cómo no se desdeña de entrar en detalles: "Vuestro Padre celestial no os perdonará si no perdonaréis. Si no hicieréis misericordia, os será reservado un juicio sin misericordia. ¿No queréis ser juzgados ni condenados? No juzguéis ni condenéis vosotros mismos."

¿Por qué, pues, tanta insistencia? Porque desde la Encarnación, Cristo está tan unido al género humano, que todo el amor sobrenatural que mostremos a los hombres, viene a recaer en Él.

“Dad y se os dará y de manera cumplida”; pues Jesucristo no se deja vencer en amor; desechad vuestro egoísmo, daos al prójimo con generosidad, y Cristo se os dará plenamente. Si sabéis olvidaros de vosotros mismos, Cristo os tomará a su cargo. ¿Quién como Él podrá guiarnos a la bienaventuranza?

13 DE JULIO. SAN ANACLETO, PAPA Y MARTIR

Cristo, Verbo Encarnado, cabeza de la Iglesia, cargó con la parte más pesada de los dolores, pero quiso dejar a la Iglesia, que es su cuerpo místico, otra parte de padecimientos.

San Pablo nos enseña esto con palabras tan profundas, que de pronto nos parecen algún tanto extrañas: “Acabo en mí propia carne lo que falta a la Pasión de Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia.” ¿Acaso falta algo a los padecimientos de Cristo? Nada, ciertamente. Fueron superabundantes, inmensos; su mérito es infinito. Nada les falta.

Pues ¿por qué San Pablo habla del “complemento” que él les presta? Nos lo explica San Agustín: “El Cristo total, dice, está formado por la Iglesia unida a su cabeza y a su jefe que es Cristo: la cabeza padeció cuanto tenía que padecer; falta que los miembros, si quieren ser dignos de la cabeza, sufran también su parte.”

Como miembros de Cristo, debemos, pues, unirnos a sus dolores; Cristo nos reservó una pequeña parte en su Pasión; pero al darnos la cruz, nos da también la fuerza necesaria para llevarla.

14 DE JULIO. SAN BUENAVENTURA, DOCTOR DE LA
IGLESIA

Cristo vive en el alma del justo; bajo la dirección infalible de este Maestro interior, el alma penetra en la claridad divina; Cristo le da su Espíritu, autor primero de los Santos Libros, para que ella “escudriñe hasta las profundidades mismas del infinito”: *Omnia scrutatur etiam profunda Dei*. Contempla las maravillas de Dios respecto a los hombres; ella mide, por la fe, las proporciones divinas del misterio de Jesús y este espectáculo admirable, cuyos esplendores la iluminan, la conmueve, la extasia, la eleva, la transporta, la transforma.

El alma siente a su vez, lo que sintieron los discípulos de Emaus cuando Cristo Jesús se dignó interpretarles los Libros Santos: “¿No ardían nuestros corazones, mientras Él nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?”

¿Qué tendría de asombroso que el alma, prendada y conquistada por esta palabra viva “que penetra hasta la médula”, hiciera suyo el ruego de los discípulos: *Mane nobiscum*, “Señor, quédate con nosotros, oh Tú, Maestro incomparable, luz indefectible, verdad infalible, única vida verdadera de nuestras almas”!

15 DE JULIO. SAN ENRIQUE, EMPERADOR Y CONFESOR

Hay ricos que se despegan de sus tesoros, según la palabra de San Pablo, “usan de los bienes de este mundo, como si no usaran de ellos”; en medio de sus riquezas, su corazón es libre; a estos pobres de espíritu Cristo prometió su Reino.

Hay pobres, al contrario, que codician las riquezas, y tienen gran afición a lo poco que poseen; su pobreza no es más que material. ¿Tienen estos pobres, la virtud de su estado? Ciertamente que no.

Como “el Reino de Dios está en nuestros corazones”, es sobre todo en nuestro corazón donde la virtud de la pobreza se perfecciona y se extiende: se puede ser pobre, aun llevando las vestiduras de rey.

Cuando nuestro corazón se halla verdaderamente desprendido de todas las cosas, y busca su bienaventuranza sólo en Dios; cuando por amor a Él, nos desaficionamos de toda criatura, y no esperamos más que de Él las gracias necesarias, entonces Dios se hace magnífico con respecto a nosotros. Nos llena de Sí mismo: *Ego merces tua magna nimis*: “Yo, que soy Dios, no quiero dejar a otro el cuidado de saciar vuestra sed de bienaventuranza.”

16 DE JULIO. NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

Toda la vida cristiana consiste en hacer que “Cristo nazca” en nosotros y que viva en nuestro corazón. Es doctrina de San Pablo.

Ahora bien, ¿dónde se formó Cristo ante todo? En el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo.

Pero María, dicen los Santos Padres, concibió primero a Jesús por la fe y el amor, cuando con su *Fiat* consintió en ser su Madre: *Prius, concepit mente quam corpore*. Pidámosle que nos alcance esa fe que engendra a Jesús en nosotros; ese amor que hace que vivamos de la vida de Jesús. Pidámosle que nos haga semejantes a su Hijo; ningún favor más grande le podemos pedir, ninguno que más le guste concedernos.

Digámosle: “Oh Madre del Verbo Encarnado, vuestro Hijo ha dicho: Todo cuanto hiciereis al menor de mis pequeñuelos, a mí me lo hacéis; yo soy uno de esos pequeñuelos, entre los miembros de Jesús, vuestro Hijo; en su nombre me presento delante de Vos para implorar

vuestro auxilio." Si rehusase peticiõnes así presentadas, María rehusaría algo a Jesús.

17 DE JULIO. SAN ALEJO, CONFESOR

Para llegar a encontrar a Dios perfectamente, es necesario que nos desprendamos de toda criatura, en cuanto nos retenga lejos del camino de la perfección.

El joven del Evangelio, que se presenta delante de Nuestro Señor y le pregunta lo que debe hacer para alcanzar la vida eterna, oye esta respuesta: "Observa los mandamientos." "Yo los he guardado desde mi niñez", responde el joven. Entonces Nuestro divino Salvador agrega: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todos tus bienes y da el precio a los pobres, después ven y sígueme." A estas palabras, el joven se retiró muy triste. ¿Por qué esta tristeza? "Porque tenía grandes bienes." Las riquezas tenían su corazón cautivo, y no pudo, a causa de ellas, seguir los pasos de Jesús.

Sin embargo, Dios es tan magnífico con nosotros, que en pago de los bienes temporales que dejamos por Él, se nos da, aquí en la tierra, con una inconmensurable largueza: "En verdad os digo, que nadie dejará su casa... por causa mía... que no reciba desde ese instante, el ciento por uno."¹

18 DE JULIO. SAN CAMILO DE LELIS, CONFESOR

Amar sobrenaturalmente al prójimo es amarle con la mira puesta en Dios, para alcanzarle o conservarle la gracia que le lleve a la bienaventuranza.

¹ Véase la Epístola de la Misa.

Amar es “querer bien”, dice Santo Tomás; pero todo bien particular está subordinado al bien supremo.

Cuando en la oración encomendamos a Dios las necesidades de las almas, o cuando en la Misa cantamos el *Kyrie eleison* por todas las almas que aguardan la luz del Evangelio, o la fuerza de la gracia para vencer las tentaciones, o cuando rogamos por los misioneros, hacemos actos de verdadera caridad, grandemente agradables a Nuestro Señor.

Si Cristo prometió no dejar sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre, ¿qué no dará por una vida de oración y de expiación empleada en procurar que su reino se extienda más y más?

Aun hay otras necesidades. Ya es un pobre que necesita ayuda; ya un enfermo que hay que aliviar, curar o visitar; ya un alma triste que alentar con buenas palabras. . . La caridad, dice San Pablo, “se hace todo para todos”.

19 DE JULIO. SAN VICENTE DE PAUL, CONFESOR

Debemos amar a Dios “totaliter” y “totum”. Amar a Dios *totaliter*, “totalmente”, es amarle con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas; es amar a Dios aceptando sin restricción alguna cuanto ordena y dispone su santa voluntad.

Amar a Dios *totum*, es amar a Dios y todo aquello a que Dios tiene a bien asociarse.

Y ¿qué es lo que Dios se ha asociado?

En primer lugar, se ha asociado en la persona del Verbo la humanidad de Cristo, y por eso no podemos amar a Dios sin amar por lo mismo a Cristo Jesús.

Pero el verbo, al unir a sí la naturaleza humana se

ha unido en principio a todo el género humano de una manera mística: Cristo no es más que el primogénito de una multitud de hermanos, con los cuales quiere compartir su vida divina, su propia bienaventuranza. Son, por gracia, lo que Jesús es por naturaleza: los hijos predilectos de Dios.

Aquí tenemos ya la razón íntima del precepto que Jesús llama "su mandamiento"; desde la Encarnación y por la Encarnación, todos los hombres están unidos a Cristo de derecho, si no de hecho, como los miembros están, en un mismo cuerpo, unidos con la cabeza.

20 DE JULIO. SAN JERONIMO EMILIANO, CONFESOR

Date, *et dabitur vobis*. Aquel que da al prójimo, recibe a su vez de Dios. Hay almas que no adelantan en el amor de Dios, porque Dios se muestra avaro con ellas; y Dios se muestra avaro, porque ellas mismas son egoístas y no quieren darse a Cristo en sus miembros.

Demos, pues, "como Cristo ha dado": Él mismo nos ha dado este precepto: *Sicut dilexi vos*. Nuestro divino Salvador no tenía necesidad de nosotros; y sin embargo, se dió Él mismo, corazón, sangre, vida; y se entrega todavía cotidianamente en la Eucaristía.

Demos, pues, sin reserva.

Escuchemos a Nuestro Señor que nos dice: "Yo, que soy Dios, he amado a este prójimo, me he entregado por él, lo llamo a la misma bienaventuranza eterna que a vosotros; ¿por qué no amarlo, si no en la medida que Yo lo he amado, al menos, lo más ardientemente que podáis, por causa mía?"

Éste es nuestro ideal; e imitándolo lo más perfectamente posible saldaremos plenamente "la deuda de la caridad fraterna": *Caritatem fraternitatis impendant amore*.

21 DE JULIO. SANTA PRAXEDES, VIRGEN

“Con todas nuestras fuerzas”, debemos, mediante la fidelidad, afianzar nuestra unión con el Verbo, esposo de nuestra alma.

Esta fidelidad debe ser universal: por parte del Esposo, debe abrazar todo cuanto afecte a su persona, a sus derechos, a sus intereses, a su gloria: por parte del alma debe extenderse a todas las facultades, ennoblecer todos los actos, afirmarse hasta el postrer suspiro.

Esta fidelidad estable, firme y constante, de todos los momentos y en las cosas más pequeñas, es de suma importancia; de ella dependen la perfección y la fecundidad de la unión. De ella ha dicho el Esposo en el “Cantar de los Cantares”: “Me has herido el corazón, esposa mía, me lo has herido con un cabello de tu cuello.”

¡Oh qué condición tan dichosa la del alma fiel! ¡Oh qué envidiable estado el de la virgen atenta siempre a la más mínima señal de la venida del Esposo...! Hallándola provista de su lámpara encendida, “la introducirá el Esposo en la sala del banquete nupcial” consigo, para embriagarla con las dulzuras espirituales que ninguna lengua puede expresar, ni pluma humana describir: *Intravit cum Eo ad nuptias...*

22 DE JULIO. SANTA MARIA MAGDALENA, PENITENTE

Leemos en el Evangelio que las mujeres seguían a Jesús en sus correrías apostólicas para atender a sus necesidades y a las de sus discípulo. Entre aquellas mujeres, animadas todas de infatigable celo, ¿a cuál señala Cristo con preferencia? A Magdalena. De ella dijo: “Adonde quiera que fuere predicado el Evangelio, se hablará de ella.” Quiso que el escritor sagrado no ocultase los

deslices de la pecadora, y quiso además que leyésemos también cómo había aceptado la presencia de Magdalena al pie de la cruz, al lado de su madre, la Virgen de las Vírgenes, y cómo había reservado para ella, antes que para nadie, su primera aparición una vez resucitado.

¿Por qué tanta condescendencia? “Para ensalzar a vista de todos la gloria triunfal de su gracia.” Tal es la grandeza del perdón divino, que ha elevado a un grado de santidad de los más encumbrados a una pecadora sumida en el abismo: *Abyssus abyssum...*

Dios desea que “nadie se gloríe de su propia justicia”, sino que todos ensalcen el poder de su gracia y sus dilatadas misericordias: *Quoniam in aeternm misericordia ejus.*

23 DE JULIO. SAN APOLINAR, OBISPO Y MARTIR

La Pasión de Cristo, por capital que sea en su vida, por necesaria que sea para nuestra salvación y santificación, no remata el ciclo de sus misterios.

La Cruz representa las humillaciones de Cristo; pero al mismo tiempo que es instrumento de nuestra salud, llegó a ser para Cristo el precio de su gloria: *Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?*

Lo mismo nos ocurre a nosotros: el dolor no es el remate y fin de la vida cristiana. Después de haber sido participantes de la Pasión de Cristo, lo seremos también de su gloria.

La víspera misma de su muerte, decía Jesús a sus discípulos: “Vosotros sois los que os quedasteis conmigo en medio de mis pruebas, y a mi vez yo os preparo un reino como mi Padre me lo ha preparado.” Esa

promesa divina nos ataÑe también a nosotros. Si nos hemos “quedado con Jesús en sus pruebas”, si a menudo hemos ponderado y contemplado con fe y amor sus dolores, cuando sea llegada nuestra última hora, Cristo vendrá para llevarnos consigo y hacernos entrar en el reino de su Padre.

24 DE JULIO. VIGILIA DE SANTIAGO, APOSTOL

Antes de entregarse a la muerte, Jesucristo abre su Corazón Sagrado para revelar los secretos a sus “amigos”; es éste como el testamento de Jesús: “Un mandamiento nuevo os doy, les dice: que os améis unos a otros como yo os he amado...” “Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros.”¹

Cristo llama “nuevo” el precepto de la caridad cristiana, porque no había sido explícitamente promulgado, al menos en su acepción universal, en el Antiguo Testamento. El precepto explícito de amar a todos los hombres, hasta a los mismos enemigos, no estaba, pues, promulgado y ratificado antes de Jesucristo. Por eso le llama mandamiento “nuevo” y “su” mandamiento.

Así pues, este precepto del amor de nuestros hermanos es el supremo anhelo de Cristo; y de tal modo es su deseo, que hace de él, no un consejo, sino un mandamiento; su mandamiento, y en cumplirlo, pone la señal infatible para reconocer quiénes son sus discípulos.

25 DE JULIO. SANTIAGO, APOSTOL

Cristo no puede concebirse sin la Iglesia.

En el fondo de toda su vida, de todos sus actos, Jesús

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

veía la gloria de su Padre. Pero la Iglesia era la obra maestra por la cual debía procurar esa gloria. Cristo vino a la tierra para crear y organizar la Iglesia. Es la obra a la cual se encamina toda su existencia y la que confirma por su Pasión y muerte.

El amor de su Padre condujo a Cristo hasta el monte Calvario; pero era con el fin de formar la Iglesia y hacer de ella, purificándola por amor en su sangre divina, una esposa sin mancha ni lunar: *Dilexit Ecclesiam et seipsum tradidit pro ea ut illam sanctificaret*: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, a fin de santificarla."

Podemos considerar a la Iglesia de dos maneras: como sociedad visible, jerárquica, fundada por Cristo para continuar en la tierra su misión santificante. Este organismo visible, animado por el Espíritu Santo, es lo que se llama el cuerpo místico de Cristo.

Podemos, también, considerar el alma de la Iglesia, es decir, el Espíritu Santo en su unión con las almas por la gracia y la caridad.

26 DE JULIO. SANTA ANA, MADRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

En medio del silencio se edifica el reino de Dios, reino que, ante todo, es interior y escondido en las profundidades del alma: *Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*. Sin duda que la gracia posee una virtud que se traduce casi siempre al exterior por la radiación de las obras de caridad; mas el secreto de su fuerza es completamente íntimo.

En el fondo del corazón está latente la verdadera intensidad de la vida cristiana; allí es donde Dios mora, adorado y servido por la fe, por el recogimiento, por la

humildad, por la obediencia, por la sencillez, por el trabajo y el amor.

Nuestra actuación externa no es estable ni fecunda si no hay base de vida interior; si el horno sobrenatural de nuestra vida íntima está caldeado con el fuego ardentísimo, entonces lo irradiaremos con fruto al exterior.

Ahora bien, nada hay que tanto favorezca esta unión del alma con Dios, como la vida oculta.

Y ved aquí por qué las almas interiores, iluminadas de lo alto, tienen un placer especial en contemplar la vida de Jesús en Nazaret; encuentran en ello, con un hechizo particular, gracias abundantísimas de santidad.

27 DE JULIO. SAN PANTALEON, MARTIR

Cuando sentimos el deseo de reconocer la infinita grandeza de Dios y de ofrecerle, a pesar de nuestra pobreza de criaturas, un homenaje que sea indudablemente aceptado, ofrezcamos el santo sacrificio de la Misa, o asistamos a él, y presentemos a Dios la divina víctima: el Padre Eterno recibe de ella, como en el Calvario, un homenaje de valor infinito, un homenaje perfectamente digno de sus inefables perfecciones.

En efecto, por Jesucristo, Dios y Hombre, su Hijo muy amado, inmolado en el altar, se da el Padre todo honor y toda gloria: *Per ipsum et cum ipso et in ipso... omnis honor et gloria*. No hay, en la religión, acción que consuele tanto al alma convencida de su nada, y ávida, sin embargo, de rendir a Dios homenajes de algún modo dignos de la grandeza divina. Todos los homenajes reunidos de la creación y del mundo de los escogidos, no dan al Padre Eterno tanta gloria como la que recibe de la ofrenda de su Hijo.

Para llegar a comprender el valor de la Misa, es

necesaria la fe, esa fe que es a modo de participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas divinas.

28 DE JULIO. SANTOS NAZARIO Y CELSO, MARTIRES

Participando de nuestros dolores y de aquellas miserias que eran compatibles con su divinidad, santificó Cristo nuestros padecimientos, nuestras enfermedades, nuestras expiaciones; además mereció para que nosotros pudiéramos tener fuerza para sobrellevarlos, y que fuesen a la vez aceptos a su Padre. Más por eso, es menester unirnos a Nuestro Señor por la fe y el amor, y aceptar el llevar la cruz en pos de Él. De esta unión arranca el valor de nuestros padecimientos y sacrificios, pues de suyo nada valdrian para el cielo, pero unidos a los de Cristo, se hacen sumamente agradables a Dios y saludabilísimos para nuestras almas.

Nuestros sufrimientos, nuestros sacrificios, nuestros actos de renuncia y de mortificación, reciben del Calvario, de la pasión de Cristo, todo su valor sobrenatural, para destruir el pecado y dejar desarrollarse en nosotros la vida divina.

Soportar los sufrimientos, un estado de languidez, con dulzura, en unión con Jesús, es mucho *obrar*.

29 DE JULIO. SANTA MARTA, VIRGEN

En toda la vida pública del Verbo Encarnado, tal vez no se encuentre rasgo que tanto nos aproxime mutuamente —Él a nosotros y nosotros a Él— como el cuadro íntimo de sus relaciones con sus amigos de Betania.

La casa de ellos fué la morada que Cristo escogió

como lugar de reposo y escenario de aquella santa amistad que el Hijo de Dios tuvo con ellos, de la cual se dignó darnos ejemplo. Nada, en efecto, tan dulce para nuestros corazones humanos como la vista de aquel íntimo hogar. Jesús es el huésped bien conocido, a la vez que honrado, en aquella morada. Necesario fué que Jesús entrase allí como uno de la casa, para que osase Marta un día que le servía, ponerle de árbitro en una ligera contienda doméstica que tenía con su hermana María, por hallarse ésta tranquilamente sentada a los pies de Jesús, regalándose con las palabras del Salvador.

Cuando asistimos con espíritu de fe a aquella deliciosa escena, sentimos en nuestros corazones que en la persona de Jesús se verifica aquella revelación de la Sabiduría eterna: "Sus delicias las encuentra en estar con los hijos de los hombres"; experimentamos, por lo mismo, que "ninguna nación tiene a su Dios tan vecino como lo está nuestro Dios de nosotros".

30 DE JULIO. SANTOS ABDON Y SENEN, MARTIRES

Cristo nos mereció la gracia de la fortaleza para aguantar generosamente la prueba, colocando en su cruz esa suave unción que hace llevadera la nuestra, porque es cierto que llevando nuestra cruz, llevamos la suya. Une nuestras penas a su dolor, y les confiere por esta unión, un valor inestimable, fuente de grandes méritos.

"Como mi divinidad atrajo hacia sí —decía Nuestro Señor a Santa Matilde— los tormentos de mi Humanidad, y los ha hecho suyos (es la dote de la esposa), así yo traspasaré tus penas a mi divinidad y las uniré a mi Pasión, y te haré participante de aquella gloria que mi Padre ha conferido a mi santa Humanidad por todos sus dolores."

Digamos pues: “¡Oh Jesús mío!, acepto de tu mano las astillitas que arrancas para mí de tu cruz; acepto todas las contrariedades, penas, dolores, que permitas o te plazca enviarme; las acepto como parte de mi expiación; une lo poco que hago a tus indecibles amarguras, porque por ellas llegarán a valer algo las mías.”

31 DE JULIO. SAN IGNACIO DE LOYOLA, CONFESOR

Al contacto frecuente con el foco del Amor substancial, el alma se abrasa por los intereses y la gloria del Señor, por la extensión del reino de Cristo en los corazones. La verdadera vida interior nos lleva a salvar almas lo mismo que a Dios: es la fuente del celo.

¿Qué es, en efecto, el celo?

Es un ardor que quema y se comunica; que consume y se extiende. Es la llama del amor que se manifiesta al exterior por la acción. El alma abrasada por el celo, trabaja sin descanso por los intereses de Dios, y procura servirle con todas sus fuerzas. Y cuanto más ardiente es el foco de este fuego interior, más brilla al exterior. Entonces el alma está animada por el “fuego que Cristo Jesús vino a traer a la tierra, y que Él desea ardientemente verlo encendido en nosotros”.

Todo cristiano que ame verdaderamente a Dios y a Cristo, debe estar animado por este celo.

Pero este ardor debe sobre todo, abrasar a los que Cristo hizo participantes de su sacerdocio. El sacerdote es llamado, por su función y dignidad, a trabajar más que nadie, en la extensión del reino de Jesús.

10. DE AGOSTO. SAN PEDRO “AD VINCULA”

Mientras vivía en la tierra, Cristo poseía en sí mismo

la infalibilidad: *Ego sum veritas*: “Yo soy la verdad, yo soy la luz; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que llega a la vida eterna.”

Pero antes de marcharse dejó estos poderes a su Iglesia: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*: “Como mi Padre me envió, así yo os envío a vosotros; quien os oye, me oye; quien os desprecia me desprecia y desprecia a Aquél que me envió.” “Así como yo recibo mi doctrina del Padre, así la recibís vosotros de mí; quien recibe esta doctrina, recibe mi doctrina, que es la de mi Padre; quien la desprecia en cualquier grado o medida que sea, desprecia mi doctrina, me desprecia a mí y desprecia a mi Padre.”

Ved, pues, esta Iglesia con todo poder, con la autoridad infalible de Cristo, y comprended que la sumisión absoluta de todo vuestro ser, inteligencia, voluntad, energías, a ella, es el único medio de ir al Padre.

El Cristianismo en su verdadera expresión, no existe sino mediante esta sumisión absoluta a la doctrina y a las leyes de la Iglesia.

2 DE AGOSTO. SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Cuando uno ama verdaderamente a Dios, desea que Él sea amado, que “su nombre sea glorificado, que su reino venga a las almas, que su voluntad sea hecha en todo”: *Sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum...*

El alma que ama verdaderamente a Dios, siente también profundamente las injurias que se le hacen al objeto de su amor; “ella sufre a la vista de las iniquidades de los pecadores que infringen la ley divina”: *Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam.*¹

¹ Véase el Gradual de la Misa.

Sufre al ver, cómo por el pecado se extiende el imperio del príncipe de las tinieblas; porque Satán “anda siempre rondando y buscando una presa que devorar”; él tiene cómplices a quienes infunde un ardor incesante, un celo de odio contra los miembros de Jesucristo.

El alma que ama sinceramente a Dios, está también “devorada de celo, pero por la gloria de la casa del Señor”: *Zelus domus tuae comedit me.*

Y sobre todo el sacerdote, verdadero pontífice, no puede realizar la plenitud de este título sino únicamente por la incesante mediación entre las almas y Dios: *Adveniat regnum tuum!*

3 DE AGOSTO. INVENCION DE SAN ESTEBAN

Así como Jesucristo puede en resumen definirse como Hijo de Dios, así todo cristiano se resume en la participación, por Jesucristo y en Jesucristo, de esta filiación divina. Nuestra santidad no es otra cosa.

Cuanto más participemos de la vida divina por la comunicación que Jesucristo nos hace de su gracia, cuya plenitud posee Él perpetuamente, más elevado será el grado de nuestra santidad. Cristo no es sólo santo en sí mismo, es nuestra santidad.

“¡Oh Cristo Jesús!”, cantemos nosotros con la Iglesia, en el Gloria de la Misa: “Tú sólo eres santo”: *Tu solus sanctus, Jesu Christe.* Tú sólo eres santo, porque posees la plenitud de la vida divina; tú sólo eres santo, porque sólo de Ti puede venir nuestra santidad: “Tú, como dice el gran Apóstol, has sido constituido nuestra justicia, nuestra sabiduría, nuestra redención, nuestra santidad”; en Ti lo hallamos todo; al recibirte a Ti lo recibimos todo; porque “cuando tu Padre, que es nuestro Padre, te dió a nosotros, como Tú mismo lo has dicho, nos lo dió todo”.

4 DE AGOSTO. SANTO DOMINGO, CONFESOR

Se ha dicho de Santo Domingo: "Pasó por la tierra... como otro Jesucristo... era la palabra, la predicación, el verbo siempre activo..." ¡Qué magnífico ideal!

Sansón (figura de Cristo que es la "Sabiduría y la Fuerza de Dios") aplasta a los filisteos con una mandíbula de asno. Sansón es más poderoso, más formidable con esa ruda arma que cualquier otro con un arma más perfecta.

Que el predicador sea esta arma en manos del Verbo, porque la causa instrumental obra sobre todo en virtud de la fuerza de la causa principal.

Tengo un gran deseo de emplearme todo entero para procurar la gloria de Nuestro Señor; quiero ser devorado por el celo, para el servicio de mi divino Maestro. Yo sé que Él desea con un deseo infinito, la santificación de las almas: las almas santas que se entregan del todo a Él, le son una compensación por aquellas que no le aman.

La unión íntima de nuestra alma con el Verbo, hace que nuestro apostolado sea infinitamente fecundo.

El resplandor de su Divinidad, a través de nosotros será nuestra fecundidad.

5 DE AGOSTO. NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

Cuando Cristo vivía sus misterios, iluminaba el alma de su Madre sobre cada uno de ellos; comprendíalos ella y a ellos se asociaba; cuanto Nuestro Señor hablaba o hacía era para aquella a quien amaba entre todas las mujeres, un manantial de gracias.

Jesús devolvía, por decirlo así, a su Madre en vida divina, de la que es fuente perenne, lo que de ella había recibido en vida humana.

Por eso Cristo y la Virgen están indisolublemente unidos en todos los misterios; y por eso también María nos tiene a todos unidos en su corazón con su divino Hijo.

¿Qué diremos de la Virgen, cuando miraba a Jesús? ¡Cuán profundamente penetraba en los misterios esta mirada tan pura, tan humilde, tan tierna y tan llena de complacencia! No se puede expresar cuánta luz derramaba el alma de Jesús sobre su Madre, y cuán perfecto homenaje de sublime adoración rendía María a su Hijo, a su Dios, en todos los estados y en todos los misterios cuya substancia y raíz es la Encarnación.

6 DE AGOSTO. TRANSGURACION DE NUESTRO SEÑOR

Cuando el Padre nos dice que Jesús es su Hijo muy amado, nos revela su misma vida; al creer en esta revelación, participamos del conocimiento de Dios mismo. El Padre conoce al Hijo en los esplendores sin fin; nosotros le conocemos sólo en las sombras de la fe, esperando que nos llegue la claridad de la eternidad.

Aprovecha mucho para la vida espiritual el tener siempre presente, ante los ojos del corazón, este testimonio del Padre, pues no hay cosa que mejor pueda sostener nuestra fe. Cuando leemos el Evangelio o alguna vida del Señor, cuando celebramos sus misterios o vamos a visitarle en el Sacramento, cuando nos preparamos a recibirle en nuestro pecho por la comunión, o le adoramos después de haberle recibido, en toda nuestra vida, en fin, tratemos de no perder jamás de vista estas palabras: "Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias".

Digámosle entonces: "Lo creo, sí, Padre, y con vos repito que este Jesús que en mí está por la fe, por la

comuni6n, es vuestro Hijo; por él y en él os tributo a Vos, Padre mío celestial, juntamente con el Espíritu Santo, toda gloria y honor”.

7 DE AGOSTO. SAN CAYETANO, CONFESOR

Nuestro amor hacia el prójimo debe ser sobrenatural, y este carácter que conserva toda la pureza de nuestro afecto, le da también una fuerza invencible. Vemos que Jesucristo, nuestro divino modelo, tenía verdaderos amores. Amaba con un corazón verdaderamente humano a su Madre, a San Juan, a sus amigos de Betania, Lázaro, Marta, María y a sus discípulos.

Nuestros afectos deben ser reflejo de los suyos; él mismo ha dicho: “Amaos los unos a los otros, como Yo mismo os he amado”: *Sicut dilexi vos*. Sus amores eran divinamente humanos: divinos en su origen y en su móvil, humanos en su expresi6n.

Nosotros sabemos también, con qué ternura se dirigia San Pablo a sus discípulos de Filipo; los llama “su alegría y su corona”; declara que “los lleva en su corazón”; y “toma a Dios por testigo de que ama a todos con ternura”.

D6nde encontraba, este Ap6stol, el secreto de este amor? l mismo lo dice: “En el corazón de Cristo”, *in visceribus Jesu Christi*.

8 DE AGOSTO. SAN CIRIACO Y COMPAÑEROS, MARTIRES

Todas las acciones de Jesús son objeto de las complacencias del Padre.

El Padre contempla amorosamente a su Hijo, no s6lo all, en el Tabor, cuando aparece radiante de gloria, sino también cuando Pilatos le presenta a la multitud

coronado de espinas, y sin forma de hombre, hecho el ludibrio del género humano. El Padre envuelve a su Hijo en miradas de infinita complacencia, tanto en las afrentas de la Pasión, como en los esplendores de la Transfiguración: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui*: “He aquí a mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias”.

¿Por qué razón?

Porque Jesús, durante su Pasión reverencia y glorifica a su Padre en una medida infinita, ya por ser el Hijo de Dios, ya principalmente por abandonarse enteramente a todo aquello que la justicia y el amor de su Padre reclaman de Él.

“Ámale el Padre con amor sin medida, porque da su vida por sus ovejas, mereciéndonos a todos, por sus dolores y satisfacciones, las gracias que nos granjean la amistad de su Padre”: *Propterea me diligit Pater, quia ego pono animam meam*.

9 DE AGOSTO. SAN JUAN MARIA VIANNEY, CONFESOR

En cada Misa hay para nosotros infinitos logros posibles de perfección y de santidad; mas las gracias que en la Misa recibimos, están en proporción con nuestra fe y con nuestro amor.

Si, pues, tenemos la convicción profunda de que todo nos viene del Padre celestial por mediación de Jesucristo; de que Dios ha depositado en Él todos los tesoros de santidad a que los hombres pueden aspirar; de que este mismo Jesús está sobre el altar, con todos estos tesoros, no sólo presente, sino también ofreciéndose por nosotros a la gloria de su Padre, tributándole con ese acto el homenaje más perfecto que ser pudiera de su agrado, y obrando la renovación del sacrificio de la Cruz, a fin de

que así continúe y nos sea aplicada su soberana eficacia; si tenemos, repito, esta convicción profunda, en nuestra mano estará pedir y también alcanzar toda suerte de gracias.

Porque, en ese solemne momento, es lo mismo que si nos halláramos en compañía de la Santísima Virgen de San Puan y de la Magdalena, al pie de la Cruz, y a la boca misma de la fuente de donde mana toda salud y toda redención.

¡Ah, sí conociésemos el don de Dios!

10 DE AGOSTO. SAN LORENZO, MARTIR

La muerte es el prelude de la vida. “El grano de trigo, dice Nuestro Señor, debe primero morir en la tierra antes de germinar y producir la rica mies que el padre de familia cosechará en sus graneros”.

Cuanto más se libre el alma del pecado por la mortificación y el desasimiento, cuanto más se vacíe de sí misma y de las criaturas, tanto más poderosa resultará en ella la acción divina, porque nuestra santidad es de un orden esencialmente sobrenatural, ya que de Dios trae su origen.

Cuando el Padre Eterno ve que un alma, unida ya a su Hijo por la gracia, desea resueltamente darse del todo a Cristo, quiere que abunde en ella la vida y aumente su capacidad. Para ello, quita todo cuanto impide que la vida de Cristo produzca todos sus efectos y todo cuanto pueda ser obstáculo a la acción de la gracia divina. Por medio de los múltiples y profundos padecimientos que permite o envía, por medio de las humillaciones y contradicciones, purifica al alma, la penetra, la castiga, la separa, por decirlo así, de las criaturas, la

vacía de sí misma, a fin de hacerla producir numerosos frutos de vida y de santidad: *Purgabit eum ut fructum plus afferat.*

11 DE AGOSTO. SANTOS TIBURCIO Y SUSANA, MARTIRES

Permanezcamos, a pesar de todo, fieles a Jesús; ya hemos oído que es el Hijo de Dios, igual a Dios, y que, como Verbo eterno que es, su palabra no puede fallar. Ahora bien, Él mismo asegura que quien le sigue llegará a la luz de la vida: *Habebit lumen vitae.*

Dichosa el alma que le escucha, y que le escucha siempre y sólo a Él, sin dudar de su palabra, sin dejarse vencer por las tentaciones, sin dejarse abatir por las pruebas.

“No sabemos, dice San Pablo, qué peso de gloria nos está reservado por el más leve padecimiento soportado en unión de Jesucristo”. “Dios es fiel” y a través de todas las vicisitudes por las que pueda pasar un alma, condúcela siempre e infaliblemente a aquella transformación que le hará semejante a su Hijo.

Así pues, nuestra transfiguración en Jesucristo va realizándose paulatinamente en nuestro interior, hasta que llegue el día en que aparezca radiante entre aquella sociedad de los escogidos que llevan impresa la señal del Cordero, y que el mismo Cordero transfigura porque son propiedad suya.

12 DE AGOSTO. SANTA CLARA, VIRGEN

El Señor es dueño de sus dones, y así llama a ciertas almas aunque carezcan de méritos, a una unión más íntima con Él, a participar de sus trabajos y sufrimientos,

por la gloria de su Padre y la salvación de las almas: "Estoy cumpliendo en mi propio cuerpo lo que resta padecer a Cristo, en pro de su cuerpo místico, el cual es la Iglesia", dijo San Pablo.

Dios hubiera podido salvar a los hombres sin que hubiesen tenido que sufrir ni merecer. Pero por un decreto de su sabiduría adorable, decidió que la salvación del mundo dependiera de una expiación, que en su mayor parte correspondería a su Hijo Jesús, pero a la cual se asociarían sus miembros. Muchos hombres dejan de cumplir en sí la parte de sufrimientos aceptados en unión con Jesucristo y la de oraciones y buenas obras.

Por eso Nuestro Señor elige ciertas almas, asociándolas a Él en la gran obra de la redención. Son almas selectas, víctimas de expiación y de alabanza. Esas almas hacen mucho por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Son más amadas de Jesús de lo que podemos imaginar. Encuentra en ellas sus delicias.

13 DE AGOSTO. SANTOS HIPOLITO Y CASIANO, MARTIRES

Dios halla toda su gloria en comunicarnos la bienaventuranza.

Todos los padecimientos que permite o envía, son otros tantos títulos de gloria y de felicidad celestial. El mismo San Pablo se declara incapaz de describir el resplandor de aquella gloria y felicidad con que Dios corona el menor de nuestros dolores, sufridos por su amor.

El alma, sin duda, en aquellos momentos tan ricos y tan cuajados de gracia, se ve abrumada por el dolor y el sentimiento, por la aridez y la sequedad. Pero ya puede estar segura bajo la protección y amparo de tan soberano protector, pues Dios pone la suave unción de su gracia aun en las amarguras de la cruz.

Mirad, si no a San Pablo; nadie como él ha vivido en tan estrecha unión con Dios en Cristo: ¿quién podrá separarle de Jesús? Sin embargo, ved cómo por divina dispensación, Satanás azota, y aflige al Apóstol en su cuerpo y en su alma con sus dardos malignos, hasta el punto de hacerle llamar tres veces a Jesús en demanda de auxilio. Pero Éste le responde: “Bástate mi gracia, cuya eficacia nunca brilla tanto como cuando se han de arrostrar las dificultades”: *Sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur.*

14 DE AGOSTO. VIGILIA DE LA ASUNCION

La gloria no es más que la expansión de la gracia; es la adopción divina, velada e imperfecta en la tierra, revelada y realizada en el cielo.

Dios podrá decirnos un día: “En la tierra te he dado a mi Hijo; siendo mortal en cuanto hombre, se entregó para merecerte la gracia de que fueses y perdurases siendo hijo mío: se dió a ti en la Eucaristía bajo los velos de la fe; y ahora yo mismo, en la gloria, me doy a ti para hacerte participante de mi vida, para ser tu bienaventuranza sin fin”. *Seipsum dabit quia seipsum dedit; immortalibus immortalem, quia seipsum dedit mortalibus mortalem.* Aquí la gracia, allí la gloria pero el mismo Dios es quien nos la da.

Por eso el Salmista suspiraba tanto por esa posesión de Dios: “Como el ciervo ansía las fuentes de las aguas, así mi alma suspira por ti, oh Dios mío”; “Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo”: *Stivit anima mea ad Deum vivum*; “Pues no me veré saciado, sino cuando se me descubran las delicias de tu gloria”: *Satiabor cum apparuerit gloria tua.*

¡Oh, si supiésemos lo que Dios reserva para los que le aman!

15 DE AGOSTO. ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Y porque aquí en la tierra María se asoció a todos los misterios de la Redención, Jesús la coronó, no sólo de gloria, sino de poder; colocó a su Madre a su diestra, para que pudiese disponer, a título de Madre de Dios, de los tesoros de la vida eterna: *Adstitit regina a dextris tuis.*

Es lo que indica la piedad cristiana cuando proclama a la Madre de Dios "Intercesora omnipotente": *Omnipotentia supplex.*

Ningún conjunto de obras exteriores es más agradable a Dios o más útil a la Iglesia, que la amable contemplación en la cual el alma permite a Dios obrar en ella como le agrada. Para eso Dios la ha creado: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada".

Nuestra actividad exterior, agrada a Dios en la misma medida en que es el "desborde" de nuestra unión con Él.

16 DE AGOSTO. SAN JOAQUIN, PADRE DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

Dios con su omnisciencia eterna, abarca toda la serie de los siglos, además, con su sabiduría infinita dispone todas las cosas con medida y equilibrio perfectos.

Él ha querido que los principales sucesos que han señalado la historia del pueblo escogido, y los sacrificios con que estableció la religión de Israel fuesen otros tantos tipos imperfectos y oscuros símbolos de las realida-

des grandiosas que debían suceder cuando el Verbo encarnado apareciese en la tierra: *Haec omnia in figura contingebant illis... Umbra futurorum.*

Recuerda San Pablo, cuál era la estructura del templo de Jerusalén; y añade: “Todo esto no eran sino meras figuras”: *Quae parabola est temporis instantis.*

¿Dónde están, entonces, las realidades?

La encontramos —y ¡con qué plenitud!—, en Jesucristo, que es el pontífice supremo entrando “en un tabernáculo no hecho por mano de hombre”, sino “en los cielos”, en el santuario de la divinidad: *ad interiora velaminis.*

17 DE AGOSTO. SAN JACINTO, CONFESOR

Para obrar como cristianos, debemos antes obrar como hombres, lo cual es de gran importancia, pues no cabe duda que un cristiano, si es perfecto, cumplirá necesariamente con sus deberes de hombre, porque la ley evangélica contiene y perfecciona la ley natural.

Pero encuéntranse almas cristianas, o mejor, que se dicen cristianas, que observan escrupulosamente las prácticas de piedad que ellas mismas han escogido, y, sin embargo, hacen caso omiso de ciertos preceptos de la ley natural.

Debemos ser “verdaderos” —es decir, obrar conforme a nuestra condición de criaturas libres y razonables, sometidas a la voluntad divina—; en ello está el cimiento primero sobre el cual trabaja la gracia, que no destruye la naturaleza. Aunque por la adopción divina hayamos recibido como un nuevo ser, *Nova creatura*, la gracia, que en nosotros debe convertirse en fuente y principio de nuevas operaciones sobrenaturales, supone la naturaleza y las operaciones propias que de ella se derivan. En

vez de oponerse la gracia y la naturaleza en lo que esta última tiene de bueno y de puro, se armonizan, conservando cada una su carácter y bondad propios.

DOMINGO EN LA OCTAVA DE LA ASUNCION

Si Cristo Jesús quiere que amemos a todos los miembros de su cuerpo místico, ¿cómo no habríamos de amar ante todas las cosas a la que le dió esa naturaleza humana, mediante la cual llegó a ser nuestra cabeza, esa humanidad que le sirve de instrumento para comunicarnos la gracia? No podemos dudar de que el amor que mostramos a María es muy grato a Jesús.

Nosotros mostraremos nuestro amor ensalzando esos privilegios sublimes de que Jesús colmó a su Madre. Si queremos ser gratos a Dios Nuestro Señor, admiraremos las maravillas con que, por puro amor, adornó el alma de su Madre; quiere Él que por ellas demos con María continuas gracias a la Santísima Trinidad, y que glorifiquemos a la Virgen por haber sido escogida entre todas las mujeres para dar al mundo un Salvador.

“Sí, le cantaremos con la Iglesia, tú sola, sin igual, agradaste al Señor”: *Sola sine exemplo placuisti Domino*; bendita seas entre todas las criaturas; bendita porque creíste en la palabra divina y porque en Ti se han cumplido las promesas eternas.

18 DE AGOSTO. DURANTE LA OCTAVA DE LA ASUNCION

María recibió de Jesús mismo, respecto a su cuerpo místico, una gracia especial de maternidad.

Cristo, después de haber recibido de María la naturaleza humana, asoció a su Madre a todos sus misterios,

desde su presentación en el Templo hasta su inmolación en el Calvario. Pues bien, ¿cuál es el fin de todos los misterios de Cristo? Crearse una sociedad eterna y gloriosa de hermanos que en todo se le asemejen.

Por eso María está asociada al nuevo Adán como una nueva Eva; es, pues, más propiamente que Eva, la "madre de los vivientes", la madre de los que viven con la gracia de su Hijo.

Esa asociación no fué tan sólo exterior. Cristo, siendo Dios, creó en el alma de su Madre los sentimientos que había que tener para con los que, al nacer de ella y vivir sus misterios, quería Él constituir en sus hermanos. La Virgen, por su parte, iluminada por la gracia que abundaba en ella, aceptó Él entrar, con un título único, en el plan de la Redención; aceptó, no sólo ser la Madre de Jesús, sino también asociarse a toda su misión de Redentor.

19 DE AGOSTO. SAN JUAN EUDES, CONFESOR

Así como el amor al Padre llenaba por completo el corazón de Cristo y era el móvil de todas sus acciones, así también debe ser el móvil de los actos de sus miembros, que somos nosotros. La gloria de su Padre fué el primero y último pensamiento de todas las obras de Cristo; por consiguiente, séalo también de las nuestras por la unión continua con la gracia y caridad de Cristo.

Por eso, la santa Iglesia nos exhorta a que pidamos a Dios que conformemos nuestros actos con su agrado; permaneciendo unidos al "Hijo de su predilección", mereceremos abundar en obras buenas. "Caminad por la caridad, a ejemplo de Cristo", dice San Pablo; de esa manera estaréis acordes del todo con nuestro jefe: *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*

Así iremos de virtud en virtud: *Ibunt de virtute in virtutem*; aspiraremos a la perfección de nuestro modelo por un crecimiento no interrumpido, porque Cristo mora en nosotros con su Padre, cuyos predilectos somos, *Pater diligit eum*, y con el Espíritu Santo, que nos guía con sus aspiraciones. Todo eso es fuente de un progreso continuo y fecundo hacia el cielo.

20 DE AGOSTO. SAN BERNARDO, DOCTOR DE LA IGLESIA

¿De dónde sacan los Santos ese ardor irresistible, esa fuerza generosa e indomable que les hace aceptar todos los trabajos, afrontar todas las luchas, soportar todos los sufrimientos por extender el reino de Jesucristo?

El amor de Dios y de Cristo es el fuego interior donde encienden y avivan la llama de su celo.

Un gran monje, a la vez que un admirable apóstol, San Bernardo, escribió estas líneas: "Es propio de la verdadera y pura contemplación, que el alma, abrasada por el fuego divino, sienta un celo tan ardiente y un deseo tan vivo de dar a Dios corazones que le amen plenamente, que abandone de muy buena gana la tranquilidad de la contemplación por el trabajo de la predicación. Después, cuando ya ha satisfecho su ardor, vuelve a la contemplación, con tanta más solicitud cuanto recuerda que la ha dejado con más fruto. Y así mismo, después de haber gustado de nuevo los encantos de la contemplación, vuelve con nueva valentía a hacer otras conquistas para Dios."

21 DE AGOSTO. SANTA JUANA DE CHANTAL, VIUDA

Tenemos flaquezas en abundancia, pero si nos proponemos apoyarnos sólo en Cristo, obrando y sufriendo en

su nombre, unidos a Él, llegaremos a ser más y más agradables a su Padre. Él nos llevará consigo a aquel santuario que se llama *Sinus Patris*: "el seno del Padre", y entonces bajo la mirada de Dios nos esforcemos siempre en complacerle, haciendo lo que fuere más de su agrado.

No pueden morar en el seno de Dios más que aquellos que tienen inmensa confianza en su paternal bondad y misericordia infinitas y que hacen lo posible para agradecerle en todo.

Procuremos mirar mucho más a Dios que a nosotros mismos; gloriarnos en nuestras miserias, por ser el objeto y el motivo de la misericordia divina; amar la virtud más de lo que tememos el vicio; glorificar los infinitos méritos y virtudes de Jesús, apropiándonoslos amorosamente para remediar nuestras necesidades.

22 DE AGOSTO. OCTAVA DE LA ASUNCION

Pidamos a María que, de la humanidad de su Hijo Jesús, que posee la plenitud de gracia, fluya ésta con abundancia sobre nosotros, para que por amor nos vayamos conformando más y más con el Hijo amantísimo del Padre, que es también su Hijo.

Esta es la mejor petición que podemos hacerle.

Nuestro Señor decía a sus Apóstoles en la última cena: "Mi Padre os ama porque vosotros me habéis amado y habéis creído que he venido de Él." Lo mismo podría decirnos de María: "Mi Madre os ama porque vosotros me amáis y creéis que he nacido de ella." Nada más grato a María que oír confesar que Jesús es su Hijo y verle amado de todas las criaturas.

Podemos también nosotros aplicarnos esas palabras de María: "Haced cuanto mi Hijo os diga." *Quodcumque*

dixerit vobis facite. Será la mejor forma de nuestra devoción para con la Madre de Dios. El mayor anhelo de la Virgen Madre es ver a su Divino Hijo, obedecido, amado, glorificado, ensalzado; como para el Padre Eterno, Jesús es el objeto de todas sus complacencias.

23 DE AGOSTO. SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR

Dios es el autor primero de nuestra santidad, la fuente de nuestra perfección: pero nosotros debemos trabajar para quitar los obstáculos que estorban su acción en nosotros; debemos renunciar al pecado y a las tendencias de donde se origina; debemos desprendernos de las criaturas siempre que nos impidan ir a Dios.

El que no quiere someterse a esta ley de la mortificación, el que busca sus comodidades, el que evita, cuanto le es posible, llevar la cruz, el que se preocupa de alejar los sufrimientos, ése no llegará jamás a la unión íntima con Jesucristo.

Esta unión es un bien demasiado precioso para que no nos cueste trabajos y perpetuos renunciamientos. No podemos encontrar a Dios plenamente si no hemos apartado de nuestro camino todos los obstáculos, si no hemos destruído en nosotros lo que le desagrada.

Debemos pasar por los dolores del Calvario y la desnudez de la cruz para llegar al triunfo de la Resurrección y a la gloria de la Ascensión: *Nonne oportuit Christum pati et ita intrare in gloriam suam?*

24 DE AGOSTO. SAN BARTOLOME, APOSTOL

El medio normal, regular, de unirnos con Cristo, y la salvaguardia de esta unión, es formar parte del organismo visible que Él ha fundado.

Así como el cuerpo de Jesús unido a su alma era "el instrumento de la divinidad" y el canal de las gracias, así la gracia no nos llega regularmente si no pertenecemos al cuerpo de la Iglesia. El bautismo, que nos incorpora a esta sociedad es, con la fe, la condición primera de toda gracia.

"Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, decía Cristo a sus Apóstoles, id y enseñad a todas las naciones; aquel que creyere y fuere bautizado, será salvado." Tal es la ley establecida por Cristo mismo y ratificada por el Padre que "le remitió todo juicio y puso todas las cosas entre sus manos".

Vosotros comprendéis que cuanto más estrictamente vivamos la vida de la Iglesia por la aceptación de su doctrina, la obediencia a sus preceptos y la práctica de su culto, tendremos parte más abundante en las bendiciones que Jesús no cesa de derramar sobre su Esposa.

La verdad y sus destellos en el alma son tanto más fecundos cuanto más íntimamente unidos estemos a la Iglesia.

25 DE AGOSTO. SAN LUIS, REY DE FRANCIA

El "justo vive de la fe": *Justus ex fide vivit*. "Justo" es aquel que mediante la justificación recibida en el Bautismo, ha sido creado en la justicia y posee en sí la gracia de Cristo y, conjuntamente, las virtudes infusas de la fe, la esperanza y el amor.

Ese justo vive de la fe. Vivir es lo mismo que tener en sí un principio interior, fuente de movimientos y operaciones. Es cierto que el principio interior que ha de animar nuestros actos para que sean actos de vida sobrenatural, proporcionados a la bienaventuranza final,

es la gracia santificante; pero la fe es la que introduce al alma en la región sobrenatural.

No seremos partícipes de la adopción divina mientras no recibamos a Cristo, ni recibiremos a Cristo sino por la fe: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus*: "A todos los que le han recibido, les ha dado el poder de ser hijos de Dios; son los que creen en su nombre."

La fe en Jesucristo nos conduce a la vida, a la justificación mediante la gracia; por eso dice San Pablo que "el justo vive de la fe".

26 DE AGOSTO. SAN CEFERINO, PAPA Y MARTIR

Cuanto más elevada es nuestra santidad, tanto más enaltecemos el precio de la sangre de Jesús.

San Pablo nos dice que "Cristo se entregó a Sí mismo a la muerte, y muerte de cruz, para santificar a su Iglesia y constituirla en sociedad vistosísima, sin mácula, ni arruga, sino siendo santa e inmaculada". Tal es el fin total de su sacrificio.

Glorificar al Padre fué la gran ambición que hacía latir el corazón de Cristo; por eso ansiaba con tanta vehemencia, *quomodo coarctor*, dar su vida para llevar a su Padre innumerables almas que habrían de ofrecer copiosos frutos de vida.

Pero ¿cuántos comprenden el ardiente amor de Jesús? ¿Cuántos son los que responden a los deseos de su corazón? ¿Cuántas almas dejan de observar la ley divina y se olvidan de los santos mandamientos! Muy pocas se entregan a Jesús y a la acción de su Espíritu con aquella plenitud que conduce a la santidad.

¡Dichosas las almas que se abandonan sin reserva al divino beneplácito! Unidas íntimamente con Cristo, que

es la vid, “producen abundantísimos frutos y glorifican al Padre celestial”, proclamando, sobre todo, la virtud de la sangre de Jesús.

27 DE AGOSTO. SAN JOSE DE CALASANZ, CONFESOR

Cuando comparezcamos delante de Cristo en el día postrero, no ha de preguntarnos si hemos ayunado mucho, si hemos vivido en continua penitencia, si hemos pasado muchas horas en oración; no, sino si hemos amado a nuestros hermanos.

Acaso, pues, ¿dejará a un lado los demás mandamientos? Cierto que no; pero de nada nos habrá servido guardarlos, si no hemos guardado éste del amor fraternal, tan grato a Nuestro Señor, pues es “su” mandamiento: “Amaos los unos a los otros.”

Por otra parte, es imposible que un alma ame perfectamente al prójimo sin tener en sí misma el amor de Dios, amor que a la vez abraza en toda su extensión la voluntad divina. ¿Por qué?

Porque la caridad —ya tenga a Dios por objeto, o se ejercite para con el prójimo— es una en su motivo sobrenatural, que es la infinita perfección de Dios. Por consiguiente, quien de verdad ama a Dios, amará necesariamente al prójimo: “Reconocerán que sois verdaderamente mis discípulos, dice Jesús, si os amáis los unos a los otros.”

28 DE AGOSTO. SAN AGUSTIN, DOCTOR DE LA IGLESIA

Porque es sobrenatural, y porque Dios la colocó por encima de las exigencias y derechos de toda naturaleza creada, la santidad a que estamos llamados es también inaccesible sin la gracia divina.

Ya lo dice Nuestro Señor: "Sin mí nada podéis hacer." San Agustín advierte que no dice Jesucristo: "Sin mí no podéis hacer gran cosa", sino que dice: "Sin mí no podéis hacer nada que os conduzca a la vida eterna."

San Pablo explica detenidamente esta doctrina de nuestro divino Maestro: "No somos capaces, dice, por nosotros mismos de concebir un solo pensamiento que algo valga para el cielo, sino que nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios": *Sufficiencia nostra ex Deo est.*

Así, pues, sin la gracia divina no podemos absolutamente nada en orden a nuestra santidad.

La convicción íntima de nuestra propia impotencia, no debe desalentarnos ni servir de excusa a nuestra pereza. Sí; nada podemos sin Cristo; mas "con Él todo lo podemos": *Omnia possum in eo qui me confortat* "Todo lo puedo", dice San Pablo, no por mis fuerzas, sino en Aquel que me conforta."

29 DE AGOSTO. DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA

Cuando el Verbo Encarnado, que es el único que puede decir palabras del cielo, porque permanece siempre *in sinu Patris*, haya comenzado su misión pública de Salvador, Juan desaparecerá y dará testimonio de la Verdad; pero derramando su sangre por ella.

El Mesías, cuya recepción vino a preparar, llegó por fin. Él era la luz de la que Juan daba testimonio, y todos aquellos que en ella creen, tienen la vida eterna. En adelante, a Él sólo habrá que decir: "Señor, ¿a quién iremos? Vos sólo poseéis palabras de vida eterna."

Las palabras del Verbo Encarnado no han producido en todas las almas, la luz que debe ser para ellas el principio de salvación y de vida. Él es sin duda, "la luz del mundo"; pero hay "que seguirla, si se quiere no

caminar en tinieblas y llegar a esta luz eterna que es la fuente de nuestra vida en el cielo". Dios no acepta sino a los que reciben a su Hijo.

Para entender la palabra de Cristo debemos ser atraídos por el Padre: aquellos a quienes el Padre no atrae, no escuchan la voz del Verbo. Y ¿cuáles son aquellos a quienes el Padre atrae?

Aquellos que reconocen en Jesús, al Hijo divino del Eterno Padre.

30 DE AGOSTO. SANTA ROSA DE LIMA, VIRGEN

Cuanto más se acerca un alma a Dios; autor y principio de todo don perfecto que adorna y alegra los corazones, tanto más bienhechora se muestra de sus hermanos. ¡Cuántas gracias no puede reclamar, obtener y arrancar del Esposo para la Iglesia entera! ¡Cuán poderosa y eficazmente coopera a la conversión de los pecadores, a la perseverancia de los justos, a la salvación de los agonizantes y a la entrada en la gloria de las almas que sufren en el Purgatorio! ¡Qué fecundidad tan admirable la suya!

La de la naturaleza es limitada; ésta no tiene límites. Se desprende de esas almas algo así como un fulgor que centellea; quienes a ellas se avecinan, se sienten como impregnados del "buen olor de Cristo", porque de esas alma se desprende una especie de virtud divina que al tocar a otras almas les obtiene el perdón, las ayuda y consuela, las fortalece y pacifica, las regocija y les dilata el corazón para gloria del Esposo.

Es que en ellas vive el Verbo; y como quiera que Éste vive siempre y nunca está inactivo y su acción es amor, se vale de ellas para iluminar, dar vida y salvar a muchas otras almas. Son sus cooperadoras en la obra

de la redención. Es imposible medir el alcance de una acción tal, ni la extensión de semejante fecundidad.

31 DE AGOSTO. SAN RAMON NONATO, CONFESOR

Cristo aceptó tomar sobre sí todos nuestros pecados, hasta el punto de llegar a ser, en cierto modo, sobre la cruz el pecado universal, el pecado viviente. Púsose voluntariamente en lugar nuestro, y por eso fué herido de muerte: "Su sangre será nuestro rescate".

¡Oh! No lo olvidemos, "hemos sido rescatados a gran precio". Cristo derramó por nosotros hasta la última gota de su sangre. Es verdad que una sola gota de esa sangre divina hubiera bastado para redimirnos.

Pero Dios, "para hacer brillar más y más a los ojos del mundo entero el amor inmenso que su Hijo le profesa", y "la caridad inefable de ese mismo Hijo para con nosotros", reclamó como expiación de los crímenes del género humano todos los padecimientos, la pasión y muerte de su divino Hijo; de manera que la satisfacción no quedó completa sino cuando desde lo alto de la cruz Jesús con voz moribunda, pronunció el *Consummatus est*: "Todo está consumado"; sólo entonces su misión personal de redención en la tierra quedó cumplida y su obra de salud plenamente realizada.

10. DE SEPTIEMBRE. SAN GIL, ABAD

Aunque la mortificación sea un medio indispensable, las prácticas afflictivas a las cuales nos entregamos, no tienen por sí mismas, en el plan propio del cristianismo, ningún valor. ¿De dónde lo sacan entonces?

De la unión por la fe y el amor a los sufrimientos y expiación de Jesucristo. Nuestro divino Salvador vino a la tierra para mostrarnos cómo debemos vivir para ser agradables a su Padre; es el modelo más acabado de toda perfección.

Nos dice el Evangelio, que Él comía de todo lo que le llevaban sin hacer distinción, tanto que los fariseos se escandalizaban. ¿Y qué les dijo Nuestro Señor? “No es lo que entra en la boca lo que mancha al hombre, sino los malos pensamientos y deseos que salen de su corazón.”

No pongamos, pues, nuestra perfección en las mortificaciones, consideradas como extraordinarias en sí mismas; lo que es, sobre todo, importante, es que nos entreguemos a la mortificación y que soportemos nuestros sufrimientos por amor a Nuestro Señor, como una participación de su Pasión.

2 DE SEPTIEMBRE. SAN ESTEBAN, REY DE HUNGRÍA

Ajustémonos al pensamiento divino, que quiere que cifremos la santidad en nuestra conformidad con Jesucristo: no hay otra.

No podemos ser agradables al Padre eterno si no reconoce en nosotros los rasgos de su divino Hijo; y para ello, es menester que de tal suerte nos identifiquemos con Cristo, por la gracia y las virtudes, que el Padre celestial, al mirar nuestras almas, nos reconozca como sus verdaderos hijos, y pueda depositar en nosotros sus complacencias, como lo hacía al contemplar a Jesucristo en la tierra.

Es hermoso repetir ahora, a la luz de esas verdades tan sublimes y bienhechoras, la oración que Jesús mis-

mo puso en nuestros labios: "Oh Padre Santo, que estás en los cielos, nosotros somos tus hijos, puesto que quieres llamarte nuestro Padre; sea tu nombre santificado, honrado y glorificado, y tus perfecciones alabadas y ensalzadas más y más en la tierra; reproduzcamos en nosotros mismos, por nuestras obras, el esplendor de tu gracia; ensancha, pues, tu reino; acreciéntese sin cesar ese reino, que es también el reino de tu Hijo, puesto que Tú le has constituido jefe de él, sea verdaderamente tu Hijo el rey de nuestras almas."

3 DE SEPTIEMBRE. FERIA

Es menester dirigir con fe y amor, nuestro espíritu y corazón hacia Dios, antes de comenzar cualquier asunto: nuestro espíritu, para no tener otro fin que la gloria de nuestro Padre de los cielos; nuestro corazón, para no tener otra voluntad que la suya: este doble resultado se consigue por medio de una fervorosa oración.

Esta oración, que debe intervenir frecuentemente en el curso de nuestros días, no ha de ser necesariamente larga: redúcese, muchas veces, a un simple impulso hacia Dios, a una chispita espiritual; se parecerá, por la forma, a lo que se ha llamado en estos últimos siglos, la oración jaculatoria; lo que le da valor, es la rectitud de intención, la pureza de nuestra fe, la intensidad del amor.

La fe aumenta el amor; el amor, creciendo, entrega más y más el alma a la acción de Cristo, que opera en nosotros por su Espíritu. Y esta acción de Cristo se vuelve más y más poderosa y fecunda a medida que se desarraigan los vicios, que desaparecen las criaturas, y que todo móvil humano se desvanece.

4 DE SEPTIEMBRE. FERIA

En la vida sobrenatural debemos conservar nuestra personalidad en lo que tiene de bueno. La vida de la gracia reclama una parte de esta "verdad" y de esta "sinceridad".

La santidad no es un molde único en el que deban desaparecer las cualidades naturales que caracterizan la personalidad propia de cada uno, para no representar después más que el tipo uniforme. Todo lo contrario.

Al crearnos, Dios nos dotó a cada uno en particular de dones, talentos y privilegios especiales; cada alma tiene su belleza natural, particular; una brilla por su inteligencia, otra se distingue por la firmeza de la voluntad, otra atrae por su mucha caridad.

La gracia respetará esa belleza, como respeta la naturaleza en que se basa; solamente que añadirá al esplendor nativo, un brillo divino que le eleva y transfigura en su acción santificadora.

Dios respeta la obra de la creación, pues Él es quien dispuso esa diversidad, y cada alma, al reproducir uno de los pensamientos divinos, ocupa su lugar particular en el corazón de Dios.

5 DE SEPTIEMBRE. SAN LORENZO JUSTINIANO, OBISPO Y CONFESOR

Todas las gracias, cualesquiera que sean, nos vienen de la cruz; no hay ni una siquiera que no sea precio del amor y de la sangre de Jesús; el sacerdocio constituye a Cristo en nuestro Mediador único y siempre atendido.

Plenamente convencido el Apóstol de esto, exclama: "Dios, dándonos a su Hijo, ¿no nos ha dado todo?": *Quomodo non etiam cum illo omnia novis donavit?* "Henos aquí ricos, dice el Apóstol, y tan ricos que en

adelante ya no nos faltará gracia alguna”: *Ita ut nihil vobis desit in ulla gratia!*

Es tan grande nuestro Pontífice, tan extenso su sacerdocio, que aun ahora, Cristo cumple perfectamente su papel de mediador y continúa su sacrificio en orden a nuestra santificación; en adelante le encontraremos en presencia de su Padre para interceder por nosotros.

¡Oh! qué confianza más ciega e inquebrantable no debiera engendrar en nosotros esta divina revelación. Todo lo encontramos en Cristo Jesús, todo lo poseemos en Él, y si de verdad lo deseamos, nada nos falta en Él; Él es nuestra salvación, la fuente de nuestra perfección y de toda nuestra santificación.

6 DE SEPTIEMBRE. FERIA

¿Qué respondió, Jesús, cuando le preguntaron cuál era el mayor de los mandamientos? “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con todo tu espíritu, con toda tu alma y todas tus fuerzas.”

Amarás: se trata de un amor de complacencia para con un Señor de tanta majestad, para con un Dios de infinita perfección —amor de benevolencia que procura la gloria del mismo que es su objeto—; amor de reciprocidad para con un Dios que “ha sido el primero en amarnos”.

Quiere Dios que nuestras relaciones con Él vayan como impregnadas de filial reverencia, a la vez que de profundo amor. Sin la reverencia correría riesgo de degenerar el amor en descuido incalificable y sumamente peligroso, y sin el amor que nos empuja hacia Dios, viviría el alma en el error y haciendo a la vez injuria al don divino.

Para defender estos dos sentimientos que en nosotros

parecen contradictorios, comunícanos Dios el Espíritu de su Hijo Jesús, quien con sus dones de temor y de piedad armoniza en nosotros, en las proporciones que se requieren, la adoración más íntima con el amor más tierno.

7 DE SEPTIEMBRE. FERIA

No hay nada más pernicioso en la vida espiritual que el pensar que podemos hacer algún bien sin ayuda de Nuestro Señor, y nuestro amor propio es tan sutil, que nos lleva inconscientemente a atribuirnos, lo poco bueno que hacemos (con lo que lo echamos todo a perder).

A veces, Nuestro Señor, nos demuestra su amor abandonándonos al arbitrio de nuestra ruin naturaleza, y entonces nos asustamos viendo todo el mal que se esconde en nosotros y el abismo adonde podría llevarnos. No es que seamos peores que antes, sino que Nuestro Señor nos deja ver el fondo de iniquidades que la gracia ocultaba en nosotros.

En esos momentos debemos unirnos a los designios de Dios, humillándonos profundamente y echándonos en los brazos del mismo Dios. El demonio trata de inquietarnos con sus sutilezas, a fin de que cesemos de obrar bien, por temor de obrar por vanidad. Que este motivo no nos impida nunca las obras buenas, sino que purifiquemos suavemente nuestra intención.

Lo mejor es unirse a Jesucristo y a sus intenciones, y si alguna imperfección se encuentra en nuestras intenciones, esta unión con Jesucristo la subsanará.

8 DE SEPTIEMBRE. NATIVIDAD DE LA BENDITA VIRGEN MARIA

El plan divino consiste en que Cristo reciba la divini-

dad en su plenitud y todos nosotros participemos de ella:
De plenitudine ejus...

Mas ¿a quién pedirá Dios que produzca esta humanidad, a la cual quiere Él unirse tan estrechamente para hacerla el instrumento de sus gracias?

Conocemos a esa criatura a quien todas las generaciones proclamarán bienaventurada: la genealogía humana de Jesús termina en María, la Virgen de Nazaret. A ella, y por ella a nosotros, el Verbo pedirá una naturaleza humana, y María se la dará. Por eso, en adelante, la veremos siempre inseparablemente unida a Jesús, y a sus misterios; doquiera que se encuentre Jesús, allí estará también María; Él es tan Hijo suyo, como lo es de Dios.

Los que no conocen a la Virgen, ni profesan a la Madre de Jesús un amor sincero, corren el peligro de no comprender con fruto los misterios de la humanidad de Cristo: si Él es el Hijo de Dios, por una generación eterna, Él es el Hijo del hombre, por su nacimiento, en el tiempo, de la Virgen María.

9 DE SEPTIEMBRE. SAN GORGONIO, MARTIR

Procurad complacer en todo a Nuestro Señor; haced todo con una gran pureza de intención. Antes de cada acción decid a Nuestro Señor: "Jesús mío, quiero hacer esto únicamente por amor a Vos; y si esta acción os desagradara, yo no quisiera hacerla."

Es imposible que, si hacemos todo únicamente por amor a Jesucristo, Él no se una a nosotros.

Él ha dicho, hablando de su Padre: *Pater non reliquit me solum quia quae placita sunt ei facio semper*: "Mi Padre no me ha dejado solo jamás, porque hago siempre lo que es de su agrado." Esto mismo se verifica

en nosotros: Nuestro Señor nos mantendrá siempre unidos a Él, si hacemos todo con la sola intención de agradarle.

Hay, en el curso de la vida cristiana, desiertos que atravesar, tinieblas, oscuridades, languideces, desamparos. Sin pasar por esto, nuestro amor no sería nunca profundo.

Pero si somos fieles y practicamos el abandono confiado, Jesús nos llevará siempre de la mano: "Aunque tuviese que caminar en medio de las sombras de la muerte, no temeré ningún desastre, porque Tú estás conmigo."

10 DE SEPTIEMBRE. SAN NICOLAS DE TOLENTINO, CONFESOR

Me sentí conmovido hoy, mientras cantaban estas palabras: *Vos qui reliquistis omnia et secuti estis me*, durante la comunión de la Misa; comprendí entonces, que "dejar todas las cosas" supone varios grados.

Hay una manera de dejar todas las cosas *materialmente*, que es muy agradable a Dios, pero todavía muy imperfecta.

Una segunda manera es, dejarlo todo *espiritualmente*, que es el desprendimiento.

Ésta es una manera de dejarlo todo enteramente. Lo cual no consiste solamente en abandonar todo lo que en realidad amamos, sino, en privarnos sobre todo, de las alegrías de su recuerdo e imaginación.

Como la mortificación espiritual sobrepasa a la mortificación corporal, y el espíritu excede a la materia, así también este abandono espiritual de todas las cosas está muy por encima del alejamiento simplemente material.

Poned todo vuestro consuelo en Dios, no en el sentido de que debáis renunciar a toda otra alegría, sino

de que ningún consuelo humano os sea necesario para conservar la paz.

11 DE SEPTIEMBRE. SANTOS PROTO Y JACINTO, MARTIRES

No hay nada que atraiga tanto hacia nosotros los favores y las misericordias divinas como la unión paciente de nuestras penas y flaquezas a las de Cristo.

Nuestro perfecto reposo se encuentra en el Paraíso. Aquí abajo debemos permanecer junto a Jesús; Jesús en la tierra se presenta casi siempre sobre la cruz. Ésa es su imagen oficial.

Él nos concede pequeñas alegrías para que podamos soportar la vida y merecer el cielo, pero con ellas mezcla la cruz.

La vida presente no nos ha sido concedida por Dios como un paraíso. Es un tiempo de prueba, seguido de una eternidad de alegría y de reposo.

Cristo sufrió toda su vida, porque la sombra de la cruz estuvo siempre sobre Él y aquellos a quienes Él ama, participan un poco de esta cruz durante toda su vida.

Las contrariedades, las malas interpretaciones, las penas del corazón y del cuerpo, las dificultades de toda clase, todo esto es parte de nuestra cruz, y cuando aceptamos estas penas, las santificamos y divinizamos, uniéndolas a las de Jesucristo.

12 DE SEPTIEMBRE. EL SANTO NOMBRE DE MARIA

Si queréis beber con abundancia en la fuente de la vida divina, id a María, pedidle que os guíe a esa fuente; ella más que ninguna otra criatura, os introducirá hasta Jesús. *Vitam datam per Virginem gentes redemptae plaudite.*

Por eso, y no sin justo motivo, la llamamos *Mater divinae gratiae*, "Madre de la divina gracia".

Por eso también, la Iglesia le aplica este pasaje de las Sagradas Escrituras: "El que me encuentre, hallará la vida y beberá la salud que viene del Señor", *Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a Domino*. La salvación, vida de nuestras almas, no viene sino del Señor, *a Domino*; Él es el único medianero; pero ¿quién nos llevará a Él con más seguridad que María? ¿quién nos le hará propicio con tanto poder como su Madre?

Hay que imitar a Jesús en todas las cosas: siendo Verbo eterno, escogió a María por su madre; del mismo modo, debemos elegirla por nuestra madre, y tener para con Ella una devoción de niño.

13 DE SEPTIEMBRE. FERIA

Por la mañana, después de la Misa, cuando poseo a Jesús en mi corazón, me presento ante la Santísima Virgen para consagrarme a ella, y le digo: *Ecce filius tuus*: "He aquí tu hijo." ¡Oh Virgen María! yo soy tu hijo; además, yo soy participante del sacerdocio de Jesús, aceptadme por vuestro hijo, como habéis aceptado a Jesús. Soy indigno de vuestros dones, pero soy un miembro del cuerpo místico de vuestro divino Hijo. Y Él ha dicho: "Todo lo que hagáis al menor de los que creen en Mí, es a Mí mismo a quien lo hacéis". Yo soy uno de esos "más pequeños"; rechazarme sería rechazar al mismo Jesús.

Yo vivo de la comunión de cada día. Toda la mañana camino con la fuerza de este divino alimento; y por la tarde, vivo del pensamiento de la comunión del otro día; porque ella nos fortifica según nuestro deseo y nuestra preparación.

Nuestro Señor ha prometido que quien Le come, vivirá de Él. Su vida se vuelve nuestra vida y el origen de toda nuestra actividad.

14 DE SEPTIEMBRE. EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

Durante su vida mortal, decía Jesús a los judíos y nos lo repite ahora a nosotros: “Cuando fuere levantado en el leño de la cruz, será tal mi poder, que podré levantar hasta mí a cuantos en mí tengan fe.”

Los que allá en el desierto, miraban la serpiente de bronce alzada por Moisés, sanaban de las heridas que habían recibido a causa de sus pecados; de igual modo, cuantos vuelvan a mí sus ojos con fe y amor, merecerán ser traídos hacia mí, y yo los sublimaré hasta el cielo. Yo, que soy Dios, consentí por amor vuestro, en ser colgado de una cruz, “como un maldito”; en pago de esa humillación tengo el poder de atraeros hacia mí, de purificaros, de adornaros con mi gracia y de levantaros hasta el cielo, donde estoy siempre. Bajé del cielo y volví a subir luego que ofrecí mi sacrificio; tengo potestad para haceros entrar conmigo, pues en esto soy vuestro precursor; tengo el poder de uniros a mí con lazo tan apretado, que “nadie puede arrebatarse de mis manos a aquellos que el Padre me ha dado” y que yo redimí con mi sangre preciosa.

¡Oh Padre, encaminadme al Hijo!... ¡Oh Cristo Jesús, Hijo de Dios, atraedme por entero a Vos!...

15 DE SEPTIEMBRE. NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Así como María estuvo unida a Jesús al ofrecerlo en el Templo, así Ella quiso más que nunca abundar en

esos mismos sentimientos y compartir las penas en la hora que Jesús consumó su sacrificio.

Pidamos a María que nos asocie a la contemplación de los dolores de Jesús, y nos dé algo de la compasión que Ella tenía, para sacar de ahí gran odio al pecado, que tan dura expiación exigió.

Plácele a Dios, a las veces, para manifestar sensiblemente el fruto que produce la contemplación de la Pasión, imprimir en el cuerpo de algunos santos, como en San Francisco de Asís, los estigmas de las llagas de Jesús. No debemos desear esas señales exteriores; pero sí hemos de pedir que la imagen de Cristo paciente se grave muy honda en nuestro corazón. Solicitemos de la Virgen esta preciosa gracia: *Sancta Mater istud agas, crucifixi fige plagas cordi meo valide.*

¡Oh Madre! “ahí tienes a tu Hijo”; por lo mucho que le amas, haz que el recuerdo de sus tormentos nos siga en todas partes.

¡Oh Cristo Jesús! “he ahí a vuestra Madre”; por ella, concedednos compadecer vuestros dolores para que lleguemos a asemejarnos a Vos.

16 DE SEPTIEMBRE. SAN CORNELIO, PAPA Y MARTIR

Cristo ha sido predestinado para ser nuestra cabeza, nuestro jefe, nuestro representante. El Padre Eterno quiere hacer de Él: *Primogenitus omnis creaturae*, “el primogénito de toda criatura”.

Como consecuencia de esta eterna predestinación a ser jefe de todos los elegidos, la gracia de Cristo, el cual es de nuestro linaje por la Encarnación, reviste un carácter de eminencia y de universalidad cuyo fin no es sólo santificar el alma humana de Jesús, sino hacer de Él, en orden a la vida eterna, el jefe del género humano.

De aquí ese carácter social que va unido a todos los actos de Jesús, cuando se los considera con respecto al género humano; todo cuanto Jesucristo hace, lo hace no sólo por nosotros, sino en nuestro nombre.

Jesucristo, en su calidad de cabeza, de jefe, mereció por nosotros, del mismo modo que sustituyéndose en nuestro lugar satisfizo por nosotros.

Y como el que merece es un Dios, sus méritos tienen un valor infinito y una eficacia inagotable.

17 DE SEPTIEMBRE. IMPRESION DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

Si contempláis con fe y piedad los sufrimientos de Cristo, tendréis la revelación del amor y justicia de Dios: conoceréis, mejor que por todos los razonamientos, la malicia del pecado.

El alma que contempla los sufrimientos de Jesús con fe, como Pedro, sigue a Jesús la noche de la Pasión; ella encuentra también la mirada del divino Crucificado, que es para ella una verdadera gracia.

Unámonos a menudo haciendo el *Via Crucis*, a los pasos de Cristo sufriente. "Mira, nos dirá Jesús, lo que he sufrido por ti; padecí una agonía de tres horas, soporté el abandono de mis discípulos, los falsos testigos, la cobardía de Pilatos, la irrisión de Herodes, el peso de la cruz bajo la cual caí, la desnudez del patíbulo, los sarcasmos amargos de mis más mortales enemigos, la sed que quisieron apagar con hiel y vinagre, y sobre todo esto, el abandono de mi Padre. Por ti, por amor hacia ti, por expiar tus pecados y tus faltas todo lo sufrí; todo lo pagué con mi sangre; sufrí las exigencias terribles de la justicia para que se te hiciera misericordia."

18 DE SEPTIEMBRE. SAN JOSE DE CUPERTINO

El modo de rezar que tenía este santo era "identificarse, por decirlo así, con las Personas de la Santísima Trinidad". Como yo soy el hijo adoptivo de Dios, debo tratar de imitar perfectamente a Jesucristo en sus relaciones con las Personas de la Santísima Trinidad.

En la oración, paso casi todo el tiempo, contemplando, adorando la voluntad del Padre vista en la sabiduría de su Verbo, con el cual yo me confundo en un mismo amor por el Padre.

Cuando nos unimos a Jesucristo, por la fe, y en las tinieblas de esta fe, depositamos a los pies de Cristo nuestra inteligencia, aceptando con amor todo lo que Jesús hace en nuestro nombre en la plena visión de su Padre, nuestra oración es muy elevada, y está hecha en espíritu y en verdad. En estos momentos, algunas veces el Espíritu de Cristo, nos inclina a quedar en silencio y adoración a los pies de Jesús; otras veces, nos insta a unirnos a su oblación, a su sumisión para con su Padre. Debemos seguir estos movimientos.

19 DE SEPTIEMBRE. SAN JENARO Y COMPAÑEROS MARTIRES

El que se da a Dios, renuncia a todo; se entrega a Dios con todo lo que tiene, con todo lo que es: "Heme aquí", *Ecce venio*; y ofrece todo a Dios sin reserva. Esto es ser hostia, ofrecer un holocausto.

Esta entrega de todo en la simplicidad alegre del amor es un sacrificio extremadamente agradable a Dios, porque tiene todos los caracteres del holocausto, que según Santo Tomás, consiste en que "ofrecemos todo lo que está en nuestra posesión": *Holocaustum est cum aliquis totum quod habet offert Deo.*

Por esta inmolación, se reconoce a Dios como primer principio de todas las cosas; uno coloca ante Él todo lo que ha recibido de Él, uno se ofrece todo entero, para que todo lo que se es y todo lo que se tiene, retorne a Él.

¡Oh Dios mío, ser infinito, que sois la Bienaventuranza misma, que inmensa e inestimable gracia hacéis a las pobres criaturas llamándolas para ser, con el Hijo de vuestra predilección, hostias agradables, consagradas todas a la gloria de vuestra Majestad!

20 DE SEPTIEMBRE. VIGILIA DE SAN MATEO, APOSTOL

Nuestras miserias no deben en modo alguno desalentarnos. Por desgracia son muy reales y harto sabidas; conocemos bien nuestras flaquezas y necesidades, pero Dios las conoce mejor que nosotros todavía.

Y el sentimiento reconocido y confesado de nuestra flaqueza honra a Dios.

¿Por qué?

Porque hay en Dios una perfección en la que desea le glorifiquemos eternamente, una perfección por donde se explica tal vez todo cuanto nos ocurre en este mundo; tal es la misericordia.

La misericordia es el amor frente de la miseria, y no habría misericordia si no hubiese miserias.

Los Ángeles proclaman la santidad de Dios, pero nosotros seremos en el cielo testimonios vivos de la misericordia divina; al coronar Dios nuestras obras, pondrá digno remate al don de su misericordia: *Qui coronat te in misericordia et miserationibus*, y nosotros la ensalzaremos durante toda la eternidad en el seno de nuestra bienaventuranza: *Quoniam in aeternum misericordia ejus.*

Si hay algún rasgo que pueda asombrarnos en la conducta del Verbo encarnado durante su vida pública, es, a no dudarlo, la extraña preferencia que manifiesta por ejercer su ministerio entre los pecadores.

Este modo de obrar era en Él tan habitual, que le llamaban “el amigo de los publicanos y pecadores”. Y cuando los fariseos se escandalizaban, en vez de negar el hecho, Jesús lo confirmaba, alegando la correspondiente prueba: “No son los sanos, sino los enfermos, los que necesitan del médico... no vine a llamar a los justos, sino a los pecadores.”¹

En el plan eterno aparece Jesús como nuestro hermano mayor. Tomó nuestra naturaleza, pecadora en la raza, aunque pura en su persona. Sabe que la inmensa mayoría de los hombres gime bajo el pecado, y necesita perdón; sabe que las almas no podrán ser atraídas al Padre, sino mediante las condescendencias de su Humanidad sacratísima .

De ahí que la mayor parte de sus enseñanzas, un sinnúmero de actos de mansedumbre y de perdón para con los pecadores, propenden a hacer comprender a esas pobres almas, algo de las profundidades de las divinas misericordias.

22 DE SEPTIEMBRE. SANTO TOMAS DE VILLANUEVA,
CONFESOR

Tratemos ante todo, de amar a Dios, estando siempre unidos a Nuestro Señor: partiendo de ese amor divino, como de una hoguera encendida, de la que salen mil

¹ Evangelio de la Misa.

rayos que alumbran y calientan, nuestra caridad se extenderá en torno nuestro y tanto más lejos se irradiará cuanto más encendida esté la hoguera: la caridad para con nuestros hermanos ha de ser el reflejo de nuestro amor para con Dios.

No olvidemos jamás el principio que debe ser nuestro guía en este camino: *Todos somos uno en Cristo*; y esta unión no se conserva sino por la caridad. No vamos al Padre sino por Cristo, pero hemos de aceptar a Cristo por entero, en sí y en sus miembros; en ello está el secreto de la vida divina en nosotros.

Por eso Nuestro Señor hizo de la caridad mutua su precepto y el tema de su última oración: *Ut sint... unum*.

El amor es una fuente de vida, y si buscamos en Dios ese amor para que se refleje sin cesar en todos los miembros del cuerpo de Cristo, nuestras almas rebosarán de vida, porque Cristo Jesús, según lo ha prometido, derramará en nuestras almas, en recompensa de nuestro propio olvido, una medida de gracia "buena, apretada, colmada y redundante".

23 DE SEPTIEMBRE. SAN LINO, PAPA Y MARTIR

La verdadera fe en la divinidad de Jesucristo, la fe que, convertida en amor, invade todo nuestro ser, abarcando prácticamente todas las acciones y todas las obras de la vida espiritual, constituye la base misma del edificio sobrenatural, de toda nuestra santidad.

Para ser verdaderamente fundamento, es preciso que la fe informe y sostenga las obras que llevamos a cabo y se convierta en el principio de todos nuestros progresos en la vida espiritual. "Yo, dice San Pablo, según la gracia que Dios me ha dado, eché en vosotros, cual pe-

rito arquitecto, el cimiento del espiritual edificio, predicándoos el Evangelio de Cristo (que vosotros habéis recibido por la fe); mire bien cada uno lo que alzaré sobre ese fundamento.”

Este edificio espiritual está hecho y formado por nuestras obras.

En el orden actual de la Providencia, Dios es glorificado por nuestra fe: *Sine fide impossibile est placere Deo*. De tiempo en tiempo, nos hace sentir que Él es bueno y que nos ama, pero es una excepción. Él quiere que tengamos fe y confianza en su amor sin ninguna prueba: “Y nosotros, dice San Juan, hemos creído en el amor que Dios nos tiene.”

24 DE SEPTIEMBRE. NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

Yo he sentido un gran acrecentamiento de devoción hacia la Bienaventurada Virgen María. Nuestra perfección está en proporción con nuestra semejanza con Jesucristo: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias.”

El amor y la reverencia de Jesús a su Madre eran inmensos. Por consiguiente debo tratar de imitarlo en esto.

Esta imitación debe realizarse principalmente en el sacerdote que es “otro Cristo”, *alter Christus*.

En la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, sentí una gran devoción recitando el oficio divino *in persona Beatae Mariae Virginis*, dirigiendo mis alabanzas y oraciones en su nombre como ella ha debido hacerlo, al Padre, por Jesucristo, tratando de penetrar en sus sentimientos de profunda adoración y humillación, de confianza y alegría, al pensar en el triunfo de su Hijo.

He recibido una luz que me mostró, cómo toda alabanza dirigida a María, es tributada enteramente a la

adorable Trinidad (por ejemplo, el *Magnificat*), así, pues, cuando me consagro a ella, ella recibe este don únicamente para ofrecerlo en seguida a Dios.

25 DE SEPTIEMBRE. FERIA

Para algunas almas, la vida de Jesucristo es un asunto de meditación como otro cualquiera; no es bastante eso.

Cristo no es uno de los medios de la vida espiritual, es toda nuestra vida espiritual.

El Padre lo ve todo en su Verbo, en su Cristo; todo lo encuentra en Él: Cristo es su Hijo muy querido, en quien pone todas sus complacencias; ¿Por qué no había de ser Cristo igualmente nuestro todo, nuestro modelo, nuestra satisfacción, nuestra esperanza, nuestra luz, nuestra fuerza, nuestra alegría?

La vida espiritual consiste sobre todo en contemplar a Cristo, para reproducir en nosotros su estado de Hijo de Dios y sus virtudes.

Las almas que tienen constantemente fija la mirada en Cristo, ven a su luz lo que se opone dentro de ellas al desarrollo de la vida divina; buscan entonces en Jesús la fuerza para quitar esos obstáculos y agradecerle; pidenle que sea el apoyo de su debilidad, que ponga y aumente sin cesar en ellas esa disposición fundamental, a la cual está vinculada toda santidad, de buscar siempre lo que es agradable al Padre.

26 DE SEPTIEMBRE, SANTOS CIPRIANO Y JUSTINA, MARTIRES

En nuestras penas y tribulaciones, recurramos inmediatamente a Dios para confiarle todo. No hay luz o

fuerza que no podamos encontrar en Cristo Jesús: Él es el amigo más seguro; Él es, como se lo decía a Santa Matilde, “la fidelidad esencial”.

Digámosle, entonces: “Señor, Jesús, heme aquí ante Ti, con tal pena, tal dificultad, tal sufrimiento, tal aflicción; las uno a las que Tú tuviste que soportar en la tierra, cuando estabas en Getsemaní; yo me abandono a Ti, seguro de que “aceptarás este sacrificio en expiación de mis faltas”. *Vide humilitatem meam et laborem meum, et dimitte universa delicta mea.* “En pago, me darás la fuerza, la constancia y la alegría.”

Esta confianza no será defraudada; de Jesucristo, a quien nos unimos de este modo, “nos vendrá una virtud que sana todas las heridas”: *Virum de illo exibat et sanabat omnes.* En efecto, dice Santa Teresa, “el divino Maestro volverá hacia vosotros sus ojos llenos de lágrimas pero, en esta mirada, ¡qué divina belleza y qué tierna compasión se encierran!”

27 DE SEPTIEMBRE. SANTOS COSME Y DAMIAN, MARTIRES

Según el hermoso pensamiento de San Agustín, las heces del cáliz del padecimiento y abnegación, cuyas gotas debiéramos beber, las ha reservado para sí el inocente Jesús, como médico compasivo: *Sanari non potes nisi amarum calicem biberis; prior bibit medicus sanus, ut bibere non dubitaret aegrotus.*

Porque Cristo, dice San Pablo, sabe lo que es el sacrificio por haberlo Él mismo experimentado. “Él pontífice que vino a salvarnos, no es de aquellos que son incapaces de tomar parte en nuestros padecimientos; antes bien, para asemejarse a nosotros, hizo experiencia de todos ellos.”

Ahora bien, no olvidemos que al tomar parte así en

nuestros dolores y en aquellas miserias que eran compatibles con su divinidad, santificó Cristo nuestros padecimientos, nuestras enfermedades, nuestras expiaciones, y mereció que nosotros pudiéramos tener fuerza para sobrellevarlos, y que fuesen a la vez aceptos a su Padre.

Mas para eso, es menester unirnos a Nuestro Señor por la fe y el amor, y aceptar el llevar la cruz en pos de Él.

De esta unión reciben su valor nuestros padecimientos y sacrificios.

28 DE SEPTIEMBRE. SAN WENCESLAO. MARTIR

Si queremos permanecer unidos con Nuestro Señor, importa sobremanera que veamos si estamos unidos con los miembros de su cuerpo místico.

Andemos con cautela. La menor tibieza voluntaria para con un hermano, deliberadamente admitida, será siempre un obstáculo más o menos grave, para nuestra unión con Cristo.

Por eso, al gran Apóstol, que había comprendido tan bien y explicaba con tanta viveza la doctrina del cuerpo místico, dábanle horror las discordias y disensiones que reinaban entre los cristianos. “Os conjuro, hermanos, decía, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis del mismo modo, y no haya disensiones entre vosotros, sino que todos estéis enteramente unidos en un mismo sentir y un mismo parecer”.

¿Qué razón da el Apóstol?

“Como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son, no obstante esto, sólo un cuerpo; así Cristo. Pues todos, judíos o griegos, libres o esclavos, habéis sido bautizados en el mismo Espíritu, sois el cuerpo de Cristo, sois miembros de sus miembros”.

Los ángeles son criaturas puramente espirituales, y sus actos no están medidos, como los nuestro, por el tiempo. Además, dichos actos poseen tal poder, tal energía, tal profundidad, que ningún acto humano puede igualarlos. Siendo espíritus puros, no necesitan de raciocinio. En nosotros, la extrema movilidad de nuestra imaginación, que es facultad sensitiva, ligada al organismo corporal, presenta a nuestra elección una multitud de bienes particulares, cuya variedad retrasa la acción de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad.

No ocurre lo mismo con el ángel; en él la naturaleza, siendo toda espiritual, no da lugar a ninguna duda; en él, los actos de inteligencia y de voluntad revisten un carácter de plenitud, de fijeza, de irrevocable inflexibilidad, que les confiere una fuerza incomparable.

Por eso fué tan agradable a Dios la fidelidad de los ángeles buenos; por eso también el pecado de rebelión de los espíritus malignos reviste una gravedad que no podemos nosotros calcular, pues el profundo conocimiento que tenían, y que les permitió obrar con entera perspicacia, contaminó con tal malicia este pecado único, que debió la justicia divina castigarlo con sentencia inmediata de condenación eterna.

30 DE SEPTIEMBRE, SAN JERONIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Todo el tesoro de las Escrituras nos revela a Cristo; en cada una de sus páginas, leemos su nombre. Esas páginas están llenas de Él, de su persona, de sus perfecciones, de sus gestos; cada una de ellas, nos repite su incomparable amor, su bondad sin límites, su incansable misericordia, su sabiduría inefable; ellas nos re-

velan las insondables riquezas del misterio de su vida y de sus sufrimientos, ellas nos cuentan los supremos triunfos de su gloria.

Así comprenderemos por qué San Jerónimo escribió: "Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo": *Ignoratio Scripturarum ignoratio Christi est.*

Los primeros cristianos no estaban incurso en este reproche de ignorancia; no solamente sentían por el libro de las Escrituras una veneración especial que pasó a la liturgia, sino que lo leían asiduamente. Ponían en práctica la exhortación del Apóstol: "Que la palabra de Cristo permanezca en abundancia en vuestros corazones".

Las palabras de Cristo nos revelan los secretos divinos, y son para el alma "espíritu y vida". Es Jesús mismo quien nos lo dice.

10. DE OCTUBRE. SAN REMIGIO, OBISPO Y CONFESOR

¿Qué quiere decir *Vincere mundum*: "Vencer al mundo?"

El mundo, aquí designa, no a los cristianos, fieles discípulos de Jesucristo, que por su condición están obligados a vivir en el mundo; sino, a los hombres, para quienes solamente la vida natural existe, que limitan sus deseos y alegrías a la vida de aquí abajo.

Este mundo que nos rodea, nos presenta riquezas, honores y placeres; halaga al hombre natural, nos solicita por sus atractivos. Pero siguiendo a Cristo, para unirnos a Él únicamente, hemos rechazado al mundo; hemos estado por encima de todo lo que éste nos podía ofrecer o prometer para el corazón o para el cuerpo, hemos sido insensibles a sus encantos; esto es "vencer al mundo".

¿Qué es lo que nos ha permitido ganar semejante victoria? La fe en Jesús.

Cristo Jesús nos dió esta luz de la fe el día de nuestra vocación; y por esta luz, nos mostró la vanidad del mundo, el vacío de sus goces, la esterilidad de sus obras, nos reveló la perfección en la imitación absoluta de Cristo, y gracias a esta luz, hemos “vencido al mundo”.

2 DE OCTUBRE. LOS SANTOS ANGELES GUARDIANES

Los ángeles, arrodillados ante el trono de Dios, velan su faz y llenos de asombro y admiración a la vida de la infinita santidad de Dios, claman sin cesar en alta voz: “¡Santo, Santo, Santo es el Señor!”

Para nosotros, pobres pecadores, que vivimos aquí en la tierra, nuestra fe debe producir los mismos efectos, pero de otro modo. Contemplando en espíritu esta infinita santidad, debemos clamar del fondo de nuestros corazones: “¡Misericordia, misericordia, misericordia!” Éste debe ser nuestro *Sanctus* y la Iglesia lo ha adoptado en el grito de toúos los días: *Kyrie eleison; Christe eleison; Kyrie eleison*. He hallado ser de mucho fruto este pensamiento de honrar la santidad de Dios, uniéndome a los ángeles e implorando: “Misericordia”, mientras ellos claman: *Sanctus*. Como el canto angélico es eterno, así mi petición de misericordia, no debe cesar jamás durante esta vida.

Los ángeles, los arcángeles, los serafines y los querubines, a pesar de toda su perfección, y de todo lo ardiente que sea su amor, no pueden alabar a la majestad divina sino por Jesucristo: *Per quem Majestatem tuam laudant angeli...*

3 DE OCTUBRE. SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS, VIRGEN

El abandono es una de las más puras y absolutas formas del amor: es la cumbre del amor; es el amor que entrega a Dios, sin reserva, todo lo que somos, con todas nuestras energías, y toda nuestra actividad, a fin de que seamos para Dios un verdadero holocausto.

Cuando el espíritu de abandono en Dios, anima la vida entera, se ha llegado a la santidad. ¿Qué es en efecto la santidad? Es, en sustancia, la conformidad de todo nuestro ser con Dios; es el *amen* dicho por todo el ser y sus facultades, a todos los derechos de Dios, es el *fiat*, lleno de amor, con que la criatura toda entera, responde sin cesar y sin desfallecimiento a todos los deseos divinos.

Lo que hace decir este *amen*, lo que hace pronunciar este *fiat*, lo que hace entregar, en una donación perfecta, el ser a Dios, es el espíritu de abandono, espíritu que resume juntos, la fe, la confianza y el amor.

Nada es más agradable a Dios que el abandono absoluto y sin reserva a su Sabiduría y a su Amor.

4 DE OCTUBRE. SAN FRANCISCO DE ASIS, CONFESOR

La práctica de la pobreza es inseparable de la esperanza bajo una forma elevada. ¿Qué es, en efecto, la esperanza? Es un hábito sobrenatural que inclina al alma a mirar a Dios como su único Bien, y a esperar de Él todas las gracias necesarias para llegar a su posesión.

Cuando la fe es viva, el alma está de tal modo prendada de Dios, que no quiere ningún otro bien, y la privación de todo otro bien que no sea Dios no la turba.

*Deus meus et omnia*¹: Dios mío. Tú eres de tal modo, todo para mí, que no tengo necesidad de nada, más que de Ti; yo no quiero más que a Ti; Tú solo me bastas, porque “¿qué hay para mí en el cielo, y qué puedo desear sobre la tierra fuera de Ti?... Tú eres el Dios de mi corazón y mi herencia para la eternidad”.

Cuando nuestro corazón está verdaderamente desprendido de todas las cosas, cuando ponemos nuestra bienaventuranza en Dios sólo, entonces Dios se hace magnífico con respecto a nosotros: nos llena de Sí mismo: “Yo que soy Dios no quiero dejar a nadie el cuidado de apagar vuestra sed de beatitud”.

5 DE OCTUBRE. SAN PLACIDO Y COMPAÑEROS, MARTIRES

Siguiendo a Jesús es como llegamos a Dios; es Él sólo quien conduce hasta el Padre a toda la humanidad: *Nemo venit ad Patrem nisi per me*. ¿Cómo realiza esta obra gigantesca? Por su obediencia.

La disposición primordial de su santo espíritu, alrededor de la cual se agrupan todas las otras, es una obediencia llena de amor a su Padre .

San Pablo nos revela el primer movimiento del corazón de Cristo: “Al entrar en el mundo, Él ha dicho: Heme aquí, oh Dios mío, para hacer tu voluntad”.

Después Él se lanza “como un gigante para correr su carrera, donde todo está marcado por la obediencia”, porque Él no ha venido para hacer su voluntad, sino la de su Padre”.

Por último, Él no muere sino cuando “todo lo ha consumado” por una perfecta obediencia. El *Consummatum est* es la expresión más verdadera y adecuada de toda su vida de obediencia; es el eco del *Ecce venio* del ins-

¹ Exclamación familiar de San Francisco de Asís.

tante de la Encarnación. Estas dos palabras, son gritos de obediencia; y toda la existencia de Jesucristo, gira alrededor del eje que reposa sobre estos dos polos.

6 DE OCTUBRE. SAN BRUNO, CONFESOR

Dichosa el alma que vive en silencio interior, fruto de la calma de la imaginación del rechazo de vanos cuidados y de temerarias empresas, del apaciguamiento de las pasiones, de la afirmación en la sólida virtud, de la concentración de las facultades en la búsqueda constante del Bien único!

¡Dichosa un alma así! Dios le hablará frecuentemente; el Espíritu Santo le hará oír aquellas palabras de vida que no hieren los oídos corporales, pero que resuenan dentro del alma atenta, la cual las recoge con alegría dentro de sí misma para alimento de su vida.

Dichosa el alma, humilde y obediente, que no busca más que escuchar a Dios en el santuario de sí misma, con profunda reverencia e indecible ternura: Dios le hablará a menudo, cuando ella menos lo espere; la colmará de luz que la alegrará aún en medio de las tribulaciones y de las pruebas. “Porque tu palabra, oh Dios mío, es más suave al alma, que lo es para nuestra boca la más deliciosa miel”; ella encierra toda luz y toda fuerza; ella da el secreto de la paciencia y contiene la fuente de toda alegría.

7 DE OCTUBRE. NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

El Rosario es muy grato a María, porque la alabamos unida siempre a su Divino Hijo, repitiendo sin cesar con amor y cariño, el saludo del celestial mensajero el día de la Encarnación: *Avé, María, gratia plena.*

Es práctica excelente rezar cada día devotamente el Rosario, contemplando así a Cristo en sus misterios para unirnos a Él, felicitando a la Santísima Virgen de haber estado tan íntimamente asociada a ellos, y dando gracias a la Santísima Trinidad por los privilegios de María.

Y si cada día a menudo hemos dicho a la Virgen: “Madre de Dios, ruega por nosotros... ahora y en la hora de nuestra muerte”, cuando llegue el instante en que el *nunc* y el *hora mortis nostrae* sean un solo y mismo momento, estemos ciertos de que la Virgen no nos abandonará.

Hay almas que dicen: “El Rosario, es bueno para las mujeres y los niños”. Admitámoslo. Pero ¿qué dijo Jesús? “Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. Y nosotros queremos entrar.

8 DE OCTUBRE. SANTA BRIGIDA, VIUDA

El Verbo, que es luz, velando su esplendor nativo bajo la debilidad prestada de nuestra carne, se reveló a nosotros en la Encarnación: *Illuxit cordibus nostris ad illuminationem scientiae claritatis Dei in facie Christi Jesu.*

Este Verbo nos hace oír las palabras de lo alto que Él solo conoce; siendo uno con el Padre. “Él nos entrega las palabras que el Padre le ha dado”, de suerte que “las palabras de Jesús, enviado por el Padre, son las palabras del mismo Dios”.

Palabras múltiples del Verbo único, como son múltiples los vocablos humanos que las traducen, como son múltiples las generaciones que deben oírlas para vivir.

Estas palabras de Dios son palabras de vida eterna: *Verba vitae aeternae habes.* Jesús nos lo dice: “La

vida eterna, oh Padre, consiste en conoceros, a Vos, el solo Dios, y en conocer a Aquel que habéis enviado”.

El alma que escucha, llena de fe, asiduamente estas palabras, está admirablemente esclarecida sobre la plenitud del misterio divino, y puede, con una seguridad perfecta, contemplarlo.

9 DE OCTUBRE. SAN DIONISIO Y COMPAÑEROS, MARTIRES

Será varón de dolores y conocerá la debilidad: *Vir dolorum, sciens infirmitatem.*

Esta profecía de Isaías cúmplase a la letra en el curso de la Pasión: Jesús, la omnipotencia, cae al suelo abatingido por la debilidad. Esta flaqueza de Jesús honra su poder divino. Por ella expía nuestros pecados, repara las rebeliones de nuestro orgullo, “alza al mundo, impotente para salvarse a sí mismo”: *Deus qui in Filii tui humilitate jacentem mundum erexisti...*

Además, en este momento nos mereció la gracia de humillarnos por nuestras culpas, de reconocer nuestras caídas, y confesarlas sinceramente; nos mereció la fortaleza que sostiene nuestra debilidad.

¡Oh buen Jesús! Prosternado a los pies de tu Cruz, te adoro. Siendo “Fortaleza de Dios”, te nos muestras débil y flaco, para enseñarnos la humillal y confundir nuestro orgullo.

“¡Oh Pontífice lleno de santidad! que has pasado por nuestras pruebas para semejarle a nosotros y poder compadecerte de nuestras debilidades”, no me abandones a mí mismo, ya que soy tan poca cosa; que tu virtud habite en mí, para que no sucumba al mal: *Ut inhabitet in me virtus Christi.*

Todos tenemos en nosotros mismos, obstáculos que impiden la acción de Dios: el pecado, las raíces del pecado, las tendencias perversas no combatidas; no hay alianza posible entre la luz y las tinieblas.

Estos obstáculos son descartados por las almas que renuncian a todo —a las criaturas y a sí mismas—, que aumentan su capacidad de lo divino, por el desprendimiento de todo lo que no es Dios. Esperan únicamente de Dios, todo aquello de que tienen necesidad; se humillan en sí mismas, no se apoyan más que en Dios.¹ Siendo *pauperes spiritu*, Dios las colma de bienes.

En cuanto a las otras, tienen en sí mismas una tendencia particularmente calificada para poner obstáculos a la acción de Dios: esta tendencia es el orgullo. El orgullo se opone radicalmente a las comunicaciones divinas; Dios no puede darse a estos *divites spiritu*.

Pidamos a Cristo Jesús, a quien queremos imitar, que nos enseñe esta humildad, tan necesaria para la vida del alma: es la virtud que especialmente debemos aprender de Él: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

11 DE OCTUBRE. MATERNIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

María es la Madre de Cristo, pues al igual que las demás madres formó de su sustancia purísima y nutrió el cuerpo de Jesús; Cristo, dice San Pablo, fué “formado de la mujer”.

Es dogma de fe.

¹ Véase la Oración de la Misa.

Si por su nacimiento eterno *in splendoribus sanctorum*, Cristo es verdaderamente Hijo de Dios, *Deum verum de Deo vero*; por su nacimiento temporal es verdaderamente Hijo de María; el Hijo único de Dios es también el Hijo único de la Virgen.

Tal es la unión inefable que existe entre Jesús y María; ella es su Madre, Él es su Hijo. Esa unión es indisoluble; y como Jesús es al mismo tiempo el Hijo de Dios que vino a salvar al mundo, María, de hecho, está asociada íntimamente al misterio vital de todo el Cristianismo.

Jesús quiere darnos por Madre a María. El Verbo se unió en la Encarnación a todo el género humano; los escogidos forman el cuerpo místico de Cristo, del que no pueden ser separados. Cristo nos dará a su Madre para que sea también la nuestra en el orden espiritual; María no nos separará de Jesús, su Hijo, nuestra cabeza.

12 DE OCTUBRE. FERIA

Cristo vino para ser nuestro modelo. No solamente para anunciarnos la salvación y realizar en principio nuestra redención se encarnó el Verbo; sino además para ser el ejemplo e ideal de nuestras almas.

Cada uno de los misterios es una revelación de sus virtudes. La humildad del pesebre, el trabajo y oscuridad de su vida oculta, el celo de su vida pública, el anonadamiento de su inmolación, la gloria de su triunfo, son virtudes que debemos imitar, sentimientos que hemos de procurar, estados que hemos de compartir.

Por eso, la contemplación de los misterios de Cristo, por ejemplo cuando rezamos el Rosario, es tan fecunda para el alma. La vida, la muerte, la gloria de Je-

sús, son el ideal de nuestra vida, de nuestra muerte, de nuestra gloria.

No olvidemos nunca esta verdad: no agradaremos al Padre Eterno sino en la medida en que imitemos a su Hijo, en que resplandezca en nosotros la imagen de su Hijo, porque “desde la eternidad nos tenía predestinados a esa misma semejanza”.

No hay más forma de santidad que la que nos ha mostrado Jesucristo; ni otra medida de perfección que la fijada por Él mismo según el grado en que le imitemos.

13 DE OCTUBRE. SAN EDUARDO, REY Y CONFESOR

Cuando el Verbo vino al mundo, siendo Rey de cielo y tierra, quiso, en su sabiduría, disponer los detalles de su nacimiento, vida y muerte, de tal modo, que lo que más resaltase fuera su pobreza, y el menoscabo de los bienes del mundo.

Aun los más pobres nacen, al menos, bajo un techo; Él vió la luz en un establo, reclinado en la paja. En Nazaret, lleva la vida oscura de un pobre artesano. Más tarde, durante su vida pública, no tiene donde reposar la cabeza, “mientras que los zorros tienen su guarida”. A la hora de la muerte, quiso ser despojado de sus vestiduras y clavado en la cruz desnudo. Sin embargo, hay todavía alegrías celestiales con las cuales el Padre inunda su Humanidad: pero Él renuncia a todas ellas, puesto que su Padre lo abandona: *Deus meus ut quid dereliquisti me?*

Cuando uno contempla a Jesús pobre en el pesebre, en Nazaret, sobre la cruz, tendiéndonos sus manos y diciéndonos: “Es por tí”, se comprenden las locuras de los amantes de la pobreza.

A este precio encontraremos en Cristo todas nuestras riquezas; porque “si Él ha cargado con nuestras miserias”, “es para enriquecernos con sus perfecciones”.

14 DE OCTUBRE. SAN CALIXTO, PAPA Y MARTIR

Para recibir lo más plenamente posible, la aplicación de la sangre de Jesús, he aquí lo que debéis hacer: Todas las mañanas, uníos a Jesús para ofrecer con Él al Padre la sangre de Cristo que se ofrecerá en todas las Misas del día.

Pero haced este acto con gran intensidad de fe y de amor. Participaréis de esta suerte, lo más plenamente posible del cáliz de Jesús, pues su sangre es ofrecida en todas las Misas *pro nostra omniumque salute*.

En el Calvario, Jesús lo mereció todo y lo aplicó. En el altar, Él no merece más, pero aplica todo, según nuestra fe y unión con Él.

Durante la Misa, meditemos el gran acto que se lleva a cabo en el altar. Nosotros poseemos, en Jesús presente sobre el altar, el poder de ofrecerle al Padre una reparación digna de Él, una satisfacción de un valor infinito.

¡Cuántas gracias contiene la Misa! Ningún santo, ni aun la Virgen María, han podido sacar de este sacrificio todo el fruto que en él está encerrado.

15 DE OCTUBRE. SANTA TERESA, VIRGEN

La oración es como un perfecto reflejo de nuestra vida íntima de hijos de Dios, como el fruto de nuestra filiación divina en Cristo; como el desarrollo espontáneo de los dones del Espíritu Santo.

Por esto es tan vigorosa y tan fecunda. El alma que se da regularmente y con método a la oración, saca de ella gracias inefables que la transforman poco a poco, en imagen y semejanza de Jesús, Hijo único del Padre celestial. “La puerta, dice Santa Teresa, por la que penetran en el alma gracias escogidas, como las que el Señor me hizo, es la oración: una vez cerrada esta puerta, ignoro cómo podría otorgárnoslas”.

De la oración saca el alma gozos que son como presagio de la unión celestial, de la herencia eterna que nos espera: “En verdad, decía Jesucristo, cuanto pidieréis de saludable a mi Padre en nombre mío, os lo concederá, para que vuestro gozo sea completo”: *Ut gaudium vestrum sit plenum*.

En esto consiste la oración mental: trato íntimo de corazón a corazón entre Dios y el alma; “una conversación con Dios solo, para expresarle nuestro amor a Aquel que sabemos que nos ama”.¹

16 DE OCTUBRE. SANTA EDUVIGIS, VIUDA

Yo lo veo más y más cada día de mi vida: una sola cosa merece que se viva por ella: la gloria de Dios.

En todas sus obras, Dios busca su propia gloria (obrar de otro modo, sería para Él, contrario a su santidad, y una imperfección).

En cuanto a nosotros, ¿qué puede haber de más noble que unir nuestra voluntad a la suya, buscando únicamente su gloria en todos nuestros actos?

Buscando su gloria, Dios busca nuestro bien, pues la gloria de Dios, con relación a sus criaturas, consiste en comunicarles su amor, su gracia y su alegría.

¹ Véase: Santa Luisa, Vida de ella misma, cap. VIII.

Podemos glorificar a Dios por nuestros actos, aunque en sí sean pequeños y despreciables; pues, unidos a los de Jesucristo, dan una gloria infinita a la bienaventurada Trinidad.

Todas las infinitas riquezas del Corazón sagrado de Jesús, son nuestras, más realmente todavía, que cualquier cosa que poseamos en este mundo, con tal que estemos unidos a Él por la gracia divina.

17 DE OCTUBRE. SANTA MARGARITA MARIA, VIRGEN

La contemplación de los beneficios que Jesús nos hizo, debe ser la fuente de nuestra devoción práctica a su Corazón sacratísimo. El amor, sólo con amor se paga.

¿De qué se quejaba nuestro señor a Santa Margarita María?

De no ver correspondido su amor: “He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres y que no recibe de ellos más que ingratitudes.” Por consiguiente, con amor, esto es, con el don de nuestro corazón, es como hemos de corresponder a Jesucristo. “¿Quién no amará a quien le ama? ¿Qué redimido no amarán a su redentor?”

Para que este amor sea perfecto, debe tener un doble carácter. Debe ser afectivo: cuando el alma contempla a Cristo en su amor, no puede resistir a la admiración, al júbilo, y honda complacencia que en sí experimenta.

Pero este amor afectivo es insuficiente. Para tener todo su valor, “ha de traducirse en obras”. Si amamos verdaderamente a Jesús, nos esforzaremos en obedecerle en todas las cosas, aceptaremos de buen grado las disposiciones de la Providencia, y trataremos de extender su reino en las almas.

18 DE OCTUBRE. SAN LUCAS, EVANGELISTA

El conocimiento de Jesús y de las diversas situaciones de su vida lo hallamos sobre todo en el Evangelio.

Sus páginas sagradas e inspiradas por el Espíritu Santo, contienen la descripción y enseñanzas de la vida terrenal de Jesús. Bástanos leer estas páginas tan sencillas como sublimes, pero leerlas con la debida fe, para ver y oír a Cristo mismo.

El alma piadosa que recorra con frecuencia en los ratos de oración este libro excepcional, llegará poco a poco a conocer a Jesús y sus misterios, a penetrar en los secretos de su Sagrado Corazón, a comprender aquella magnífica revelación de Dios al mundo, que es Jesús: *Qui videt me videt et Patrem.*

Este libro inspirado es luz que ilumina y fuerza que fortalece los corazones rectos y sinceros.

Dichosa el alma que lo hojea cada día y bebe en el manantial mismo de sus vivas aguas.

Leed atenta, sencilla y piadosamente el "Nuevo Testamento", escrito para nosotros por el Espíritu Santo. Allí es donde encontraréis el conocimiento de Jesucristo, su espíritu, el espíritu de oración, y todo.

19 DE OCTUBRE. SAN PEDRO DE ALCANTARA, CONFESOR

Jesucristo, tomaba alimento, contemplaba las bellezas de la naturaleza, y gozaba de los encantos de la amistad, pero Él no se entregaba más que a su Padre y a las almas.

Así mismo, la abnegación no nos autoriza a olvidarnos de nosotros mismos en el trato con las criaturas cuyo uso nos es permitido. Siguiendo esta línea de conducta, el alma adquiere, poco a poco, esta santa libertad de corazón respecto a toda criatura.

En cuanto a las mortificaciones exteriores, a las penitencias aflictivas, digamos que hay que guardar una cierta discreción en esta materia. El grado de mortificación voluntaria debe medirse según el estado del alma y los obstáculos que hay que evitar; es el director quien debe fijar este grado.

Pero el dominio donde nosotros podemos tener toda libertad, como también donde se consagra la verdadera perfección, es el dominio de la mortificación interior, la que reprime los vicios del espíritu, la que doblega nuestro amor propio, nuestro propio parecer, nuestra propia voluntad: la que refrena las tendencias del orgullo, de la independendencia, de la vanidad, de la susceptibilidad, de la curiosidad, de la disipación.

20 DE OCTUBRE. SAN JUAN CANCIO, CONFESOR

Cuando nos unimos íntimamente a Jesús durante la Santa Misa, por ejemplo, en las relaciones con su Padre, con los bienaventurados del cielo, y con las almas fieles de la tierra, realizamos esta sublime palabra de su Sagrado Corazón: *Rogo Pater, ut omnes unum sint sicut Tu in Me et Ego in Te, ut sint consummati in unum*: "Te ruego, Padre, que todos sean una misma cosa, y como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros."

Llegamos a ser, por decirlo así, una cosa con Él, cuando en unión suya tomamos sobre nosotros, todas las penas, los suspiros, los sufrimientos de la Santa Iglesia, e intercedemos, en nombre de todos, llenos de confianza, en sus méritos infinitos.

Cuando obramos así habitualmente, salimos de nosotros mismos, nos olvidamos de nuestras pequeñas pe-

nas, nos ennoblecemos, y pensamos mucho más en Dios y en las almas.

A su vez, Dios piensa en nosotros y nos llena de su gracia: *Date et dabitur vobis*: "Dad y se os dará y se os echará en el seno una buena medida, apretada, y bien colmada, hasta que se derrame."

21 DE OCTUBRE. SAN HILARION, ABAD

No sólo los actos que por su naturaleza se refieren directamente a Dios; sino también las acciones más ordinarias y comunes, los incidentes más vulgares de nuestra vida cotidiana, tejen literalmente, en su monótono y rutinaria sucesión, la trama de toda nuestra vida y pueden ser transformados, por la gracia y el amor, en actos agradabilísimos a Dios y muy ricos en méritos.

Sucede como con el grano de incienso: un poco de polvo sin consistencia, pero cuando se arroja al fuego, se convierte en perfume agradable.

Cuando la gracia y el amor lo empapan todo en nuestra vida, entonces toda ella es como un himno perpetuo a la gloria celestial; es para Dios por nuestra unión con Cristo, como un grano de incienso, de donde salen aromas que le alegran: *Christi bonus odor sumus Deo*.

Cada acto de virtud da una alegría inmensa al corazón de Dios, pues es una flor y un fruto de la gracia que nos ha sido procurada por los méritos de Jesús: *In laudem gloriae gratiae suae*.

No está, pues, exceptuando ningún acto bueno, si queremos, de la influencia saludable de la gracia y de la caridad.

22 DE OCTUBRE. FERIA

Jesús desea que proclamemos su divinidad y tengamos en ella una fe viva, firme y profunda, que por nada vacile. "Bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí"; aquel que, a pesar de las humillaciones de mi Encarnación, de los oscuros trabajos de mi vida oculta, de los abatimientos de mi Pasión, de los ataques y blasfemias de que soy objeto sin cesar, de las luchas reñidas que deberán librar aquí en la tierra mis seguidores y mi Iglesia, aquel que, a pesar de todo esto, permanezca firme en la fe que tiene en mí y no se avergüence de ser mi discípulo.

Mirad cuán débil es la fe de los Apóstoles durante la Pasión de Jesús. Todos se esconden menos San Juan, el cual sigue el Divino Maestro hasta el Calvario. Sabemos igualmente que cuando Magdalena y las otras santas mujeres, después de la Resurrección, vinieron a decirles de parte del mismo Cristo, que ellas le habían visto resucitado, no lo creyeron, antes vinieron a decir que todo ello era ensueño y cuentos de mujeres...

Creemos, pues, firmemente, en la divinidad de Jesús; no dejemos entibiar ni un punto esta fe; antes recordemos, para conservarla, el testimonio del Padre: "Éste es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias."

23 DE OCTUBRE. FERIA

La oración debe ser hecha con resignación. Siento en mí que el ponerme de rodillas en humilde adoración ante el Santo de los Santos, me llena de reverencia, de una admiración llena de amor y confianza. Por ejemplo, cuando rezo para obtener la humildad, no debo quejarme de que mi oración quede sin respuesta, sino que

debo resignarme humildemente al designio misterioso de Dios que difiere el don; resuelto, por otra parte, si es su voluntad, a continuar solicitándoselo durante cien años, puesto que es su beneplácito.

Cuanto más siento y confieso mi total indignidad, tanto más glorifico en mí los méritos de Jesús y la misericordia divina, al rezar con confianza. La oración humilde penetrará las nubes.

Cuanto más miserable, débil e indigno de ser escuchado soy, tanto más debo revestirme de los méritos de Jesús, y además de la fe que tengo en estos méritos, debo acercarme al trono de Dios para obtener esta misericordia infinita de mi Padre, teniendo la misma firme confianza de ser escuchado por el Padre que Jesús tenía, *pro sua reverentia*, cuando decía a su Padre: "Yo sé que me escuchas siempre." En esto consiste el verdadero espíritu de adopción.

24 DE OCTUBRE. SAN RAFAEL, ARCANGEL

Cuando en la oración contemplamos las perfecciones y las obras de Dios, cuando un rayo de luz divina nos alcanza, ¿cuál es el primer movimiento del alma tocada por la gracia? El de humillarse, el de abismarse en adoración.

La adoración es la confesión de nuestra inferioridad ante las perfecciones divinas; es el reconocimiento de nuestra dependencia absoluta de Aquel que sólo es, por sí mismo, la plenitud del Ser; es el homenaje de nuestra sujeción a la soberanía infinita.

Cuando una criatura no se mantiene en esta actitud, no está en la verdad.

En el cielo, los bienaventurados están unidos a Dios en un abrazo que sobrepasa todo lo que el amor más

ardiente puede soñar; están poseídos por Dios; lo poseen en la esencia misma de sus almas; Dios es todo en ellos; y sin embargo, no dejan de abismarse en una profunda reverencia, expresión de su adoración.

Cuando la fe, que es un preludio de la visión beatífica, nos hace palpar algo de las insondables perfecciones divinas, nos prosternamos inmediatamente en adoración.

25 DE OCTUBRE. SANTOS CRISANTO Y DARIA, MARTIRES

Si no hubiera una eternidad de descanso y alegría con Dios luego de los desfallecimientos y sufrimientos de esta vida, nuestras miserias serían muy difíciles de soportar.

Pero, elevemos nuestro pensamiento hacia ese hermoso paraíso donde nos reuniremos un día para siempre con Dios.

Cada día, cada hora, cada instante de sufrimiento soportado con Jesús y por su amor, será un nuevo cielo para toda la eternidad. una nueva gloria ofrecida a Jesús para siempre.

En el cielo, Jesús sigue ostentando sus cinco llagas, que son como cinco soles de gloria deslumbrante, que han de proclamar para siempre cuánto sufrió por amor de su Padre y por nosotros.

Y cada padecimiento, que hayamos soportado unidos a Él, será también un sol, que proclame a la faz del cielo lo que hemos sufrido por Jesús. Sufrir con Jesús es la verdadera dicha. ¡Ojalá pudiésemos comprenderlo! ¡Cuán cerca está el que sufre de su Sagrado Corazón! Pero es preciso unirnos frecuentemente con Él por el amor y aceptar con Él y por Él, todo lo que Dios quiere imponernos.

26 DE OCTUBRE. SAN EVARISTO, PAPA Y MARTIR

El camino más seguro, más corto, más luminoso y también el más suave es el camino del amor. "Al que me ama, dice Jesús, yo mismo me manifestaré a él."

Haced todo únicamente por amor a Nuestro Señor, y aceptad por amor a Él todo lo que permite; entregaos al amor sin mirar a derecha ni a izquierda. Aceptad sin pesadumbre las dificultades y contradicciones. Lo que debáis hacer por obediencia, hacedlo lo mejor posible, pero sin inquietaros con respecto a si están contentos de vos o si os censuran, si os quieren o si no os quieren. Debe bastaros el ser amado de Nuestro Señor.

Tened una sola cosa en vista: amar a Nuestro Señor y agradarle en todo. Si os encamináis por esta vía del amor, un gran cambio se operará en vuestra alma en poco tiempo: sabréis orar, Dios se acercará a vos, permanecerá en vos, viviréis en la compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Con frecuencia dirigíos a Dios diciendo: "Dios mío, bien merecéis que os ame únicamente y que no busque más que a Vos."

27 DE OCTUBRE. VIGILIA DE LOS SANTOS SIMON Y JUDAS,
APOSTOLES

Cuando Dios quiere conducir a un alma hasta la cima de la perfección y de la contemplación, la hace pasar por muy duras pruebas. Nuestro Señor mismo lo tiene dicho: "Cuando un sarmiento unido a Mí, que soy la viña produce fruto, mi Padre lo poda y limpia": *Purgabit eum*. ¿Por qué? A fin de que rinda todavía más fruto: *Ut*

*fructum plus afferat.*¹ Estas pruebas consisten sobre todo en tinieblas espirituales, hasta el punto de sentirse el alma abandonada de Dios. Así purifica el Señor al alma para hacerla digna de una unión más íntima y elevada.

No hay sombra de egoísmo en buscar una alta perfección, puesto que con ella se da tanta gloria a Dios. “Mi Padre, dijo Jesús, es glorificado, por el hecho de que vosotros fructifiquéis mucho.” Y también: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.”

Jesús no murió solamente para salvarnos, sino, también para santificar a su Iglesia. Nuestra santificación es el triunfo de su preciosa Sangre, es una gloria para toda la eternidad.

28 DE OCTUBRE. SANTOS SIMON Y JUDAS, APOSTOLES

Nuestro Señor nos lo prometió: “El mundo se regocijará, decía antes de separarse de nosotros; vosotros quedaréis en la aflicción y en medio de la prueba, como lo estuve yo mismo antes de entrar en mi gloria”: *Oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam.*

Es necesario, es el camino de mi providencia; pero permaneced firmes, “tened confianza”; Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.

Ahora vuestra fe me recibe cada día en el misterio de mis abatimientos, pero vendré un día en la revelación plena de mi gloria. Entonces, vosotros que sois mis fieles servidores, entraréis en mi gozo y participaréis de mi gloria, porque vosotros sois una misma cosa conmigo. Pero vosotros, a quienes llamo mis amigos, a quienes he confiado los secretos de la vida divina, cual me lo ordenó mi Padre; vosotros que habéis creído y

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

no me habéis abandonado, entraréis en mi gozo, vosotros viviréis de mi vida:

Vida plenísima, gozo perfecto, porque será mi propia vida y mi gozo personal el que yo os he de dar, mi vida y gozo de hijo de Dios: *Ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.*

29 DE OCTUBRE. FERIA

Jesucristo es el modelo perfecto de nuestra santidad. Dios encuentra en Él todas sus delicias: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi complacui.* Las encontrará también en nosotros, según el grado de nuestra semejanza con Jesús.

Nuestra santidad no es, pues, otra cosa que nuestra semejanza con Jesucristo; no una santidad cuyo origen primero radique en nosotros, sino una derivación que nos llega de la vida divina.

Esta santidad comienza a “lucir en nosotros” por la gracia que desde el bautismo inaugura nuestra transformación a imagen de Cristo. La santidad en este mundo no es más que una transfiguración interior modelada en la de Cristo: *Proedestinavit nos (Deus) conformes fieri imaginis Filii sui.*

Dicha imagen, si somos fieles a la acción del Espíritu Santo, crece poco a poco, se pule y perfecciona hasta que que llegamos a la luz eterna.

Entonces aparecerá la transfiguración a la vista de los ángeles y de los escogidos, y será como la ratificación suprema de la “perfecta adopción”, que hará brotar en nosotros una fuente inagotable de gozo.

Para San Pablo, los "santos" son aquellos que pertenecen a Cristo, sea que habiendo recibido la corona posean ya su sitio en el mundo eterno, sea que estén luchando todavía en este destierro. Mas todos esos miembros pertenecen a un solo cuerpo, porque la Iglesia es una; todos son entre sí solidarios, todo lo tienen común.

¡Qué perspectivas más profundas de nuestra responsabilidad no nos descubre este pensamiento!... ¡Qué fuente más viva de apostolado!... San Pablo nos exhorta a todos los hombres a trabajar hasta que "lleguemos a la común perfección del cuerpo místico".

No basta que vivamos unidos a Cristo, la Cabeza; es menester, además, que "cuidemos muy mucho de guardar entre nosotros la unidad del Espíritu, que es Espíritu de amor, el lazo de paz".

Ése fué el voto supremo que hizo Cristo en el momento de acabar su divina misión en la tierra: "Padre, que sean uno como Tú y Yo somos uno; que sean consumados en la unidad."

La unidad en Dios, en Cristo y por Cristo, es el término último: "y Dios será todo en todos".

FIESTA DE CRISTO REY

Es preciso que Jesús reine en nuestros corazones, y que todo cuanto tenemos le esté plenamente sometido. ¿Qué hace Cristo desde el día de su triunfo? Vive y reina glorioso en Dios, en el seno del Padre: *Vivit et regnat Deus*.

Cristo vive en el lugar donde reina y según el grado de su reinado en nuestra alma, así vive en nosotros. Es

rey al par que pontífice; por eso cuando Pilatos le preguntó si era rey, contestóle Jesús: *Tu dicis quia rex sum ego.*¹ “Sí, lo soy; pero mi reino no es de este mundo.” “El reino de Dios está dentro de nosotros”: *Regnum Dei intra vos est.*

Quiere el Padre glorificar a Cristo, quien siendo Hijo suyo, se humilló tanto; quiere se hincue toda rodilla ante el nombre de Jesús, y le esté sumisa toda la creación, el cielo, la tierra, los infiernos; nuestra voluntad, nuestra inteligencia y todas nuestras energías y potencias.

Es menester que Cristo mande en nosotros cada día con más eficacia, como lo pedimos en el Padrenuestro: *Adveniat regnum tuum!* “¡Oh, que llegue, Señor, este día en que, verdaderamente, reinarás en nosotros por Cristo!”

31 DE OCTUBRE. VIGILIA DE TODOS LOS SANTOS

¿Por qué la Iglesia celebra a los santos? Por el principio siempre fecundo de la unión que existe, después de la Encarnación, entre Cristo y sus miembros.

Los santos son los miembros gloriosos del cuerpo místico de Cristo; Cristo está ya “formado en ellos”; ellos “han conseguido su plenitud” y cuando son ellos alabados, Cristo es glorificado en ellos.

Cada santo es una manifestación de Cristo; lleva en sí los caracteres del divino modelo, pero de una manera especial y distinta; es un fruto de la gracia de Cristo; y a la honra y gloria de esta gracia se complace la Iglesia en elevar a sus hijos victoriosos: *in laudem gloriae gratiae suae.*

¹ Véase el Evangelio de la Misa.

Tal es la característica de la piedad de la Iglesia por los santos: la complacencia. Esta buena madre se siente orgullosa con las legiones de sus escogidos, que son el fruto de su unión con Cristo, y que ya forman parte en los resplandores del cielo, del reinado de su Esposo, a quien honra, finalmente en ellos: "Señor, ¡cuán admirable es vuestro nombre, pues habéis coronado de honor y gloria a vuestros santos": *Gloria et honore coronasti eos.*

10. DE NOVIEMBRE. FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

¿Sobre quién redundará la gloria de la santidad? Sobre Jesucristo.

Aquí en la tierra, todo se lo debemos a Jesús; Cristo es el principio mismo de nuestra perfección. Como la vid envía su savia fecunda a todos los sarmientos, a fin de que produzcan su fruto, así Cristo derrama sin cesar su gracia sobre todos aquellos a quienes tiene consigo unidos.

Esta gracia es la que anima a los Apóstoles, la que ilumina a los doctores, sostiene a los mártires, hace firmes a los confesores, hermosea a las vírgenes con incomparable pureza.

Toda la gloria de los Santos en el cielo dimana también de esta misma gracia; todo el resplandor de su triunfo tiene su origen en esta fuente única; por estar teñidas en la sangre del Cordero, son tan vistosas las vestiduras de los elegidos, cuya santidad se gradúa según la semejanza con el divino modelo.

Por eso al comenzar la gran solemnidad de Todos los Santos, en la cual junta la Iglesia a todos los escogidos en una misma alabanza, invítanos a adorar a Aquel que

es Señor y corona de todos los Santos: *Ipse est corona, sanctorum omnium.* -

2 DE NOVIEMBRE. CONMEMORACION DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

Es dogma de fe la resurrección de los muertos: *Credo . . . carnis resurrectionem . . .* Lo prometió Cristo: "Al que come mi carne y bebe mi sangre, le resucitaré en el postrero día." ¹

Más aún, Cristo ha realizado ya esta resurrección en Sí mismo, saliendo vivo y victorioso del sepulcro.

Pues bien, al resucitar, Cristo nos resucitó consigo. Si nuestra cabeza ha resucitado, no sólo como miembros resucitaremos con Él algún día, sino que al triunfar de la muerte el día de su resurrección, resucitó ya con Él, en principio y de derecho, a todos los que creen en Él. "Dios, que es rico en misericordia, declara San Pablo, por el excesivo amor con que nos amó, nos dió vida juntamente con Cristo, y nos resucitó con Él, y nos hizo sentar sobre los cielos en Jesucristo."

Grande misericordia: que Dios nos ame en tan gran manera en su Hijo Jesucristo que no quiera separarnos de Él; que quiera que seamos semejantes a Él, que participemos de su gloria, no sólo en cuanto al alma, sino también en cuanto al cuerpo.

3 DE NOVIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

¡Oh, que espectáculo tan glorioso será ver ese reino

¹ Véase el Evangelio, de la Misa.

de Jesús, contemplar la obra de su sangre y de su gracia, ofrecida al Padre celestial por el mismo Jesucristo, rey de la gloria!...

¡Qué increíble dicha la de formar parte de ese reino, junto con María, los ángeles, los santos, las almas de los bienaventurados que en la tierra conocimos, con los que estuvimos unidos por los lazos de la sangre, por un afecto santo!

Entonces, sí, podrá Jesús volver a decir con toda verdad: "Padre, he terminado la obra que me encomendaste"; entonces tendrán realidad cumplida aquellos anhelos que se exhalaban de su corazón sagrado en la última cena: "Padre, ruégote yo ahora por estos que me diste, tengan ellos el gozo cumplido que tengo yo; estén conmigo allí mismo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria... para que el amor con que me amaste esté en ellos también."

Se cumplirán los deseos de Cristo: la Iglesia triunfante contemplará la gloria de su Príncipe; ella misma se verá colmada de esa "plenitud de felicidad" que de su Cabeza redundará en toda ella; la vida divina rebotará en cada uno de nosotros, y reinaremos con Cristo para siempre.

4 DE NOVIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

Honrar a los Santos es proclamar que son la realización de un pensamiento divino, que son las obras maestras de la gracia de Jesucristo. Dios pone en ellos sus complacencias, porque son los miembros ya gloriosos de su Hijo muy amado.

Debemos también invocarlos. Jesucristo es, sin duda,

nuestro único mediador: "Un Dios, un mediador entre Dios y los hombres", dice San Pablo; tenemos acceso al Padre por Él. Jesucristo, no para disminuir su mediación, sino para hacerla todavía mayor, quiere que los príncipes de la corte celestial le ofrezcan nestros votos para presentarlos Él mismo a su Padre.

Los Santos, además, tienen vivísimo deseo de nuestro bien. Contemplan a Dios en cielo; su voluntad está inefablemente unida a la divina; por eso quieren también que seamos santos. Forman, además, un solo cuerpo místico juntamente con nosotros, siendo, como dice San Pablo, "miembros de nuestros miembros"; por eso nos profesan inmenso amor, el cual les viene de su unión con Jesucristo, único Jeraarca de esta sociedad selecta, en la cual Dios tiene ya señalado el sitio que hemos de ocupar.

5 DE NOVIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

A las relaciones de culto y oración nos unen con los Santos, hemos de añadir nuestro esfuerzo personal para asemejarnos a ellos.

Deberá estar animado nuestro corazón, no de esas fugaces veleidades que nunca se traducen en obras, sino de un deseo firme y sincero de nuestro perfeccionamiento, de una voluntad eficaz de responder plenamente a los designios misericordiosos de nuestra divina predestinación en Jesucristo: *Secundum mensuram donationis Christi*.

¿ Que se requiere para conseguirlo?

Permanecer unidos con Cristo. Él mismo nos lo tiene dicho: ¿Queréis reportar copiosos frutos? ¿llegar a un grado eminente de santidad? Permaneced unidos a 'Mí como los pámpanos lo están a la vid.

Más ¿cómo permaneceremos unidos con Él? Primeramente por la gracia santificante, que nos hace miembros vivos de su cuerpo místico. Después, mediante una intención recta y renovada con frecuencia, la cual nos hace “buscar en todas las circunstancias” en que nos haya colocado la divina Providencia, “el santo beneplácito de nuestro Padre celestial”. Con esta intención orientamos toda nuestra actividad hacia la gloria de Dios.

6 DE NOVIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

En el cielo veremos a Dios, amaremos a Dios, gozaremos de Dios; esos actos constituyen la vida eterna, la participación segura y completa de la vida mismo de Dios; de ahí nace la bienaventuranza del alma, bienaventuranza de que participará también el cuerpo después de la resurrección.

Veremos a Dios con todas sus perfecciones; contemplaremos la vida íntima de Dios; entraremos, “en sociedad con la santa y adorable Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo”; contemplaremos la plenitud del Ser, la plenitud de toda verdad, de toda santidad, de toda hermosura, de toda bondad.

Amaremos a Dios no con amor lánguido, vacilante, sino con amor fuerte, puro, perfecto y eterno . ¡Qué ímpetu hacia Dios, ya nunca contenido! ¡Qué abrazo amoroso, por siempre sosegado!

Finalmente, gozaremos de Dios. Dios dice al alma que le busca: “Yo mismo seré tu recompensa, y muy cumplida.” Es como si dijera: “Te amé con amor tan grande, que no he querido darte una felicidad, una dicha

natural; quiero que mi vida sea tu misma vida, que mi felicidad sea tu felicidad.”

7 DE NOVIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

Gocémonos en proclamar que sin Jesucristo, nada podemos. Reconozcamos que sólo con Él y por Él podremos penetrar en los cielos. Digámosle:

“¡Oh, Jesús mío! tengo tal fe en Ti, que te creo bastante poderoso para obrar la maravilla de elevar una deleznable criatura como yo, no sólo hasta las jerarquías angelicales, sino hasta el mismo Dios; únicamente por Ti podemos llegar a ese vértice divino.

Aspiro con todas las ansias de mi alma, a esta sublimidad a que tu Padre me predestinó; deseo ardientemente, según Tú mismo lo pediste por mí, tomar parte en tu misma gloria y participar de tu propio gozo de Hijo de Dios; aspiro a esta suprema felicidad, pero únicamente por mediación tuya; deseo que mi eternidad consista en cantar tus loores y repetir sin cesar con los escogidos: *Redemisti nos, Domine, in sanguine tuo*. “Tú, Señor, nos has salvado; tu preciosa sangre derramada sobre nosotros nos abrió de par en par las puertas de tu reino; nos preparó morada en la compañía deleitosísima de tus santos; a Ti sea dada alabanza, gloria y honor por los siglos de los siglos.”

8 DE NOVIEMBRE. DURANTE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

Comprenderemos en el cielo que todas las misericordias de Dios parten del Calvario; y que la sangre de Jesús es el precio de nuestra dicha infinita.

No olvidemos que en la Jerusalén celestial viviremos embriagados de una felicidad divina; pero que la plenitud de esa felicidad será pagada en cada momento por los méritos de la sangre de Cristo Jesús. "La ola de felicidad que eternamente inundará la ciudad de Dios", fluirá del sacrificio de nuestro Pontífice divino. Será para nosotros un gozo inmenso el reconocer y cantar el triunfo de Jesús: "Todo lo debemos a Vos, Señor, séaos tributado himno de honor, de alabanza, de hacimiento de gracias."

Entonces, junto con todos los elegidos, depositaremos a sus pies nuestras coronas para proclamar que todo nos viene de Él.

Éste es el término final adonde se encamina todo el misterio de Cristo, Verbo Encarnado. Quiere Dios que su Hijo Jesús sea por siempre ensalzado, porque es su Hijo único, objeto de sus complacencias; porque este Hijo, siendo Dios, se anonadó para santificar su cuerpo místico: *Propter quod et Deus exaltavit illum.*

9 DE NOVIEMBRE. DEDICACION DE LA BASILICA DEL SALVADOR EN ROMA

Por su Encarnación, Cristo une, en principio, a todo el género humano, en el cántico no interrumpido de alabanza que ofrece a su Padre.

Cuando nos deja, confía a la Iglesia el cuidado de perpetuar en su nombre estos loores que suben hasta su Padre. En torno del sacrificio de la Misa, centro de toda nuestra religión, la Iglesia organiza el culto público, que ella sólo tiene derecho a ofrecer en nombre de Cristo su Esposo; en el curso del ciclo litúrgico, ella es quien distribuye la celebración de los misterios de su

divino Esposo, de modo que sus hijos puedan cada año vivir de nuevo aquellos misterios, y dar por ellos gracias a Jesús y a su Padre, y beber en ellos la vida divina que nos merecieron al ser vividos por Jesús.

Todo su culto converge en Cristo. Apoyándose en las satisfacciones infinitas de Jesús, en su calidad de mediador universal y siempre vivo, la Iglesia termina sus plegarias: *Per Dominum nostrum Iesum Christum, qui tecum vivit et regnat*; y del mismo modo, pasando por Cristo, toda adoración y toda alabanza de la Iglesia sube al Padre Eterno: *Per Ipsum et cum Ipso et in Ipso*.

10 DE NOVIEMBRE. SAN ANDRES AVELINO, CONFESOR

Procuremos, pues, con toda la energía de nuestra alma, por medio del ejercicio meritorio de las virtudes, en especial de las teologales, y por la disposición fundamental de hacerlo todo por la gloria de nuestro Padre celestial, procuremos, digo, que la acción de Dios y del Espíritu Santo se desarrolle en nosotros con la más amplia libertad, porque de esa manera “creceremos en Cristo, que es nuestra cabeza”.

Esforcémonos en eso, pues a ello fuímos llamados por Cristo Jesús: *In quo et comprehensus sum a Christo Jesu*. Detenerse en el camino de la santificación, es para el alma, retroceder.

Por otra parte, podemos adelantar siempre, mientras vivamos en este mundo: “Es preciso, decía Nuestro Señor de sí mismo, que, mientras dura el día, realice yo las obras del que me ha enviado; pues una vez que se eche encima la noche, nadie puede hacer nada.” Sólo, en efecto, la muerte pondrá término a “esas ascensiones del corazón que tienen lugar en este valle de lágrimas”.

¡Ojalá lleguemos, en ese momento decisivo, “a la edad de la perfección de Cristo” y a la plenitud de vida y bienaventuranza que Dios determinó para cada uno de nosotros.

11 DE NOVIEMBRE. SAN MARTIN

Es menester que aceptemos la Encarnación con todas las consecuencias que consigo lleva; no debemos limitar el don de nosotros mismos a la sola humanidad de Cristo, sino que hemos de extenderlo a su cuerpo místico.

Por eso —llego aquí a uno de los puntos más importantes de la vida espiritual— desamparar al menor de nuestros hermanos, es desamparar a Cristo mismo, aliviar a cualquiera de ellos, es aliviar a Cristo en persona.

Mirad a San Martín; es soldado, sin bautizar todavía; en el camino encuentra a un pobre: movido a compasión, parte con él su capa. A la mañana siguiente, Cristo se le aparece vestido con la parte de la capa dada al pobre, y Martín maravillado, escucha estas palabras: “Tú eres quien me ha cubierto con esta vestidura.”

Cristo se ha hecho nuestro prójimo, o por mejor decir, nuestro prójimo es Cristo, que se presenta a nosotros bajo tal o cual forma.

Por la fe, le vemos así en sus miembros: y si no le vemos, es porque nuestra fe es tibia y nuestro amor imperfecto.

12 DE NOVIEMBRE. SAN MARTIN, PAPA Y MARTIR

La santidad es un misterio de la vida divina, comunicada y recibida: comunicada en Dios del Padre al Hijo por una “generación inenarrable”; comunicada

fuera de Dios por el Hijo a la humanidad a la cual se unió personalmente en la Encarnación; transmitida después por esta humanidad a las almas, y recibida por cada una de ella en la medida de su predestinación particular.

De suerte que Cristo es verdaderamente la vida del alma, porque es la fuente y el dispensador de esa vida.

La comunicación se hará a los hombres en la Iglesia, hasta el día fijado por los decretos eternos para la consumación de la obra divina sobre la tierra.

En ese día, el número de los hijos de Dios, de los hermanos de Jesús, estará ya completo; presentada por Cristo a su Padre, la muchedumbre incontable de sus predestinados circundará el trono de Dios para sacar de las fuentes vivas una felicidad sin fin, para exaltar las magnificencias de la bondad y de la gloria de Dios.

La unión será eternamente consumada, y "Dios será todo en todos."

13 DE NOVIEMBRE. SAN DIEGO, CONFESOR

Por medio de sucesivos desprendimientos de las criaturas llegamos a conseguir que Dios termine por ser nuestro todo, y, a veces, esta privación de todo consuelo humano es casi como la muerte para nosotros. Creo que la pobre debilidad humana no podría soportar tal prueba, si fuese duradera; pero, poco a poco, Dios llega a ser nuestro Todo y en Él encontramos todo aquello que nos parecía haber perdido.

Las grandes pruebas son a menudo, para las almas, el punto de partida de una vida perfectísima. Dios quiere estas almas por entero: *Deus meus et omnia*, pero, mientras ellas se apoyen en una ayuda humana, por más

legítima y más santa que sea, Él no puede ser el todo para ellas.

Ésta es la perfección de la virtud de la pobreza; es una esperanza perfecta de haber perdido todo consuelo creado y de apoyarse solamente en Dios.

Procuremos amar a nuestro querido Salvador de todo corazón; allí se encuentra todo. Los días, los meses, los años se suceden, y no queda nada, más que Dios y lo que por Él hacemos.

14 DE NOVIEMBRE SAN JOSAFAT, OBISPO Y MARTIR

El Verbo Encarnado realizará enteramente el significado de su nombre de "Cristo" por su calidad de pontífice y de mediador: pontífice supremo y mediador universal.

Debemos unir al nombre de Cristo el de Jesús. El nombre de Jesús significa Salvador. Ésa es su misión esencial: *Venit salvare quod perierat*: "Él ha venido para salvar lo que se había perdido."

En efecto, Jesús no realiza plenamente la significación de su nombre divino si no es por su sacrificio, cumpliendo su obra de pontífice: *Venit Filius hominis dare animam suam redemptionem pro multis*. Estos dos nombres se completan y de aquí en adelante serán inseparables. "Jesucristo" es el Hijo de Dios hecho pontífice supremo que salvará a la especie humana entera, mediante su sacrificio.

Contemplando, pues, el sacerdocio y el sacrificio de Cristo, comprenderemos, en la medida de lo posible, la adorable persona de Jesús.

El sacrificio de Jesús, por ser su obra esencial, constituye el punto culminante donde convergen los miste-

rios todos de su vida terrenal, y la fuente de donde proceden toda la magnificencia y brillo de los diversos estados de su vida gloriosa.

15 DE NOVIEMBRE. SAN ABERTO EL GRANDE, DOCTOR DE LA IGLESIA

Hay ciencia, y ciencia. Hay un conocimiento de Cristo puramente intelectual, confinado en la sola inteligencia. Esta ciencia es fría y estéril, si está ausente el amor.

Existe otro conocimiento, cuyo móvil no es ni la curiosidad del espíritu, ni la voluptuosidad intelectual, sino el amor, que busca el objeto amado para unirse a él; el amor, esforzándose por conocer más y amar todavía más. Ésta es la "ciencia cuyo fin es amar", la ciencia práctica.

El estudio comprendido así, hace florecer nuestra fe y la convierte en una oración, en una contemplación. Ésta es la ciencia que nos es necesaria; y es importante que la perfeccionemos, pues es el principio de un amor ardiente.

La revelación nos ha sido dada para que, con humildad y con los ojos fijos en la enseñanza de la Iglesia, ejercitemos nuestra inteligencia en profundizar, y extraer todo lo que contiene de precioso, de glorioso para Dios y de fecundo para nuestras almas... La vida de los santos nos muestra que Dios ama esta búsqueda de la verdad, punto de partida de una caridad más generosa.

16 DE NOVIEMBRE. SANTA GERTRUDIS, VIRGEN

¡Qué grande es el crédito y el poder del alma que es toda del Verbo! Es todopoderosa para el Corazón de su

divino Esposo, pues conoce las afecciones de su Corazón sagrado; toda la vida de ella no es más que un constante recurso a las gracias y bendiciones del Señor en favor de su pueblo.

Toda alma, por el mero hecho de llevar vida de unión, ejerce en el mundo sobrenatural una influencia considerable.

¿Por ventura no nos testimonia esta verdad la fecundidad admirable de vidas como las de Santa Gertrudis, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa? Porque sus voluntades estaban completamente unidas a la de Cristo, por esto el divino Esposo se complacía en hacer cuanto deseaban ellas.

No ignoramos con qué infinita condescendencia se complacía en cumplir los deseos de Santa Gertrudis, a quien había concedido un poder casi soberano: “Yo reúno en tu alma, le decía, como un tesoro, las riquezas de mi gracia, para que cada uno halle en ti todo cuanto quiera buscar en ella. Tú serás como una esposa que conoce todos los secretos de su esposo y que, habiendo convivido con él largo tiempo, sabe adivinar cuáles son sus deseos.”

**17 DE NOVIEMBRE. SAN GREGORIO TAUMATURGO,
CONFESOR**

Cuando oramos, presentémonos al Padre Eterno con una confianza inquebrantable en los merecimientos de su divino Hijo.

Nuestro Señor lo ha pagado, saldado y adquirido todo; y sin cesar interpela a su Padre por nosotros: *Semper vivens...*

Digamos en vista de eso al Señor: “Dios mío, yo bien sé que soy un pobre miserable; que no hago más que

aumentar todos los días el número de mis pecados; sé que ante vuestra infinita santidad, de mí mismo, no soy otra cosa sino cual lodo y barro ante el sol; pero me prosterno ante Vos; soy miembro, por la gracia, del cuerpo místico de vuestro Hijo, de vuestro Hijo que me ha comunicado esa misma gracia, luego de haberme rescatado con su sangre; ahora que tengo la dicha de pertenecerle, no queráis arrojarme de vuestra divina presencia.”

No, Dios no puede arrojarnos de sí cuando así nos apoyamos en el valimiento de su Hijo, pues el Hijo trata de igual a igual a su Padre.

Al reconocer de este modo que nada valemos por nosotros mismos, ni somos capaces de hacer nada, y que, en cambio, lo esperamos todo de Cristo, reconocemos que ese divino Hijo lo es todo para nosotros; que fué establecido como nuestro Jefe y Pontífice.

18 DE NOVIEMBRE. DEDICACION DE LAS BASILICAS DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Jesucristo, antes de subir nuevamente al cielo, legó a la Iglesia su mayor riqueza, la misión de continuar su obra en la tierra.

Esta obra, como sabéis, es doble: de alabanza con relación al Padre Eterno y de salvación con respecto a los hombres. Es verdad que por nuestro bien el Verbo se hizo carne: *Propter nos et propter nostram salutem descendit de coelis*, pero la obra misma de la redención no la cumplió Cristo, sino porque ama a su Padre: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem. . .*

La Iglesia recibe de Cristo esta misión. Por una parte, recibe, para santificar a los hombres, los sacramentos y el privilegio de la infalibilidad, pero, por otra, participa

a la vez de la religión de Cristo para con su Padre, para continuar el homenaje de alabanza que la humanidad de Cristo ofrecía al Padre.

Cristo nos ha dejado una parte de la alabanza que cumplir, como nos ha dejado también una parte de padecimientos, a los cuales nos hemos de abrazar. Cristo quiso que por la Encarnación, todo el género humano, al que sustituía, se uniese indisolublemente a todos sus estados y a todos los misterios.

19 DE NOVIEMBRE. SANTA ISABEL DE HUNGRIA, VIUDA

El amor de Jesús para con los hombres ha de ser el espejo y modelo de nuestro amor. "Amaos los unos a los otros como yo os he amado": *Sicut dilexi vos*.

¿Qué es lo que movía a Jesús a amar a sus discípulos y a nosotros en ellos?

Perteneían a su Padre. Debemos amar a las almas porque son de Dios y de Cristo; nuestro amor debe ser sobrenatural; la verdadera caridad es el amor de Dios, que abarca en íntimo abrazo a Dios y a cuanto con Él está unido. Como Cristo, debemos amar a todas las almas hasta darnos por entero a ellas: *In finem*.

Mirad a Santa Isabel de Hungría. Cierta día, ausente el duque, su marido, encuentra a un leproso abandonado por todos. Tómale y le lleva a su misma cama. Sábelo el duque a su vuelta, y lleno de ira quiere arrojar de casa al pobre leproso. Pero al acercarse al lecho, ve la imagen de Cristo crucificado.

No olvidemos jamás que no vamos al Padre sino por Cristo, pero hemos de aceptar a Cristo por entero, en sí y en sus miembros.

¿Queréis amar a Dios? ¿Queréis amar a Cristo? Es un deber, puesto que es el "primero y el mayor de los mandamientos".

Pues amad al prójimo, amad a los hombres con quienes vivís; amadlos, porque como vosotros, están destinados por Dios a la misma bienaventuranza eterna, que Cristo, cabeza de todos, nos mereció; porque en esa forma Dios se muestra a nosotros en este mundo.

No olvidéis jamás esto: Nuestro Señor se da únicamente a aquellos que se dan a Él en la persona del prójimo.

Para daros una razón: como Dios se encarnó en la santa Humanidad de Jesucristo, Éste se encarnó en cierto modo en el prójimo.

Y como no se puede ir a Dios, sino por esta santa Humanidad, así no se puede unir a Cristo, sino quien lo acepta unido al prójimo.

Meditad bien esta enseñanza, pues es muy fecunda.

21 DE NOVIEMBRE. PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

Cuando nos entregamos a Dios sin reservas, y con toda confianza, caemos en las manos de la Sabiduría y del Amor infinitos. Desde ese instante, ni un cabello se cae de nuestras cabezas, sin su conocimiento y sin su permiso. Él ordena todo para este gran fin: nuestra unión con Él. Por eso nosotros no podemos desear más que lo que dispone su Amor. Debemos amar en Él, con Él y como Él.

Cuando uno se entrega por entero a Nuestro Señor, se le hace una gran injuria al preocuparse por cualquier cosa que sea.

Dios cuida de nosotros, en la medida exacta en que arrojamos todas nuestras inquietudes en el seno de su Amor paternal y de su Providencia. Nos trata como le tratamos.

Ofrezcámosle cotidianamente el holocausto de un total servicio, abandonándonos con todo lo que nos concierne, a sus cuidados amorosos: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet*: “Arroja en el seno del Señor tus ansiedades y Él te sustentará.”

22 DE NOVIEMBRE. SANTA CECILIA, VIRGEN Y MARTIR

Se ha dicho de Santa Cecilia, que llevaba siempre el santo Evangelio en su corazón. Además, ella permanecía unida a Dios por un incesante coloquio, por una ininterrumpida oración: *Et non diebus, neque noctibus a colloquiis divinis et oratione cessabat*.¹

Para que esta palabra sea en nosotros “viva y eficaz”, para que sea verdaderamente fuente de contemplación y principio de vida, es necesario recibirla con fe y humildad, y con un sincero deseo de conocer a Cristo y de unirnos a Él para caminar sobre sus pasos.

El conocimiento íntimo y profundo, la percepción sobrenatural y fecunda del sentido de las Santas Escrituras, es un don del Espíritu.

Las Escrituras revelan, a las almas que han obtenido ese don por una gran humildad y constante oración, abismos que son insospechables para otras almas. “Estas almas se alegran de la posesión de los testimonios divinos, del mismo modo que los que acaban de heredar magníficos bienes”; ellas descubren verdaderamente “el

¹ Véase la Antífona del Oficio.

maná escondido”, que tiene mil gustos diferentes, contiene toda suerte de delicias, y se convierte en alimento cotidiano, lleno de sabor.

23 DE NOVIEMBRE. SAN CLEMENTE, PAPA Y MARTIR

Encontramos en una carta de San Pablo, una palabra que, a primera vista, parece asombrosa: “Estoy cumpliendo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.”

¿Qué significan estas palabras? ¿Falta, entonces, algo a los sufrimientos de Cristo?

No; nosotros sabemos que no han tenido, por decirlo así, medida en sí mismos: sin medida en su intensidad; pues han caído como un torrente sobre Cristo para sumergirlo; sin medida, sobre todo, en su valor, valor infinito, puesto que son los padecimientos de un Dios.

¿Qué significa, pues, el texto del Apóstol? San Agustín nos lo explica: para comprender el misterio de Cristo, hay que separarlo de su cuerpo místico; Cristo no es “total”, según la expresión del gran Doctor, si no se lo toma unido a la Iglesia; Él es la cabeza de la Iglesia, que forma su cuerpo místico. Por lo tanto, si Cristo ha dado su parte de expiación, corresponde al cuerpo místico aportar también la suya.

24 DE NOVIEMBRE. SAN JUAN DE LA CRUZ, DOCTOR DE LA IGLESIA

Aceptando generosamente nuestra cruz, es como hallaremos la unión con Cristo.

Pues es de advertir que, llevando nuestra cruz, participamos realmente de la de Jesús.

Mirad lo que cuenta el Evangelio. Viendo los judíos que su víctima desfallecía, y temiendo que no pudiese llegar al Calvario, detienen en el camino a Simón Cireneo y le obligan a ayudar al Salvador. Cristo hubiera podido sacar de su divinidad la fuerza necesaria; pero prefirió ser ayudado.

Quiso con esto mostrarnos que cada uno de nosotros debe ayudarlo a llevar la cruz.

A todos nos dice el Señor: "Acoged gustosos la parte de padecimientos que en mi divina presencia os reservé el día de mi Pasión." ¿Cómo rehusaríamos aceptar de mano de Cristo un dolor, una prueba, una adversidad, una contradicción, algunas gotas de ese cáliz que Él mismo nos ofrece y del cual Él bebió primero?

Digámosle, pues: "Sí, mi buen Jesús, de todo corazón acepto esa minúscula partecita, porque viene de vos."

25 DE NOVIEMBRE. SANTA CATALINA, VIRGEN Y MARTIR

Si queremos unirnos plenamente a Dios, debemos conocerle lo más perfectamente posible.

Desde el momento que el alma comienza a purificarse de todo pecado, de toda negligencia, Dios la ilumina poco a poco, para atraerla toda entera hacia Sí... Bastará que Él se muestre, para que el alma sea atraída por la sabiduría, la belleza, la bondad, la misericordia infinita.

¿Qué es la "ciencia de los santos" que Dios da al alma a quien Él guía?

Es el conocimiento de la verdad de las cosas. Todo hombre es falaz, dice la escritura. Cuando el hombre se deja guiar por la sabiduría del siglo, por conocimientos puramente humanos, se extravía porque sigue má-

ximas falsas, muy esparcidas en este mundo de tinieblas.

Pero cuando uno se entrega a Dios, Dios ilumina el alma, porque Él es la verdad, la luz. El alma comprende, entonces, la verdad acerca de Dios, de sí misma, del mundo; poco a poco, va viendo todas las cosas como las ve la Sabiduría eterna; y va poseyendo esta ciencia que es la sola verdadera, porque únicamente ella nos lleva a nuestro fin sobrenatural.

26 DE NOVIEMBRE. SAN SILVESTRE, ABAD

Pongámos esmero en guardar celosamente en nosotros la gracia divina; apartemos de ella con cuidado todo lo que pueda debilitarla hasta dejarla indefensa contra los golpes mortales del demonio.

Esté siempre nuestra alma *Radicata in caritate*, como dice San Pablo; pues poseyendo ella esa "raíz" divina de la gracia santificante y de la caridad, los frutos que produzca serán frutos de vida. Permanezcamos unidos por la gracia y la caridad a Cristo Jesús, como el sarmiento a la vid: *Sitis in Christo radicati*, dice también el Apóstol. El Bautismo nos ha "injertado en Cristo", y desde entonces, poseemos la savia divina de su gracia, y merced a ella podremos cumplir divinamente todas nuestras acciones, porque divino es su principio íntimo.

Y cuando este principio sea tan poderoso que llegue a ser único e informador de toda nuestra actividad, realizaremos las palabras de San Pablo: *Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus*: "Vivo yo", es decir, ejerzo mi actividad humana y personal; "o, más bien no

Cuando San Pablo expone el plan divino, dice que

quien vive, porque el principio sobre que se funda toda yo, sino que es Cristo quien vive en mí"; "es Cristo mi actividad propia es la gracia de Cristo".

"en Cristo tenemos la redención adquirida por medio de su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia, que se nos ofrece sobreabundantemente".

Disponemos de todas estas riquezas adquiridas por Jesús, que han llegado a ser nuestras por el Bautismo; lo único que tenemos que hacer es acudir a Él para sacarlas y ser "como la esposa que sale del desierto" de su pobreza, pero "llena de delicias, porque se apoya sobre su amado".

¡Ah, si conociésemos el valor infinito del don de Dios! ¡*Si scires donum Dei!* ¡Si tuviésemos fe en los inmensos méritos de Jesús, pero una fe viva, práctica, que nos llenase de una confianza invencible en la oración, y del espíritu de entrega total en las necesidades de nuestra alma! Entonces, imitando a la Iglesia, que en su liturgia repite esta fórmula cada vez que dirige a Dios una oración, nada pediríamos que no fuera en su nombre, porque ese mediador siempre vivo, reina en Dios con el Padre y el Espíritu Santo: *Per Dominum Nostrum Jesum Christum qui tecum vivit et regnat*. Tratándose de gracias, estamos seguros de obtenerlas todas por Él.

San Pablo nos dice que en el día fijado por los divinos decretos, cuando el cuerpo místico "haya alcanzado la plenitud y medida de la estatura perfecta de Cristo", entonces despuntará la aurora del triunfo que debe consagrar, por siempre jamás, la unión de la Iglesia y de su Cabeza.

Asociada hasta entonces tan íntimamente a la vida de Jesús, la Iglesia, ya perfecta, va a "compartir su gloria". La resurrección triunfa de la muerte, último enemigo que ha de ser vencido; después, reunidos todos los elegidos con su Jefe divino, Cristo presentará ante su Padre, en homenaje, a esta sociedad, no ya imperfecta ni militante en medio de miserias, de tentaciones, de luchas, de caídas; no ya padeciendo el fuego de la expiación; sino transfigurada y gloriosa en todos sus miembros.

¡Oh, qué espectáculo tan grandioso no será ver a Jesús ofreciendo a su Eterno Padre esos trofeos gloriosos y sin cuento que proclaman el poderío de su gracia; ese reino conquistado con su sangre, que desde entonces despedirá por todas partes destellos de esplendor inmaculado, fruto de la vida divina que circula vigorosa y embriagadora por cada uno de los Santos!...

INDICE

	Pag.
Prólogo	9
Dom Columba Marmión	17

CICLO TEMPORAL

Introducción	21
Adviento	22
Navidad (25 de diciembre)	40
La Circuncisión del Señor (1o. de enero)	46
Vigilia de Epifanía	50
Septuagésima	62
Primer Domingo de Cuaresma	79
Domingo de Pasión	100
Tiempo pascual	111
Pascua, Resurrección del Señor	112
Ascensión	141
Pentecostés	148
Tiempo después de Pentecostés	154
Fiesta de la Santísima Trinidad	154
Fiesta del Sagrado Corazón	162

CICLO SANTORAL

Introducción	187
------------------------	-----

	Pag.
Abdón y Senén (30 de julio)	283
Agueda (5 de febrero)	215
Agustín (28 de agosto)	304
Alberto el Grande (15 de noviembre)	364
Alejo (17 de julio)	274
Alfonso María de Ligorio (2 de agosto)	285
Ana (26 de julio)	280
Anacleto (13 de julio)	271
Anastasio (Vicente y) (22 de enero)	204
Andrés (30 de noviembre)	189
Andrés Avelino (10 de noviembre)	360
Andrés Corsino (4 de febrero)	214
Angela Mericia (31 de mayo)	249
Angeles Custodios (2 de octubre)	330
Anselmo (21 de abril)	234
Antonio Abad (17 de enero)	201
Antonio María Zacarías (5 de julio)	265
Apolinar (23 de julio)	278
Atanasio (2 de mayo)	240
Bartolomé (24 de agosto)	301
Basilio (14 de junio)	251
Beda el Venerable (27 de mayo)	248
Benito (21 de marzo)	229
Bernabé (11 de junio)	251
Bernardo (20 de agosto)	299
Blas (3 de febrero)	213
Brígida (8 de octubre)	334
Bruno (6 de octubre)	333
Buenaventura (14 de julio)	272
Calixto (14 de octubre)	339
Camilo de Lelis (18 de julio)	274
Casiano (Hipólito y) (13 de agosto)	293
Catalina (25 de noviembre)	371

	Pag.
Catalina de Siena (30 de abril)	237
Cayetano (7 de agosto)	289
Cecilia (22 de noviembre)	369
Ceferino (26 de agosto)	303
Celso (Nazario y) (28 de julio)	282
Cipriano y Justina (26 de septiembre)	325
Ciriaco y sus compañeros (8 de agosto)	289
Cirilo de Alejandría (9 de febrero)	218
Cirilo de Jerusalén (18 de marzo)	227
Cirilo y Metodio (7 de julio)	266
Clara (12 de agosto)	292
Clemente (23 de noviembre)	370
Conmemoración de todos los Fieles Difuntos (2 de noviembre)	354
Cosme y Damían (27 de septiembre)	326
Cornelio Papa (16 de septiembre)	318
Crisanto y Daría (25 de octubre)	347
Cristo Rey	351
Cruz (Invención de la Santa) (3 de mayo)	240
Cruz (Exaltación de la Santa) (14 de septiembre)	317
Damián (Cosme y) (27 de septiembre)	326
Daría (Crisanto y) (25 de octubre)	347
Dedicación de la Basílica del Smo. Salvador en Roma (9 de noviembre)	359
Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo (18 de noviembre)	366
Diego (13 de noviembre)	362
Dionisio (9 de octubre)	335
Domingo (4 de agosto)	287
Eduardo (13 de octubre)	338
Eduvigis (16 de octubre)	340
Efrén (18 de junio)	252

	Pag.
Enrique (15 de julio)	272
Escolástica (10 de febrero)	219
Esteban (26 de diciembre)	41
Esteban Rey de Hungría (2 de septiembre)	308
Esteban (Invención de) (3 de agosto)	286
Evaristo (26 de octubre)	348
Exaltación de la Santa Cruz (14 de septiembre)	317
Fabián y Sebastián (20 de enero)	203
Felipe Benicio (23 de agosto)	301
Felipe Neri (26 de mayo)	247
Felipe (Santiago y) (1o. de mayo)	239
Félix de Valois (20 de noviembre)	368
Francisca Romana (9 de marzo)	226
Francisco de Asís (4 de octubre)	331
Francisco de Asís (Impresión de las Llagas) (17 de sep- tiembre)	319
Francisco de Borja (10 de octubre)	336
Francisco de Paula (2 de abril)	232
Francisco de Sales (29 de enero)	210
Francisco Javier (3 de diciembre)	189
Gabriel (24 de marzo)	230
Gertrudis (16 de noviembre)	364
Gil (1o. de septiembre)	307
Gorgonio (9 de septiembre)	313
Gregorio Magno (12 de marzo)	227
Gregorio VII (25 de mayo)	246
Gregorio Nacianceno (9 de mayo)	243
Gregorio el Taumaturgo (17 de noviembre)	365
Hermanos (los Siete) (10 de julio)	269
Hilario (14 de enero)	199
Hilarión (21 de octubre)	344
Hipólito y Casiano (13 de agosto)	293

	Pag.
Ignacio de Antioquía (1o. de febrero)	212
Ignacio de Loyola (31 de julio)	284
Inés (21 de enero)	204
Inocentes (28 de diciembre)	43
Isabel de Hungría (19 de noviembre)	367
Isabel de Portugal (8 de julio)	267
Isidoro de Sevilla (4 de abril)	233
Jacinto (17 de agosto)	296
Jerónimo (30 de septiembre)	328
Jerónimo Emiliano (20 de julio)	276
Jenaro y sus compañeros (19 de septiembre)	320
Joaquín (16 de agosto)	295
Josafat (14 de noviembre)	363
José (El Patrocinio de)	238
José Cupertino (18 de septiembre)	320
José de Calasanz (27 de agosto)	304
Juan (Apóstol) (27 de diciembre)	42
Juan ante la Puerta Latina (6 de mayo)	242
Juan Bautista (Nacimiento) (24 de junio)	257
Juan Bautista (Degollación) (29 de agosto)	305
Juan Bautista de La Salle (15 de mayo)	245
Juan Bosco (31 de enero)	211
Juan Crisóstomo (27 de enero)	208
Juan Damasceno (27 de marzo)	231
Juan de la Cruz (24 de noviembre)	370
Juan de Dios (8 de marzo)	225
Juan Cancio (20 de octubre)	343
Juan de Mata (8 de febrero)	217
Juan Eudes (19 de agosto)	298
Juan Gualberto (12 de julio)	270
Juan Marín Vianney (9 de agosto)	290
Juana de Arco (30 de mayo)	249

	Pag.
Juana de Chantal (21 de agosto)	299
Judas (Simón y) (28 de octubre)	349
Juliana de Falconieri (19 de junio)	253
Justina (Cipriano y) (26 de septiembre)	325
Lino (23 de septiembre)	323
Lorenzo (10 de agosto)	291
León El Grande (11 de abril)	234
Lorenzo Justiniano (5 de septiembre)	310
Lucas (18 de octubre)	342
Lucía (13 de diciembre)	195
Luis (25 de agosto)	302
Luis Gonzaga (21 de junio)	254
Marcelo (16 de enero)	200
Marcos (25 de abril)	235
Margarita María (17 de octubre)	341
María (Sma. Virgen) Anunciación (25 de marzo)	230
María (Sma. Virgen) Aparición (11 de febrero)	219
María (Sma. Virgen) Asunción (15 de agosto)	295
María (Sma. Virgen) Inmaculada Concepción (8 de di- ciembre)	192
María (Sma. Virgen) Maternidad (11 de octubre)	336
María (Sma. Virgen) Natividad (8 de septiembre)	312
María (Sma. Virgen) Santo Nombre (12 de septiembre)	315
María (Sma. Virgen) Ntra. Sra. de las Mercedes (24 de septiembre)	324
María (Sma. Virgen) Ntra. Sra. de las Nieves (5 de agosto)	287
María (Sma. Virgen) Ntra. Sra. del Carmen (16 de ju- lio)	273
María (Sma. Virgen) Ntra. Sra. del Rosario (7 de oc- tubre)	333

María (Sma. Virgen) Ntra. Sra. de los Dolores (15 de septiembre)	317
María (Sma. Virgen) Presentación (21 de noviembre).	368
María (Sma. Virgen) Purificación (2 de febrero).	213
María (Sma. Virgen) Visitación (2 de julio)	262
María Magdalena (22 de julio)	277
Mario y Marta (19 de enero)	202
Marta (29 de julio)	282
Martín (11 de noviembre)	361
Martín (Papa) (12 de noviembre)	361
Martina (30 de enero)	210
Mateo (21 de septiembre)	322
Matías (24 de febrero)	224
Metodio (Cirilo y) (7 de julio)	266
Miguel (Aparición de) ((8 de mayo)	243
Miguel ((29 de septiembre)	328
Nazario y Celso (28 de julio)	282
Nicolás de Tolentino (10 de septiembre)	314
Norberto (6 de junio)	250
Pantaleón (27 de julio)	281
Pablo (Conversión de) (25 de enero)	207
Pablo (Commemoración de) (30 de junio)	261
Pablo de la Cruz (28 de abril)	237
Pablo (El Ermitaño) (15 de enero)	199
Pablo (Pedro y) (29 de junio)	260
Paulino (Obispo de Nola) (22 de junio)	255
Pío I (11 de julio)	269
Pío V (5 de mayo)	241
Pedro y Pablo (29 de junio)	260
Pedro Ad Víncula (10. de agosto)	284
Pedro (La Ctedra de S. P. En Antioquía) (22 de febrero)	222

	Pag.
Pedro (La Cátedra de S. P. en Roma) (18 de enero) . . .	201
Pedro Canisio (27 de abril)	236
Pedro Celestino ((19 de mayo)	246
Pedro Crisólogo (4 de diciembre)	190
Pedro de Alcántara (19 de octubre)	342
Pedro Damián (23 de febrero)	223
Pedro Nolasco (28 de enero)	209
Plácido y sus compañeros (5 de octubre)	332
Policarpo (26 de enero)	207
Praxedes (21 de julio)	277
Proto y Jacinto (11 de septiembre)	315
Rafael (24 de octubre)	346
Raimundo de Peñafort (23 de enero)	205
Ramón Nonato (31 de agosto)	307
Remigio (10. de octubre)	329
Roberto Belarmino (13 de mayo)	244
Romualdo (7 de febrero)	216
Rosa de Lima (30 de agosto)	306
Sangre Preciosísima (10. de julio)	262
Santiago (Felipe y) (10. de mayo)	239
Santiago Apóstol (25 de julio)	279
Sebastián (Fabián y) (20 de enero)	203
Senén (Abdón y) (30 de julio)	283
Siete Fundadores (12 de febrero)	220
Siete Hermanos (10 de julio)	269
Silverio (20 de junio)	254
Simón y Judas (28 de octubre)	349
Susana (11 de agosto)	292
Silvestre (Papa) (31 de diciembre)	46
Silvestre (26 de noviembre)	372
Teresa (15 de octubre)	339
Teresa del Niño Jesús (3 de octubre)	331

	Pag.
Tomás (21 de diciembre)	198
Tomás de Aquino (7 de marzo)	224
Tomás de Cantorbery (29 de diciembre)	43
Tomás de Villanueva (22 de septiembre)	322
Tiburcio y Susana (11 de agosto)	292
Timoteo (24 de enero)	206
Tito (6 de febrero)	216
Todos los Santos (1o. de noviembre)	353
Trànsfiguración del Señor (6 de agosto)	288
Valentín (14 de febrero)	222
Vicente y Anastasio (22 de enero)	204
Vicente de Paul (19 de julio)	275
Wenceslao (28 de septiembre)	327